

ISABELLA MARÍN

Un rincón
llamado
hogar



UN RINCÓN
LLAMADO HOGAR

ISABELLA MARÍN

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Un rincón llamado hogar*

© *Isabella Marín*

Edición publicada en mayo del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Corrección: *Correctivia*

ISABELLA MARÍN

*Un rincón
llamado
hogar*

~ Índice ~

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Epílogo

Prólogo



Zooey

—Me he acostado con Charlotte.

Busqué a tientas el respaldo de la silla que había a mis espaldas y me senté, derrengada, traicionada por mis propias piernas. El tañido del antiquísimo reloj de madera que sus padres nos habían regalado al casarnos pasó a resultarme de pronto tan agobiante que tuve ganas de arrancarlo de la pared y estrellarlo contra el suelo. ¿Por qué retumbaba tanto? Me estaba perforando el cerebro con la infatigable perseverancia de un taladro.

Tic. Tac. Tic. Tac. Tic. Tac.

Mis ojos no podían dejar de seguir el movimiento del sólido péndulo dorado que marcaba el paso de los segundos.

Derecha, izquierda. Derecha, izquierda. *Tic. Tac. Tic. Tac. Tic. Tac...*

Todos mis pensamientos habían quedado reducidos a ese insufrible *tictac*.

—Cariño, di algo. Grítame o pégame, o... qué se yo, pero, por favor, di algo.

Permanecí inmóvil en mi silla. Sin mirarle. Sin respirar. Sin que el corazón se atreviera siquiera a latir dentro de mi pecho, temeroso de que ese débil latido fuera a desgarrarme por dentro.

Hacía un día precioso al otro lado del cristal. Había salido el sol después de veintidós días de lluvia, pero yo no pude disfrutar de su calidez. En mi

interior ya no sentía nada. Estaba todo entumecido, como si una capa de hielo se hubiese propagado por mis venas y me hubiese congelado hasta la médula.

Quizá con la única intención de sabotearme, mi mente eludió la crudeza del momento y se distrajo evocando a mi padre. ¿Qué diría si estuviera ahí? ¿Cómo se tomaría papá lo que Daniel me acababa de confesar? No lo habría comprendido. Claro que no. Para él, era algo impensable engañar a mamá. Nunca dudé de la intensidad de su amor, que, visto desde fuera, parecía tener la fuerza de cien mil caballos de carreras y la misma solidez que un enorme bloque de acero puro. Siempre he creído que tan solo un hombre al cien por cien masculino es capaz de mostrar ese amor tan profundo y ser, a la vez, tan rudo y tosco como lo era mi padre.

¿Por qué no me había enamorado yo de alguien como él? ¿Alguien de la vieja escuela; un hombre protector, leal y honesto?, ¿alguien digno de esa confianza tan ciega, tan peligrosa, cuyas consecuencias había empezado a pagar? A mi padre nunca le había gustado Daniel. Ahora comprendía por qué.

—Zooney, cariño...

—¿Qué es lo que he hecho yo para merecer esto, Daniel? —hablé por fin, minutos, horas, puede que abismos de tiempo más tarde—. ¿No me he mantenido lo bastante delgada? ¿He envejecido antes de tiempo? ¡Por Dios!, si acabo de entrar en la treintena.

Un suspiro tan exangüe como el de un enfermo en su lecho de muerte fue expulsado a través de la lividez de mis labios. Hundí la cabeza entre las palmas, me aparté el pelo de las sienes y mi boca tembló en un gesto acerbo que reflejó lo que yo sentía en mi interior, el dolor que se entremezclaba con la incredulidad de una persona que contempla impotente cómo le arrebatan todo cuanto ha amado en la vida. Las palabras se ahogaron en mi garganta, y no pude volver a hablar hasta transcurrido un buen rato. E, incluso entonces, mi voz sonó queda.

—No puede ser esa la razón —murmuré para mí, y la tristeza me venció por momentos, hundiéndome cada vez más en mi asiento y en las entrañas de mi nuevo infierno personal.

—Zooney, creo que...

—Por favor, dime —le acallé con dureza, mis ojos alzándose para atravesar implacables a los suyos—. ¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Acaso no

he sido lo bastante pasional? ¿Es eso? ¿Te faltaba algo que yo no he sabido darte?

Era la primera vez que lo miraba, y no vacilé al hacerlo. Retuve su mirada con toda la dureza de la que fui capaz. Quería una maldita respuesta. Quería saber por qué, por qué lo había echado todo a perder.

Daniel me lanzó una mirada suplicante. Sus ojos, torturados por la culpa, me pedían que dejara de atormentarme a mí misma de ese modo. Vi compasión en su rostro y me entraron nauseas. Lo que menos deseaba era despertar su aborrecible compasión.

—No es por ti —me dijo, casi mascando las palabras.

Entrecerré los ojos en un gesto de rechazo. *No es por ti* es la peor explicación que te pueden dar.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —musité. Apenas podía tragar saliva. Las lágrimas no derramadas me sofocaban la garganta, por lo que las siguientes palabras sonaron aún más quedas que las anteriores—. ¿Después de todos estos años? ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos? ¿*No es por ti?*

Daniel bajó la mirada y agitó pesaroso la cabeza. Actuaba como el hombre que llevaba el peso del maldito mundo encima de los hombros, y eso era lo que más me enfurecía. La agonía que contrajo la delgadez de sus facciones no hizo más que avivar la llama de ira que hacía minutos que titilaba en mi interior. Sentí ganas de gritar hasta destrozarme las cuerdas vocales, ganas de herirle, de hacerle más daño del que nunca pudiera aguantar.

Pero fui tan cobarde que me limité a estrechar los puños en el regazo y a mirar insensible cómo se me estiraba la piel de los nudillos hasta palidecer casi por completo.

—No sé qué más podría decirte —murmuró él, su mirada elevándose despacio hacia la mía—. Salvo que lo siento. No sabes cuánto lo siento.

Nos miramos en silencio. Fue doloroso. Sentí que ya no lo conocía. La intimidad que él y yo habíamos tenido, la complicidad, la confianza, todo eso se había quebrantado, y ahora estaba indefensa, apresada por un agudo sentimiento de vulnerabilidad que no había forma de vencer. Me sentí como cuando un extraño irrumpe en tu casa y revuelve entre tus cosas. Me sentí

expuesta. Desvalida. Impotente. Lo odiaba tanto que me estremecí de ira.

—Lo siento muchísimo, Zooey —siguió Daniel al ver que mis ojos, inexpresivos como nunca, se perdían en un punto más allá de él—. *Muchísimo*. A lo mejor no te lo tenía que haber contado, pero necesitaba tu perdón. No puedo vivir con la culpa de lo que he hecho.

Trasladé la mirada hacia la ventana y mis labios bufaron un gesto de incredulidad. *¡La culpa!* ¿Eso era lo único que sentía él? ¿Culpa? Yo sentía ganas de morirme ¡y él se lamentaba por la condenada culpa?!

—¿Estás enamorado de ella? —murmuré mientras contemplaba con ojos mortecinos una mota de barro que la lluvia había salpicado en el cristal.

—No.

Categorico. Indiscutible. Sin vacilar.

Capullo insensible.

Mis ojos regresaron y perforaron los suyos.

—¿Me has puesto los cuernos con una mujer a la que ni siquiera amas? —la perplejidad que me hizo levantar el tono hundió a Daniel en su asiento.

—Lo siento. Yo... —Se calló y sus ojos verdes empezaron a nublarse, a volverse cada vez más llorosos—. Fue un error, cariño. Yo... El bufete va mal, estoy perdiendo clientes y estaba muy estresado, y tú nunca estás en casa, siempre estás escribiendo en esa maldita cafetería, y yo...

—Basta.

—Zooey...

—Basta —imploré en un murmullo desgarrado, y tuve que apretar los párpados con fuerza para dejar de verlo durante unos segundos—. No quiero oírlo. Me enferma oírlo.

No me di cuenta de lo mucho que apretaba los puños hasta que me empezaron a doler los dedos. Al cabo de unos segundos, los relajé y extendí las palmas. Cada vez luchaba más por retener las lágrimas. Mis manos temblaban a causa de la furia que me consumía por dentro.

Sin embargo, Daniel no pareció percatarse, pues estaba demasiado ocupado implorando la expiación.

—Pero tenemos que hablar. Cometí un error y...

—¿Un error?! —le grité, mis ojos azules abriéndose de par en par para despedazar los suyos—. Un error habría sido olvidarte de nuestro aniversario. Pero te has follado A OTRA, Daniel. ¡Eso no es cometer un error!

Mi marido llevaba uno de sus pretenciosos trajes de alta costura que se solía poner para ir a los juzgados. Aun así, pese a lo mucho que odiaba que se le arrugara la ropa, se arrodilló delante de mí y me cogió las manos entre las suyas. Debía de estar muy arrepentido. No era de los que se arrodillaban fácilmente. Ni siquiera lo hizo al pedirme matrimonio. Era demasiado soberbio, demasiado arrogante. Los hombres como él no se arrodillan.

Pero esta vez ahí estaba, de rodillas ante mí, suplicando un perdón que yo no sabía cómo concederle.

—Si pudiera retroceder... —se lamentó, con todo un vendaval de emociones asolando su rostro.

Di un violento tirón y me solté de sus caricias consoladoras. Me daba asco que me tocara con las mismas manos con las que había acariciado el cuerpo de ella. Me imaginaba sus largos y elegantes dedos recorriendo las curvas femeninas, venerándolas como bien sabía que él era capaz de hacer, y me entraron arcadas. Mi marido había tocado de ese modo tan íntimo a otra mujer, le había hecho el amor apasionadamente, y esa era una idea que yo no podía asimilar porque me dolía demasiado hacerlo. Él era el amor de mi vida. *Había sido* el amor de mi vida. Ahora ya no era nada.

—No puedes retroceder —espeté con frialdad.

—No, no puedo, cielo.

—Pues ya está. Asunto arreglado.

Lo aparté y abandoné la silla. Me dolía la espalda. Me había mantenido inmóvil durante demasiado tiempo.

Puse los brazos en jarras y me arqueé hacia atrás. Mi columna crujió. Relajé la postura y eché a andar por el pasillo. No soportaba estar a su lado ni un segundo más.

—Tienes que perdonarme —insistió Daniel, siguiéndome a la cocina—. Nunca fue mi intención hacerte daño. Esto está matándome.

Me volví sobre mí misma, incrédula y cada vez más furiosa con él. ¿Eso estaba matándole?

¡¿A él?!

Ese hombre había echado por la borda toda mi vida, todos mis sueños y mis ilusiones; el recuerdo de los mejores años de mi juventud había quedado agriado por culpa suya. ¿Y todo para qué? ¿Para calmar un calentón? ¿Cómo se le había ocurrido decirme que eso estaba matándole?

—¿Sabes qué, Daniel? Resulta que yo tampoco puedo obrar milagros. Tú no puedes retroceder para cambiar lo que has hecho, y yo no puedo perdonarte por ello.

Probablemente, hubiera añadido algo más, pero me sobresaltó el sonido de mi móvil, que vibró encima de la encimera, al son de la pantalla que se encendía y se apagaba, tan alegre e insensible al dolor que tanto me estaba lacerando. Me acerqué, le eché un vistazo e hice una mueca de desagrado al ver que la llamada entrante era de mi hermana. ¡Qué sentido de la oportunidad tenía!

En otras circunstancias, no se lo habría cogido. Llevábamos años sin hablar. De todas mis hermanas, Jennifer era con la que menos empatizaba. Era grosera, ególatra y de lo más impulsiva, y de algún modo sentía que ella y su vanidad habían roto nuestra familia. Al menos Liberty se comportaba como una necia porque estaba enamorada. Jennifer no podía aferrarse a ese comodín, el amor nunca hace mella en personas tan superficiales como lo era ella.

—Zooney, tienes que escucharme, cariño.

Mi marido posó la mano en mi brazo para detenerme, pero coloqué la palma contra su pecho y lo empujé hacia atrás. Él retrocedió, herido y contrariado, y me dedicó una mirada fulgurante.

—¿Quieres comportarte como una adulta y hablar conmigo? Sé que he metido la pata, ¿vale?, pero vas a tener que enfrentarte a esto, Zooney. También es culpa tuya, no solo mía. Sí, no me mires así. Sí, es culpa tuya, ¡porque fuiste tú la que me apartó sistemáticamente, maldita sea! La que siempre estaba demasiado ocupada incluso para mirarme. Era como si yo no existiera para ti. Lo mismo que ese cuenco de adorno de ahí. ¡Y sí, Zooney!, ¡me acosté con Charlotte! ¡Lo hice porque ella, a diferencia de ti, me miró como si me viera!

Y lo siento, porque te quiero y ella no significa nada para mí. Tú eres la mujer con la que quiero envejecer.

¡Oh, por el amor de Dios! ¿Por qué no le cae un rayo encima ahora mismo? Así se callaría de una santa vez.

La pantalla del móvil siguió encendiéndose y apagándose delante de mis ojos carentes de vida, y por una vez me dio igual mi relación con mi hermana, su egoísmo casi patológico y lo mucho que me había enfurecido con ella por fastidiar a nuestra hermana Rachel. En ese momento habría hecho cualquier cosa con tal de que Daniel dejara de existir durante un tiempo. Cualquier cosa, incluso revolver entre los escombros del pasado.

Así que me abalancé sobre el móvil con aire ansioso y descolgué.

—Hola, Jennifer —saludé con voz calmada—. No es un buen momento. Sé breve.

—Zoocy. Tienes que volver a casa. Es mamá.



Zooey

Llevaba más de cinco años sin pisar Austin, Texas, y, en cuanto una oleada de abrasadora humedad me dio de lleno contra la cara, constaté que no había echado de menos el lugar.

No necesitaba abandonar las inmediaciones del aeropuerto para saber que la ciudad lucía exactamente igual a como la había dejado al marcharme, soleada, calurosa, próspera y mucho más soporífera que Nueva York. Como si su pulso se viera ralentizado por los rayos del achicharrante sol, aún primaveral, que se derramaban torrenciales a través de la enorme cristalera que apuntaba hacia la pista donde minutos antes había aterrizado mi vuelo.

La sala de espera estaba llena. Hombres con botas vaqueras y sombreros *Stetson* esperaban sus maletas junto a mujeres de rostros bronceados y sonrientes, cuya buena disposición me hizo sentir mucho más amargada de lo que ya me sentía. Los niños correteaban libremente de un sitio al otro con la alegría de quien que no tiene más preocupación en la vida que la de divertirse. Por primera vez en mi vida, deseé ser pequeña otra vez.

Los tejanos suelen ser bastante amigables, incluso con los forasteros. Coseché montones de sonrisas mientras aguardábamos, todos de pie en un semicírculo, a que la cinta mecánica empezara a traer nuestros equipajes. Aunque me incomodaba ser objeto de tantas atenciones, correspondí a esa calurosa bienvenida con sonrisillas fugaces y algo tensas. Yo también había nacido en Texas, pero nadie lo habría dicho al verme. Mi aspecto era

demasiado cosmopolita.

Y mi carácter tampoco es que fuese tan abierto como el de los demás tejanos. Solía ser una persona retraída, sin apenas amigos. Salvo Charlotte, ¿y de qué me había servido?

Dejé de pensar en Charlotte y nuestra supuesta amistad. Me sentía enferma cada vez que su nombre se colaba entre mis pensamientos. Lo cual sucedía demasiado a menudo.

Las maletas tardaban en llegar, así que me entretuve contemplando las pistas, los aviones despegando o aterrizando y los vehículos que corrían por la carretera que trascurría perpendicular al aeropuerto. El sol tejanos languidecía a lo lejos, preparado para el atardecer, y tuve que entrecerrar los párpados para seguir mirando hacia el exterior. El rojizo resplandor del cielo se difuminaba en hermosas tonalidades de púrpura y azul, gamas tan intensas que en ningún lienzo se habrían podido reproducir, y a mí me invadió una sorprendente oleada de orgullo tejanos ante tal despliegue cromático.

Mi tierra era rica en belleza, un bizarro abanico que entremezclaba colores y fragancias como no se veían en ninguna otra parte del país. Sin embargo, la mayoría de las veces ni siquiera era consciente de ello. Durante toda mi vida había deseado marcharme lo más lejos posible. Soñaba con el vasto mundo que se extendía más allá de la Travesía de los Leños o la Meseta Edwards; con Nueva York, la que yo consideraba el vibrante núcleo del país, una ciudad febril y prolífica en todos los sentidos de la palabra; prospera en cultura y de un dinamismo que me fascinaba. Teatro, arte, belleza, moda, música. Nueva York lo tenía todo.

Me imaginaba las oportunidades que la vida neoyorquina me brindaría, la gente a la que conocería y la cantidad de cosas que ellos me aportarían, y de esa forma me pasaba horas enteras soñando con los ojos abiertos, planeando todas y cada una de las locuras que haría si pudiera poner tierra de por medio entre ese lugar olvidado de la mano de Dios y yo.

En cuanto se me presentó la ocasión de marcharme, no me lo pensé dos veces. Me alejé junto a Daniel, sin llegar nunca a sentir nostalgia por los ondulantes campos verdes, los pantanos rebosantes de vegetación o los oscuros bosques de cipreses en los que me solía perder cuando era pequeña. Me movían la inconsciencia de mi juventud y un voraz deseo de reinventarme,

de dejar atrás a la Zooey que solía ser, creando de esa forma a alguien nuevo y muchísimo más interesante. ¿Quién quería ver pastos llenos de vacas, si la alternativa era vivir en Manhattan y convertirse en una chica cosmopolita?

Ahora, tras haber pasado más de diez años alejada de mi lugar de nacimiento, al pisar la capital de Texas me sentí como si estuviera adentrándome en la América más profunda. Me había desacostumbrado incluso al modo de hablar de los tejanos, esa peculiar forma de arrastrar las vocales y el inconfundible acento cerrado.

Concluidos unos interminables minutos de recorrer la sala de un lado al otro, por fin vi llegar las maletas y me acerqué a la cinta mecánica que las transportaba. Cuando me llegó el turno, me estiré por encima de un niño y agarré la mía, intentando no golpearle con las ruedas al enderezarme.

—Travis, deja pasar a la gente —advirtió su madre, la cual había reparado en mi maniobra y se había dado cuenta de que el pequeño Travis estorbaba un poco.

El niño se apartó y yo le sonreí. Debía de ser la primera sonrisa sincera que esbozaba en días, la única que no me costó ningún esfuerzo. Daniel y yo no teníamos hijos, aunque hubo una época en la que soñé con tenerlos.

Lo que sí tenía eran montones y montones de sobrinitos. A los que apenas veía. A algunos ni siquiera había conocido aún, estaban dentro del vientre de sus madres la última vez que volé a Austin, y como mis hermanas y yo no éramos aficionadas a compartir fotos familiares por *WhatsApp*, no tenía ni idea del aspecto que tenían los críos. Conocía sus nombres porque era una buena tía y les enviaba un regalo navideño todos los años.

Por *FedEx*.

Mi familia era de las complicadas, de las que siempre tenían un frente abierto en alguna parte. Había que hacer encaje de bolillos para conseguir juntar a todo el mundo sin que nadie saliera machacado. Todavía no lo habíamos conseguido, razón por la cual apenas nos veíamos, a no ser que fuerzas mayores (malignas, en algunas ocasiones) nos juntaran a todos bajo el cielo de la misma ciudad.

Estaba convencida de que este nuevo encuentro iba a resultar explosivo. De hecho, venía preparada para lo peor. Si se podía sacar algo en positivo de los sucesos de los últimos días, era que la aventura de mi marido me había

insensibilizado. Cualquier cosa que hiciera mi familia a partir de ahora, me iba a parecer una nimiedad comparado con lo de Daniel y Charlotte.

Arrastrando la pesada maleta roja, llena de ropa que sabía que nunca me daría tiempo a ponerme, me acerqué al mostrador de una empresa de alquiler de coches y elegí un bonito Ford modelo familiar, cuyo precio aboné en efectivo.

—Gracias —le dije al hombre que me entregó la llave en el aparcamiento, tras una breve inspección del reluciente vehículo azul por el que acababa de soltar una pequeña fortuna en concepto de fianza.

—Conduzca con cuidado —se despidió sonriente, llevándose dos dedos al ala del sombrero. Llevaba un *Stetson*. Por supuesto que sí.

Con un suspiro melancólico (mi padre también llevaba un *Stetson*), abrí el maletero, lancé el equipaje dentro y me coloqué las gafas de sol encima de la nariz. Frotándome las palmas como siempre hacía después de una tarea bien hecha, rodeé el Ford y me senté detrás del volante.

El viaje iba viento en popa. El avión no había llegado con demasiado retraso, la compañía no había perdido mi maleta como en otras ocasiones, había conseguido coche de alquiler en menos de diez minutos...

Hasta que me di cuenta de que el cambio era manual, y todo se echó a perder.

—¿Qué? ¡No fastidies! —grité, propinándole un furioso golpe al volante. Rocé el claxon sin querer y pegué un brinco en mi asiento, asustada por el ruido que yo misma había provocado. Necesité un momento para comprender que nadie me estaba pitando. Fue algo casi tan estúpido como las películas de Ben Stiller.

Acababa de llegar, y las cosas habían empezado a descontrolarse. Maravilloso.

Con ademanes torpes, me enderecé las gafas de sol, que se me habían torcido un poco por el sobresalto, rezongué otra maldición y ajusté los espejos y el asiento a mi altura. Si la vida te da limones, hay que hacer limonada.

Giré la llave dentro del contacto, puse el vehículo en marcha y...

para desesperación de los que circulaban detrás de mí, lo calé cinco veces

seguidas. Demasiadas, teniendo en cuenta que aún no había abandonado el aparcamiento.

Me pitaron y coseché unos cuantos insultos que me hicieron descubrir que los tejanos no eran tan amigables como parecían.

En vista del atasco que estaba provocando, decidí dejarme de tonterías y pisar el embrague con más vehemencia. No me gustaba ser el hazmerreír de los demás conductores.

Si conseguiste no asesinar a Daniel ayer, puedes conducir un puñetero coche, me infundí ánimos, y, sin soltar más el embrague, maniobré para incorporarme al apabullante tráfico de la tarde. Habían pasado años desde la última vez que había conducido un vehículo con marchas, y me costaba bastante recordar el procedimiento.

En cuanto cogí la autopista y conseguí meter cuarta, supe que ya no había más peligro de calarlo. Ahora solo tenía que conducir, como si se tratara de un automático. Aun así, no fui capaz de relajarme, me mantuve tensa e incómoda, con los ojos siempre fijos en la carretera. Ni siquiera me atreví a cambiar de emisora por miedo a estrellarme, con lo que tocó escuchar canciones folk a todo volumen. Sentía que no era yo la que tenía el control, sino el coche, y eso me aterraba.

Empleé más de media hora en realizar un recorrido que, por lo general, solo requería unos diez minutos de conducción.

Aliviada de haber sobrevivido al tráfico del centro, y procurando llegar sana y salva al hospital, giré a la derecha en un cruce tan transitado que hizo que las manos me sudaran encima del volante, y aparqué con dificultad delante de una floristería, en una calle bastante concurrida.

Al abandonar el fresco interior del coche, gruñí una maldición. Fuera, el calor se había vuelto insoportable, aún más a causa de la elevada humedad que cubría mi piel con una capa sofocante y pegajosa.

Sin prescindir de las gafas oscuras, tan necesarias para conducir con el sol bajo en el horizonte, crucé la calle y entré en el pequeño establecimiento, cuya entrada estaba delineada por pesados maceteros que había que esquivar. El cencerro que colgaba sobre la puerta emitió un alegre sonido, como para darme la bienvenida a la tienda. Me pareció muy pintoresco. En Nueva York no había sonidos de cencerro. No que yo supiera, al menos.

Me acerqué al mostrador, sepultado bajo toda clase de flores y plantas, y le pedí al dependiente un ramo de margaritas.

—Tiene mucha suerte. Es el único que nos queda. Tenga. Unas flores bonitas para una chica aún más bonita.

Los tejanos eran unos ligones. Retiré la nariz del ramo de flores, que no olían a absolutamente nada, y le sonreí.

—Oh, no son para mí. Se las llevo a mi madre. Le encantan las margaritas.

—Cada vez son más difíciles de conseguir —replicó con pesadumbre—. Hace tanto calor que no tardan nada en marchitarse.

Era triste de algún modo que las únicas flores que le gustaban a ella se marchitaran antes de tiempo. Con una sonrisa efusiva, pagué lo que debía, cogí el ramo y me enfrenté de nuevo al molesto sol poniente, que arrojaba reflejos rojizos encima de los bucles que el aire empujaba delante de mis ojos.

Tras asegurarme de haber dejado el coche bien cerrado, caminé por la acera en dirección a la modesta clínica, que se erguía solo un par de plantas por encima del nivel del suelo, y crucé las puertas automáticas.

Tuve que pasar por recepción antes, ya que Jennifer no había especificado en qué habitación tenían a mamá.

—Disculpe. Hola. —Sonreí cuando la recepcionista levantó la mirada del ordenador—. ¿Podría indicarme cuál es la habitación de Verónica Patton?

La mujer, con una rígida sonrisa profesional, tecleó algo mientras yo tamborileaba impaciente los dedos encima del mostrador de granito, en un vano intento por liberar la tensión.

—La veintitrés. Siga este pasillo todo recto, y al fondo gire a mano derecha.

—Gracias.

Con manos trémulas, me enrosqué el fino pañuelo rojo alrededor del cuello y seguí la dirección que me habían indicado. Estaba tan nerviosa, tan perdida en mis pensamientos y tan inquieta por encontrar a mi madre ingresada en un hospital, que, sin darme cuenta, me estrellé contra la sólida caja torácica de un hombre que salía de una habitación con un montón de carpetas en la mano, justo en ese momento. Nos dimos tal golpe que sus carpetas salieron

disparadas por el aire y aterrizaron al lado de mis pies.

—Dios, lo siento —murmuré aturullada, y me agaché a recoger los folios que mi torpeza había desparramado a nuestro alrededor.

Él se agachó a mi lado. No pude evitar echar un ojo a los documentos mientras se los ofrecía. Parecían los planos de una casa. Una casa bien grande.

—¿Zooney?

Sus ojos buscaron a los míos con tal insistencia que, aturdida como estaba, levanté la mirada y lo estudié con expresión confusa. Admito que me gustó lo que vi. El hombre, que a su vez me contemplaba a mí, era alto y fortachón. Muy atractivo. Un tejano hecho y derecho, de piel tostada, profundos ojos, tan azules como las aguas del lago Conroe, y cabello rubio oscuro, corto y un poco gastado hacia las puntas. Ese hombre no debía de tener ni idea de lo que era un buen corte de pelo. Sin duda, se cortaba el pelo muy de vez en cuando, y siempre en el baño de su casa.

Iba en vaqueros, botas y camisa caqui remangada, y la piel alrededor de sus ojos estaba curtida por el sol. Debía de ser una persona risueña, también me fijé en las líneas de expresión que se insinuaban en las comisuras de sus labios.

Parecía igualarme en edad, aunque no tenía ni idea de quién era o de qué me conocía. No había nada familiar en él.

—Disculpa, ¿nos conocemos?

—¿No te acuerdas de mí? Soy T.J.

Una vez conocí a un T.J. Lo dejé plantado en mi baile de graduación. Esa noche me fugué con Daniel, el que ahora era mi marido, el capullo que, unas doce horas antes de esa conversación, me había confesado una aventura con su mejor amiga. Al menos ahora, el término *amiga íntima* tenía algún sentido para mí.

Dado el modo (inexistente) en el que nos habíamos despedido, recé para que no se tratara del mismo T.J.

—¡T.J.! —fingí reconocerle—. Claro. Vaya. Eres tú. Qué torpe. Me alegro de verte. Cuánto tiempo.

T.J. me mostró una sonrisa perezosa. Sus dientes me llamaron la atención

por su blancura y por lo rectos que eran. Era un hombre tan apuesto que decidí que era imposible que se tratara del mismo tío del instituto. Yo recordaba a T.J. como un joven desgarrado, larguirucho, demasiado delgado y de ademanes un poco torpes. No había término de comparación entre él y mi apuesto novio de la adolescencia, el *quarterback* Daniel Thorne, el chico que, con una sola mirada de sus espectaculares ojos verdes, conseguía que las muchachas (yo incluida) perdieran las bragas en un santiamén.

—Ya te digo. Creo que no te veía desde el baile de graduación, cuando me dejaste plantado y te fugaste con... —Ladeó la cabeza, se rascó la ceja y se hizo el despistado—. ¿Cómo se llamaba aquel chico?

Tragué saliva. Pues sí, sí que se trataba del mismo T.J. Vaya por Dios. Estúpidas casualidades de la vida.

—Daniel —balbucí ruborizada.

—Eso. Daniel. ¿Cómo está Daniel? ¿Sigues casada con él?

No pude refrenar a tiempo una mueca de aversión.

—Legalmente sí, pero nos estamos dando un respiro —expliqué, desconocedora de las razones que impulsaron tan molesto derroche de honestidad.

En los ojos de T.J. brilló una expresión casi malévola.

—¿En serio? Qué lástima. Me caía bien.

—¿De verdad?

—En absoluto —contestó con una contundencia tan seca que me hizo sonreír.

Nos erguimos y le ofrecí el resto de los papeles que llevaba en la mano. T.J. estaba sonriendo, y reparé en que había un ligero matiz insolente en su sonrisa. A lo mejor le resultaba divertido lo mío con Daniel. O a lo mejor consideraba que me lo tenía merecido.

Esa idea consiguió que mi sonrisa se hiciera añicos. Nunca lo había pensado, pero ¿podía haber sido cosa del karma? ¿Lo que se siembra se recoge, o algo así? ¿Había acumulado yo demasiadas energías negativas a lo largo de mi existencia y ahora la vida me decía *namasté*, Zooey, y que te jodan?

Hmmm. A lo mejor.

—Gracias por ayudarme —T.J. interrumpió mi viaje espiritual al acercármeme de una zancada. Retuvo mis ojos con tanta insistencia que me vi obligada a echar la cabeza hacia atrás para soportar todo el peso de su mirada. Era considerablemente más alto que yo—. Aunque, por el otro lado, si no me hubieses derribado, no me habría hecho falta tu ayuda. Así que... ¿gracias por nada?

Apreté los labios en una línea fina y tensa para desvelar mi arrepentimiento.

—Lo siento. De veras.

—No pasa nada. Quedas perdonada. ¿Qué haces aquí?

Pasé de inventarme alguna historieta y, en vez de eso, le dije la verdad.

—Bueno, mamá está ingresada y...

—¿La señora Patton está enferma? —se preocupó T.J.—. ¿Qué es lo que le pasa?

Me encogí de hombros.

—Aún no lo sabemos. Le están haciendo algunas pruebas.

Él posó una mano en mi hombro. No era un gesto sexual o provocativo. Solo pretendía trasmitirme apoyo. Así y todo, no pude reprimir un leve estremecimiento que contrajo mi estómago. Aquel era un hombre completa y absolutamente masculino, y eso me intimidaba. En su presencia, a pesar de mi casi metro setenta y dos de altura, me sentí pequeña y frágil.

—Espero que todo salga bien —me dijo con tono afable.

—Oh, seguro que no es nada. El azúcar o algo así. Ya sabes que, después de cierta edad, el cuerpo da algún que otro fallo.

Hablaba tan deprisa porque era incapaz de contener mi nerviosismo. Su mano era grande y fuerte. Notaba su calidez a través de la ropa y, por algún motivo, se me empezó a elevar la temperatura corporal. ¿Todo eso sucedía porque hacía meses que ningún hombre me tocaba de forma íntima? ¿Debía achacar mi reacción a las hormonas desquiciadas, o más bien a un oculto deseo de hacerle daño a Daniel acostándome con otro hombre?

¡Qué despropósito! T.J. está tan cañón que hace que a una se le doblen las rodillas, me tranquilicé a mí misma, decidida a no buscar significados tan profundos. No se trataba de un retorcido deseo de vengarme de mi querido y adúltero marido. Ese hombre me parecía guapo y punto. Además, era el primer representante del sexo opuesto que se interesaba por mí en mucho tiempo. Decidí que sentirme atraída por él era lo normal.

—Ahora que lo mencionas, a mí cada día me chascan más las rodillas —bromeó él con un guiño.

—Si te sirve de consuelo, a mí también. Pero, *chissstt*, no lo digas por ahí. Tengo una reputación.

Reímos, divertidos por la broma, hasta que él carraspeó, retiró la mano y se rascó la nuca. Era como si algo le perturbara de pronto, como si esa intimidad le asustara de algún modo. Su sonrisa se había tornado tensa y menguaba con cada segundo que transcurría. La mía, por el contrario, se mantuvo intacta.

Busqué sus ojos azules y los estudié embobada. Me hallaba ante uno de los hombres más guapos con los que me había topado en toda mi vida, y eso que vivía en Nueva York, el centro del mundo civilizado, donde había montones y montones de tipos apuestos.

T.J. era guapo. Indiscutiblemente. Pero era mucho más que un rostro masculino y un cuerpo forjado a base de trabajos pesados.

Cuanto más lo observaba, más convencida estaba de que su aspecto físico no era lo único que me atraía de él. No se trataba solo de la dureza de unas facciones esculpidas y tostadas por el sol, o de la solidez de una figura alta y robusta. Había algo en sus ojos, un aire de honradez que hacía años que no veía en nadie.

No sé por qué, pero tuve la impresión de que T.J. era un tipo leal. Alguien como mi cuñado Logan. Alguien como mi padre. Alguien completamente opuesto a Daniel.

Aparté ese pensamiento de mi cabeza. Pensar en mi marido me ponía en plan homicida.

—Siento oír lo de tu madre —me dijo T.J. con voz cálida—. Espero que se mejore pronto.

Esboqué una sonrisa forzada y tensa. Notaba frío en el hombro desde que él había retirado la mano.

—Gracias. Bueno, tengo que dejarte. Me están esperando.

—Claro. —Palmeó mi hombro a modo de despedida, besarnos habría resultado incómodo para ambos, y me sonrió por última vez—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. Adiós, T.J.

—Adiós, Zooey. Dale recuerdos a tu madre.

—Lo haré.

Se marchó, con los andares perezosos de un hombre que es sexy y no le importa que los demás lo sepan, y yo solté todo el aire que había retenido hacia los últimos segundos de nuestra conversación, y continué mi camino por el pasillo, procurando no derribar a nadie más.

Delante de la puerta de mamá, cuadré los hombros, llamé con suavidad y me preparé para enfrentarme a lo que fuera que tuviera que afrontar.

Estaban todos ahí cuando entré. Mi hermana Liberty y su odioso marido Tom, mi hermana Jennifer y su marido Logan, mi hermana pequeña Rachel...

Y, por supuesto, mamá, que se alegró muchísimo de verme.

Era la hija a la que menos veía. Mis hermanas mayores vivían en el condado, y, de una forma u otra, sus caminos se acababan cruzando tarde o temprano, en el mercado o en la peluquería. Puede que incluso en el cementerio. Dios sabía que había mucha gente querida sepultada en el cementerio local.

Rachel, a pesar de estar viviendo en California, visitaba a mamá como mínimo dos veces al año.

Yo, en cambio, después del entierro de papá, no lo había hecho, siempre por falta de tiempo, organización o cualquier otra excusa estúpida a la que me aferraba para justificar mis ausencias en fechas señaladas.

Incómoda a más no poder, me detuve en el umbral y los evalué a todos con mirada inquieta. Me sentía un poco fuera de lugar delante de mi propia familia. Yo era la desconocida, la que se había desentendido por completo de

los demás. Era imposible que me sintiera cómoda en esas circunstancias. Era una intrusa.

—Hola —saludé, notando cómo se me alzaban los bordes de la boca en un gesto tenso, una sonrisa que no tardó más de un par de milésimas de segundo en apagarse encima de mis labios.

Los ojos de mi madre resplandecieron como un chispazo, iluminando su rostro afectuoso, aunque marchito por el cansancio.

—¡Zooey! ¡Dios mío! ¡Has venido desde Nueva York!

Lo dijo como si hubiese tenido que venir desde la Luna, y experimenté cierto malestar al comprender que no había sido una buena hija. En los últimos cinco años no había ido a verla ni una sola vez. Supongo que no le había perdonado a mi madre el haberse posicionado del lado de Jennifer en el escándalo que nos acabó dividiendo a las cuatro hermanas en dos bandos: por un lado, Liberty y Jennifer, y por el otro, Rachel y yo. En mi opinión, una madre tiene que mantenerse ecuánime en algunos asuntos.

Pero ese no era un buen momento para ventilar los trapos sucios. Mi madre estaba ingresada en el hospital, y yo estaba preocupada por ella. Pese a que nuestra relación se había enfriado muchos años atrás (fugarme con Daniel lo había echado todo a perder, ya que a ella le sentó como un jarro de agua fría que nos casáramos sin su bendición), no dejaba de ser mi madre.

Así que me acerqué a su cama, le di un beso en la frente y dejé el ramo de flores sobre la mesilla.

—Hola, mamá. Me alegro de verte.

—¡Pero qué guapa vienes! ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿Esto? Ya ves, me lo he tenido de castaño. Estaba cansada del eterno y aburrido rubio que me dejaste en herencia.

Mi madre se rio y rozó el largo mechón que yo acababa de soltar.

—Y lo llevas ondulado como las estrellas del cine. Qué bonito. Parece caramelo derretido, ¿verdad, Titi?

A mi hermana Liberty la llamábamos Titi. Como era peluquera, mamá la consideraba la máxima autoridad en cuanto a peinados. Siempre pedía su opinión para todo lo relacionado con la moda capilar.

—Sí, mamá. Muy bonito. Hola, Zooey. Te veo... muy bien. Muy guapa. Muy... joven.

Lamenté no poder devolverle el cumplido. En vez de decir nada, correspondí con una sonrisa triste. Me entristecía verla tan desmejorada a sus treinta y seis años. Tenía cara de estar sufriendo, surcos de amargura donde no debía tenerlos. Mi hermana era profundamente infeliz, y lo advertí con una sola ojeada.

Titi era la mayor. La primera en tener pechos, la primera en perder la virginidad, y la primera en cagarla al casarse con el tipo más cretino que alguien fue capaz de parir. Mis relaciones con ella se habían enfriado mucho antes de lo de Jen y Rach, y sucedió por culpa de Tom, que se propasó una noche en la que yo cuidaba de Ayleen, su hija.

Fue una experiencia horrenda. Mi hermana había salido con unas amigas, y se suponía que Tom trabajaría hasta muy tarde, pero, por algún motivo, llegó a casa antes de lo previsto. Ayleen estaba durmiendo en su habitación y yo veía la tele en el salón.

Nada más llegar, Tom abrió una lata de cerveza, se sentó a mi lado en el sofá y, conforme avanzaba la noche, se me acercó cada vez más, hasta que acabó encima de mí, su lengua con sabor a alcohol intentando penetrar mi boca y sus asquerosas manos manoseándome los pechos apenas desarrollados. De no haber sido porque Titi entró en ese momento, gritando que ya estaba en casa, no sé qué habría pasado.

Tom me soltó de inmediato, me dijo que cerrara la puta boca y subió al dormitorio antes de que las pisadas de Titi alcanzaran la sala de estar.

Al verme tan pálida, mi hermana me preguntó qué me sucedía. Se lo conté entre lágrimas, le dije lo que me había hecho Tom, pero la reacción de Titi no fue la que yo esperaba. Me abofeteó y me dijo que era una puta mentirosa y que estaba celosa de su relación, y luego me echó de su casa. Yo tenía dieciséis años en aquel entonces. Titi, veintidós. Habían pasado catorce años y ella seguía casada con él.

Y eso era algo que yo no podía perdonarle a mi hermana mayor. No el hecho de no haber creído en mí, sino el haberse destrozado la vida siguiendo al lado de un canalla como Tom. Ella se merecía algo mejor. En el fondo, era buena persona, puede que la mejor de las cuatro.

—¡Pero si es la señora escritora! —exclamó Rachel, muy contenta de verme.

—Guionista —la corregí con una sonrisa ladeada. Me acerqué a ella y le di un abrazo fuerte—. Hola, peque.

Aunque yo solo era tres años mayor que ella, para mí era la pequeña, la niña a la que defendía de los abusones en el cole y a la que le hacía bocadillos para merendar cuando mi madre no estaba en casa.

—¿También te llamó Jennifer? —le susurré.

Un estremecimiento recorrió el delgado cuerpo de Rachel al ser mencionado el nombre de la hermana mediana.

—No. Fue Titi.

—Qué suerte la tuya.

—¿Tú crees?

Jennifer y Rachel llevaban unos once años sin hablarse, y era por culpa de Logan. Por lo visto, cada vez que las hermanas Patton armaban una trifulca, había un hombre de por medio.

Aunque cabe mencionar que mi cuñado Logan era todo lo contrario a Tom. A mí me parecía un hombre de un carácter irreprochable y una generosidad casi abrumadora. Era noble y leal como nadie a quien yo hubiera conocido, y puedo afirmar sin temor a equivocarme que se podía contar con él incluso en los momentos más cruciales de la vida. Logan era de los que nunca abandonaban el barco. Por mucho que este estuviera a la derriba, él se quedaba hasta el fin, luchando, dándolo todo para mantenerlo a flote.

Logan era mi amigo. Uno de mis amigos más queridos. Para mí, él era más familia mía que mi hermana Jennifer. La familia no solo es sangre. También es lealtad. Confianza. Comprensión. Y Logan me había dado todo eso y mucho más.

Rachel se enamoró de él cuando era una cría, y no fue de extrañar. Logan Miller era guapísimo. Unos ojos azules de infarto, un cuerpazo que te hacía temblar y unos andares tan sexys que las chicas casi se desmayaban cuando le veían llegar a un rodeo. Era bastante más mayor que ella, pero a Rachel no le importó.

Un día proclamó que tenía pensado casarse con Logan Miller. Ella tenía quince años por aquel entonces. Él, veinticinco. Y a todos nos pareció bien.

Menos a nuestra hermana Jennifer, la reina del baile del instituto y la chica más ambiciosa de todo el estado de Texas. Si antes del enamoramiento de Rachel, Logan no representaba ningún interés para ella, al enterarse de los sentimientos de nuestra hermana pequeña, Jen se empeñó en cazarlo. Creo que solo lo hizo para fastidiar. Era demasiado superficial como para albergar sentimientos sinceros. Lo que le sucedía era que, sencilla y llanamente, no podía soportar la idea de no ser ella el centro del puñetero universo.

Sometió al pobre Logan a una autentica cacería, y el día en el que Rachel cumplió los dieciséis años, en su misma fiesta de cumpleaños, se lo trajo a casa y nos anunció que iban a casarse. La reacción de Rach fue devastadora. Era su primer amor, y nada duele más que te lo arranquen de forma tan injusta y por puro capricho, además.

Sinceramente, creo que, más que perder a Logan, lo que más le partió el corazón fue la traición de una de las hermanas a la que ella más admiraba. Rachel era demasiado joven entonces como para saber que Jennifer no era sino una cara bonita sin nada sustancioso en el interior.

Ante el escándalo que empezó a agitar cada vez más los cimientos de nuestra familia, las dos hermanas mayores hicieron piña. Según era de esperar, Titi defendió a Jennifer como siempre hacía. Mis padres también se pusieron del lado de su segunda hija. En definitiva, Jennifer, de veintidós años, estaba en edad de casarse. Rachel no era más que una niña con un encaprichamiento ridículo. De toda la familia, yo fui la única en posicionarse a su lado; la única en ofrecerle apoyo moral cuando más falta le hacía.

Aún recuerdo lo deprimente que fue la adolescencia de Rachel. No solo porque la arrastraron a la boda de su hermana para ver cómo esta se casaba con el hombre al que ella aún amaba a pesar de todo, sino porque, encima, obligada por mamá, tuvo que desempeñar el papel de dama de honor, llegando incluso a ayudar a Jennifer a preparar su atuendo para la noche de bodas con Logan. Aquello debió de ser muy doloroso para ella.

Después de la boda de Jennifer y Logan, la pequeña Rach se volvió cada vez más y más retraída, se refugió en un caparazón casi impenetrable para evitar que le volvieran a hacer daño. No tenía ninguna amiga aparte de mí, y

no salió con ningún chico durante todo el instituto. Navidades, Acción de Gracias y cada uno de los cumpleaños familiares, suponían un auténtico suplicio para ella, pues Jennifer siempre se las apañaba para restregarle su felicidad conyugal, fuera esta real o no.

Tan pronto como se graduó en el instituto local, Rachel obtuvo una beca (a falta de una vida social, se pasaba el día estudiando) y se marchó a París a aprender los secretos de la alta costura. Me sentía muy orgullosa de sus logros. Tras largos años de duro trabajo, ahora, con solo veintisiete años, mi hermana pequeña se había convertido en una de las mejores diseñadoras del país. Era dueña de una boutique de lujo en Los Ángeles y había conseguido engatusar a la clientela más distinguida de toda la costa oeste, desde actrices de cine hasta cantantes, e incluso la primera dama. Todo el que era alguien y se preciara de ello, había presumido alguna vez de un modelito de *Rally*.

Yo misma lucía uno aquella tarde, un mono azul marino de rayas blancas, que entrelazaba la elegancia con la comodidad.

—¿Sabemos algo de las pruebas? —pregunté, a nadie en concreto.

—Seguimos esperando —contestó Logan con una sonrisa bonachona.

Me alegré de descubrir que el estar casado con mi hermana no le había avinagrado el carácter. A diferencia de todo el mundo, él era el que menos había cambiado con el curso de los años.

De acuerdo, lo encontré un poco más mayor, se le formaban pequeñas arruguitas alrededor de los ojos cada vez que sonreía, pero seguía siendo el Logan de siempre, alto, guapo, moreno y leal. De algún modo, me recordaba a T.J., el mismo tipo de tejano bronceado y corpulento que se pasaba el día trabajando en el exterior. La idea de encerrar a Logan o a T.J. en una oficina resultaba desternillante. Se habrían subido por las paredes. Eran hombres de acción. Les gustaba sentir el aire en la cara y la lluvia empapando su ropa. Eran libres como potros salvajes, y eso les hacía felices. No, de ningún modo me los imaginaba trabajando de contables, atrapados en un habitáculo de menos de quince metros cuadrados.

—Bueno, ¿y qué te cuentas, Zooey? ¿Daniel no viene contigo?

No tenía pensado comentarles el aprieto por el que pasaba mi matrimonio con Daniel, y mucho menos si el que preguntaba era el cretino de Tom.

—Tiene mucho trabajo —contesté con gelidez.

—Los tipos de la ciudad. Siempre tan ocupados.

Decidí cambiar de tema. Lo que menos me apetecía era conversar con un cretino y que el tema de conversación girase en torno a otro cretino.

—¿Y qué tal vosotros? Seguís igual, imagino. Parece que en Texas nunca sucede nada nuevo.

—Yo he dado un paso hacia adelante y he comprado la peluquería —anunció Titi con una sonrisa que le arrugó muchísimo las esquinas de los ojos. Incluso su alegría enmascaraba un ligero matiz de tormento, y, sin poder evitarlo, volví a experimentar un extraño sentimiento de lástima. Me sentía culpable por eso porque sabía que yo, en su lugar, habría odiado despertar compasión.

—Enhorabuena, Titi —la felicitó Rachel.

Nuestra hermana mayor recibió sus sinceras palabras con un gesto de cabeza. Yo también la felicité. Me alegraba por ella. Era una buena noticia que al menos el trabajo le fuera bien.

—Gracias. Me hacía falta. Estaba harta de trabajar siempre para otros.

—Mi chica se merecía un proyecto nuevo. Y si trae más dinero a casa...

Rachel y yo pusimos los ojos en blanco a la vez.

—¿Alguien quiere un café? —ofreció Jennifer con aires de gran anfitriona.

Seguía siendo una reina de la belleza, pero del tipo vulgar. Todo en ella rebosaba vulgaridad, su vestido corto y escotado, el estampado animal, sus sandalias rosas llenas de pedrería, las uñas largas y rojas como las de una bruja... No me costaba ningún esfuerzo imaginármela subida a una escoba, esparciendo maleficios y risas diabólicas.

Jennifer era la única hermana Patton que no había superado la adolescencia. Para ella, fue su época de gloria, el tiempo de su vida, y se negaba a dejarlo escapar así como así. Imagino que por eso aún lucía el mismo estilo de ropa que solía llevar en el instituto, como si se negara a admitirse a sí misma que ya no le sentaba bien. Al hablar, empleaba un tono chulesco, y siempre masticaba el chicle con la boca abierta. Si mi hermana hubiese inventado una corriente artística, los expertos la habrían denominado

chonismo.

—Deberías traer café para todos —increpó mamá.

—No voy a poder con todo, ma. Somos muchos.

De algún modo, Jennifer siempre se las apañaba para parecer una pobre damisela en apuros. Supongo que era así como había engatusado a Logan en su juventud. Si hay algo a lo que los hombres como Logan y T.J. no pueden resistirle, es una pobre damisela necesitada de su ayuda.

—Pues llévate a Titi y a Tom —resolvió mi madre, un poco irritada por la falta de iniciativa de mi hermana.

—Está bien. Pero no esperéis milagros. El café del hospital es una mierda. Lo digo sobre todo por las pijas.

O sea, Rachel y yo.

—Seguro que está bien —aseveró Rachel con una sonrisa forzada.

—Bueno, yo os lo he avisado. No quiero oír quejas después. Vamos, Titi. Tom, ¿a qué coño estás esperando? Ven a echarnos una mano. No me seas vago.

En cuanto ellos desaparecieron detrás de la puerta, mi madre me sonrió y se volvió hacia Logan.

—Logan, cariño, ¿te importaría ir a decirle a Jennifer que compre también un par de botellitas de agua? Tengo la garganta tan seca como el estado de Arizona. Y ayúdala a traer las cosas. No queremos que se rompa alguna uña en el proceso.

Logan, insolentemente recostado contra la pared, alzó la esquina derecha de la boca en una sonrisa picaresca.

—Desde luego que no. Todos conocemos su tendencia al dramatismo. ¿Necesitáis algo más?

Nos miró con sus profundos ojos azules. Rachel y yo declinamos en silencio.

—No, cielo. Con eso será suficiente —respondió mamá.

Mi cuñado se enderezó y, al pasar por delante de nosotras, se despidió con un guiño.

Era impresionante como, en apenas unos segundos, mi madre se las había arreglado para quedarse a solas con Rachel y conmigo. Sabía perfectamente que lo había hecho aposta. Estaba al tanto de que ni Rach ni yo nos encontrábamos cómodas en presencia de nuestras dos hermanas mayores, y lo que pretendía era aflojar la tensión que cargaba el aire cada vez que nos juntábamos.

—¿Qué tal te encuentras, mamá? —quise saber, evaluándola desde la ventana sobre la que me había apoyado.

Mi madre calló un momento.

—Bueno... bien, pero...

—¿Qué pasa? —se inquietó Rachel.

Mi madre se incorporó un poco y mi hermana corrió a colocarle la almohada. Fue entonces cuando me percaté de lo débil que estaba, de su palidez, de lo mucho que se le notaban los nudillos de las manos. Estaba en los huesos. Había cambiado mucho a lo largo de esos cinco años que llevaba sin verla.

—No es la primera vez que me desmayo —susurró con aire culpable.

Parpadeé y me enderecé con tanta brusquedad que experimenté un ligero mareo, a lo mejor producido por la falta de alimento. La verdad era que no había probado bocado en todo el día.

—¿Qué intentas decir? —farfullé, y yo misma percibí el deje de miedo que arrastraban mis palabras.

—Pues que llevo un tiempo encontrándome mal. No lo sé, he perdido bastante peso, y tengo nauseas casi todo el rato. Si no fuera imposible, diría que estoy preñada. —Se rio; sin embargo, ni a Rachel ni a mí nos hizo gracia la broma—. ¡Vamos!, borrad esas muecas de preocupación. Seguro que no es nada. Vuestra madre está más sana que una manzana. No he descansado demasiado bien estas últimas semanas. Os prometo que a partir de ahora no me lo tomaré tan a la ligera y así os ahorraré estos sustos tan tontos.

Mi hermana y yo intercambiamos una mirada cargada de preocupación.

—Eso estaría bien, mamá —balbuceé con voz temblorosa.

Ella sonrió como solo una madre sabe sonreírte. Con ese afecto

indiscutible.

—Contadme, hijas, ¿qué tal os van las cosas? Hace mucho que no hablo contigo, Zooney. Me habré perdido muchas cosas de tu vida.

Solo ella podía decir aquello sin que sonara como un reproche. Me tragué las lágrimas e intenté disimular con una sonrisa la inquietud que se me había enroscado en el estómago.

—Tampoco tantas. He estrenado un musical hace dos semanas, y lo cierto es que el guion ha recibido muy buenas críticas. Estoy contenta. Cualquiera día de estos me llama algún pez gordo para escribir una súper obra de Broadway —bromeé. Estaba a mil años luz de que me pasara algo así de bueno.

—¡Enhorabuena, cielo! Estoy muy orgullosa de ti. Y de ti también, Rachel.

—Ah, y Daniel me pone los cuernos con su mejor amiga, Charlotte. La visteis en las fotos de la boda. Sí, la abogada, alta, rubia, espectacular. Sabéis a quién me refiero, ¿verdad? La que os cayó mal nada más verla. Por lo demás, todo sigue igual.

Sobrevino un tenso momento de silencio. No tenía pensado contarles nada de eso, y mucho menos de esa forma tan teatral, pero las palabras brotaron disparadas y no pude detenerlas a tiempo. A lo mejor la tendencia al dramatismo era un rasgo de familia.

Rachel colocó una mano en mi hombro para transmitirme su apoyo.

—Oh, Zooney —murmuró compasiva.

—Lo siento, cariño. —Mi madre me alargó la mano—. Lo siento en el alma. Sé lo mucho que le amabas.

Me aferré a sus dedos y los estreché con fuerza. Como una niña valiente.

—Mamá...

Quería tener el coraje de decir que no pasaba nada, que no me importaba, que lo superaría, pero no pude. La presión en mi pecho se volvió tan lacerante que rompí a llorar.

Por fin. Después de todas las horas de embotamiento que habían pasado desde que Daniel me lo había confesado, por fin pude desahogarme.

Rachel me condujo a la butaca que había al lado de la cama de mamá, y

mientras yo lloraba en silencio, mi madre me frotó despacio la mano. Su piel estaba muy fría y áspera al tacto. Las manos eran la única parte de su cuerpo que desvelaba su edad.

—Lo que más me duele es que yo ni siquiera me di cuenta de lo mal que estábamos —confesé entre lágrimas—. Llevo con él prácticamente toda la vida, y no lo vi venir. ¿Cómo pude ser tan imbécil?

—Cariño, la culpa no es tuya.

—Mamá tiene razón. No te martirices, Zooey. Esto solo es culpa de Daniel. Menudo cerdo.

—Claro que es culpa mía —rebatí y me sequé las esquinas de los ojos—. Estoy siempre trabajando y me pierdo muchísimas cosas. Apenas hablábamos, apenas hacíamos cosas juntos... ¿Qué voy a hacer ahora?

—Divorciarte.

Dejé de llorar y miré a mi madre con la mandíbula desencajada. Que ella dijera algo así me resultaba inconcebible. Más que nada, porque mi madre era una acérrima opositora del divorcio. De hecho, seguro que hubiese preferido tener a una hija afiliada a la Iglesia Satánica. Cualquier cosa era mejor que estar divorciada.

—¿Qué? ¿Quieres que me divorcie de Daniel?

—Yo no *quiero* que lo hagas, cielo. *Tienes* que hacerlo —recalcó con férrea convicción—. He cometido algunos errores con vosotras, niñas, y ahora lo veo. —Sus ojos apuntaron a Rachel, y esta tragó saliva al comprender de qué iba aquello—. No os he apoyado cuando estabais necesitadas de mi apoyo. Me mantuve tan chapada a la antigua que... Siento no haberte apoyado, Rachel. Siento haber dejado que tu hermana le destrozada la vida a un buen chico y que te amargara gran parte de la tuya. Hace años sacrifiqué la felicidad de mi hija pequeña por mis convicciones, Zooey —continuó, moviendo los ojos azules hacia los míos—. No volveré a cometer el mismo error contigo. Así que, si quieres abandonar a Daniel, tienes mi bendición.

Con lágrimas en los ojos, Rachel y yo cogimos cada una la mano de mamá y le sonreímos con ternura.

—Gracias, mamá. Creo que necesitaba que alguien me dijera eso. Mi mente no se atrevía a formular la palabra *divorcio*.

Al oír cómo se abría la puerta a mis espaldas, me callé y me tragué las lágrimas.

—¿Y esas caras largas? ¿Quién se ha muerto? Espero que haya tenido la decencia de incluirme en su testamento.

Rachel y yo nos volvimos a la vez hacia Jennifer y le dedicamos una mueca de irritación.

Hogar dulce hogar, pensé con los ojos entornados.



Zooey

—Creí que iban a darme el alta esta tarde, pero el médico está empeinado en que pase otra noche bajo observación. No os preocupéis, estoy bien. Solo es algo rutinario. Deberíais ir a descansar. Mañana os necesito frescas y con ganas de hacer cosas. Logan, ¿puedes llevar a las chicas a casa?

—Oh, no, no te preocupes, Logan —se apresuró Rachel a rehusar la oferta, levantando las dos palmas como para colocar una pantalla imaginaria entre el hombre que la había marcado de por vida y ella—. Yo me he cogido una habitación en el Four Seasons. Me pareció lo más cómodo para todos.

El Four Seasons era uno de los hoteles más cotizados de la ciudad. Yo misma había intentado reservar ahí, pero ya no les quedaban habitaciones disponibles.

—Conque fuiste tú la que se llevó la última —incredulé a mi hermana, aunque en mis ojos ardía una chispa burlona—. Por tu culpa, he tenido que reservar en el Hampton Inn, ¡y eso me pilla en la otra punta de la ciudad! No se puede ser tan mala hermana, Rach. En serio.

—¡Pero niñas! ¿Cómo es que habéis reservado en un hotel?

—Ya sabes que son muy pijas, ma.

—Jennifer, no digas eso de tus hermanas —la regañó mi madre, antes de trasladar sus interrogantes ojos hacia nosotras—. ¿Y bien? ¿Por qué habéis cogido un hotel, si puede saberse?

—No queríamos molestar, mamá.

—¡Zooey! A una madre *nunca* le molestan sus hijos —declaró de todo corazón.

—Ya, lo sabemos, pero tú estás en el hospital y...

Rachel no supo qué más argumentos añadir en nuestra defensa, por lo que dejó la frase en el aire e hizo un gesto impotente con las manos. Mi madre cabeceó disgustada.

—Está bien. Idos a vuestros hoteles de lujo, si es lo que queréis. Nada me fastidia más que perder un buen dinero, así que, si ya habéis pagado por adelantado, y me imagino que eso costará una fortuna...

—Lo hemos hecho —aseguré con una sonrisa—. Y sí, cuesta una pequeña fortuna.

Mi madre suspiró resignada.

—De acuerdo. Pues no se hable más. Esta noche dormiréis en un hotel. Pero mañana os quiero a las dos en casa a la hora de comer, ¿queda claro?

—Voy a asegurarme de que lleguen bien esta noche, Verónica. Tengo la camioneta aparcada justo en frente. Primero dejamos a Rachel, que su hotel pillará más cerca de aquí, y luego me llevo a Zooey hasta el Hampton Inn. Y ya mañana me las traigo al pueblo.

JA. ¡Con Tom me iba a ir yo! Precisamente por eso había alquilado un coche y me había empeñado en conducirlo aun cuando era evidente que no tenía ni idea de cómo manejar las marchas.

Me volví hacia él con mi sonrisa más dulce y decliné el ofrecimiento como mejor fui capaz de hacer sin parecer borde o desagradecida.

—Yo también tengo el coche aparcado justo en frente. No hace falta que te molestes, Tom. Llevaré yo a Rach, esta noche y mañana también.

Los bordes de la boca de Logan se alzaron un poco, desvelando la incipiente sombra de una sonrisa burlona. Aparte de Titi, Logan era el único de la familia que conocía las razones de mi rechazo a Tom. Se lo había contado años atrás, cuando me había pillado llorando bajo el columpio del jardín. Como no dejaba de acribillarme a preguntas, acabé relatándole ese horrible episodio sucedido en casa de Titi.

Para mi asombro, Logan sí me creyó. Regresó a la barbacoa familiar hecho una furia, le partió la nariz de un puñetazo a Tom y luego se llevó a Jennifer y se marcharon. Mis padres nunca adivinaron los motivos que impulsaron a Logan a reaccionar de ese modo. Solía ser un tío de lo más tranquilo. Sospecho que Jennifer sí lo averiguó, pero, al igual que Titi, se puso del lado de Tom. Desde entonces, mis dos cuñados se llevaban como el perro y el gato, y aunque sabía que yo tenía la culpa de eso, nunca sentí remordimientos. En el fondo, la culpa la tenía Tom. Tenía que haber mantenido la lengua quieta.

—Entonces, si todos tenemos alojamiento y transporte, deberíamos marcharnos y dejar que mamá descanse tranquila —resolvió Titi con aire fatigado.

—Desde luego. Así mañana, cuando me den el alta, estaré en condiciones de prepararos una comida como Dios manda. Hace años que no se reúne toda la familia. Es una pena que solo podamos vernos en entierros y hospitalizaciones.

—Tú no me preocupes por nada, mamá. Rachel y yo traeremos comida de fuera.

—Zooney, sabes que desapruébo la comida de fuera. A saber lo que le echan. Prefiero las cosas hechas en casa.

—Está bien. Pues haré... ¡pollo asado!

—Porque es lo único que sabe hacer —pinchó Jennifer con una sonrisa malévola.

Puse mala cara y todos se rieron.

—Venga, chicos, marchaos, que se está haciendo tarde.

Nos despedimos de mamá uno a uno y salimos en tropel. Titi se marchó con Tom. Jennifer, con Logan. Yo, con la pequeña Rachel, que se había convertido en toda una mujer desde la última vez que la había visto en persona. Al igual que el resto de las hermanas Patton, era rubia de ojos azules. Yo era la única que se había teñido el pelo, y lo había hecho porque, a diferencia de ellas, el mío era de un tono mucho más apagado, un rubio que no transmitía nada en absoluto. El de Rach, en cambio, resplandecía como el trigo maduro bañado por los rayos del sol tejano.

Todas mis hermanas habían heredado de papá sus rostros redondos y el

cabello grueso que se retorció hacia las puntas. Yo era igualita a mamá, con la cara alargada, rasgos delgados y nariz chata. De las cuatro hermanas, me consideraba la más fea. Claro que ellas eran beldades tejanas, así que no es comparable. No es que yo fuera fea. Simplemente, no era tan impresionante como las demás.

—Te sienta genial la media melena —le dije a Rachel mientras andábamos hacia el coche, que había dejado estacionado al lado del bordillo—. Te pareces a Emma Stone.

—Irónicamente, fue ella quien me dijo que me lo cortará así.

Me reí y la cogí del brazo.

—¿Qué te parece si nos vamos a cenar? Me muero de hambre.

—Te iba a proponer lo mismo. Y para añadir algo de emoción, se me ocurre que, si no estás demasiado cansada, luego podríamos ir a tomar algo en el Havana's y recordar viejos tiempos. ¿Qué te parece?

Acostumbrábamos a ir ahí de jóvenes, aunque Rachel nunca se lo pasó demasiado bien. También lo frecuentaban Logan y a sus amigos, y esos encuentros le resultaban incómodos a mi hermana.

—¿Por qué no? Será divertido. Recuerdo que servían unos cócteles muy buenos.

Animadas, nos montamos en el coche de alquiler, que ardía más que una sartén.

—Por Dios, voy a poner el aire. Me estoy asando.

Resolví llevar a mi hermana a un restaurante familiar que conocíamos desde siempre. Mis padres nos llevaban ahí en ocasiones especiales. Mi madre conocía a la cocinera y esta le había asegurado que la comida no contenía nada raro.

Rachel no necesitó más de cinco minutos para comprender adónde nos dirigíamos.

—Lo has elegido porque tiene un aparcamiento bien grande, ¿verdad?

—Sip —musité distraída, pendiente nada más que de las marchas y de los retrovisores.

—Ya decía yo que no era por la variedad del menú.

Me reí. El menú no ofrecía gran cosa. Comida tejana normal y corriente.

—Me temo que no. Pero tiene aparcamiento y nos pilla cerca. ¿Lo ves? En cinco minutos ya hemos llegado.

Crucé despacio las puertas del recinto y ocupé una plaza justo enfrente de la entrada. El garito estaba medio vacío cuando entramos. Hacía mucho que no iba a un tex-mex.

Rachel eligió una mesa con vistas al jardín. Nos sentamos y pedimos nachos para compartir, costillas asadas y vino. Luego recordé que tenía que conducir, *con* marchas, y añadí una botella de agua justo cuando el camarero estaba a punto de marcharse.

—¿Cómo supiste lo de Daniel? —preguntó mi hermana al cabo de media hora de conversación ligera.

—Me lo dijo él mismo. Me pidió que me sentara y me confesó que folló con su amiga un día que ella vino a traernos unos mejillones en salsa. Por lo visto, hace seis meses de eso. Lo peor es que yo me comí esos mejillones. Y, maldita sea, ¡estaban buenos! ¿Cómo es que no me dio una indigestión? Habría sido lo suyo.

Rachel tomó un sorbo de vino, dejó la copa encima de la mesa y me miró a través de la luz artificial de una lámpara que se empleaba a modo de centro de mesa.

—¿Y fue algo aislado o...?

Mastiqué en silencio, tragué y me limpié con la servilleta.

—¿A quién le importa? ¡Me puso los cuernos!

—¿Vas a dejarle?

Me encogí de hombros mientras cortaba otro trozo de carne bañada en salsa barbacoa, tan sabrosa como solo las buenas gentes de Texas saben preparar.

—No lo sé. Quedé con él en que nos íbamos a dar un respiro.

—¿Y vais a poder respirar con otros mientras tanto?

Solté una carcajada.

—No tengo ni idea de cómo va esto de los respiros. Pero supongo que sí. ¿Por qué no? Él ya *respiraba* incluso cuando estábamos juntos.

Mi hermana cogió mi mano por encima de la mesa y la estrechó fuerte.

—Lo siento mucho. Sé que fue el amor de tu vida, y no quiero ni imaginar por lo que debes de estar pasando ahora mismo.

Sonreí un poco, a pesar de que el dolor que sentía en el pecho desde que me había enterado de su aventura apretaba cada vez más. Había estado enamorada de él durante toda mi maldita vida.

Conocí a Daniel cuando apenas tenía dieciséis años. Él era cuatro años mayor que yo. Iba a la universidad de Boston, pero ese fin de semana había vuelto a casa a jugar un partido con su antiguo equipo de fútbol del instituto. Yo era la novia de su primo, que fue quien nos presentó esa noche en una fiesta.

Por algún motivo, Daniel no dejaba de mirarme. Ni yo a él. Nuestros ojos se buscaban involuntariamente, como atraídos por una energía que no podíamos comprender. Me sentía como si alguien hubiera colocado un enorme imán entre él y yo, porque, cuando nos mirábamos, no existía nada más.

Antes de marcharnos cada uno a su casa, me pidió que al día siguiente fuera a verlos jugar. Dijo que sería divertido. Mi novio también jugaba, pero yo no fui a verle a él. Fui a ver a Daniel. Me pasé todo el partido mirándolo, siguiéndolo con la mirada mientras él corría por el campo. Era la estrella. Tenía a las chicas en el bote.

Y me tenía a mí en el bote.

Mi novio se dio cuenta de lo mucho que me gustaba Daniel, y cuando fui a hablarle después del partido, me dijo que me fuera con su primo.

—Has venido a verle a él, no a mí. Así que ve. No pasa nada, Zoe, en serio. Ve con él.

Me gustaría decir que no lo hice, pero mentiría. Fui a hablar con Daniel, a pesar de que él estaba rodeado de admiradoras cuando me acerqué. Me sentía tímida y torpe. ¿Qué iba a decirle?

—Buen partido —comenté, a falta de una réplica más ingeniosa.

Daniel me sonrió como si se alegrara mucho de verme, se alejó del grupo

de chicas que le cercaban y, para sorpresa de todas, me pidió que le acompañara a dar un paseo. Lo hice y, durante ese paseo, me di cuenta de que teníamos montones de cosas en común. Éramos tal para cual, dos mitades de un total que parecía encajar a la perfección. Soñábamos con el mismo futuro, una carrera, vivir en la ciudad, dejar atrás Texas... Incluso nos completábamos las frases el uno al otro. Éramos perfectos juntos, y los dos lo advertimos de inmediato.

Después de haber paseado juntos casi toda la mañana, hablando de cosas que nunca había compartido con otra persona, Daniel me llevó a orillas del río, donde me apoyó contra un árbol, cogió mi rostro entre las manos y me besó. Nadie me había besado así antes de él. No pidió permiso ni perdón. Él cogió lo que consideraba que era suyo.

A orillas de ese río me enamoré de él.

Y ahora estaba todo destrozado y no tenía ni idea de cómo afrontarlo. A veces estamos a un instante de perderlo todo y ni siquiera nos damos cuenta. Cuando lo advertimos, ya es demasiado tarde para reaccionar o arreglar las cosas.

—¿Crees que podemos llegar a tener más de un gran amor? —le pregunté a Rachel, que estaba tomando un trago de mi vaso de agua.

Mi hermana dejó el vaso encima de la mesa, se lo pensó y suspiró resignada.

—Espero que sí. De lo contrario, moriré sola. Seré una de esas viejecitas gruñonas que viven rodeadas de gatos.

Me reí. Dudaba mucho de que una chica tan preciosa como ella acabara sola.

—¿No hay nadie especial en tu vida? ¿Ningún chico que te guste?

Rachel negó despacio y me miró a través de un mechón de pelo que le había caído delante del ojo. Sopló aire para echárselo hacia atrás y esbozó una sonrisa amarga.

—Nunca más volví a sentir lo que sentía por Logan, Zoey. Salgo con chicos, montones de chicos, pero... es como si me faltara algo. Aquí. En el pecho. Como si algo hubiera muerto dentro de mí y ya no soy capaz de resucitarlo. Supongo que he perdido la ilusión. O puede que simplemente tenga

miedo de volver a enamorarme. ¿Y si me hacen daño otra vez?

Cogí su mano por encima de la mesa. Notaba la mirada nublada. Comprendía las reservas de Rachel. El amor es todo un riesgo. Nunca sabes si va a salir bien o mal. Supongo que es como... un juego de azar. Puedes jugar y arriesgarte a perder, o puedes quedarte mirando cómo gira la ruleta, preguntándote qué habría pasado de haber conseguido el gran premio.

—Seguro que con el tiempo...

—Han pasado once años. ¿Cuánto tiempo más tiene que pasar?

—¿Sigues enamorada de Logan?

Rach entrecerró los ojos y rechazó la idea con una negación.

—No pienso en él en esos términos. Es el marido de Jennifer. Para mí, no es un hombre. Es mi cuñado. Y no puedo sentir nada por mi cuñado, salvo afecto fraternal.

—Totalmente comprensible. ¿Sabes algo? Creo que tengo la solución a todo este follón sentimental.

—¿De verdad?

Rachel sonó desanimada y a la vez ansiosa por escuchar mi gran resolución. Lamenté no ser capaz de decir algo más sabio. Yo no era una mujer demasiado profunda.

—Opino que deberíamos emborracharnos y mandar a la mierda los grandes amores. ¿Qué te parece?

La frivolidad de mis palabras le produjo una carcajada a mi hermana.

—Me parece bien. Las hermanas Patton, desatadas. ¡Fiesta, fiesta, fiesta! Disculpe, ¿nos puede traer la cuenta? —interceptó al camarero, que estaba llevando el postre a la mesa de al lado—. Gracias.

Tras salirme con la mía a la hora de abonar el importe de la cena, me aferré al brazo de Rachel y, entre risas y bromas, emprendimos la marcha al Havana's. Iba a ser una noche loca, una noche como Rachel y yo nunca habíamos tenido.

*

—¿Crees que estará bien?

Le lancé una mirada a mi hermana por encima de la copa.

—¿Te refieres a mamá? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí. Nunca la había visto tan decaída. Ella, que siempre estaba tan activa, tan... enérgica...

La angustia que había sentido nada más ver a mi madre postrada en una cama de hospital renació en mi corazón, avivada por la más que evidente preocupación de mi hermana.

—Seguro que no es nada grave —la tranquilicé, deseando con todas mis fuerzas que fuera cierto—. Si hay alguien capaz de superarlo todo, esa es mamá. Es la mujer más fuerte que conozco.

—Cierto. Es una mujer con una voluntad de hierro.

—Así es. ¿Sabes qué? —resolví tras un largo momento de meditación—. Te propongo un brindis. ¡Por mamá, la mujer más infatigable del mundo!

—Bien dicho, hermana. ¡Por mamá!

Sonriéndonos, entrechocamos las copas y dimos un largo sorbo. Como por arte de magia, el alcohol me supo mucho mejor y me encontré de pronto más animada que antes.

—Mierda —blasfemó Rachel, apartándose la copa de los labios con tanta brusquedad que tuvo que limpiarse el hilito de alcohol que se le había escurrido por la barbilla.

—¿Qué pasa? —susurré, inclinada sobre la mesa.

—Acaba de entrar Logan. ¡Joder! Después de tantos años, ¿sigue viniendo al mismo sitio? Qué hombre más irritante.

Seguí la dirección que señalaban sus ojos azules y me atraganté con la bebida, un cóctel a base de ron y coco, demasiado dulzón para mi gusto.

Efectivamente, Logan acababa de entrar en el Havana's. El problema era

que... ¡no venía solo!

—¡Mierda! —blasfemé yo también, haciendo un ridículo intento de ocultarme detrás de la carta de los cócteles—. Ese es T.J.

Mi hermana puso un gesto ceñudo y me dedicó una mirada sorprendida, antes de que sus ojos volvieran a buscar a los dos hombres que acababan de cruzar las puertas del bar.

—¿T.J.? ¿El T.J. que dejaste plantado para fugarte con Daniel?

Esa iba a ser mi cruz para siempre. Zooey Patton, la zorra que le había partido el corazón al buenazo de T.J.

—El mismo.

—Jo-der. Cómo ha cambiado. Está como un tren ahora. Le sienta muy bien la madurez.

A los dos les sentaba bien la madurez, a Logan y él, pero supuse que mi hermana se estaba obligando a sí misma a no mirar de ese modo a su cuñado *barra* amor de su vida.

Acabé dejando el menú encima de la mesa, puesto que era ridículo esconderse de ese modo, y les lancé una mirada descarada a los dos hombres que avanzaban en dirección contraria a la nuestra. Ambos poseían una presencia tan poderosa que llenaba el bar. Los demás clientes palidecían en comparación con ellos.

—¿Tú te crees que esto es normal? Está tan cañón que empiezo a arrepentirme de haber elegido a Daniel esa noche —farfullé mientras apuraba la copa y me pedía otra con un gesto de la mano.

Mi hermana ahogó una carcajada. Los caballeros no nos habían visto. Aún.

—Pues deberías, hermanita. Daniel ha envejecido mucho. T.J., en cambio, es como este ron. Cuando más añejo, más bueno está.

Estallamos en carcajadas. Los cócteles estaban surtiendo efecto. Yo no estaba acostumbrada a beber y ya había empezado a marearme, a perder todas las inhibiciones.

En la otra punta del bar, T.J. y Logan ocuparon una mesa. La camarera se les acercó con dos cervezas, aun cuando ellos no lo habían pedido. Supuse que

eran clientes habituales, de los que acuden al bar todas las noches a tomarse una cerveza bien fría.

—No recordaba que fueran tan amigos.

Le lancé una mirada rápida a Rachel y volví a contemplar furtivamente los anchos hombros de T.J., que estaba sentado de espaldas a nosotras.

—Porque no lo eran. El hermano de Logan se casó hace dos años con Candy, la hermana de T.J. Lo sé porque fui yo la que diseñó el vestido que se puso mamá en la ceremonia.

—Así que *Candyfer* consiguió pescar a uno de los Miller, ¿eh? No me extraña. Siempre fue muy obstinada para ciertas cosas. He de confesarte que nunca me llevé bien con la hermana de T.J. Él era un buen chico, pero ella... No la soportaba en el instituto.

—Ni tú ni nadie. Era casi tan zorra como Jennifer. Un momento. ¿Te das cuenta de que los nombres acabados en *fer* suenan malvados y que nuestra hermana se llama Jennifer?

Prorrumpimos en risotadas tan estrepitosas que acabamos llamando la atención de los dos hombres que se tomaban sus cervezas mientras echaban de vez en cuando un ojo al partido que emitían por televisión.

En cuanto nos vieron, Logan y T.J. intercambiaron un par de palabras, agarraron sus bebidas y vinieron hacia nosotras.

—Mierda. Van a sentarse aquí. ¡Haz algo!

Mi hermana, ruborizada hasta la punta de las orejas, se escurrió en su asiento. La ponía muy nerviosa la presencia de Logan. Yo estaba lo bastante ebria como para que nada consiguiera inquietarme.

—¿Y qué pretendes que haga yo? —fue lo único que me dio tiempo a susurrar.

—Vaya, vaya —sonrió Logan, al que se le formaban hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. Era adorable—. Así que las hermanas pequeñas han salido por ahí a partir corazones tejanos, ¿eh?

Solté una risotada incrédula.

—Sí, claro. Ya ves. Tenemos toda una tropa de admiradores haciendo

cola.

T.J. peinó el bar con la mirada y yo me quedé mirándolo desde abajo. Ni siquiera tenía papada. ¿Cómo era eso posible? ¿Es que la gravedad no le afectaba como al resto de los mortales?

—Pues a mí me parece que todos los hombres de este bar os están mirando.

Dejé de contemplar la firmeza de su rostro y lancé una mirada escrutadora a mi alrededor. Él llevaba razón. Los clientes nos miraban, pero seguro que no tenía nada que ver con lo que estaba insinuando Logan.

—Eso es porque no nos conocen —aseguré, mis ojos regresando a los suyos, como atraídos por una fuerza ineludible—. Ya sabes cómo son los tejanos, desconfiados por naturaleza.

T.J. se rio y se sentó a mi lado, en una postura típica masculina, arrellanado en su asiento y con las piernas separadas. Se le veía bastante cómodo, seguro de sí mismo. Me gustaba esa seguridad.

Sin otras opciones, Logan se dejó caer al lado de Rachel, que lucía como si estuviera a punto de desmayarse.

—No os importará que nos sentemos... —conjeturó mi cuñado, dando por hecho que no nos importaría. Él era así, cogía lo que quería, y luego, si acaso, afrontaba las consecuencias.

Le sonreí.

—En absoluto. Mi mesa es su mesa, caballeros. ¿Verdad, Rachel?

Como ella no dijo nada, le propiné una discreta patadita por debajo de la mesa.

—¿Qué? Oh, desde luego —se apresuró a contestar. Miró a Logan y forzó una sonrisa—. ¿Qué tal, Logan? ¿Cómo están los gemelos?

Él dejó la cerveza sobre la mesa y se volvió en su asiento para estar de cara a ella. Apoyó el antebrazo contra su silla e inclinó el rostro hacia el suyo. Apuesto a que mi hermana estaba hiperventilando.

—Crecen como la mala hierba. A veces son tan traviosos que dudo de si los he engendrado yo o la semilla de Satán —respondió él sin dejar de sonreír.

—Bueno, son hijos de Jennifer, así que...

Me atraganté con la bebida. Rachel, al darse cuenta de lo que había dicho, se ruborizó todavía más.

—Llevas toda la razón, encanto —se rio Logan, para nada ofendido—. Son hijos de Jennifer —murmuró para sí mientras se giraba en su asiento y se acercaba la botella a los labios.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó T.J.

Me encogí de hombros.

—Seguimos sin saber qué es lo que le sucede.

Él puso una mano encima de la mía y sus ojos bajaron y sostuvieron a los míos.

—Seguro que todo esto queda en un susto.

Esboqué una sonrisa tensa, la que adoptaba cada vez que me sentía inquieta. Por algún motivo, que T.J. me rozara me ponía nerviosa. Había algo en él que me hacía perder la cabeza. A lo mejor estaba demasiado desatada. Atravesaba la crisis de los treinta, esa época en la que empiezas a perder neuronas, a ganar kilos, a enfrentarte a las infidelidades de tu marido...

—Gracias. Seguro que llevas razón.

T.J. me dedicó su mejor sonrisa y retiró la mano para poder darle un trago a su cerveza. Sentí un hormigueo en los dedos que él acababa de soltar.

—¿Y a ti cómo te va, Rach? Dice tu hermana que eres costurera en Los Ángeles.

Volví los ojos hacia la pareja que tenía delante. Rachel estaba tan incómoda que no soltaba palabra, y Logan acababa de hacer el más desafortunado de los comentarios: llamar *costurera* a una diseñadora de la talla de Rachel.

—¿Costurera? —Me reí, culpa del alcohol, y cabeceé divertida—. Esa Jennifer cómo es. Como ella fue incapaz de hacer nada relevante con su vida, *salvo casarse y parir* —apuntillé con los ojos en blanco—, va por ahí quitando mérito a los éxitos de los demás.

—Zooney, déjalo —suplicó la pobre Rachel, que, a pesar de todo, era

incapaz de ser grosera con Jennifer. Yo, por fortuna, no tenía ese problema. Era lo suficientemente grosera por las dos.

—Si he dicho algo fuera de lugar... —empezó Logan a disculparse.

—*Mi hermana* —subrayé lentamente, con los codos sobre la mesa y la mirada clavada en la suya—, es una diseñadora de la talla de Versace, amigo, no una simple costurera. ¿Tienes idea del sacrilegio que acabas de cometer? *Mi hermana* viste a las actrices en los Globos de Oro y en los premios Oscar, y a la primera dama en las inundaciones pasadas. Mi hermana ¡NO ES UNA COSTURERA, JODER!

Logan se puso como un tomate. Buscó la mirada de Rachel y le lanzó una avergonzada mirada de disculpa.

—Lo siento, Rachel. No tenía ni idea. Jennifer nunca me lo mencionó. Creí que...

—No importa, Logan, en serio. Zooey, deberías dejar de beber —aseveró Rachel con mirada punzante.

T.J. soltó una carcajada gutural, muy varonil.

—Lo que hay que hacer es moverse para bajar el alcohol. Deberíamos sacar a bailar a las chicas, Log.

Rachel se puso tan pálida que temí que fuera a desmayarse.

—No, no, yo nunca bailo —se apresuró a rehusar, antes de que a su cuñado se le ocurriera invitarla.

—Vamos, Rachel, no seas aguafiestas —se empecinó T.J. con su sonrisa más seductora—. Baila conmigo. Hace mucho que no bailo con una chica guapa.

Rachel se relajó un poco. No le importaba bailar con T.J. Lo que no quería bajo ningún concepto era bailar con Logan.

—Oh. Bueno, si tanto insistes...

—Insisto.

Él le alargó la mano, ella la cogió y salieron los dos a bailar. Me quedé mirándolos con una sonrisa.

—Creo que deberíamos seguirlos.

Me encogí de hombros ante la sugerencia de Logan.

—Bueno, no podía abandonar *Paletolandia* sin antes bailar un poco de música country, así que... qué demonios, ¡bailemos, *cowboy*!

Mi cuñado se rio, me cogió de la mano y me sacó a bailar. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mareada que me habían dejado esos dos cócteles de ron.

—Oye, siento lo de antes —me disculpé con Logan—. Mi indignación no iba dirigida a ti, sino a Jennifer. Me irrita el modo que tiene de menospreciar a la pobre Rachel.

—Sí, lo sé. Jennifer es muy... Jennifer.

Logan me hizo dar una voltereta y me volvió a abrazar. La música tenía mucho ritmo.

—Sé sincero conmigo. ¿Cómo la aguantas, Logan?

—Con dificultad y mucho sosiego. Y un par de cervezas más de las que debería tomar antes de llegar a casa.

Aunque la música aún sonaba, me detuve y miré a mi cuñado con ojos perplejos. Por primera vez en años, él desvelaba lo infeliz que le hacía el estar casado con mi hermana. Yo ya lo había adivinado hacía mucho tiempo, pero que me lo dijera así, sin disimulos, me dejó demudada.

—¿Y por qué no te divorcias si tan mal está la cosa entre vosotros?

Logan frunció el ceño como si nunca hubiese sopesado siquiera esa posibilidad.

—Yo no soy de los que renuncian fácilmente, Zooey.

—Lo tengo claro —rezongué mientras empezábamos a pegar brincos otra vez—. ¿Pero sabes qué, Log? Solo tenemos una vida. No tiene ningún sentido desperdiciarla.

Mi propio consejo me hizo repasar mis decisiones más recientes. *Solo tenemos una vida. No tiene sentido desperdiciarla. ¿La estaba yo desperdiciando? ¿En vez de acceder a darnos un respiro, tenía que haber firmado los papeles de divorcio? ¿Acaso conservaba la esperanza de arreglar algo que era imposible de arreglar?*

—Supongo que no, pero... Tengo tres hijos con ella y ahora está embarazada por cuarta vez. Seguro que Jennifer se las arreglaría de tal forma como para que nunca viera a los chicos. Sabes que es capaz.

—Ya sé que es una zorra retorcida. Pero hay leyes. Puedes pedir la custodia compartida, o algo similar.

—Sí, y entonces influirá en mis hijos y les dirá cosas horrendas sobre mí hasta que ellos mismos acaben negándose a verme.

Si alguien era capaz de eso, era Jennifer.

—Sí, tienes razón. Lo siento, Logan —lo consolé con un beso en la mejilla. Él sonrió un poco, aunque hubo cierto toque de tormento en su gesto.

—Ya. Ah, no te lo pierdas. Su última hazaña. Ahora resulta que tiene un amante. Por lo visto, su vida de ama de casa es demasiado aburrida y necesita añadirle algo de emoción.

Me quedé boquiabierta. ¡¿Jennifer con un amante?! ¡Lo que nos faltaba! El mundo ya era lo suficientemente retorcido antes.

—¿¿Qué??

Logan asintió despacio.

—Y se lo tira en nuestra casa. Me lo dijo un vecino. Cada vez que me voy a trabajar, llega él con una camioneta y se queda hasta la hora de comer.

—¡Qué zorra! —me escandalicé, ya que estaba muy en contra de las infidelidades. Solo cuando te los ponen bien puestos te das cuenta de lo jodido que es eso.

—Se lo pregunté y se puso echa un basilisco. Nos peleamos como nunca. Lo negó, por supuesto, pero no era el primer rumor, así que... supongo que debe de ser cierto. En realidad, nunca me paré a indagar. No quiero saberlo.

—Madre mía, Logan. ¿Y sigues con ella después de todo? La debes de amar con locura.

—No es por ella, Zooey, y desde luego que esto no es amor. Si sigo, es por los chicos. No puedo permitir que se críen sin un padre como me pasó a mí. No concibo ser tan hijo de perra como él y abandonar a mi familia. Incluso si no me llevo bien con su madre, tengo que apretar los dientes y aguantarme.

Porque se lo debo a ellos. Son los únicos inocentes en esta ecuación.

Si no hubiese estado tan enamorada de Daniel, yo misma me habría enamorado de Logan. Era el mejor tipo que conocía. Y guapo como un demonio. No era de extrañar que mis dos hermanas se encapricharan con él.

Suspiré resignada y me colgué otra vez de su cuello.

—Eres un buen padre, Logan —le dije al oído—. Solo espero que ellos sean conscientes de eso algún día.

Él colocó las palmas encima de mis manos y esbozó un gesto que pretendía ser una sonrisa.

En ese momento cambió la música y empezó una canción lenta. T.J. se nos acercó con Rachel de la mano.

—Cambio de pareja —pidió, y obligó a Logan a acercarse a Rachel, que lucía tan pálida como un espectro.

—A mí ya me duelen los pies. Casi que sería mejor que nos sentáramos un rato.

—Vamos, Rachel, baila conmigo —exigió Logan entre duro e irritado—. De lo contrario, pensaré que me tienes manía. Siempre me evitas. ¿Es que no te caigo bien?

Me quedé un poco desencajada. ¿Era posible que él desconociera el porqué del comportamiento de Rachel? ¿De verdad Jennifer, con lo maliciosa que era, nunca se lo había mencionado solo para poder burlarse de su hermana pequeña? Me costaba mucho creerlo.

—Está bien. Solo un baile —concedió Rachel con sonrisa tensa.

—Con un baile me basta —aceptó Logan, cuyo rostro recuperó la expresión afable que tanto lo caracterizaba.

La abrazó y empezaron a bailar despacio, a solo un par de metros de distancia de nosotros. Contuve un suspiro al verlos tan cerca el uno del otro. Hacían una pareja estupenda.

Claro que, si ella se hubiese casado con él, tal y como había planeado de pequeña, nunca habría ido a París ni se habría convertido en la mujer fina y sofisticada que era ahora, así que supongo que... ¿todo sucede por alguna

razón? ¿Podía ese tópico aplicarse a lo mío con Daniel? Lo dudaba.

T.J. descansó las palmas en mi cintura, yo le rodeé el cuello con los brazos, y el fantasma de mi marido se esfumó de mi mente. La presencia de T.J. era tan poderosa que alejaba incluso el doloroso recuerdo de Daniel.

—En el baile de graduación no llegué a bailar contigo —comentó, y me pareció que su voz sonaba más gutural que antes. Puede que un poco triste.

Me ruboricé, pero el bar estaba casi a oscuras y creo que él no lo debió de notar.

—Eso recuerdo. ¿Sabes qué? Imaginemos que este es el baile de graduación.

T.J. no pareció muy entusiasmado por esa idea, así que lo dejé estar.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Texas? —cambió de tema unos momentos después.

—No lo sé. Todo depende del estado de salud de mamá. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría volver a verte —susurró en mi oído, y me rozó la piel de detrás de la oreja con la punta de su nariz.

Noté una oleada de excitación agitándome el estómago. T.J. me gustaba mucho. Lo bastante como para acostarme con él estando borracha.

Y olía maravillosamente, a sol y a hombre lleno de... testosterona.

Ay, Dios. De repente, tenía mucho calor.

—¿Qué me dices, Zooey? —siguió susurrando en mi oído—. ¿Quieres que salgamos algún día?

—Estoy casada —me obligué a rehusar.

T.J. me apretó más fuerte contra su pecho y noté el roce de cada uno de los sólidos músculos que se le tensaban por debajo de la ropa. Mis hormonas se estaban desquiciando. Eché un poco la cabeza hacia atrás y me quedé mirándole los labios, casi suplicando que los pusiera encima de los míos.

Él bajó los ojos azules hacia los míos y me dedicó una sonrisa insolente.

—No me importa que estés casada, cariño. No pienso pedirte matrimonio.

Pero hay cosas mucho más... *estimulantes* que podíamos hacer juntos.

Yo ya me lo estaba imaginando y una intensa sensación de calor había empezado a expandirse por mis venas.

—Vaya. Me dejas demudada. —Mi cara se estiró en el gesto tenso que adoptada siempre que estaba nerviosa—. ¿Una aventura?

Se rio entre dientes. Estaba guapísimo cuando se reía, y yo me sentí cada vez más tentada a decir que sí.

—¿Por qué no? Debiste de saber lo enamorado que estaba de ti cuando era joven.

Estaba. No me pasó desapercibido el tiempo pasado.

—Y ahora quieres que nos acostemos porque...

T.J. torció los labios en un gesto de desdén.

—Por los viejos tiempos. Saldar cuentas pendientes.

—Claro, por los viejos tiempos —murmuré decepcionada. ¿Y qué esperaba? ¿Que me dijera que seguía enamorado de mí y que nunca me había olvidado? Vaya gilipollez. Una no puede ser tan romántica en la vida, y mucho menos cuando sabes el daño que puede causarte el amor.

T.J. me volvió a apretar contra su pecho y me mantuvo pegada a él. Suspiré, cerré los ojos y me relajé entre sus brazos. Algunas veces viene bien que te abracen fuerte. Amortigua tu dolor.

Al acabar la canción, nos juntamos con Rachel y Logan, y advertí que los dos estaban extraños e incómodos. Antes del baile, Logan lucía normal, casi divertido por la idea de bailar con su cuñada, pero ahora algo había cambiado en su actitud. Era como si la presencia de Rachel le resultara turbadora de repente. ¿Qué demonios había pasado durante esos cuatro minutos?

—Creo que ya nos hemos divertido lo bastante, Zooley. Deberíamos marcharnos —habló Rachel con una seriedad que nunca había visto en ella.

Si bien T.J. y yo no habíamos vuelto a intercambiar ni una sola palabra después de su proposición de tener una aventurilla, no me quería marchar tan pronto. Era la primera vez en años que salía con alguien que no fuera Daniel. Quería beber, bailar y, por qué no, coquetear un poco. ¿Qué mal me podía

hacer eso? Necesitaba sentirme libre por una vez. Lo había pasado mal últimamente. ¿Acaso no me merecía un respiro?

—¿Marcharnos? Nooo. Aún no —protesté con voz quejumbrosa—. ¡Deberíamos ir a un karaoke! —decidí en un impulso.

—Ni de coñ...

—Hay uno aquí cerca —recordó Logan, interrumpiendo a Rachel—. Siempre he querido ir, pero a mi mujer no le gustan los karaokes.

Rachel miró a Logan con cara de pocos amigos. Quería perderlo de vista cuanto antes.

—Vamos, hermanita, no seas así —lloriqueé, a sabiendas de que todo dependía de ella a esas alturas—. Solidarízate conmigo. Yo no tengo tu vida llena de glamur y de galanes del mundo del cine. Solo salgo de vez en cuando. Y ahora necesito salir.

Rachel puso los ojos en blanco.

—Está bien. Pero una copa y nos vamos.

Aplaudí con entusiasmo.

—Prometo que solo será una copa.

Cinco copas después.

—*Man! I feel like a woman!* —terminé mi canción con un contoneo sexy. Estaba completamente ebria. Nunca en toda mi vida me lo había pasado tan bien—. Rachel, sube al escenario para que hagamos un dueto.

Mi hermana, sentada entre Logan y T.J., hundió el rostro entre las manos. Me debía de odiar en ese momento. Todo el mundo la miraba por mi culpa, y a Rachel no le gustaba que la miraran. Se sentía incómoda. Quería pasar desapercibida.

—Raaaa-cheeeel —la llamé con voz persuasiva y una sonrisa malévola—, si no subes ahora mismo, diré a toda esta buena gente que en primaria...

Rachel se puso en pie como un resorte, atravesó el bar en menos de lo que

dura un parpadeo y me quitó el micrófono de la mano antes de que siguiera diciendo gilipolleces. Lo tapó con la mano, para que nadie nos escuchara.

—¿Te has propuesto matarme de vergüenza esta noche?

Me reí entre dientes y le aparté un mechón de pelo. Me molestaba que tapara sus bonitos ojos azules.

—Nada de eso. Solo quiero que te desmelenes un poco. Cantar y bailar no te vendrá mal. Te veo tensa.

—¿Y cómo diablos pretendes que esté? Logan ¡está ahí sentado!

—Que-se-jo-da —le deletreé despacio, arrastrando los sonidos a causa de la borrachera—. Esto no va sobre Logan. Va sobre nosotras dos. ¿Cuándo nos lo hemos pasado bien tú y yo juntas? Nunca, Rachel. Este es el momento de hacerlo. Puede que nunca se repita la ocasión. Esta noche es única. Nunca volveré a estar tan borracha, y nunca volverás tú a lucir tan guapa como hoy. El tiempo lo destruye todo. La belleza física, el amor, la relación de dos hermanas...

—Deja de desvariar. ¿Esto guarda relación con Daniel?

—¡No! —grité con un ardor que me asombro incluso a mí—. ¡Que le zurzan a Daniel! ¡Esto va sobre ti y sobre mí, joder! Imagínate que mañana me atropella un camión de mercancía robada que intenta cruzar la frontera con México. Vas a arrepentirte durante toda tu vida de no haber hecho este dueto con tu hermana Zooey. No quiero que te pase algo así, hermanita. —Con aire zalamero, cogí un dorado mechón de su pelo y se lo retorcí mientras ponía esos morritos a los que sabía que nadie podía resistirse—. De verdad. Cuando me vaya, quiero que sea sin pena y sin lágrimas. Cero arrepentimientos.

—El alcohol te saca la vena melodramática.

Mi boca se frunció en un gesto lastimero.

—Puede, pero... ¿cantarás conmigo?

Rachel entornó los ojos.

—Está bien, borrachuza. Pero te lo advierto. Una canción y nos largamos. No prolonguemos más esta agonía.

Mis labios se desplegaron en una sonrisa triunfal.

—Con una canción tendré suficiente. De todos modos, luego estaré ocupada. Pienso *respirar* con T.J., ¿le ves?, ese hombre de ahí, tan atractivo como el maldito pecado original. Miau —me relamí.

—¿Qué piensas hacer el qué?! —se escandalizó Rachel, abriendo los ojos de golpe.

Le lancé un guiño y, sin dar más detalles, cogí el micrófono de su mano, me lo acerqué a los labios y anuncié con voz engatusadora:

—Las hermanas Patton, caballeros.

Habría podido hacer carrera como *madame*.

Fuimos vitoreadas y silbadas como estrellas del rock. La mayoría de la clientela del bar se componía de tipos borrachos y sus novias, no tan borrachas, que parecían irritadas de verlos haciendo el ridículo.

Pedí otra canción de Shania Twain y empecé yo.

—*Let's go* —insté, toda seductora, mientras me contoneaba como una bailarina exótica. Mis ojos no se apartaron de los de T.J., que me contemplaba e intentaba contener la sonrisa. Tenía el dedo índice apoyado contra los labios y, por cómo se le fruncían las comisuras de la boca, era obvio que la situación le estaba resultando muy divertida—. *Don't wantcha for the weekend, don't wantcha for a night*.

Estaba tan ebria que sabía que era incapaz de llevar bien la línea melódica, pero me daba igual. Me lo estaba pasando como nunca.

—*I'm only interested if I can have you for life, yeah*.

Los ojos azules de T.J. me recorrieron con detenimiento. Cuando se cruzaron con los míos, él arqueó uno de los bordes de su boca en una de esas sonrisas ladeadas que solo los rompecorazones como él sabían dedicarte.

Seguí cantando, y seguí mirando a T.J. con la fijeza de un ser perturbado. Gradualmente, su sonrisa fue palideciendo, hasta que su rostro adquirió un rictus helado que ya no dejaba traslucir sus sentimientos. En ningún momento flaqueó la intensidad con la que sostenía mi mirada, pero ya no fui capaz de interpretar su reacción ni de conocer el camino por el que se desviaban sus pensamientos. Antes estaba contento. Ahora estaba... serio.

Pasado el estribillo, mi hermana me quitó el micrófono de la mano y siguió

ella.

—*Yeah, I've already planned it* —todo el mundo aplaudió la entrada de Rachel—. *Here's how it's gonna be. I'm gonna love you, and you're gonna fall in love with me. Yeah!*

Me quedé perpleja. Rachel tenía una voz preciosa. Yo berreaba como un becerro desquiciado, pero ella realmente ¡cantaba!

Busqué con la mirada a Logan y me di cuenta de que se mantenía tenso en su asiento y estudiaba a Rachel con expresión seria. Sus ojos se estaban paseando por todo el cuerpo de mi hermana, su bonito vestido blanco, sus piernas esbeltas y bronceadas, los altos tacones, que no le impedían a Rachel moverse de forma sugerente.

Por un momento, se me ocurrió la alucinante idea de que él correspondiera a los sentimientos de su cuñada. Pero Logan apartó los ojos y no pude adivinarlo.

Gruñí una maldición por lo bajo. Adoraba hacer de casamentera. Después del oficio de *madame*, creo que era lo que mejor se me daba en el mundo. Ya había casado a cuatro amigas. Ahora estaban todas felizmente divorciadas. Un momento. ¿A lo mejor debía asumir el fracaso?

Lo pensé un poco. Qué tontería. ¿Por qué iba a tener que asumir nada? ¿Qué culpa tenía yo de que sus matrimonios resultaran ser un desastre? Además, no había lugar para la culpa. Tenía otros pensamientos mucho más agradables ocupándome la mente; pensamientos que guardaban relación con T.J. y con... ¡T.J.! Vaya. ¿Era eso lo único en lo que pensaba? ¿Esos masculinos labios dominando a los míos, y la intensidad de ese insondable azul que me hacía temblar cada vez que sus ojos me apuntaban, lo cual solía suceder bastante a menudo?

Unas chispas de excitación estallaron en las profundidades de mi vientre y advertí que, en efecto, eso era lo único en lo que pensaba.

Estupendo. Bien hecho, Zooey. Acabas de salir de una relación traumática y ya vas de cabeza a otra igual o peor. ¿Para qué perder el tiempo lamiéndote las heridas? Será mejor que te las lama él.

¡Menudo monólogo interior! Me ruboricé ante el descaro de mis pensamientos, aunque luego se me pasó muy rápido porque estaba tan ebria

que la coherencia había dejado de ser una virtud mía.

En cuanto acabó la canción, bajé del escenario con la ayuda de Rachel y los caballeros acudieron a nuestro encuentro.

—Un *show* tremendo, señoritas —alabó T.J. con su sonrisa de buenazo sexy.

Bajé las pestañas con recato.

—Gracias, señor. Espero que lo hayas disfrutado.

Me obsequió con un guiño y yo empecé a hiperventilar otra vez, reafirmandome en la idea de *respirar* con él cuanto antes.

—Desde luego que lo he hecho. Pero me temo que la diversión debe acabar ahora. Son casi las tres de la madrugada y Logan y yo tenemos que levantarnos pronto mañana.

—Sí, yo también me quiero ir a la cama —declaré, alzando las cejas en un gesto insinuante.

Si T.J. pilló mis intenciones, no me lo hizo notar. Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta. Decepcionante.

Salimos, y yo intenté recordar dónde había aparcado el coche.

—Creo que lo dejamos en la calle de detrás del Hobs, ¿verdad, Rach?

—¿Qué más da donde hayáis dejado el coche? No vas a conducir, encanto.

Le lancé una mirada cruzada a T.J., que correspondió con una sonrisa de donjuán.

—¿Por qué no?

—¡Porque estás borracha! —lo apoyó Logan, alzando el tono—. Venga, os llevamos.

Rachel me miró tan suplicante que tuve la impresión de que mi hermana hubiera preferido sufrir un accidente de tráfico a compartir coche con Logan.

—Está bien —claudiqué con los párpados entornados. Ellos tenían razón. Estaba muy borracha. Había sido una absoluta inconsciencia ponerme detrás del volante.

—¿Está bien?! —chilló Rachel, estupefacta—. Mirad, chicos, es muy

tarde, y seguro que deberíais estar ya en vuestras casas, con vuestras mujeres...

—Yo estoy soltero, encanto. Y bien orgulloso de ello.

—Vale, ¡pero él no! —se ofuscó mi hermana—. Seguro que Jennifer está preocupada y...

—A Jennifer no le importa —la interrumpió Logan, con los ojos clavados en los suyos—. Cuanto menos pase en casa, mejor.

Rachel tragó saliva y el anterior gesto consternado que desvelaba su rostro dio paso a una expresión afligida.

—Lo siento, Log. No pretendía abrir tus heridas.

Él negó despacio.

—No importa. No tengo heridas. Solo era un comentario. Vamos, te llevo. T.J., ¿te ocupas tú de Zooey? Así ahorraríamos tiempo.

—Faltaría más—. T.J. me rodeó con el brazo y me pegó a su costado, sus labios esbozando una sonrisa tranquilizadora que a mí me transmitió de todo menos tranquilidad. Era la misma sonrisa que pondría un lobo antes de devorar al pobre cordero—. Esta chica es toda mía.

Le guiñé un ojo a Rachel, y mi gesto de alzar las cejas dos veces seguidas le indicaron que pensaba tirarme a T.J. esa misma noche. Mi hermana me puso mala cara antes de echar a andar detrás de Logan, que se estaba alejando por la acera.

—¿De verdad tienes que trabajar mañana? —pregunté, haciendo pucheritos.

El pecho de T.J. se sacudió de la risa.

—¿Por qué? ¿No has bebido lo suficiente?

—Bueno, esperaba que nos tomáramos la última en mi casa. En mi hotel —me corregí con los ojos entornados.

Se volvió a reír y me cogió de la mano. Me gustaba que me cogiera de la mano. Me estremecía cada vez que él me tocaba.

—Ya veremos.

Cruzamos la calle y fuimos andando hacia su coche, un Dodge en perfecto estado. Era bastante lujoso para un obrero de Texas.

—Vaya trasto más grande. Tiene que ser un coñazo aparcarlo.

—No tengo problema en introducir cosas grandes en sitios pequeños. Se me da bien maniobrar.

Grrrrrrrr.

—Eso me encantaría verlo —aseguré con coquetería.

T.J., sonriendo socarrón, me abrió la puerta.

—Milady. Tú primero.

Puse los ojos en blanco ante ese derroche de encanto e hice el esfuerzo de montar sin su ayuda. Era un coche alto y yo estaba bastante ebria, pero lo conseguí. Quería demostrarle que no estaba tan borracha como él creía.

T.J. rodeó el oscuro automóvil y se deslizó detrás del volante.

—En serio, ¿por qué te compraste este monstruo chupagasolina? ¿Es que no te preocupa el cambio climático?

—Por el motor V8. Escucha.

Giró la llave en el contacto y el coche ronroneó como un felino.

—Impresionante. Pero sigue pareciéndome un monstruo chupagasolina.

Se me trababa la lengua. Una sensación muy incómoda. Y *chupagasolina* era una palabra bastante complicada de pronunciar. Me salió algo parecido a *upoasolina*. Lo importante es que él me entendió.

T.J. rio entre dientes, puso el coche en marcha y me preguntó a qué parte de la ciudad quería ir. Le indiqué el nombre del hotel y él tuvo que dar media vuelta, ya que íbamos en dirección contraria.

En su coche sonaba música antigua, los éxitos de finales de los setenta. Sin duda, era un hombre tradicional. Si hubiésemos sido aristócratas británicos, probablemente él habría disfrutado practicado tiro al plato. Por desgracia, éramos paletos de Texas. El único deporte masculino que había por ahí era... tiro a la zarigüeya.

Esa idea me hizo sofocar una risa. Estaba demasiado ebria. Cualquier cosa

me divertía.

—¿Cómo es que nunca te has casado? —inquirí, apoyada contra la puerta. Quería mirarlo. De hecho, me fascinaba mirarlo. Era muy guapo. Y cuantos más estragos causaba el alcohol en mi interior, más guapo me parecía él.

T.J. se encogió un poco de hombros.

—La chica que me gustaba me dejó por un capullo, y después de ella no tuve ganas de casarme con ninguna otra.

—¡Menuda zorra! —vociferé, arrastrando las palabras.

—Me refería a ti, cariño.

Me ruboricé y T.J. me guiñó un ojo.

—Tranquila, lo he superado. Hace mucho de eso.

—Lo siento —me las apañé para balbucir.

T.J. cogió mi mano y se aferró a mis dedos.

—¡Eh! No pongas esa carita. Estaba quedándome contigo. No me casé porque el matrimonio me parece una mierda. Mira a Logan.

—Y mírame a mí —añadí con acritud, al tiempo que retiraba la mano, disgustaba por el rumbo de la conversación.

—Y mírate a ti —asintió él, agarrando el volante con las dos manos.

No pude evitar entornar los ojos.

Se produjo una pausa. Yo me mordisqueé el labio y T.J. contempló la carretera a lo lejos. Nunca había visto una mirada tan remota como la suya. Intenté adivinar qué era aquello que lo mantenía tan absorto, pero no vi nada salvo asfalto y algún que otro vehículo circulando en sentido contrario. Las luces eran inaguantables. Supuse que me deslumbraban a causa de la bebida, puesto que a T.J. no parecían molestarle.

—¿Qué te pasó con Daniel?

El silencio se quebrantó y yo volví el rostro hacia el suyo, y descubrí que me estaba contemplando a través de la penumbra.

—Tuvimos una pelea muy fuerte.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Bueno. Alguien sabio dijo una vez que el matrimonio es una mierda.

Él sonrió un poco.

—Y ese hombre tenía razón, cariño.

Me gustaba su forma perezosa de llamarme *cariño*.

Ay, Dios, me lo iba a montar con T.J. *Jiiii Jaaaaa*.

Estaba muy entusiasmada por esa idea. Estaba convencida de que T.J. era un gran amante. Todo en él rezumaba sexo. El modo en el que se movía, su manera de mirarme con los párpados entornados, su sonrisa indolente...

Ese era un hombre que sabía cómo satisfacer a una mujer, y supe reconocerlo en cuanto lo vi. Su virilidad me dejaba sin aliento.

Al llegar delante del hotel, T.J. apagó el motor y se volvió de cara a mí. Tenía las emociones a flor de piel. Me moría de ganas por tocarle, notaba el coche cargado de electricidad estática como un campo justo antes de una tormenta, pero no quería ser yo la primera en lanzarme, así que apreté los puños en el regazo para retener el impulso de agarrar su rostro entre las manos, acercarlo al mío y besarle.

—Debería ayudarte a subir.

—Deberías.

—Vale.

—Vale.

Sonrió y se apeó del coche. Hice lo mismo, y él me pidió que me apoyara en su hombro para caminar.

—No estoy tan borracha —protesté, humillada.

—Y tanto que lo estás. No quiero que te tuerzas un tobillo por culpa de esos tacones. Me sentiría fatal. Después de todo, fui yo el que te suministró las últimas copas.

Hice una mueca y caminé a su lado hacia las dos puertas de cristal. Me negué a buscar el apoyo de su hombro. Tenía mi dignidad. Así que, si había

que tambalearse, me tambalearía. Pero con la cabeza bien alta. Como me habían enseñado de pequeña.

Intercambié un par de palabras con el recepcionista, entregué la documentación y el papel de la reserva y, tras registrarme y conseguir una tarjeta, atravesamos el pasillo enmoquetado en dirección al ascensor.

Tuvimos que subir con otra pareja, así que quedó descartada la posibilidad de enrollarnos. Lástima. Siempre había querido hacerlo en un ascensor, como en las películas. Supongo que la vida real no tiene nada que ver con la ficción. Probablemente se te claven los botones en la espalda, o el tacto del acero resulte demasiado frío contra tu trasero desnudo.

—Otra vez será —murmuré para mí. A pesar de los más que evidentes inconvenientes, me seguía pareciendo excitante la idea de enrollarme con alguien dentro en un ascensor.

—¿Qué?

Miré a T.J. con gesto confuso.

—¿Eh?

—¿Qué has dicho? —repitió paciente.

Tuve que improvisar, ya que no tenía intención de admitirle la verdad.

—Ah. Que he reservado esta habitación porque tiene unas vistas preciosas.

—No has dicho eso.

Puse los ojos en blanco.

—Pues finjamos que sí.

Torció la boca en una expresión divertida, hundió las manos en los bolsillos de los tejanos y empezó a silbar por lo bajo. El ascensor se detuvo con un pitido. Era mi planta.

—Bueno, señorita. Hemos llegado. ¿Puedes caminar?

—Que sí, hombre, que sí —me enervé.

Y caminé, más bien dando traspies, pero conservando mi aire digno. El orgullo tejanero me podía.

T.J. aguardó hasta que yo abrí la puerta con ademanes torpes, y me siguió dentro.

—Vaya. Bonita choza.

Soltó un silbido. Me reí y lancé los zapatos lo más lejos que pude.

—Tengo minibar. ¿Qué quieres tomar?

En mi fantasía, T.J. acercaba esos sensuales labios a mi oído y me susurraba, con voz sexy y gutural: *a ti*.

En el mundo real, T.J. pasó por mi lado, fue a la mini nevera y retiró una botella de agua. Bah. Menuda decepción.

—Espero que tengas aspirinas en alguna parte. De lo contrario, mañana querrás morirme.

Ya quería morirme, gracias. ¡Del aburrimiento!

—Pues no. No tengo aspirinas —rezongué disgustada.

Se me acercó con los andares lentos de un depredador, desenroscó el tapón y me ofreció la botella.

Mi lado más salvaje imaginó que T.J. me entregaba el agua porque quería un concurso de camisetas mojadas, como en el instituto.

Mi lado más sensato aseguraba que no podía con el olor a borracho que desprendía mi aliento y quería ponerle fin de una vez por todas al suplicio.

Intenté refrenar mis molestos pensamientos, pero me costaba concentrarme en nada serio. Mi cabeza se había convertido en un remolino de ideas absurdas y surrealistas.

—¿Qué quieres que haga con esto? —pregunté, procurando acallar ambos lados, el salvaje y el prudente.

—Bebe.

Odiaba que los hombres me dijeran cosas como *come, bebe, etc.* El único imperativo que quería que saliera de su boca esa noche era *desnúdate*. Susurrado en mi oído, a ser posible.

—Malas noticias, amigo. No tengo sed.

—Confía en mí. Tienes que estar hidratada. Así mañana no te encontrarás

tan mal.

Como no quería perder un tiempo precioso discutiendo, tomé un par de tragos de agua solo para complacerle, dejé la botella encima de la mesa escritorio y me acerqué a él. Sonriendo como solo una chica a la caza de un buen polvo sabe hacerlo, me colgué de su cuello y me perdí en los insondables ojos azules que bajaron para sostener a los míos.

—Deja de preocuparte por lo que pasará mañana. Disfrutemos esta noche.

Que en versión menos mojigata quería decir: *fóllame. Fóllame ahora mismo.*

T.J. puso sus cálidas palmas encima de mis manos y me mostró una de esas sonrisas que emanan confianza en uno mismo.

—Está bien.

Empecé a hiperventilar por tercera vez en una sola noche. ¡Iba a suceder! Mi imaginación ya se estaba volviendo loca. ¿Cómo pasaría? Nunca había tenido una aventura con nadie, y me costaba imaginar cómo sería tener sexo arrasador con un hombre como T.J. ¿Me arrancarían la ropa y me lo harían contra la pared? ¿En el sofá? ¿En la cama?

¡Ay, qué nervios!

Rehuí el frenesí de mis ideas y decidí que me daba igual. Estaba tan desatada que me importaban un comino los detalles. Siempre que bebía acababa perdiendo el control, y esa era una de las razones que por las cuales apenas probaba el alcohol. De no haber sido por la presión de los últimos dos días, la aventura de Daniel y el ingreso de mamá en el hospital, no lo habría hecho.

Pero ahí estaba, delante de él, borracha y excitada, esperando a que me besara. Ahora ya no había marcha atrás. Yo quería hacerlo con él, y era evidente que a él no le habría importado hacerlo conmigo. Así que: *ji ja.*

Las manos de T.J. empezaron a arrastrarse por mis hombros.

Madre. Mía.

Apenas me estaba tocando y yo ya me estaba derritiendo.

Llegó a los finos tirantes de mi mono y los bajó por los hombros, primero

uno y luego el otro, acariciándome con el dedo en el proceso, apenas un roce, tan débil que bien me lo podía haber imaginado. Sus carnosos labios se acercaron a los míos, y por un momento creí que iba a besarme y se me nubló la vista.

Aunque dejé claro que me moría por un beso suyo, eligió torturarme con la expectativa, quedándose a tan solo unos milímetros de distancia de mi boca, lo suficientemente cerca como para que nuestras respiraciones se fundieran en un excitante abrazo.

Ladeando la cabeza hacia un lado, me miró los labios con tanto empeño que el deseo me agitó de nuevo y con más fuerza que antes.

—Te ayudaré a meterte en la cama —me dijo, levantando la mirada hacia la mía.

¡Sí!, gritó una voz en mi interior, y empecé a respirar por la boca, pues los pulmones se me habían colapsado de repente.

Me desquiciaba el calor que desprendía su robusto pecho encima del mío. Y el aroma de la piel masculina, que olía como si estuviera reteniendo los abrasadores rayos del sol tejano. Y el electrizante sonido de su respiración, que se estrellaba contra mis labios al mantenerlos tan cerca de mí, respirándome y enloqueciéndome de esa forma que nadie había conseguido antes que él.

Mis ojos se arrastraron por su apuesto rostro, suplicaron, pidieron a gritos una caricia suya; devoraron su inescrutable expresión. Oh, estaba seducida. Completamente. Había algo primitivo cargando la atmósfera esa noche. El aire crepitaba, cargado de electricidad, y yo notaba la presencia masculina con cada fibra de mi cuerpo, cada nervio de mí estaba en alerta por su culpa.

Él me midió con una mirada profunda. Me pregunté si se daba cuenta de que me estaba deshaciendo de ganas entre sus brazos. Algo me dijo que sí; que él había advertido el modo en el que lo contemplaban mis pupilas, agrandadas y ennegrecidas por el deseo.

Su boca se acercó a mí oído y a punto estuve de desmayarme.

—Y luego me iré a casa —concluyó con voz fría y metálica.

—¡Sí! —Parpadeé desconcertada al comprender que eso no era lo que yo quería oír—. Espera. ¿Qué?

Se rio entre dientes y retrocedió, poniéndole fin al momento erótico.

—Zooey, estás borracha.

—Solo un poco achispada. Un poquitín.

Hice un gesto con los dedos pulgar e índice para señalar lo poco borracha que estaba. Mentí, por supuesto. Estaba como una cuba.

—No voy a aprovecharme de ti en tu estado —declaró con una contundencia que me mosqueó todavía más.

¡Mi estado!

—¡Pero yo quiero que te aproveches!

—Me da igual. No pienso hacerlo.

Vaya por Dios. El encanto tejano me empezaba a sacar de quicio.

—¿Por qué no?

Sus penetrantes ojos azules se clavaron de nuevo en los míos.

—Porque no es mi estilo. Mañana, cuando estés sobria, te invitaré a mi casa, te serviré una copa y luego follaremos todo el tiempo que te plazca. Pero ahora no es un buen momento.

—¡Dijiste que no querías casarte conmigo! —le recriminé, irritada por su comportamiento santurrón. Yo tenía un calentón que no podía ni respirar, ¡y él se estaba haciendo el caballero!

—Y hablaba en serio. Pero eso no quiere decir que tenga que ser todo tan ordinario.

—No tiene por qué ser ordinario. Puede ser cariñoso. O romántico. Incluso puedes dormir abrazado a mí. ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Nos enrollamos y después me coges de la mano?

T.J. sonrió con tristeza. Agarró mi rostro entre los dedos, me miró a los ojos largo rato y luego me dio un beso. ¡En la frente!

—Buenas noches, Zooey.

Mis ojos desprendieron llamas cuando vieron que él se disponía a marcharse.

—¡Y por eso te dejé plantado esa noche! —grité detrás de él—. ¡Porque nunca fuiste capaz de lanzarte!

Se detuvo con la mano encima del pomo de la puerta y, durante un tiempo irritablemente largo, no se movió. El corazón me bombeaba sangre con fuerza y la respiración se me había vuelto a descontrolar. Estaba furiosa con él.

T.J. se volvió sobre sí mismo y me observó en silencio. Su rostro lucía un rictus congelado. Había un músculo latiendo en su mandíbula, y yo empecé a desmoronarme conforme se prolongaba su silencio. Lo único que él había hecho era ser bueno conmigo, traerme al hotel y asegurarse de que no me mataba en la carretera. Y ahí estaba yo, hiriéndolo con tonterías del pasado, niñerías que no tenían ya ninguna importancia.

—Así que fue por eso —habló por fin—. Llevo mucho tiempo preguntándome qué es lo que hice mal contigo.

Tragué saliva. En algún momento, la furia se había apagado dentro de mí, y ahora me sentía exangüe y abyecta.

—Lo siento —musité despacio—. No lo decía en serio.

Él negó con la cabeza.

—No. El que lo siente soy yo. Ojalá me hubiese lanzado esa noche.

Con un suspiro de derrota, hundió las manos en los bolsillos de los vaqueros, me lanzó una última mirada, larga y reluciente, y me volvió la espalda. Sentía ganas de llorar, por motivos que no tenía del todo claros.

Nunca había sido mi intención hacerle daño. Ni en mi adolescencia ni ahora. Y, aun así, se lo había hecho, dos veces. ¿Qué clase de persona horrible era yo? Sin duda, me merecía todo lo que Daniel me había hecho sufrir.

T.J. abrió la puerta y la cruzó.

Estaba a punto de cerrarla tras de sí, cuando se detuvo en seco y reflexionó unos momentos, de espaldas a mí.

—No, ¿sabes qué? Estoy harto de esta mierda. Si vas a recriminarme algo dentro de otra década, que sea esto.

Giró sobre los talones, vino hacia mí, me cogió por la nuca y nuestros labios entrechocaron con violencia. Fue tan inesperado que me quedé sin

aliento y no supe cómo actuar. T.J., con la boca presionando a la mía, enredó los dedos en mi cabello y me obligó a echar la cabeza hacia atrás.

Lo hice. Y entonces, me besó de verdad, me abrió la boca con la suya y nuestras lenguas se tocaron, apenas una leve caricia. Aun así, fue suficiente para que las punzadas de excitación me atravesaran como lanzas ardientes. Mi vientre se contrajo, y mis dedos, de algún modo, encontraron el camino hacia su cabello y se aferraron a él para asegurarme de que su boca no soltaba a la mía.

Nos respiramos el uno al otro y la excitación empezó a crecer en mi interior hasta volverse tan abrasadora como una hoguera que me devoraba por dentro.

Solté un leve gemido que no fui capaz de reprimir a tiempo, y su lengua se introdujo en mi boca y tomó todo el control. Su cuerpo aplastó al mío contra la mesa escritorio. Los pocos objetos que había encima, una bandeja con dos vasos y la botella de agua, se tambalearon. El calor que irradiaba su pecho repercutió en algún lugar de mi estómago y, sin darme cuenta, empujé la lengua más profundamente dentro de su boca, dándole al beso unas connotaciones mucho más sexuales.

La mano de T.J. fue a buscar mi pecho y ambos notamos cómo el pezón respondía a la caricia de su dedo pulgar, que se arrastraba de arriba abajo, por encima de la ropa. Sentí crecer su erección contra mi vientre y mi placer aumentó todavía más. Febril, empecé a mover las caderas contra las suyas, exigiéndole más de lo que me estaba dando.

Cuando creía que T.J. iba a bajarme del todo los tirantes del mono y hacerme suya ahí mismo, encima de la mesa, él soltó mi boca, retrocedió y buscó mi mirada. Tenía los ojos tocados por la pasión.

Antes de decirme nada, intentó recobrar el aliento. Notaba los labios hinchados, escociéndome, a pesar de no haber sentido ninguna molestia cuando me besó.

—No quiero que pase de este modo, así que... buenas noches, Zooey —se obligó a decirme. Su voz sonaba desgarrada, y aún tenía la respiración irregular. Mirándolo a los ojos, comprendí que lo que menos deseaba en ese momento era irse.

Sin embargo, lo hizo. Me volvió la espalda con brusquedad, cruzó la

puerta y la cerró con fuerza detrás de él.

Sin apenas aire en los pulmones, me mantuve apoyada contra la mesa, con el semblante pálido y el corazón palpitándome descontrolado dentro del pecho. Nadie, en toda mi vida, me había dado un beso tan apasionado.

Ni siquiera Daniel ese día en la orilla del río.



Zooey

Tras un agitado sueño, poblado de intensas fantasías eróticas, desperté hecha polvo, tal y como T.J. había augurado. Por desgracia, no tuve tiempo de ahondar en la miseria. Tenía que ir al hospital. Así que me di una ducha rápida y casi fría, que me despejó un poco, aunque no todo lo que me hacía falta, me maquillé en el baño de mi habitación y me puse la misma ropa de la noche anterior. Olía a humo de cigarro y aún conservaba vestigios de la colonia que me había echado al salir de Nueva York, una mezcla nada agradable. No pude hacer nada para remediarlo. Mi maleta estaba en el coche. Y mi coche, en la otra punta de la ciudad. Tomé nota mental de no volver a beber nunca más. Tenía todo el cuerpo machacado.

Lidiando con la resaca lo mejor que me fue posible, abandoné mi habitación y monté en el ascensor. En cuanto este se puso en marcha, cerré los ojos y me apoyé contra el espejo para mantener a raya la actividad de mi estómago. Me encontraba tan mal que fue un auténtico milagro que consiguiera llegar a la planta baja sin devolver.

Me disponía a acercarme a recepción a pedir un taxi, cuando vi a T.J. sentado, cual largo era, en el sofá del pasillo. Creo que palidecí al cruzarse nuestros ojos y empecé a recordar retazos de mis sueños de la noche anterior, sus labios acercándose a los míos, sus manos arrastrándose por encima de mis curvas, yo murmurando su nombre en pleno éxtasis...

Por supuesto, me lo había imaginado todo, porque él se había ido nada más

besarme, sin importarle en absoluto mi estúpido calentón. Hombres. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—Hola —saludó al tiempo que se ponía en pie.

Se comportaba con mesura, como si no supiera exactamente qué esperar después de ese beso.

Me acerqué a él con un nudo en la garganta. A diferencia de mí, mostraba un aspecto impecable. Se había duchado, olía de muerte, y vestía una camisa blanca, que evidenciaba tanto el tono tostado de su piel como el azul de sus ojos. La combinación de camisa y vaqueros gastados concedía a su figura un aspecto que oscilaba entre elegante y desastrado. Solo alguien con un físico como el suyo podía parecer elegante como una ropa tan informal.

—T.J. ¿Qué te trae por aquí? —Mi voz se elevó en un chillido. Estaba nerviosa. Me sentía fatal por haberme insinuado con tanto descaro la noche anterior. No era una actitud propia de mí.

—Pensé que estarías sin coche y que necesitarías recuperarlo.

Muy considerado por su parte. Desde luego, le perdían las damiselas en apuros, aunque no lo bastante como para acostarse con ellas cuando se lo pedían patética y desesperadamente.

Ahora que los vapores del alcohol habían dejado de nublar mi mente, me sentía muy avergonzada por mi comportamiento disoluto.

—No te preocupes. Pienso pedir un taxi.

—¿Para qué? Puedo llevarte yo al hospital. De todos modos, voy para allá. Tengo que firmar un contrato.

Recordé los papeles que había visto el día anterior. Sí, podía haber sido el anexo de un contrato.

—De acuerdo. Pues vamos.

Me aferré nerviosamente a las correas de mi bolso y lo seguí por el pasillo. Fuera, el intenso sol primaveral me hizo entrecerrar los párpados y gruñir una maldición.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó T.J. al abrirme la puerta de su coche.

—Con ganas de morirme.

No hizo ningún comentario, se limitó a asentir. Yo tampoco hablé. De hecho, nos mantuvimos extrañamente callados hasta el hospital. A mí me retumbaba la cabeza y a él se le veía perdido en sus pensamientos. Además, hacía tanto calor que el sopor era inevitable.

Sin dar muestras de desear interrumpir la pesadez de ese silencio, entramos a la vez en la clínica y echamos a andar por el pasillo hasta la habitación delante de la cual habíamos chocado el día anterior. Ahí, él se detuvo.

—Estaré aquí si me necesitas.

—No te preocupes. Le pediré a alguna de mis hermanas que me acerque a por el coche.

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—De acuerdo. Entonces... adiós.

Dudó un momento, antes de inclinarse sobre mí y besarme en la mejilla. Me estremecí bajo el tacto de sus labios. T.J., con su vigor y su apabullante olor a piel masculina, tenía el don de estremecerme bastante a menudo.

—Adiós —balbucí, incómoda por las corrientes eléctricas que hacían crepitar el aire que nos envolvía.

Él entró en la habitación en menos de un segundo, y yo me alejé por el pasillo tragando saliva. Aún tenía la garganta seca.

Como llegué tarde, al entrar en la habitación de mamá, me encontré a todo el mundo ya ahí, revoloteando alrededor de su cama.

—Buenos días. Siento haberme retrasado. Tuve un... eh... problemilla con el coche.

Me di cuenta de que nadie decía nada, no hacían los típicos comentarios estúpidos que cabía esperar. *¿Qué, te olvidaste de echar gasolina?*, y otras gilipolleces por el estilo.

—¿Qué os pasa? —Busqué con la mirada a mi hermana pequeña y palidecí—. Rach, ¿por qué estás llorando?

El corazón me dio un vuelco violento dentro del pecho. Intenté luchar

contra el terror y las náuseas que me estaban invadiendo, pero el malestar parecía más fuerte que yo y, de pronto, empecé a marearme.

—¿Me podéis dejar a solas con Zooey? —pidió mi madre. Estaba extrañamente serena comparada con todos los demás. Resuelta. Dueña de la situación.

Mis hermanas y sus maridos, todos pálidos y evidentemente afectados por algo que yo aún ignoraba, salieron en tropel, dejándome a solas con ella. Me acerqué a su cama, consciente solo del atronador ruido de la sangre que latía en mis oídos. La borrachera se me había quitado de golpe.

—¿Mamá? —musité aterrorizada.

Ella suspiró y me lanzó una larga mirada que no supe interpretar. No supe si estaba afligida, o si, por el contrario, era resignación aquello que resplandecía en la superficie azul de sus ojos.

—Zooey, deberías sentarte.

—Mamá, ¿qué pasa? —susurré, cada vez más lívida.

Mi madre se humedeció los labios y un brillo tembloroso inundó sus ojos. Eso me intranquilizó todavía más.

—Me gustaría que hubiera un modo más agradable de decírtelo, pero me temo que no lo hay. Tengo cáncer, Zooey. Vamos a repetir las pruebas, aunque estoy bastante segura de que saldrá el mismo resultado.

El impacto me dejó demudada.

—Cáncer —repetí, y mi voz sonó tan hueca como se había vuelto mi mirada.

Mi madre asintió despacio.

—De hígado.

—Cáncer de hígado —dije del mismo modo, como un autómata. Ni una sola emoción traslucía en mi voz.

—Zooey, deberías sentarte.

—Estoy bien —aseguré con ojos remotos.

—No estás bien.

—Estoy bien. Lo siento, tengo que marcharme.

Tal fue la rapidez con la que abandoné su habitación que choqué con el hombro de Jennifer, la cual se estaba acercando por el pasillo con el móvil pegado a la oreja.

—¡Eh! ¿Qué coño te pasa, Zooey? —me gritó, apartando el teléfono por un segundo.

—Lo siento —me disculpé. Me sentía dispersa, como si el mundo hubiese empezado a agrandarse con la misma rapidez con la que yo encogía.

Incapaz de prestar atención a lo que mi hermana renegaba entre dientes, eché a correr hacia la salida. Me dio igual que me familia me mirara como si pensara que estaba loca. Me dio igual irme sin despedirme de mamá. Necesitaba salir de una vez de ese hospital. No podía respirar ahí dentro. El peso del edificio resultaba abrumador, como si sus paredes se hubiesen convertido en manos de hierro que oprimían mi garganta hasta ahogar incluso el último soplo de aire que intentaba llenar mis pulmones.

Corrí como una demente por el pasillo y, sin verlo venir, acabé otra vez entre los brazos de T.J., que justo en aquel momento salía de la habitación de quien quiera que fuera la persona ingresada ahí.

Me atrapó para que no cayera al suelo y me enderezó, sujetándome por los brazos unos momentos más de los que hacía falta.

—Esto se está convirtiendo en una extraña costumbre, Zooey —se burló, aunque su sonrisa palideció de golpe al verme la cara—. Eh. ¿Qué te pasa? Parece que acabas de ver un fantasma.

—Necesito alejarme de todo esto, por favor —supliqué sin aliento.

T.J., si bien frunció el ceño, me agarró de la mano y me arrastró hacia la salida con una premura y una firmeza que agradecí. El sol me volvió a herir los ojos, pero esta vez lo aguanté con valentía.

Viví el momento sumida en una oleada de irrealidad. Tenía la impresión de que el tiempo discurría de forma extraña, que los segundos eran más largos, interminables; lentos. Anduvimos en silencio por el aparcamiento. Él no preguntó nada, yo no dije nada. Miré con ojos velados cómo, con mi mano todavía encajada en la suya, pulsaba el mando para desbloquear las puertas. El coche emitió un suave pitido y los faros parpadearon. T.J. soltó mi mano y

mecánicamente me dirigí a la puerta del conductor. Nos montarnos a la vez, y lo siguiente que supe fue que nos habíamos incorporado al tráfico y que aún no habíamos formulado ni una sola palabra.

—¿Adónde? —me preguntó, un abismo de tiempo después.

—No lo sé. A casa —musité, distraída. La cabeza me daba vueltas.

Él asintió y aumentó la velocidad del coche. Abandonamos la ciudad y los rascacielos empezaron a convertirse en bonitas laderas verdes. Durante todo el trayecto estuve mirando por la ventanilla. Me fijé en los cambios que se habían producido en Texas durante los últimos años, en lo azul que lucía el cielo, en el suave aleteo de las hojas de los robles, que formaban oscuros bosquecillos a ambos lados de la autopista, pequeños túneles en los que entrábamos y de los que salíamos.

Como no había apenas tráfico y él conducía a mucha velocidad, llegamos a mi casa apenas una hora más tarde. T.J. arrimó el coche a la valla blanca que enmarcaba nuestra finca y me dirigió una mirada preocupada.

Sentía que se moría por preguntar qué me pasaba, y agradecí que no lo hiciera. Quitó la llave del contacto, se apoyó contra el respaldo de su asiento y exhaló un suspiro.

Me recreé en su silencio. No quería hablar de nada. Ni siquiera quería pensar en nada. Lo único que necesitaba era regresar al lugar en el que había pasado mi infancia y recordar lo felices que habían sido mis padres cuando mis hermanas y yo éramos apenas unos renacuajos, antes de que todo se torciera. Dentro de nada, solo me quedaría eso, el recuerdo, y quería aferrarme a él con las dos manos y retenerlo para siempre conmigo.

Bajé sin decir palabra y T.J. me siguió taciturno y con actitud reservada. Se me cayó el alma a los pies ante el estado ruinoso en el que encontré la casa, una sólida construcción de piedra, inspirada en la pequeña pensión en la que se habían conocido mis padres, en alguna parte del norte de la Toscana. En mi infancia era el edificio más espectacular de todo nuestro pueblo, donde la mayoría de las construcciones solían ser de madera blanca, conforme a la arquitectura georgiana anterior a la guerra.

Ahora, esa soberbia propiedad que tan llena de color permanecía dentro de mi mente, no era más que un recuerdo viejo y desgastado, una reliquia que aludía tiempos mejores. El decaimiento lo impregnaba todo, como una bruma

grisácea que se espesaba a mi alrededor.

La pintura verde de los postigos estaba descascarillada, se desprendía a cachos. La maleza seca del otoño pasado había devorado la belleza del jardín, se había alzado a través y por encima de los destartados adornos de madera, la estructura de un ajado carro de caballos y una mesa redonda, tallada en el tronco del árbol más grueso que había visto en toda mi vida. Según creo recordar, habían hecho falta siete hombres fuertes para tallarlo.

En la fachada delantera, un bonito balcón arrojaba sombra sobre el porche, pero los geranios y las demás flores estaban tan secas que parecían espigas.

Mis ojos se cargaron de lágrimas. ¿Cuánto tiempo llevaba mi madre enferma? De haber estado bien, ella nunca habría permitido ese desgaste. Amaba esa propiedad casi tanto como a sus propias hijas. ¿Y mis hermanas, Titi y Jennifer? ¿Por qué no hicieron nada? Si era cuestión de dinero, ¿por qué nadie me lo pidió? Se lo habría enviado.

—No puedo dejar que la vea así —musité, resuelta.

Golpeada por una oleada de furia, tan intensa que me cegó, quité el cerrojo de la portezuela, arremetí contra el jardín y, con gestos desesperados, empecé a arrancar maleza a derecha e izquierda.

—Oye. ¡Zooey! —T.J. echó a correr tras de mí e intentó detenerme—. Zooey, por favor, para.

—¡No! —le grité, empujándolo hacia un lado—. Esto no puede estar así. ¡No puede!

Él me cogió por los brazos, me enderezó y me pegó a su torso, a pesar de que yo forcejeaba como una loca para liberarme y proseguir con lo que estaba haciendo. Me había clavado unos pinchos en los dedos de la mano izquierda y notaba las palmas escociéndome, pero me dio igual. No podía dejar el jardín en ese estado.

—¡Suéltame! Tengo que arreglar el jardín.

—No.

—¡Suéltame de una maldita vez!

—Necesito que te calmes —me pidió con voz suave.

Sus ojos estaban a la altura de los míos, velados, para enmascarar la compasión. No podía seguir mirándolos, así que aparté la vista y empecé a forcejear con más violencia. Él asió mis brazos con demasiada fuerza y no conseguí apartarlo ni un centímetro.

—No, para. ¡Suéltame! Tengo que arreglar el jardín. Tengo que hacerlo por ella.

—No, cariño. No tienes que hacer nada ahora.

Habló con tanta ternura que los ojos se me llenaron de lágrimas al encontrarse de nuevo nuestras miradas.

—Esto es un desastre, ¿no lo ves? ¡Tengo que arreglarlo!

—Lo sé, pero ya lo harás más adelante. Ahora quiero que me hables, Zooey. Háblame.

Las lágrimas ya estaban resbalando por mis mejillas. Me sentía pequeña, frágil, quebradiza, inerme. Esa casa era el único recordatorio que me quedaba de mis padres, y estaba hecha una mierda. También iba a perderla, como había perdido todo lo demás.

—¿Hablarte?! —le grité, y los últimos resquicios de furia fueron arrancados de lo más profundo mi alma, para, seguidamente, ser expulsados a través de ese grito—. ¡No tengo tiempo de hablarte, estúpido! ¡Necesito arreglar este desastre porque mi madre se está muriendo y no quiero que sea esta la última imagen que se lleve con ella!

Al decirlo, todo se volvió real. El mundo se quebrantó y se tornó oscuro. Y todo dejó de tener sentido. Porque *ella* se estaba muriendo.

Me vine abajo con un grito de dolor.

Esa era la verdad que tanto me había forzado en ocultar dentro de mi mente. La había encerrado detrás de pesadas puertas que, creí ingenuamente, se ocuparían de retenerla cautiva en el lugar más recóndito de mi propio subconsciente.

Pues bien, ahora se había liberado. La verdad nunca permanece alejada por demasiado tiempo. Se aparta para reforzar su garra, y luego regresa y te golpea, desalmada e inmovible, hasta que consigue que te derrumbes.

No pude decir nada más, se me quebrantó la voz, el aliento, las fuerzas, y

rompí a llorar de forma desconsolada. T.J. me arropó entre sus brazos y me estrechó contra su pecho. Pero ni siquiera él pudo mantenerme a salvo del dolor. Estaba en casa, el lugar en el que mis fantasmagóricos recuerdos adquirieron contorno, provocándome más tormento del que podía soportar. Recordé a mi padre, enseñándome a jugar con el patinete y colocando una tirita en mi rodilla cuando me caí; a mi madre, abrazándome fuerte mientras yo lloraba con el rostro escondido en su regazo. Recordé incluso el jersey que llevaba ella aquel día, verde y lleno de pelusas. Me gustaba cómo le sentaba, estaba guapísima con él.

Y ahora ella se estaba muriendo y nunca más lo llevaría puesto. Nunca más podría respirar el olor a verbena que desprendía al moverse. Nunca más vería el sol poniente reflejado en sus cabellos, rubios y recogidos hacia atrás, ni la bondad de su sonrisa arreglándolo todo. Nunca más volvería a darme un consejo, que yo siempre pasaba por alto porque odiaba que me dieran consejos. No volvería a estrechar nunca su frágil cuerpo entre mis brazos.

Mi madre estaba a punto de marcharse a un lugar al que yo no podía seguirla, y eso no era en absoluto justo. Me laceraba pensar que la había ignorado durante todos esos años, ella había estado ahí para mí, me había esperado, siempre en vano, porque yo nunca aparecí. ¿Por qué no supe valorarla cuando aún la tenía? ¿Por qué no vine a verla? ¿Por qué no la llamé más a menudo? Ahora me arrepentía, me arrepentía con todas mis fuerzas, pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos.

Estuvimos así mucho rato, yo llorando en silencio, con los dedos aferrados a su camisa, y él manteniéndome acurrucada contra su pecho.

—Lo siento, Zoey. Lo siento muchísimo —me susurró al oído.

Agradecí que no me dijera que todo iba a arreglarse. Sabía que sería mentira y no lo hubiera soportado.

Con un leve asentimiento, retrocedí y me enjuagué las mejillas.

—Disculpa. No sé qué me ha pasado —murmuré mientras me secaba la nariz—. No suelo estallar en llanto de este modo. Soy de las que nunca lloran. Tengo otros métodos de enfrentarme al dolor.

T.J. hizo un amago de sonrisa y echó una mirada escrutadora al jardín, por encima de mí.

—¿Sabes lo qué te digo? Que esta propiedad es un putito desastre. —Cabeceó, y sus ojos peinaron la zona con evidente disgusto—. Te ayudaré a limpiar.

Le lancé una mirada incrédula.

—¿Qué?

—Vamos, hombre, ¡mira la jodida maleza! —exclamó indignado.

Me soltó, se dirigió con pasos largos y furiosos a unas hierbas secas y las arrancó de raíz.

—¡Míralas! Esto hay que cortarlo. Están devorando el césped. Y las persianas y las puertas. —Se acercó a la casa y lo examinó todo con ojo crítico—. Hay que lijarlas y pintarlas. Y todos estos trastos, estos muebles llenos de podredumbre, han de desaparecer de aquí. Pondremos otros nuevos. —Se volvió hacia mí, puso los brazos en jarras y alzó ambas cejas—. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Negué despacio, estaba demasiado desconcertada como para decir nada. ¿Qué pretendía ese hombre?

—Estupendo. Iremos de compras. A lo mejor quieres cambiarte de ropa antes de marcharnos. Esos zapatos no son adecuados.

Guardé silencio un momento. Intentaba mantenerme ocupada, desviar mi atención de la noticia de la enfermedad de mi madre, pasarla a cosas mucho más triviales, como comprar pinturas y plantar flores.

Aunque las lágrimas aún ardían en mis ojos, no las derramé. Me obligué a levantar la cabeza, e incluso conseguí una débil, casi fugaz, sonrisa.

—Tienes razón. Debería cambiarme. Espero que mamá siga guardando la llave bajo la maceta del naranjo.

Di la vuelta a la casa, subí las escaleras del porche trasero e incliné la pesada maceta de madera, tanteando el suelo por debajo. La llave seguía en el mismo sitio. Usé las yemas de los dedos para arrastrarla hacia mí, la agarré y me enderecé.

Sin echar ni una sola mirada a la parte de atrás, los viñedos y las tapizadas colinas verdes que remarcaban el aspecto italiano de la finca, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta que daba a la cocina.

T.J. me siguió al interior.

—Por dentro no mejora mucho —dije tras haber registrado la planta baja—. Está limpia, pero...

—Sí, hay que pintar algunas cosas, arreglar pequeños desperfectos, y puede que cambiar las cortinas. No te preocupes, en unos días lo apañaremos. ¿Crees que te queda algo de ropa por ahí?

—Eso espero.

—¿Y crees que aún te vale?

—¡Oye! —me indigné, y él me mostró una sonrisa insolente, sus palmas alzándose en un gesto pacífico.

—Solo preguntaba, no te lo tomes a mal. Creo que ahora tienes las caderas un poco más... fértiles que la última vez que nos vimos.

Una sonrisa luchaba por asomar en mis labios, a pesar de lo mucho que intentaba contenerla.

—¿Me estás llamando gorda?

—No. Al contrario. Era un cumplido. Estás preciosa. De hecho, me gustas mucho más de lo que me gustabas antes.

Debía de hablar en serio, pues me miró como si le gustara mucho. Le sonreí con tristeza.

—Gracias.

Frunció el ceño y sus ojos estudiaron minuciosamente los míos.

—¿Por? —susurró, con voz enronquecida.

—Por distraerme...

Calló un segundo.

—Deberías cambiarte. Hay mucho por hacer.

—Sí, tienes razón. Sírvete algo de beber. Seguro que hay alguna cosa en la nevera.

Se apoyó contra la encimera y se cruzó de brazos. Era tan alto y tan fuerte que la cocina parecía haber encogido de pronto.

—Gracias —dijo, sin que sus ojos se apartaran de los míos.

Tensé los labios a modo de despedida y le volví la espalda.

En la primera planta, aunque pasé por delante de la habitación de mamá, no me permití el lujo de derrumbarme. Tenía cosas más importantes que hacer. Pintar persianas, arreglar la casa por fuera, limpiar el jardín... No había tiempo para sentimentalismos.

Abrí la puerta de la que fue mi habitación durante gran parte de mi vida, me deslicé dentro, de puntillas, como la intrusa que era, y crucé la estancia en dirección al armario. Mi madre había guardado toda mi ropa tal y como la había dejado. Y a juzgar por la falta de polvo, la lavaba de vez en cuando.

Rebuscando entre montones y montones de prendas horrendas, encontré un mono vaquero que nunca llegué a ponerme porque me quedaba demasiado grande en esa época. Solía ser una chica delgaducha. A lo mejor ahora, que tenía caderas *fértiles*, me quedaba mejor.

Cogí una camiseta blanca de manga corta, me la puse y me probé el mono. Al ver todo el conjunto, no conseguí comprender cómo diantres me había comprado algo así en mi juventud. El pantalón seguía colgándome sobre las caderas, pero, gracias a los tirantes, no había riesgo de quedarme en bragas.

—Bueno, podía haber sido peor —me consolé delante del espejo.

No muy convencida, registré otra vez el armario en busca de algo mejor. Para mi desesperación, el mono seguía siendo la única opción válida, así que me lo dejé puesto. Me calcé unas zapatillas viejas y gastadas, me recogí el pelo con una goma que encontré en el cajón del tocador y me di prisa para regresar con T.J.

—El fregadero no tragaba bien —informó al escuchar pisadas a sus espaldas. Estaba inclinado sobre el lavabo y se estaba lavando las manos—. Ya está arreglado.

—Gracias.

Cogió un trapo que había encima de la encimera y se secó, al tiempo que se volvía hacia mí.

—¿Qué... coño... es... *eso*? —preguntó pausadamente, sus ojos dándome un repaso de arriba abajo, los vaqueros rotos (casi desgarrados), los tirantes

rojos como los de un bombero, el estampado verde y azul que algún genio del diseño pensó que quedaría bien en los muslos... A lo mejor ese diseñador estaba colocado. Eso explicaría muchas cosas.

Me encogí de hombros ante la expresión medio divertida de T.J.

—Te puedo asegurar que, después de esto, nunca más volví a comprar ropa por Internet.

—No me sorprende. Pareces un mendigo.

Él sí sabía cómo alagar a una chica.

—Exagerado. Yo creo que estoy monísima. ¿Preparado para irnos?

—Sí, *milady*, aunque no sé si deberías salir así a la calle. Puede que a alguno se le ocurra darte limosna. Ya sabes cómo es la gente del sur, de gran corazón y desorbitada generosidad. No me gustaría que te sintieras ofendida.

—Ja ja. ¿Nunca has pensado en hacerte cómico?

—No. La verdad es que no.

—Mejor. Se te habría dado de pena.

Se rio entre dientes.

Cogí el bolso que antes había dejado caer encima de la encimera y me dirigí a la puerta. T.J. me siguió con sus andares perezosos. Arrastrando los pies como si no tuviera nada que hacer en todo el santo día, se me antojó la viva imagen de la insolencia y la despreocupación. Cerró a sus espaldas y luego retiró la llave y me la ofreció para que me la guardara en el bolso.

—Gracias —musité distraída.

Tenía el corazón acongojado. Acababa de ver la parte de atrás. Los viñedos estaban muertos, como en breve lo estaría todo lo demás.

Mi madre, incluida.

*

En menos de veinte minutos, T.J. y yo estábamos cruzando las puertas de

un almacén donde vendían pinturas y toda clase de trastos cuya utilidad no conseguía adivinar por mucho que me devanara los sesos.

—Supongo que las contraventanas las pintaremos otra vez de verde —comentó, doblando el recodo hacia el pasillo de las pinturas de exterior.

—Sería lo suyo.

—Bien.

Tras localizar la marca de pintura que definió como la mejor del mercado, cogió varias latas de color verde y las colocó en el carro.

—¿Y para la cocina? ¿Qué color te gustaría?

—No sé... ¿beige?

Me lanzó una mirada escandalizada.

—¿Beige? ¿En una cocina del sur? Vaya pijada más grande, Zooey.

Me crucé de brazos y le dediqué una mueca.

—Está bien, genio. ¿De qué color la pintarías tú?

—Amarillo —aseguró sin dudarle ni un segundo—. Es más alegre. Y de paso, pintaría la cómoda de azul verdoso. Sería una combinación acertada. Piénsalo. Podrías poner un jarrón de flores amarillas encima y... ya está. Un cambio impresionante, gastando muy poco dinero en el proceso. Bonito y barato. ¿Qué más se puede pedir?

Un hombre práctico. Me gustaba. Recreé mentalmente la imagen que él describía y tuve que darle la razón para mis adentros. Casaba a la perfección con el aire provenzal de la casa.

—Me parece...

—¿Que quedaría bien? —me propuso, arqueando las cejas con aire persuasivo.

Contuve una sonrisa. Aparte de práctico, también era un hombre al que le gustaba salirse con la suya.

—Está bien. Pared amarilla y cómoda azul. Tú ganas.

T.J., complacido por la pequeña victoria, eligió las pinturas de interior y las colocó al lado de las otras. Me dirigió una sonrisa alentadora y maniobró

el carro por los pasillos como si supiera exactamente dónde estaba cada cosa. Yo me limité a seguirle. Me agobiaban esa clase de actividades. Prefería dejarle a él el mando.

Al llegar a la sección de jardín, se detuvo y se acercó a mirar vallas y cosas por el estilo.

—Mientras te estabas cambiando de ropa, me fijé en la valla que separa el patio del jardín trasero. ¿Qué te parece si compramos un par de rollos de brezo y la tapamos? Le daría un aire rústico, puede que exótico, depende del tipo de brezo que elijas.

Una vez más, tenía razón.

—Me parece que deberías dedicarte a esto profesionalmente —contesté mientras me acercaba a examinar el brezo que me señaló como *el adecuado*.

Una carcajada retumbante agitó su pecho.

—Es a lo que me dedico.

Sí, me lo imaginaba construyendo cosas con sus enormes manos.

—Pues has elegido bien.

Me sonrió desde arriba. Por Dios, ¿cuánto medía ese hombre? Con zapatillas, me sentía absolutamente enana a su lado.

—¿Y tú? —preguntó, mirándome de reojo.

Lo ayudé a subir un par de rollos de brezo al carro, antes de contestar.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿A qué te dedicas?

—Aahh. Soy escritora. Bueno, guionista, para ser exactos. Escribo guiones para musicales.

Mi profesión pareció sobrecogerle.

—¿En serio? Vaya oficio tan poco habitual. No conozco a ningún guionista.

—No es gran cosa.

—Creo que es impresionante.

—Suenas más pomposo de lo que es en realidad —asegué humildemente.

—Que sepas que me pierden las chicas modestas.

Me reí y negué con la cabeza. De algún modo, el estar con él, ocupada y distraída, impedía que los pensamientos negativos afloraran dentro de mi mente.

Y eso era bueno. Muy bueno.

—¿Geranios? —me propuso, llegados a la sección botánica.

Fruncí los labios en un gesto contemplativo.

—Para el balcón y las macetas, sí. Era lo que cultivaba mi madre. Para el jardín, en cambio, me gustan más esas flores azules de ahí. No sé lo que son, pero parecen flores de campo, salvajes y...

—¿Resistentes? —me echó un cable.

Lo miré con sorpresa unos segundos más de la cuenta y asentí. Me había leído el pensamiento.

—¡Exacto! Resistentes. Esa era la palabra que estaba buscando. Puede que me equivoque, pero me parece que las plantas silvestres son mucho más resistentes que las demás. Las malas hierbas del jardín, por ejemplo. ¿Te has dado cuenta de lo difícil que era arrancarlas? Estaban perfectamente asentadas ahí.

—Porque lo salvaje agarra más fuerte —acotó, con los ojos aferrados a los míos—. Y cuando agarra algo, es muy difícil que lo suelte.

Tragué saliva y lo contemplé en silencio. No tenía demasiado claro si se refería a las plantas o si era alguna especie de metáfora para indicar algo que yo no comprendía.

—Lo salvaje agarra más fuerte, sí —repetí, un poco desconcertada por su explicación.

Él movió la cabeza para dar más fuerza a esa teoría, convencido de la profundidad de lo que estaba defendiendo, y se alejó en dirección a las flores que tanto me gustaban a mí. Eligió un par de macetas, las más bonitas y sólidas, y antes de ponerlas en el carro, me miró a modo de interrogación.

—¿Te parece bien que coja estas?

—Sí, genial. ¿Qué más nos hace falta?

—Te diré en cuanto lo vea. Vamos. No perdamos más tiempo aquí.

Lo seguí por el pasillo. Todavía nos quedaba medio almacén por delante, y yo no tenía ni idea de si había que recorrérselo todo o no. Como era un tío tan reservado...

Nos habíamos alejado unos cuantos metros, cuando decidí dar media vuelta.

—¿Sabes qué? —Él se volvió y me miró con las cejas en alto—. Vamos a coger también flores amarillas y rojas. Quiero que el jardín se inunde de alegría.

T.J. giró obediente el carro y me siguió de vuelta a la sección de las plantas salvajes. Me gustaba tenerle tan pendiente de mis necesidades.

*

Pagué las compras y, a pesar de sus protestas, ayudé a T.J. a cargar el enorme maletero de su coche.

—Ahora comprendo por qué compraste este trasto.

A sus labios asomó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Crees que es por el maletero?

—Estoy convencida.

—Te equivocas. Lo compré porque es un imán para ligar. A las mujeres les encantan las cosas grandes.

Me volví hacia él con los párpados entornados. Me había puesto las gafas de sol en la cabeza, para que me sujetaran el pelo hacia atrás, y mantenía el brazo levantado y apoyado contra la puerta del maletero, como si esta fuera a caerse. Era mi modo de echarle una mano. Él colocaba las cosas dentro del maletero y yo le sujetaba la puerta.

Aun cuando debió de sentir el peso de mi mirada, T.J. no se detuvo, siguió ocupándose de las macetas, asegurándolas para no correr el riesgo de romperlas en alguna curva de la serpenteante carretera que había que coger de

vuelta a casa.

—Por si nadie te lo ha mencionado aún, cuando decimos *cosas grandes*, las mujeres no pensamos precisamente en coches, T.J.

Se enderezó, apartó mi mano y cerró el maletero con los ojos traspasando a los míos y una de sus peculiares sonrisas socarronas arrugándole medio rostro.

—Uno hace lo que puede, cariño.

Contuve la sonrisa y lo observé mientras se iba a devolver el carro. Estaba cañón y era un tío divertido. ¿Por qué no me había dado cuenta de eso años atrás?

—Bueno, creo que lo tenemos todo —dijo al regresar—. Ya podemos marcharnos.

Me bajé las gafas de sol para protegerme de la luminosidad del día, abrí la puerta y ocupé mi asiento.

Cuando llegamos a casa, me apeé del coche y enfilé el camino hacia el jardín, boquiabierta ante los cambios que se habían producido en la parcela desde que nos habíamos marchado.

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí?

Debatiéndome entre la alegría y el desconcierto, me volví hacia T.J., que se me estaba acercando con una sonrisa traviesa y las manos haciendo sonar la calderilla de los bolsillos.

—Llamé a un amigo para que viniera a limpiar con una máquina.

—Y ha limpiado, ya te digo. ¡Incluso ha dado la vuelta a la tierra!

—Así será más fácil de plantar las flores —explicó, sus ojos oscilando entre los míos y el jardín—. Y en cuanto llueva, confío en que vuelva a asomar ese bonito césped que la maleza había destrozado.

—¡Madre mía! Es como si fuera otra casa ya. Y todo por limpiar el suelo. Es increíble. Dime qué te debo.

T.J. cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra el poste de la valla. Lucía como quien no tiene ninguna preocupación en el mundo, y sus bíceps parecían el doble de gruesos por debajo de la camisa, tanto que a duras penas

conseguía contenerlos. Mostraba cierto aire pendenciero, ahí desdeñosamente apoyado y cruzado de brazos.

—Nada. Invita la casa.

—T.J. —lo reprendí con suavidad.

—Hablo en serio. Considéralo un regalo.

—No es muy cumpleaños —rebatí, y él se encogió de hombros y torció la boca en un gesto negligente.

—Pues un regalo de bodas. Si me hubieses invitado, te habría regalado algún jarrón. Como no lo hiciste, te regalo una limpieza exprés de la parcela de tu madre. Tú te lo has perdido. El jarrón habría sido de una exquisitez jamás vista.

Me sabía mal aceptar tal regalo. Sobre todo, si provenía de un hombre al que le había partido el corazón años atrás.

—T.J...

Vino hacia mí y cogió mis manos entre las suyas.

—Vamos, Zooley, acepta mi regalo —me instó con ternura—. Es por tu madre.

Asentí con lágrimas en los ojos. T.J. debió de notar que estaba a punto de quebrantarme otra vez, pues tiró de mí y me envolvió en un abrazo. Hundió el rostro en mi cuello y me mantuvo pegada a él, y yo me aferré con los dedos a sus hombros y entrecerré los párpados. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que necesitaba un abrazo.

—Bueno, señorita, ¿empezamos a currar? —me susurró después de un buen rato ahí abrazados.

Me sorbí las lágrimas y me obligué a alejar mi tristeza, a posponerla hasta que dispusiera de un momento a solas para anegarme en mi desgracia.

—Sí. Buena idea. ¿Por dónde empezamos?

—Vamos a plantar primero las flores. Tú señalas y yo cavo.

—Yo también sé cavar —aseguré en tono presumido. De pequeña, un día cuando me negué a hacer los deberes, mi madre me hizo cavar medio jardín para mostrarme las consecuencias de no tener una carrera y verse obligado a

trabajar duro para mantenerse. Nunca más volví a negarme a hacer los deberes.

—La igualdad de los sexos no ha llegado aún al viejo sur, cariño. Así que tú señalas y yo cavo. No te metas en cosas de hombres.

Hice una mueca. Estaba siendo condescendiente conmigo.

—Vaya por Dios. Mandón, y, encima, anticuado.

Había arruguitas de risa en las esquinas de sus ojos cuando estos se volvieron hacia los míos.

—Desde luego que lo soy. Un tejano como Dios manda. ¡Ahora tráeme una pala, mujer! —ordenó con voz de barítono. Se estaba burlando de mí.

Fui al sótano, busqué la pala y, cuando se la traje, la lancé al lado de sus botas.

—Tu estúpida pala —anuncié, alzando las dos cejas en actitud de desacato.

T.J. cruzó los brazos sobre el pecho, ladeó el cuello hacia la derecha y contuvo la sonrisa.

—Antes de que sigas provocándome, deberías saber que me gustan las mujeres desobedientes. Es todo un desafío conseguir que obedezcan.

—Ten en cuenta que hay mujeres que nunca lo hacen.

—Lo sé. Esas me gustan más. —Medio sonrió, sin aflojar la presión con la que sus ojos retenían a los míos, y añadió—: Con ellas nunca te aburres.



Zooey

A mediodía, hicimos una pausa para comernos las albóndigas que encontré en el congelador de mamá. Para descongelarlas, tuve que enchufar el viejo microondas que debía de tener más o menos la edad de mi hermana Rachel. Por increíble que parezca, todavía funcionaba. Era una casa vieja pero práctica. Debió de ser duro para mi madre vivir ahí después de la muerte de papá. Los muebles crujían como si presencias de otros mundos estuvieran rozándolos. Yo no sé si habría podido hacerlo, si habría podido vivir sola, ahí, en mitad de la nada, en ese silencio tan atronador. Había vecinos, claro, pero no era lo mismo. La casa era un rincón tan apartado que, a veces, parecía haberse desprendido del mundo terrenal, como una extraña dimensión que se extendía más allá, aislada e inexorable.

Perdida en mis pensamientos, serví la comida humeante en dos platos amarillos cuyos bordes estaban salpicados de flores azules. Abrí una cerveza para T.J. y una lata de Coca Cola para mí y retiré un par de rebanadas de pan tostado de una bolsa que descubrí en la despensa. Había jurado no volver a probar el alcohol nunca más y pensaba cumplir ese juramento a rajatabla. Todavía tenía el estómago revuelto a causa de las proezas de la noche anterior.

—Espero que te gusten las albóndigas. No había nada más.

Sentía la necesidad de disculparme. Él había estado trabajando duro, sin cobrarme nada, por cierto, y lo único que tenía yo para servir a la hora de comer era un plato de albóndigas que a saber cuánto tiempo llevaban

descansando en el congelador.

—Las albóndigas están bien —aseguró él.

Nos sentamos cara a cara en la pequeña mesa del comedor y, durante unos minutos, comimos en silencio. Cuanto más avanzaba el día, más decaía mi ánimo, y T.J. se daba cuenta de ello. Había intentado distraerme con chistes y chismorreos, pero hacía al menos dos horas que su estrategia ya no surtía efecto. Estaba cada vez más y más hundida por lo de mi madre; aquello se estaba volviendo cada vez más real. El dolor se expandía dentro de mí como una enfermedad cuya cura nadie conocía aún.

—¿Qué te parece si hacemos una pequeña excursión esta tarde? —propuso T.J. tras limpiarse la boca con una servilleta—. Quiero llevarte al río.

No muy convencida, le lancé una mirada incrédula.

—¿Al río?

—Ajá. He pensado que podríamos recoger piedras para cercar todos los árboles y las flores del jardín. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas a la diversión?

Me encogí de hombros. Me daba igual.

—Bueno, ¿por qué no?

—¿Recogemos la mesa y nos vamos?

—Como quieras.

Sin embargo, ninguno de los dos se dispuso a moverse. Él siguió estudiándome con gesto preocupado y yo seguí mordisqueándome el labio por dentro.

—¿Estás bien? —susurró por fin.

—Sí. Voy a recoger la mesa.

A mí no me gustaba hablar de mis sentimientos.

Me puse en pie y empecé a recoger. Necesitaba estar ocupada todo el rato, tener la mente y las manos siempre en movimiento. De lo contrario, iba a derrumbarme, y no podía permitírmelo. Todavía había mucho por hacer. Me mantenía firme en mi propósito de mejorar el aspecto de la casa. Cuando todo tu mundo se derrumba a tu alrededor, viene bien tener un propósito al que aferrarse.

T.J. se levantó y me echó una mano. Yo fregué los platos y él los secó y los colocó en el armario que colgaba encima del fregadero. Cuando abrió la puerta, advertí que la pintura, una pálida tonalidad de blanco, parecida al color del hueso, se había ensuciado y estaba llena de arañazos. No habría venido mal una nueva mano de pintura, pero no creía que me fuera a dar tiempo de hacer todo eso.

Y desde luego que no iba a hacerlo con mi madre en casa. No quería importunarla con olores fuertes como los de la pintura. A lo mejor con una buena limpieza conseguía mejorar su aspecto.

Me sequé las manos en un trapo y le dije que estaba lista para irnos.

Según me contó mientras salíamos, el río trascurría justo por detrás de su jardín, por lo que él conocía muy bien la zona.

—¿Está lejos de aquí?

—Hay que coger el coche y desplazarse unos cincuenta kilómetros al norte.

—Oh. Vaya. Creía que se podía ir andando.

—No. Me mudé hará un par de años. Estaba harto de este pueblo.

Abrí la puerta del copiloto, ocupé mi asiento y puse las gafas de sol. Me sentía como un vampiro, incapaz de tolerar la luz solar. Por el espejo retrovisor, vi a T.J. guardando una carretilla en el maletero. No tenía ni idea de dónde la había sacado.

De camino al río, me pregunté si esa excursión no era sino un truco para llevarme a su casa y volver a hacerme proposiciones indecentes. Lo estudié en silencio, el rostro congelado en un gesto impasible, las manos relajadas sobre el volante, y comprendí que ese no era su estilo. Lo único que pretendía era echarme una mano. Así que me relajé y, por una vez en mi vida, permití que me ayudaran.

—Desde aquí ya tendremos que ir andando —explicó al quitar el contacto cuando llegamos—. Espera a que me lleve la carretilla.

Bajamos, rodeamos el coche y él abrió el maletero.

—¿Te ayudo?

—No, no te preocupes. Puedo yo solito. Soy un chico fuerte.

Eso no lo ponía en tela de juicio.

Dejamos el coche aparcado delante de una casa prefabricada, que señaló como su *choza*, y cruzamos un pequeño bosque de acres plateados y fresnos, que desembocaba a orillas de un río de aguas tan verdes como las esmeraldas. Las grandes piedras por encima de las cuales corría el agua estaban cubiertas de musgo, y T.J. me advirtió de lo resbaladizas que podían resultar. La humedad del ambiente, mezclada con la densa sombra de los árboles, hacía que la temperatura descendiera un par de grados respecto a mi casa.

—Mi padre me traía a bañarme cuando era crío —me contó, con los ojos clavados en el verdor de las hojas de fresno, que, a ambas orillas, se inclinaban por encima del agua formando casi una bóveda—. Me gusta este lugar. Cuando tengo un rato, cruzo el jardín, instalo aquí mi silla y echo la caña de pescar. No suele haber mucha pesca, no como en los pantanos, pero me viene bien para relajarme y tomarme una cerveza. Compré esta parcela solo para estar cerca del río. A mi padre le hubiera encantado. Una pena que ya no esté.

Cuando hablaba de su padre, su rostro se teñía de afecto.

Apenas recordaba al padre de T.J. Sabía que era obrero y que había fallecido en un accidente en la plataforma cuando yo estaba aún en secundaria. Como en esa época mi familia no tenía mucha relación con la suya, desconocía cómo se las habían apañado la viuda y los tres hijos que habían quedado atrás. Sospechaba que el hecho de que T.J. no estudiara una carrera universitaria guardaba relación con la repentina muerte de su padre y el tener que trabajar para ganar el sustento de su familia. Él era el mayor. Y también el único chico de la familia.

—Es un sitio muy tranquilo —comenté, mirando a nuestro alrededor, hacia las hojas que se mecían con la brisa. Parecía que estábamos solos en el mundo, tan profundo era el sosiego de ese lugar—. Ni siquiera tienes vecinos.

—Bueno, hay una ardilla con la que comparto el pan, pero, por lo demás, estoy más solo que la una.

Hice un amago de sonrisa y seguí contemplando el paisaje con ojos mortecinos. La abundante vegetación que bordeaba el río era de una belleza que desafiaba la ficción. En mi vida había visto un verde tan profundo.

—Acostumbrada a Manhattan, esto me parece desértico. Por Dios, si no se escucha nada. Ni coches ni pitidos. Solo el agua corriendo y el movimiento del viento entre las hojas. No estoy acostumbrada a tanta tranquilidad.

—No te creas que es tan tranquilo como parece. Hay un corrillo de grillos y ranas la hostia de molestos —aclaró con la boca torcida en un gesto de desdén—, pero cerrando las ventanas y la puerta, dejas de oírlos. De todos modos, no se puede dormir con las ventanas abiertas ni siquiera en verano. El río refresca después de la puesta del sol.

—Ojalá viviera yo en un sitio así —me sorprendí diciendo.

T.J. aparcó la carretilla al lado de un árbol devorado por el musgo y me miró.

—¿Y qué te lo impide?

Bufé una sonrisa incrédula.

—No puedo dejarlo todo. Tengo una vida, un trabajo, un...

Me detuve y tragué en seco.

—Marido —lo dijo él por mí, y me pareció distinguir un brillo de dolor en sus ojos, aunque se apagó tan rápido como un relámpago—. Tienes un marido.

—Sí. También.

Apoyó la bota contra una roca, se cruzó de brazos y sostuvo mi mirada.

—¿Qué es lo que os pasó, Zooey?, si puedo preguntar. No creo que hayas dejado de amarle, así, de repente. En el instituto parecías estar loca por él.

Solté un suspiro prolongado y volví la mirada hacia la suya. Hundí las manos en los holgados bolsillos de mi pantalón, y de nuevo me sentí pequeña y frágil. Cuando era joven, soñaba con comerme el mundo. Ahora me daba cuenta de que era el mundo quien había acabado engulléndome a mí.

—Lo estaba. Nuestro amor era... de esos amores complicados y... un poco locos. Nos peleábamos muchísimo. Dios, todo el rato nos azuzábamos el uno al otro —recordé con una sonrisa melancólica—. Rompíamos y luego volvíamos, y así una y otra vez. Creo que a los dos nos ponía esa adrenalina.

—Lo recuerdo. Tú llorabas mucho en esa época.

Mi sonrisa adquirió un matiz atormentado.

—Sí. Lo hacía. El caso es que fuimos madurando, asentamos la cabeza, compramos un piso a plazos... En fin, hicimos todo lo que se supone que un matrimonio debe hacer, y las cosas cambiaron. Pasaron los años, la rutina mató la pasión, y Daniel... Bueno, él me puso los cuernos —confesé, levantando la mirada hacia la suya—. Con una amiga suya de la universidad. Fue... doloroso, aunque no tuve tiempo de asimilarlo. Mientras él me lo contaba, me llamó Jen. Mamá estaba en el hospital y tuve que coger un vuelo de inmediato. Y ahora resulta que mi madre tiene cáncer y se está muriendo, y lo de Daniel como que ha decaído comparado con todo lo demás.

Me detuve, me pasé la palma de mi mano por la cabeza, alisándome la coleta, y agité la cabeza en señal de derrota.

—No lo sé. Me parece que he tenido una semana de locos —murmuré, frotándome el hombro con la mano en un intento por liberar un poco de tensión.

T.J. suspiró.

—¿Cogemos piedras de tamaño mediano? —me propuso de pronto, como si no le hubiese confesado hace apenas un segundo toda la maldita historia de mi vida.

Sonreí y negué con la cabeza. Se le daba muy bien distraerme.

—Hagámoslo, encanto.

Para parecer más seductora, eché mano del acento tejano que hacía años que no usaba. Él se rio, se agachó y empezó a llenar la carretilla.

—Cuando acabemos aquí, podemos ir a Austin y recuperar tu coche. —Me miró por un segundo—. Imagino que te harán falta tus cosas.

—Así que nos espera una tarde ajetreada, ¿eh?

—No más de lo habitual. Yo siempre ando muy liado.

—Me lo puedo imaginar.

*

Era de noche cuando acabamos el trabajo en el jardín. Pintamos las piedras imitando el aspecto de las mariquitas, y en cuanto estuvieron secas, las colocamos alrededor de todas las plantas y los árboles de la parte delantera. El resultado era espectacular. A mí nunca se me habría ocurrido.

La valla metálica y su oxidado aspecto quedaron sepultados detrás de una gruesa capa de brezo, que hacía que mi mente volara hasta esos chiringuitos caribeños con techo de hoja de palma en los que me hubiese gustado languidecer sin mayor preocupación que la de echarme crema solar. Lo único que quedaba por hacer en el exterior era pintar las contraventanas del piso de arriba, y eso habíamos planeado hacerlo al día siguiente. T.J. ya las había lijado.

—No sé cómo darte las gracias por todo esto —le dije, con un leve encogimiento de hombros—. Has estado trabajando todo el día.

Hizo un amago de sonrisa. Se le notaba ya el cansancio.

—Puedes ofrecerme otra cerveza, si quieres.

Sonreí, entré en la cocina y regresé con dos cervezas bien frías.

—Creía que no volverías a beber nunca más —murmuró mientras aflojaba las chapas sin más ayuda que la esquina del muro. Un modo peculiar de hacerlo. Se notaba que tenía práctica abriendo cervezas.

—Se me ha pasado ya el dolor de cabeza.

Soltó una risa, se acercó la botella a los labios y bebió un trago con los ojos clavados en los míos de un modo casi desafiante. Empecé a sentirme tan inquieta que desvié la mirada hacia la oscuridad. El hecho de que él no llevara la camisa puesta tampoco ayudaba. Siempre que lo miraba, no sé cómo, mis ojos acababan cayendo sobre su abdomen, terso y bronceado, subían despacio por su pecho y terminaban contemplándole la boca. Entonces, me ruborizaba y apartaba la mirada, y él sonreía como si se estuviera mofando de mí. Lo mejor era evitar mirarlo, así que me empeciné en mantener la vista clavada en la corteza de un árbol.

La noche de primavera era cálida, los lilos en flor exhalaban un exquisito perfume, que la briza entremezclaba con el olor de la verbena y el de la madreSelva que había empezado a expandirse en la parte de atrás de la casa. Las voces de los grillos eran el único sonido que desgarraba la quietud de la

noche. Al cabo de un rato, T.J. y yo nos sentamos en las escaleras del porche delantero, los dos contemplando en silencio el manto de oscuridad que cubría el jardín.

—Hacía años que no veía las estrellas —le dije, mirando hacia el cielo—. En Nueva York es imposible verlas. Incluso pensé una vez en pegar pequeñas lucecitas en el techo de nuestro dormitorio, pero Daniel dijo que era una estupidez.

—¿Te gustan las estrellas? —susurró, con los ojos clavados en la brillante cortina que tapaba el cielo.

—Me tranquiliza mirarlas. Me parece que no estoy sola, que hay alguien vigilando desde arriba. Sé que suena estúpido.

—No es cierto —musitó, unos segundos después. Se puso la camisa y se abrochó casi todos los botones, antes de dar otro trago a la botella de cerveza.

Estaba sentado tan cerca de mí que sentía las oleadas de calor que emanaban de su cuerpo y la firmeza de los robustos músculos que se acusaban bajo su ropa manchada de polvo. Después de haber estado trabajando todo el día bajo el sol, olía todavía mejor que por la mañana, cuando se había presentado en mi hotel recién duchado y tan guapo que dejaba sin aliento. Ahora olía a algo salvaje, como el océano después de que los rayos del sol se pasaran el día entero abrasándolo. O puede que oliera como el bosque después de que pequeñas gotas de lluvia mojaran las hojas de sus árboles.

No sabía por qué, pero tenerlo ahí sentado, a mi lado, apaciguaba todos mis temores. Tenía la impresión de que nada malo podía suceder si él estaba conmigo. Ningún otro ser humano había despertado tanta seguridad en mí.

T.J. se acabó la cerveza y dejó la botella en el peldaño inferior al que estábamos sentados.

—Debería marcharme.

Asentí despacio, a pesar de que todo en mi interior gritaba que se quedara. No quería perder esa sensación de sosiego.

—Sigo sin saber cómo agradecerte esto. ¿No tenías un trabajo al que ir hoy? Espero que no te vayan a despedir por mi culpa.

En los bordes de sus labios tembló una sonrisa.

—Nunca en mi vida me había tomado un día libre. Jamás me pongo malo ni intento eludir mis responsabilidades. No creo que pase nada por faltar un par de horas.

Bajé la mirada y me quedé absorta en las grietas que cruzaban el suelo del porche. Las recorrí con la punta de mi zapatilla.

—Gracias por no dejarme sola hoy —dije de corazón, y levanté la mirada hacia la suya.

Desde la oscuridad, sus ojos se arrastraron por todo mi semblante, absorbieron mis facciones una a una. El brillo que ardía en sus pupilas era tan apasionado que por un segundo creí que iba a besarme, y empecé a sentirme de pronto mareada y sin aliento. El aire estaba cargado de sexualidad.

Sin embargo, no sucedió nada. Su cara se mantuvo extrañamente taciturna. Cerca y, aun así, demasiado lejos de mí.

Un momento después, cogió mi mano y yo me aferré a sus dedos y los estreché con fuerza. Era nuestro modo de despedirnos. Sabíamos que no estaba bien volver a besarnos.

—Buenas noches, Zooey.

—Buenas noches —musité—. Gracias por todo.

Me quedé sentada en el peldaño unos segundos más después de su partida. El suave susurro de las hojas llegaba a través del aire primaveral. Por lo demás, el mundo se mantenía extrañamente quieto.

Con un suspiro, recogí las botellas vacías, abrí la chirriante puerta de la entrada y eché a un lado la mosquitera para poder entrar. Ahora que T.J. se había marchado, la casa se me hizo grande, oscura y demasiado silenciosa.

Dejé las botellas encima de la cómoda del vestíbulo y, pasando por delante de cuadros familiares que no me atreví a mirar, subí a la primera planta, donde me di la ducha más caliente y más larga de toda mi vida. Fue ahí donde por fin rompí a llorar, y lloré hasta quedarme sin lágrimas bajo el agua que se derramaba en cascada por encima de mí.

Cuando la congoja empezó a retroceder, apagué la ducha y dejé caer la frente hasta apoyarla contra los azulejos color café. Estuve así un buen rato, con los ojos cerrados y la respiración sosegada.

Al salir, me puse ropa limpia de la maleta que T.J. había subido a mi cuarto. No me sequé el pelo, no hacía nada en frío en la calle, por lo que no lo consideré necesario. Me calcé unas sandalias bajas, cogí mi bolso y las llaves del coche y cerré la puerta a mis espaldas.

Conduje de camino al hospital envuelta en una serena tranquilidad. Conseguí despistar a la mujer de recepción, me deslicé por el pasillo medio oscuro y caminé sin hacer nada de ruido. No quería llamar la atención. El horario de visitas había acabado horas atrás. Sabía que mi madre estaría probablemente durmiendo, pero necesitaba estar a su lado, sentirla mientras aún tenía esa posibilidad.

Su habitación estaba en penumbra cuando entré. La recorrí de puntillas y me senté en la butaca. Ella vestía un camisón y la habían tapado con una manta muy finita. Parecía estar encogida de frío, así que me erguí, cogí la otra manta que estaba doblada al lado de sus pies y la extendí sobre toda la cama.

—Hola, cariño —musitó con voz adormilada.

—Lo siento, mamá —le susurré, acariciándole la cabeza—. No pretendía despertarte. Sigue durmiendo.

Mi madre accionó el interruptor de la luz.

—No te preocupes. Llevo durmiendo todo el día. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Suspiré, arrastré la butaca y me senté al lado de su cama.

—No podía dormir.

Me sonrió como si compartiéramos un secreto.

—¿Lo has intentado siquiera?

—No.

—Eso imaginaba.

—Mamá... —Suspiré y me enfrenté a sus ojos—. Siento lo de antes.

—¿El qué, cariño?

—Mi reacción. No fue la adecuada. Me fui, sin más, y tú probablemente estés acojonada también, y yo no supe estar a la altura ni supe qué decir para tranquilizarte, y lo siento. Lo siento mucho, mamá. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, cielo.

—Por favor, no me mientas —supliqué en un susurro desgarrado.

—No te estoy mintiendo, cariño. Estoy bien. Lo he asumido.

—¿Tan pronto?

—Ya, supongo que llevo un tiempo sospechándolo.

—¿Y por qué no fuiste al médico si lo sospechabas?! —No pude reprimir a tiempo el tono acusatorio, y de inmediato me arrepentí. Lo que menos quería era echarle la bronca y hacer que se sintiera todavía peor—. Lo siento. No quería gritarte.

Mi madre le restó importancia con un gesto de la mano.

—Ya me conoces. Nunca voy al matasanos.

—No quiero que te preocupes por nada —le dije, con voz suavizada—. Vamos a esperar a ver qué dicen los resultados. ¿Ha mencionado el médico en qué estado está el tumor?

Mi madre hizo una pausa.

—Terminal.

Cerré los ojos y meforcé a retener las lágrimas. No quería que me viera llorar. No quería que fuera esa la última imagen que ella tuviera de mí.

Esa idea se había convertido en una obsesión. Quería que todo fuera perfecto. La casa perfecta. Mi sonrisa perfecta. Mi madre no podía ver otra cosa que no fuera perfección. Quería que se marchara en paz. Al menos eso le debía la vida, un poco de paz.

—¿Cuándo regresas a Nueva York?

—No quiero hablar de eso ahora, mamá.

—¿Has hablado con Daniel estos días?

Abrí los ojos y le lancé una mirada desesperada.

—No.

—¿Vas a llamarle?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Quizá.

Mi madre alargó la mano y estrechó a la mía.

—No quiero que estés triste por mí, Zooey. Estaré bien, te lo prometo. Por fin podré encontrarme de nuevo con tu padre.

Al poco tiempo, ella se quedó dormida, agotada por su enfermedad, y yo rompí a llorar. Lo hice en silencio, al lado de su lecho.

Sobre las dos de la mañana, me salí de su habitación y, apoyada contra el muro del pasillo, marqué el teléfono de Daniel. Contestó al tercer toque.

—Hola, cielo. Cuánto me alegro de que me hayas llamado. Te dejé un par de mensajes esos dos días y...

—Los borré.

Daniel se detuvo, frenado por mi sequedad.

—No sé qué decir, Zooey. Estoy hecho polvo. Te echo de menos. Muchísimo. No sé cómo he podido meter la pata de este modo.

—No importa. Sucedió y punto.

—Si hay algo que pueda hacer, lo que sea, cielo, dímelo y yo lo haré. Haría cualquier cosa por ganarme tu perdón.

—No me preocupa el perdón, Daniel. Lo que me preocupa es no ser capaz de olvidarlo nunca.

Se volvió a callar.

—Si supiera qué decir en mi defensa, diría algo —susurró pesaroso.

Me lo imaginaba vestido de forma casual, con sus preciosos ojos verdes y el pelo alborotado cayéndole sobre la frente, y sentí que otra vez se me encogía el corazón. Dios, le amaba de una forma que no era sensata. Era una locura lo que yo sentía por ese hombre, incluso ahora, después de tantos años y después de todo lo que había hecho.

—Mi madre tiene cáncer —dije, al caer en la cuenta de que él ni siquiera me había preguntado por su estado de salud.

—¿Qué?

—De hígado. Terminal, por lo visto.

—Dios mío. Y yo aquí hablando de trivialidades. Cogeré un vuelo mañana a primera hora.

Cerré los párpados y los apreté con fuerza.

—No, no quiero que vengas.

—Zooney...

Apoyé la nuca contra el muro, abrí los ojos y los clavé en la pintura blanca que cubría el pasillo. Enfoqué una mancha de humedad y me quedé observándola con ojos huecos.

—Hablo en serio. Esto es demasiado para mí ahora mismo. No puedo con todo. Mi madre, *ella*, se está muriendo, ¿lo entiendes? No puedo enfrentarme a eso contigo aquí. Necesito tiempo. Semanas, meses, años, no lo sé. Lo único que sé es que no quiero verte.

Oí como tragaba saliva.

—Lo comprendo —musitó, y su voz se debilitó de pronto.

—Bien —murmuré con desapego.

Se produjo una pausa que Daniel empleó para recomponerse.

—Si hay algo que pueda hacer por ti, aunque sea desde aquí...

—Por eso te he llamado. Tengo que pedirte un favor.

—Cualquier cosa —ofreció en tono servicial.

—Quiero que vayas a ver al doctor Denton. Por lo que he leído, es el mejor oncólogo de la ciudad. Te mandaré el informe médico de mamá. Que le eche un vistazo y me dé su opinión. Aún no lo he hablado con mis hermanas, pero tenemos que hacer algo. No confío en los médicos de aquí. Este hospital es un cuchitril. ¿Cómo van a luchar contra el cáncer si ni siquiera son capaces de arreglar las manchas de humedad de las paredes?

—Pediré cita con Denton —aseguró Daniel con voz cálida.

Suspiré y colgué. Ya le había dicho todo lo que había que decirle.

*

Estaba en medio de un sueño cuando escuché a alguien trastear en la planta baja. Mi primer pensamiento fue que se había colado un ladrón dentro de la casa.

Me levanté de un saltó, cogí un antiguo bate de beisbol que mi padre había dejado años atrás en el pasillo, por si acaso hiciese falta usarlo contra algún vil criminal (nunca se dio el caso. Vivíamos en un pueblo alejado de la mano de Dios. Ahí nunca sucedía nada) y, con él temblando entre mis manos, bajé despacio las escaleras, jurando hacia mis adentros cada vez que crujía el suelo por debajo de mis pies descalzos.

Tras comprobar que no había nadie en el salón, fui a la cocina y casi pegué un grito al cruzarme con T.J., que estaba preparando café.

—Joder —juré, bajando el arma homicida—. ¡Podría haberte matado!

Las esquinas de sus ojos se arrugaron. Intentaba contener la risa.

—¿Con eso? Permíteme que lo ponga en duda. Te habría desarmado en treinta segundos. ¿Café?

—¿¿Café?? ¿Qué demonios haces aquí?

Cuando habló, una sonrisa teñía su voz.

—Si no me falla la memoria, nos espera una larga jornada de trabajo.

Desvié los ojos hacia el reloj de pared.

—¡Son las siete de la mañana!

—La hora perfecta para despertarse —repuso, con una sonrisa socarrona—. El aire es más puro, los pajarillos cantan con más ganas...

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas. Si me disculpas, voy a adecentarme un poco. No estaba preparada para recibir visitas.

Los ojos azules se pasearon por mi cuerpo tan lentos como una caricia. Subieron por mis piernas desnudas, se detuvieron a la altura los pechos (donde él enarcó una ceja y yo me ruboricé) y continuaron el ascenso hasta cruzarse con los míos.

—No veo razón para que te vistas —dijo, satisfecho con el repaso que me había dado—. Con ese camisón estás bastante apetecible.

—¿Apetecible?

—No te pongas a la defensiva. Era un cumplido —aseguró con su arrastrado acento—. Apuesto a que no llevas nada por debajo.

Se apoyó contra la encimera, abrió mucho los ojos y alzó las cejas tres veces seguidas. Tenía un aire tan seductor que no pude contener la risa.

—Erróneo. Llevo calzones.

Soltó una carcajada y se acercó la taza de café a los labios.

—Muy graciosa. Vamos, ve a cambiarte. Hay muchas cosas por hacer.

No esperé a que me lo dijera dos veces. Quería ponerme algo encima del camión cuanto antes. Era consciente de que se me transparentaban los pezones. Y también de que se me habían puesto duros ante el interés con el que los miró. Menuda vergüenza.

Blasfemando por lo bajo, subí a la planta de arriba, me lavé los dientes y decidí pasar de la ducha. Ya me ducharía después, para quitarme el polvo y la suciedad acumulados durante el día.

Cuando bajé, vestida con el mismo mono vaquero que había llevado el día anterior (iba a ser mi uniforme para realizar trabajos pesados), me encontré a T.J. friendo beicon.

—¿De dónde has sacado todo eso? —pregunté, señalando con la cabeza el bol de huevos batidos.

—He hecho la compra.

Algo a lo que podría llegar a acostumbrarme. Daniel nunca hacía la compra. No tenía tiempo para echar una mano en casa. Él trabajaba. Cuando le dije que yo también, alegó que escribir no era un trabajo serio. A fin de cuentas, no tenía un horario ni había que abandonar el hogar para fichar.

—¿Has hecho la compra?

Sus ojos azules se alzaron por un segundo, antes de volver a centrarse en la sartén.

—Ajá. Supuse que no tendrías de nada y decidí traerte un par de cosas. Ya sabes, lo habitual. Leche, beicon, huevos, pan recién horneado...

Noté cómo se me cargaban los ojos de lágrimas y, aunque odiaba

mostrarme sensiblera, no pude controlarme. Desde que había aterrizado en Austin, tenía las emociones a flor de piel.

—¿Has hecho todo eso *por mí*?

Se encogió de hombros como restando importancia, retiró el beicon de la sartén y echó los huevos.

—No es gran cosa.

¡Pero lo era!

Estaba tan conmovida que me acerqué a él, lo giré de cara a mí y me acurruqué contra su pecho como un gatito desamparado que necesitaba su protección. Una vez más, el apabullante olor masculino me dejó con la garganta seca.

Sorprendido, T.J. me rodeó con sus brazos y me mantuvo pegada a él.

—Eh, ¿estás llorando?

—*Bo...* —balbucí, pero era evidente que estaba llorando a moco tendido.

—Vale. Te creo.

Percibí la sonrisa en su voz. Sin embargo, me negué a levantar el rostro de su camisa vaquera para mirarlo. Estuve así un buen rato, y él me siguió abrazando, sin preocuparse por el olor a quemado que emitía la cocina de gas.

—Se te están quemando los huevos —avisé cuando por fin fui capaz de vocalizar como era debido.

—Encanto, hazme un favor: no vuelvas a decirle eso a ningún hombre.

Me reí, retrocedí y me enjuagué las lágrimas. Él apagó el fuego y alejó el humo con un trapo.

—Lo siento. No sé qué me pasa —me disculpé cuando se me acercó de nuevo—. No dejo de lloriquear.

Con una sonrisa triste, T.J. me levantó el mentón con un dedo y secó los restos de lágrimas de mi mejilla.

—Nunca te disculpes por eso. Estoy aquí para lo que haga falta.

Fue tan sincero que me lo creí, y me sentí aún más abrumada por su apoyo.

—Gracias.

Tras recibir mis agradecimientos con un asentimiento, tiró los huevos chamuscados a la basura y empezó a batir otros. Su bondad me dejaba demudada. No estaba acostumbrada. Durante toda mi vida me las había apañado sola. Incluso de niña, era la más independiente de la casa. Tenía la impresión de que pedir ayuda era de débiles, siempre me lo había parecido, pero esa mañana comprendí que no era señal de debilidad, sino de fortaleza. Porque hace falta tener mucho coraje para admitir que tu mundo se está desmoronando pedazo a pedazo y que eres incapaz de afrontarlo solo.

T.J. repartió el contenido de la sartén en dos platos y me ofreció uno a mí. Me senté y empecé a comer, manteniendo los ojos clavados en las muescas de la mesa. Me costaba tragar, todavía tenía un nudo de lágrimas en la garganta, pero hice un esfuerzo porque no sabía cuándo volvería a probar bocado.

—Mi padre hizo esta mesa —recordé de pronto, paseando distraída las yemas de los dedos por los cortes y los arañazos de la madera—. Le encantaba la carpintería.

La sombra de una sonrisa cruzó la cara de T.J.

—Al mío le gustaba más la mecánica. Recuerdo la primera vez que compró una televisión. La trajo a casa nueva nuevecita y la desmontó hasta la última pieza. Mi madre y mis hermanas estaban horrorizadas, pensaban que la iba a estropear nada más comprarla, pero yo sabía por qué lo estaba haciendo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo estaba haciendo?

—Porque si algo se rompe y tienes que arreglarlo, no puedes hacerlo si desconoces lo que hay en su interior.

Mi sonrisa se empañó de tristeza.

—¿Y tú sigues esa norma?

—A rajatabla —aseguró, dirigiendo hacia mí toda la intensidad de sus ojos azules.

Aparté el plato, consciente de que él estaba contemplando con gesto preocupado la expresión torturada que desvelaba mi rostro.

—Creo que necesito un poco de aire fresco —murmuré. Me sentía pálida y sin fuerzas.

T.J. se arrellanó en su asiento y, con una sonrisa sinuosa que solo arrugó la esquina derecha de su boca, consiguió que la atmósfera cambiara en la pequeña cocina de mi madre.

—Malas noticias, *milady*. Nada de aire fresco. Hoy toca colocarse con los vapores de la pintura.

Le dediqué una sonrisa ambigua.

—Voy a preparar las cosas —anunció después de unos segundos de silencio—. Te espero fuera.

Salió por la puerta de la cocina, y yo me quedé unos segundos ahí sentada, con ojos remotos y rostro inexpresivo. En vez de seguirlo, preferí recoger la mesa y fregar los platos.

Cuando acabé con todo, ya habían pasado más de diez minutos desde que él se había marchado. Crucé la puerta de la cocina y salí sin cerrar tras de mí. Todavía olía a quemado y quería que se ventilara bien.

En el exterior se anunciaba un día precioso. El sol arrojaba resplandecientes rayos sobre el rocío que cubría el jardín trasero, y bajo la luz de la mañana, los prados adquirían un aspecto plateado, como si alguien los hubiese rociado con polvo de diamantes. El cielo por encima de mí era de un azul impecable. El aire aún era fresco. A lo lejos me pareció oír a un pájaro carpintero. Era una mañana tranquila. Las amapolas rojas se habían apoderado de los campos. Era bonito.

—He echado de menos esto —me di cuenta entonces.

T.J. estaba abriendo el bote de pintura para diluirlo, pero se detuvo al escucharme y alzó la mirada hacia la mía.

—¿El qué?

—Estar aquí. Sentirme como si estuviera perdida en el mundo. ¿No te das cuenta de lo apartados que estamos? Aislados. Solos. Este lugar es como una nueva dimensión, verde y llena de misterio.

—De lo que me doy cuenta es de que estamos a poco más de cien kilómetros de una gran ciudad.

—Aun así, es como si no lo estuviéramos. —Callé y enfoqué el horizonte—. Hay mucha tranquilidad. Tengo el extraño sentimiento de que

nada malo podría pasarme aquí. Es como si... como si el tiempo se detuviera en este lugar.

—Puede que tengas razón.

—Sí... Ojalá. Ojalá el tiempo deje de correr de una maldita vez, porque siempre que corre, lo destruye todo.

T.J. no dijo nada. Me acerqué a él y cogí una de las dos brochas que había en el suelo.

—¿Qué ventana quieres pintar? —preguntó, al verme examinar la brocha con aire tan absorto—. ¿La derecha o la izquierda?

—Si fuera por mí, ninguna —gruñí disgustada—. Pintar no es una de mis actividades favoritas en el mundo. Pero soy buena chica y te echaré una mano.

T.J. soltó una risa ronca y me ofreció una botella de plástico, cortada por la mitad. La había llenado de pintura verde. Tenía dos agujeros a ambos lados y una cuerda atada de un lado al otro.

—Qué práctico. Así podré colgármela.

—Por eso lo he hecho. Ven. Te la ataré.

Me acerqué y él me rodeó las caderas con la cuerda. Las emociones empezaron a girar dentro de mí como un molino de viento. Me quedé sin aliento ante la visión de esas manos grandes y prácticas apretando con fuerza el nudo. Me imaginé cosas que me hicieron sentir tan incómoda que se me encendieron las mejillas.

No quería pensar en él de esa forma. ¡Y, por el amor de Dios, leía demasiadas novelas de *bondage*!

T.J. estaba en mangas de camisa y se le marcaron los tendones al hacer un segundo nudo. No pude contenerme y le rocé la piel del antebrazo, tostada por el sol y cubierta por una fina capa de vello rubio, que resultó ser muy suave bajo las yemas de mis dedos. Al sentir mi caricia, alzó los ojos hacia los míos. Nuestras miradas se encontraron y se sostuvieron en silencio durante varios segundos.

—Creo que está bien sujeta —musitó, enfocando mis labios con una expresión muy concentrada.

Algo se encendió dentro de mi pecho. Empecé a respirar más deprisa, a ser cada vez más consciente de mi cuerpo y de los efectos que ese hombre producía en él: el irregular latido de mi pulso, la respiración lenta, casi superficial, el zumbido de la sangre que ardía en mis venas.

Confusos, nos acercamos cada vez más el uno al otro. A él se le dibujó una profunda arruga en el entrecejo. Nuestros labios estaban a punto de rozarse, cuando:

—¿Zooney?

Retrocedí de golpe, como si me hubieran arrancado de un plácido sueño, y me volví hacia Rachel, después de un segundo en el que había intentado recuperar la compostura y calmar la expresión hambrienta de mi rostro.

—Hey, ¿qué haces tú aquí? —dije, con una alegría que no sentía en absoluto.

Los ojos de mi hermana echaban chispas.

—¿Que qué hago yo aquí? ¡¿Qué haces *tú* aquí, Zooney?! ¿Por qué no estás en el hospital? ¿Por qué no contestaste a ninguna de mis llamadas? ¿Y qué demonios estás haciendo con ese bote de pintura ahí colgado?

Nunca la había visto tan furiosa conmigo. De hecho, jamás había visto a Rachel furiosa. Ella solía estar triste, pensativa, nostálgica... Pero nunca iracunda.

—Es una larga historia —contesté con un suspiro hastiado.

—Pues hazla corta. No disponemos de mucho tiempo. La vida es efímera, según, espero, te habrás dado cuenta.

La expresión de mi rostro se hizo añicos.

Me disculpé con T.J., cogí a Rachel por los hombros y la hice entrar en casa, donde, después de sentarnos cada una en una silla, le expliqué en pocas palabras por qué estaba haciendo todo eso que a ella le parecía una tremenda pérdida de tiempo. Mi hermana lo comprendió cuando le expuse mi punto de vista, y las dos nos echamos a llorar y nos abrazamos, por fin enfrentadas al hecho de que mamá se estaba muriendo y no teníamos forma de impedirlo.

Lo peor de perder a un ser querido es la impotencia. Le habría arrancado todo el dolor de haber podido. Incluso le habría dado años de mi vida. Pero

no podía hacer nada más que contemplarla mientras se apagaba como la llama de una vela. Por eso no podía estar a su lado. Por eso perdía el tiempo con nimiedades. Porque me sentía incapaz de aceptar algo así de sencillo: mi madre se estaba muriendo y yo no podía hacer nada por ella. Nada, salvo pintar y plantar flores silvestres y arreglar el jodido fregadero.

—No puedo hacer nada más, ¿lo comprendes? —estallé, con los ojos agrandados por el sufrimiento—. Lo único que puedo, y sé hacer, es pintar los postigos.

Esa idea fue tan lacerante que hundí los dedos en la suave tela azul de su blusa y ahogué un sollozo de agonía. Pequeñas lágrimas se escurrían por mi nariz y aterrizaban encima de su hombro izquierdo.

—Mamá... se está... muriendo —sollocé, con el rostro hundido en su cuello—, y yo no soporto verla morir.

—Dios... ¿Qué vamos a hacer, Zooey?

—No lo sé —balbucí entre hipos entrecortados, y me aferré a su frágil cuerpo con todas mis fuerzas—. No es justo. Dios, no es para nada justo. Todo esto es una mierda. Mamá se va y yo... no estoy preparada para dejar de ser su hija. —Sorbí por la nariz e hice una pausa para recobrar la voz—. Puede que sea lo más egoísta que he dicho nunca, pero es así cómo me siento. No puedo perderla, Rach. No estoy preparada para perder a mamá. Todavía no. La necesito más que nunca.

—Y yo —lloró mi hermana, retrocediendo para limpiarse las mejillas—. Sabía que este día iba a llegar, pero no ahora. Creí que sería en un futuro y que... podría afrontarlo, pero no puedo. No sé cómo se supone que tengo que hacerlo. Todo el mundo me dice *sé fuerte, Rachel*. Joder. ¿y si no puedo serlo? Yo no sé cómo ser fuerte, Zooey. No sé cómo luchar contra esto o cómo se supone que tengo que manejarlo. Yo ya no sé nada...

Nos miramos la una a la otra a los ojos, y pude sentir su tormento, al igual que ella pudo sentir el mío, porque estaba impreso en cada una de las facciones de nuestros rostros.

—La muerte siempre te pilla de imprevisto —musitó T.J., en cuya presencia no había reparado hasta ese momento. Estaba apoyado en el quicio de la puerta y nos contemplaba con expresión afligida. Sus ojos azules mostraban un extraño brillo, como si estuviese conteniendo las lágrimas—.

Cuando perdí a mi padre, también perdí una parte de mí, y nunca llegué a recuperarla. El luto se supera, pero siempre tendrás la sensación de que te falta algo; un vacío que no sabrás explicarte. ¿Pero sabes algo, Zooey? Nunca dejarás de ser su hija. Nunca. Eso ni la muerte ni el cáncer te lo podrán quitar. Y aunque ella ya no esté aquí, Rachel —prosiguió, trasladando la mirada hacia el rostro de mi hermana, cuyo labio inferior temblaba sin control, húmedo por las lágrimas—, no la perderás, porque tu madre estará siempre contigo, dentro en tu corazón. Mientras vosotras la recordéis, ella nunca morirá. Así que no lloréis por su muerte, amadla y retenedla para siempre dentro de vuestros recuerdos.

Rachel y yo estallamos en llanto. T.J. atravesó la cocina, tiró de nosotras y nos acurrucó a las dos contra su pecho, sin molestarle las lágrimas que amenazaban con empapar su camisa.

*

A mi madre le dieron el alta al día siguiente. No había pasado por casa en las últimas quince horas. Rachel y yo nos habíamos ido al hospital poco después de nuestra conversación y habíamos pasado la noche ahí, en la habitación de mamá.

Logan conocía a la enfermera y la convenció para que nos permitiera hacerlo, aun cuando pasar la noche junto al lecho de un enfermo iba en contra de las normas del hospital. Debían de ser grandes amigos, pues la mujer nos trajo otra butaca y dos mantas más. Mi hermana y yo no sabíamos cómo agradecerle su amabilidad. Ella aseguraba que no era nada, que cualquiera lo habría hecho. Rachel y yo sabíamos que eso no era cierto.

—Por fin aire fresco —se alegró mi madre en cuanto salimos—. No soportaba estar ahí ni un día más. Odio los hospitales. No hay nada más deprimente.

Empezó a caminar con tantas energías que me aterraba la idea de que le pasara algo, que se rompiera o algo así. Mi madre siempre había sido un modelo de fortaleza, pero ahora tenía la impresión de que se había vuelto muy frágil, demasiado frágil incluso para caminar por el aparcamiento sin el apoyo

de mi brazo.

—Mamá, espera, espera. No corras tanto. Rachel, ábrele la puerta del coche.

—Cariño, tengo dos manos.

Pese a sus protestas, Rachel y yo la metimos dentro del coche como si fuera una persona inválida. Tras ponerle el cinturón y preguntar al menos cinco veces si se encontraba bien, mi hermana y yo ocupamos nuestros respectivos asientos y, conmigo al volante, emprendimos la vuelta a casa.

—Si llego a saber que ibais a venir de visita, habría hecho limpieza general.

—Mamá, no digas eso —aseveró Rachel desde el asiento trasero. Se había sentado en el medio, para poder vernos a las dos.

—Pero es cierto. La casa está un poco... Bueno, supongo que lo habrás visto, Zooney, si es que has pasado por ahí.

—Sí, mamá. Lo hemos hecho las dos, Rachel y yo, y la casa está perfectamente.

—Me está quedando demasiado grande, ahora que vosotras tenéis vuestras vidas y vuestro padre ya no está.

Sentí ganas de llorar, y creo que Rachel también, pero habíamos hecho un pacto entre las dos: no llorar su muerte mientras aún estuviera viva. No queríamos entristecerla o agriar sus últimos días. Nos comportaríamos con absoluta normalidad, para que se llevara una buena imagen de la vida.

Pero, Dios, era muy difícil de cumplir. Probablemente, lo más complicado que Rachel y yo habíamos hecho nunca.

Me aferré con fuerza al volante y apreté los dientes para retener las lágrimas. La vida era una mierda. ¿Cuál era el propósito de nacer y luchar durante toda una vida, si el final era siempre el mismo: la maldita muerte? No comprendía el ciclo de la vida. Nunca lo había hecho. Era totalmente injusto.

Cuando llegamos a casa, arrimé el coche al bordillo y me di prisa para ayudar a mi madre a bajarse.

—Estoy bien, Zooney. En serio. Puedo caminar. No hagas que me sienta

como una vieja inútil.

—Lo siento. Prometo no volver a hacerlo.

Mi madre puso una mano contra mi mejilla y me sonrió. ¿Por qué tenía las manos tan frías? ¿Acaso la vida había empezado a escurrirse de sus venas? Esa idea me llenó de terror.

—Gracias, cariño. Eres tan buena chica...

Rachel corrió a abrirle la pequeña portezuela de madera. Estaba recién pintada de blanco. Y yo no la había pintado. De hecho, ¡todo estaba recién pintado!

—Vaya, pero ¿qué ha pasado aquí? —Mi madre peinó la casa y el jardín con la mirada y luego nos miró a Rachel y a mí de forma interrogante—. ¿Lo hicisteis vosotras?

Su sonrisa derrochaba tanta alegría que me sentí lo suficientemente emocionada como para experimentar otra vez ganas de llorar. En ese momento amé a T.J. Tuve claro que era él quien había hecho todo eso por mí, la bóveda de madera pintada de blanco, un nuevo columpio bajo el roble, la pintura de las contraventanas y un montón de otros detalles más que, aun siendo pequeños, lo cambiaban todo. Era increíble. ¿Ese hombre nunca dormía?

—Bueno, lo intentamos, pero me parece que ha sido T.J. quien lo ha acabado.

Mi madre juntó las dos manos sobre el pecho y suspiró.

—Y sigue enamorado de ti después de todo este tiempo. ¿No os parecen increíbles las vueltas que da la vida? Y pensar que lo dejaste plantado como a un perro...

—Mamá, no está enamorado de mí —objeté con los párpados entornados—. ¡Y no lo dejé plantado como a un perro! Simplemente, me fui del baile.

Rachel bufó una sonrisa.

—Claro, no está enamorado de ti. Ha hecho todo esto porque se aburría en su casa.

—¡Pues sí! —me enervé.

—Venga, Zooey. Os vi ayer.

—¿Los viste?

—Sí, mamá. Estaban a punto de besuquearse. Tenías que haber visto cómo la miraba. Está clarísimamente coladito por ella.

—Oh, eso es maravilloso. ¡Zooey, cariño, qué buena noticia! ¿Por qué no me dijiste nada ayer?

Hice una mueca.

—Mamá, sigo casada. Y no te lo dije porque no había nada que decir. ¡Porque no pasó nada! —recalqué, dirigiéndole una mirada de reproche a mi hermana.

—Pero vas a dejar a Daniel, ¿verdad?

—No lo sé. Deberíamos entrar —insté con tono escueto. No quería pensar en lo mío con Daniel. No tenía fuerzas.

—Lo que deberías hacer es casarte con T.J. —me contradijo mi madre—. Hazme caso. Soy más vieja y más sabia. Sé lo que estoy diciendo. *Ese* es el hombre que te conviene, no ese pelele que se pasa el día corriendo detrás de un balón. ¡Como para fiarse de un hombre así!

Me detuve en el vano de la puerta y me giré para encararla. No pude evitar un gesto de fastidio.

—Mamá, ni me he divorciado aún ¿y ya quieres que me case de nuevo?

—La vida es corta, Zooey, cariño.

Doloroso pero certero.

Entramos por fin, mi madre planeando mi boda con T.J. y Rachel mofándose de mí.

—Para tu información, Daniel es abogado —rezongué y lancé las llaves encima de la mesilla del recibidor—. Hace años que no juega al fútbol.

—Porque se lesionó la rodilla —repuso ella con tono de desprecio—. Encima, tuviste que cuidar de él durante meses. Menudo inútil. A tu padre nunca le gustó ese muchacho. Y sabes que a mí tampoco.

Y por eso nos tuvimos que casar en secreto, pensé, aunque me abstuve de

decírselo. No quería andar reabriendo viejas heridas. Las cicatrices aún eran delgadas. A mis padres nunca les había gustado Daniel, desde el primer día que lo traje a casa, y no se tomaron jamás la molestia de disimularlo, ni siquiera para complacerme a mí.

—Los hombres que andan corriendo detrás de un balón, no son hombres de verdad. Son niños que aún tienen que madurar, como esos melocotones de ahí. Así que crece, pequeño, crece, y cuando seas lo bastante mayor, ya veremos de qué pasta estás hecho.

Ese fue lo que dijo mi padre la primera vez que le estrechó la mano (con mucha más fuerza de la que hacía falta), y no necesité nuevos detalles para saber que no le gustaba ni un ápice aquel chico alto y delgado al que yo presenté como mi novio.

Fugarnos juntos no hizo más que avivar la ira que mi padre llevaba unos cuantos años arrastrando. Ni el hecho de habernos casado aplacó su antipatía hacia el nuevo miembro de la familia. No perdía ocasión de meterse con él cada vez que podía. Lo que más le crispaba los nervios era que a Daniel le aterrara la pesca.

—Un hombre que no sabe pescar, nunca será capaz de proporcionar sustento a su familia —sostenía en todos y cada uno de los encuentros familiares.

Y para fastidiar, al día siguiente organizaba interminables jornadas de pesca en las que tenía que participar toda la familia. Daniel incluido.

—Pero ¿qué le habéis hecho a la cómoda? —oí decir a mi madre desde la cocina.

De vuelta al presente, fui a ver a qué se refería. No recordaba haberle hecho nada a la cómoda.

Cuando entré, descubrí que estaba pintada de azul.

—¡Y las paredes! —exclamó mi madre, aún más maravillada—. Ay, ¡y qué jarrón más bonito! Parece caro. Zooey, ahora sí que tendrás que casarte con él. Ningún hombre se gasta tanto dinero si no espera obtener algo a cambio.

Las paredes eran amarillas, y encima de la cómoda donde guardábamos la vajilla cara, descansaba un jarrón con tulipanes amarillos. Justo como él había dicho.

—No puedo creer que lo haya hecho —dije para mí—. Tenía razón. Ha quedado increíble.

Mi madre y mi hermana intercambiaron una mirada socarrona.

—Rachel, llama a Vera Wang. Tu hermana necesitará un vestido de novia antes de que acabe el año.

Les puse mala cara y decidí ir a darme una ducha. El calor era sofocante. O a lo mejor era la emoción lo que tanto me abrumaba.

*

Al salir, me encontraba mucho mejor. Tenía la piel fresca, el cabello mojado, y mi cuerpo olía de maravilla, a una mezcla de gel de ducha y crema corporal a base de leche y miel. Me notaba suave, limpia y calmada a nivel mental. Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía tan bien conmigo misma. Me alegré de que mi madre estuviera en casa.

Me puse algo de ropa encima y fui al salón. Mamá estaba viendo la televisión. Rachel, sentada a su lado en el sofá, se pintaba las uñas de rojo mientras echaba algún que otro vistazo al programa de cotilleos de Hollywood que tan ensimismada tenía a nuestra madre.

—Ya estoy aquí. Me hacía mucha falta esa ducha. —Con un suspiro de satisfacción, empecé a secarme el pelo de la nuca con los dedos—. No sé cómo soportáis este calor. Deberíamos poner aire acondicionado.

—Me da dolor de cabeza —explicó mi madre, desviando, durante un segundo, la atención hacia mí—. Anda, qué vestido más bonito. Te sienta muy bien.

Hice una reverencia.

—Gracias.

Sus ojos volvieron a enfocar la enorme pantalla. Brad Pitt tenía una novia nueva.

—Aunque deberías ponerte un sujetador —aconsejó sin volver a

mirarme—. Se te trasparenta todo.

Y se había percatado de ello en un solo segundo. Menuda mirada de halcón.

—Mamá, estamos en casa —gruñí con los ojos en blanco, ya que no veía necesario tanto recato.

—Sí, pero va a venir T.J. a cenar y...

—¿Qué?! ¡Mamá, no seas tramposa! Tú no eres Cupido. ¡Deja de entrometerte! No pienso casarme con él, ya te lo dije. ¡Así que no organices más encuentros sorpresa!

—Cariño, no estoy organizando encuentros sorpresa —aseguró con aire inocente—. Solo quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotras. No tiene nada que ver contigo.

—¿En serio? —dije, toda escéptica.

Rachel, a espaldas de mamá, agitó la cabeza para decirme que no la creyera. No es que fuera a hacerlo, de todas formas. Conocía a mi madre y su mentalidad.

—Te lo prometo. ¿Esta? ¡Esta es la nueva novia de Brad Pitt?! —se indignó, con los ojos clavados en la televisión—. Vaya por Dios. No le pega en absoluto.

—¿Y qué vamos a darle de cenar? —seguí con el mismo tema, aun cuando a mi madre le preocupaban otros asuntos—. No he preparado nada especial.

—Aunque estoy en contra de la comida de fuera, le he pedido a Logan que suba unas pizzas de esa pizzería que tanto os gustaba cuando erais pequeñas —acotó distraída—. Angelina es mucho más guapa que esta, ¿no os parece? Tiene ese aire de mujer fatal, ¿sabéis a lo que me refiero? ¿Por qué lo habrán dejado? Yo creo que nunca lo aclararon.

Rachel abrió los ojos desmesuradamente, y no creo que fuese a causa de la vida sentimental del señor Pitt.

—¿Es que también vienen los demás? —preguntó aterrorizada. Lo que quería saber era: ¿por qué viene Logan?

Mi madre bajó por fin el volumen de la tele. Ahora hablaban de las

Kardashian, y esas no le caían nada bien. Las llamaba *las culonas*.

—No —le contestó a Rachel, mirándola—. A los demás les he pedido específicamente que se queden en sus casas esta noche. Quería estar con mis dos niñas a las que menos veo, y sé que, si están aquí Jennifer o Titi, acabaréis peleándoos como siempre. Solo viene Logan porque, por lo visto, T.J. ha tenido que llevar el coche al taller y le ha pedido a su amigo que le acerque. Ya que le hace ese favor, lo cortés sería que se quedara a cenar con nosotras, ¿no?

Rachel y yo hicimos una mueca a la vez. Estábamos hartas de la cortesía tejana.

Me disponía a decir algo, cuando llamaron al timbre. Me levanté de mala gana y fui a abrir. T.J. soltó un silbido apreciativo.

—Jo-der. Veo que me esperabas.

Puse mala cara.

—Para nada. Pero gracias por venir.

Me guiñó un ojo y entró en el salón con las manos colgando de los bolsillos del vaquero. Logan, que traía dos cajas enormes de pizza en la mano, subió los peldaños deprisa. Se había entretenido cerrando la camioneta.

—Hola, Zooey.

Se inclinó sobre mí y plantó un beso en mi mejilla. Olía muy bien.

—Hola, Log. ¿Qué te cuentas?

—Nada especial. Me toca hacer de chófer esta noche. ¿Dónde quieres que deje esto?

—Vayamos a la cocina.

Logan me siguió con las pizzas. Le indiqué con un gesto que las dejara encima de la mesa y le volví la espalda para retirar un par de platos del armario.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó detrás de mí.

Me encogí de hombros.

—Estoy... no lo sé. —Me volví hacia él y contemplé en silencio esos ojos

azules clavados en los míos—. Rara. Hecha polvo. Paralizada. No sabría decírtelo. Una mezcla de todo, supongo. Intento sobrellevarlo. ¿Cómo está Jen?

Apenas había hablado con mis hermanas mayores. No sabía cómo lo estaban afrontando ellas, aunque intuía que estarían igual de hechas polvo que Rachel y que yo. A pesar de todos sus defectos, Titi y Jennifer amaban muchísimo a mamá. Todas lo hacíamos.

—Lleva todo el día llorando. Ha estado mirando fotos familiares y... En fin. Se ha venido abajo —confesó Logan con voz queda.

Entrecerré los ojos y me tragué el nudo de la garganta.

—Todo esto es horrible.

—Ya. No la habría dejado sola esta noche, pero se marchó a casa de Titi. Dice que va a dormir ahí.

—Eso está bien. No pueden estar solas ahora.

—Sí... —murmuró él con pesar.

—¿Os ayudo?

Logan y yo volvimos la mirada hacia T.J. Estaba en el umbral, en vaqueros, camisa negra y botas. Era tan alto que ocupaba casi todo el hueco de la puerta.

—Será mejor que vaya a llevar las pizzas y los platos al salón —se ofreció Logan.

Suspiré, me volví y abrí un armario alto, del que retiré cinco vasos grandes.

—¿Cómo estás, Zooey?

Cuando me di la vuelta, T.J. estaba apoyado contra la nevera.

—Estoy bien. Yo...

Los ojos se me llenaron de lágrimas y necesité unos momentos para calmarme.

—Es que... es increíble —cambié de tema al encontrarse nuestras miradas—. Lo que has hecho por mí. Gracias.

—No es nada —aseguró él de inmediato, mirándome por debajo de la frente arrugada.

—Claro que lo es. Has trabajado un montón. Aún no sé cómo has podido acabar todo el trabajo.

—Muy fácil. Llamé a seis tíos fuertes, ya sabes, tejanos temerosos de Dios, y lo dejamos todo hecho en menos de cuatro horas.

—Oh. No lo sabía. ¿Quiénes son?

—¿Por qué quieres saberlo? —repuso con tono perezoso.

—Porque pienso pagarles.

—Zooey, ya lo hemos hablado.

—Voy a pagarles, hablo en serio —insistí con un ferviente asentimiento de la cabeza—. Si no quieres que te pague a ti, porque consideras que somos amigos, lo comprendo. Pero a ellos les tengo que pagar.

T.J. vino hacia mí y cogió mis manos entre las suyas.

—Cariño, son mis empleados. La empresa en la que trabajo es mía. No tienes que pagarles nada. Yo me ocupo de todo.

Me sentía fatal debiéndole tantas cosas.

—Ya, vale, tú te ocupas de todo —alcé el tono, irritada—, pero eso me deja en deuda *contigo*.

—A mí no me debes nada, Zooey. Me diste un beso la otra noche y con eso me doy por satisfecho.

Mi mirada se perdió en el vacío.

—Te hice mucho daño, ¿verdad? —musité, sin atreverme a mirarle.

T.J., resoplando irritado, me cogió por la barbilla, me alzó el rostro y sus ojos azules planearon sobre los míos. Su aliento abrasaba la piel de mi mejilla, tan cerca estábamos el uno del otro.

—Estaba enamorado de ti —susurró, hundiéndose en mis ojos—. Sé que solo era nuestra primera cita, pero llevaba mucho tiempo deseando estar contigo.

Pasé una mano por su cabello, áspero a causa del sol, y enredé los dedos

en esos mechones que colgaban rebeldes sobre su frente.

—T.J....

Sacudió la cabeza para acallarme. Su rostro estaba inclinado sobre el mío y nuestros ojos inmersos en un extraño abrazo. El cosquilleo de su respiración golpeaba ahora contra mis labios. Miré su boca, entreabierta para dejar salir el aire, y sentí ganas de besarle; unas ganas locas de besarle.

—Déjame acabar. Lo que quería decir es que ahora ya no tiene importancia eso, porque, incluso si no te hubieras marchado con Daniel —me dijo en un susurro—, probablemente habríamos acabado separándonos. Tú te habrías ido a la universidad después de ese verano. Yo me habría quedado atrás, porque estudiar no casaba con mis planes. Así que déjalo correr, Zooey. No hablemos más del pasado.

—Pero tengo que explicártelo —insistí, reteniendo su mirada—. Daniel y yo llevábamos así un par de años, peleándonos y reconciliándonos. La semana anterior al baile nos habíamos peleado por enésima vez, y yo estaba convencida de que lo nuestro estaba muerto, por eso accedí a acompañarte esa noche. No sabía que Daniel vendría. Pero lo hizo. Vino, me dijo que me quería y me convenció para que me fuera con él a Nueva York. —Cogí su cabeza entre las palmas y atravesé sus iris con una mirada casi tan profunda como la suya—. No fue culpa tuya, T.J. Quería que lo supieras. No me marché porque tú hicieras algo malo o porque te echaras atrás cuando estabas a punto de besarle. ¡Me marché porque le quería!, y lo siento. Siento haberle querido de ese modo, porque quererle me partió el corazón. Y a ti también. Si llego a saber el daño que eso iba a producirte, nunca lo habría hecho. No me habría marchado. Habría esperado un día más. Dios, ¿por qué no esperaría un día más? ¿Un mes, o un año? Era demasiado joven para casarme.

Él se aferró a mi rostro con las dos manos y me siguió acariciando la piel con su aliento.

—Zooey, cariño, no importa.

—¡Sí que importa! Porque... porque... ¡eres la mejor persona que he conocido nunca! Y yo te partí el corazón.

—Solo era un crío —rebatí con una sonrisa—. Conocí a muchas mujeres después de ti. Créeme, lo he superado.

Y aunque eso era lo que yo quería escuchar, me dolió. Me dolió más de lo que jamás habría pensado que algo así pudiera dolerme.



Cenamos en el salón.

Pese a la incomodidad que Logan despertaba en ella, Rachel hizo un esfuerzo por disimularlo, y todo marchó bien. Fue una cena agradable. Recordamos anécdotas, hablamos de personas a las que todos conocíamos, nos reímos durante horas y horas.

En algún momento me alejé de esas risas y lo observé todo como una espectadora, como si hubiese abandonado mi cuerpo para contemplar la escena desde fuera. Mi madre tenía el rostro encendido por la risa. T.J. estaba contando una historieta graciosa sobre el día en el que había pescado una bota llena de agua pensando que sería el mayor pez de la historia. Logan, con sonrisa insolente, se estaba tomando una cerveza y corroboraba la hazaña. Rachel reía como nunca.

Parecíamos una familia, una familia en la que todos encajaban, mi madre, Rachel, Logan, T.J...

Incluso yo.

Sonreí, y fue entonces cuando tomé una de las decisiones más importantes de mi vida: no volvería a estar triste nunca más. Viviría el momento sin temor al mañana, y lo disfrutaría al máximo. Porque cabía la posibilidad de que ese día llamado *mañana*, la bonita estampa de la familia feliz fuera a disiparse como la niebla.

*Zooey*

El tiempo no se movía con la lentitud que cabía de esperar. Al cabo de unas cuantas semanas en las que mis hermanas y yo estuvimos con mamá a diario (intentando evitar cualquier tensión entre nosotras), la vida pareció retomar su curso habitual para algunos miembros de la familia Patton. Mamá se encontraba mucho mejor al estar en casa, así que mis hermanas mayores regresaron a sus quehaceres habituales. Titi, a su trabajo en la peluquería, y Jennifer, Dios sabe a qué. A hacerle la vida imposible a Logan, a lo mejor.

Las únicas que nos resistíamos a recuperar la rutina éramos Rachel y yo, y mi madre no tardó en advertirlo una tarde mientras hacíamos la compra semanal.

—¿Rachel, no ibas a vestir a las actrices para no sé qué premios de la televisión?

—Los Globos de Oro —contestó mi hermana al tiempo que depositaba una caja de cereales en el carro que yo empujaba por el pasillo.

—¿Que se celebran en...?

—Enero.

—¿Y estamos en...?

—Mayo, mamá —contestó Rachel con los ojos entornados.

—¿Y sigues en Texas sin hacer nada porque...?

Vi en el rostro de Rachel que quería gritar: *¡Porque te estás muriendo!* Lucía como alguien en guerra consigo mismo, alguien que se debatía entre la necesidad de decir lo que quería decir y la importancia de callárselo. Tuve que apartar la mirada para dejar de ver el esfuerzo que hacía por retener las lágrimas. Era demasiado desgarrador, así que cogí unos batidos de chocolate y me puse a mirar las calorías y el calcio que el vendedor aseguraba que llevaban.

—No voy a hacerlo —respondió mi hermana con aire resuelto.

—De eso nada.

—Mamá, no estoy de humor para...

Mi madre, alta, rubia y bastante más delgada de lo que solía estar, se detuvo en mitad del pasillo y le lanzó una mirada fulminante a Rachel.

—Escúchame bien, señorita. *Tu madre* está muy orgullosa de ti, así que no te atrevas a arrebatarle el malvado placer de poder decir a todas sus amigas envidiosas: *¿ves ese vestido que lleva Nicole Kidman? Lo ha hecho mi hija.* Vas a mover ese bonito y delgaducho trasero hasta Los Ángeles, y vas a hacer esa magia que solo tú sabes hacer con las telas, porque tu madre te lo está pidiendo.

Los ojos de Rachel se cargaron de lágrimas.

—Mamá, no puedo dejarte ahora —balbució, con voz muy débil.

Mi madre se le acercó y la cogió por las muñecas. Decidí llevarme los batidos.

—Cariño, escúchame. Tu madre no se va a morir. ¿Lo comprendes? —preguntó, sus ojos azules atravesando los ojos azules de mi hermana—. Pero aunque se muera, tú no puedes morir con ella, Rachel. No voy a permitirlo. Así que te irás a California, buscarás las mejores telas del mundo y confeccionarás unos vestidos como ningún otro diseñador ha creado nunca, y me dedicarás a mí tu colección. ¿Queda claro?

Aunque quería llorar, mi hermana no lo hizo. Sonrió a través de las lágrimas, asintió, y, al día siguiente, mi madre y yo la dejamos en la puerta de embarque del aeropuerto de Austin. Rachel regresaba a California.

—¿Quieres pasar por la peluquería antes de la quimio? —pregunté

mientras conducía el coche de mi madre de camino a casa—. Titi podría cortarte el pelo.

Se le estaba cayendo a montones. Sabíamos que era cuestión de tiempo hasta que se lo tuviera que afeitar.

—No voy a ir a la quimio.

Le lancé una mirada insistente, pero ella continuó mirando por la ventana cómo el paisaje pasaba de urbano a rural.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema con la máquina hoy?

Mi madre volvió la mirada hacia la mía.

—No, Zooey. No hay ningún problema. Es solo que no quiero recibir más quimio.

La noticia me sentó como una jarra de agua fría, porque había puesto todas mis esperanzas en la quimioterapia. Y si ella se negaba, ¿qué otra cosa me quedaba?

—Mamá...

—Escúchame, Zooey. Cuando me vaya, lo haré con dignidad, tal y como he vivido. Tal y como mi madre vivió, y su madre antes de ella. Conservaré el pelo, el peso y, si Dios así lo desea, las cejas también. No voy a morir enchufada a una máquina. Voy... a morir... li-bre —me lo deletreó muy despacio, para asegurarse de que se me metía bien en la cabeza.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, tantas que, después de avanzar unos cuantos metros más, tuve que detener el coche en la cuneta, pues era incapaz de seguir conduciendo.

En cuanto saqué la llave del contacto, me vine abajo, rompí a llorar, y lloré por los años perdidos, por no haber estado a su lado cuando murió papá, y también lloré porque sabía que iba a perderla y no tenía la más mínima idea de cómo afrontar esa pérdida.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta?! —le grité entre sollozos—. ¿Cómo puedes no pensar en mí?

Mi madre alargó el brazo para acariciarme la cara, pero retrocedí.

—Zooey, cariño, yo pienso en ti todos los días de mi vida.

—¡No! ¡NO! Porque si lo hicieras, ¡lucharías por mí, maldita sea! ¡Lucharías por seguir a mi lado! Si no haces nada, voy a perderte. ¿Cómo puede no importarte algo así?

—Cariño, Zooey de mi alma, te quiero con todo mi corazón. Pero no voy a vivir mis últimos meses de vida como a ti te gustaría.

Seguí llorando sin control y ella siguió contemplándome con tristeza. Al cabo de unos minutos, volví a hablar, a pesar de que las lágrimas aún ahogaban mi voz.

—Mamá, no lo hagas, por favor. No puedes rendirte. Iremos a Nueva York a ver al doctor Denton, y si él es incapaz de ayudarnos, te llevaré a Viena. Cuentan con el mejor equipo del mundo. Alguien... alguien podrá...

—¡Zooey, me estoy muriendo! —rugió, tan alto que pegué un brinco en mi asiento—. ¡Despierta de una maldita vez!

Mi llanto cesó y mis ojos le lanzaron una mirada chispeante.

—¿Por qué estás siendo tan cruel? ¡Ya sé que te estás muriendo! ¿Por qué has creído necesario recordármelo?

—Porque de todas mis hijas, ¡tú eres la única que no lo está aceptando! Zooey, cariño —su voz se tornó suave otra vez—, tienes que aceptar la realidad.

Volví a sentir náuseas. La sangre circulaba con tanta fuerza por mis venas que temí que fuera a estallarme el corazón dentro del pecho. Aparté los ojos y miré por la ventana durante unos segundos, antes de volver la vista hacia la suya.

—¡No puedo aceptar algo así! ¡No puedo dejar de tener una madre! —le grité, y las facciones de mi rostro se contrajeron de rabia—. ¿Lo comprendes? Te acabo de recuperar y no estoy preparada para dejarte ir otra vez.

Mi madre suspiró enternecida. Sus labios, pintados de rosa, esbozaron una débil sonrisa. Alargó la mano y sus nudillos me rozaron el lateral del rostro.

—Cariño, tú siempre me tendrás. Esté o no aquí físicamente, de un modo u otro encontraré la forma de acompañarte en todos los momentos de tu vida. Te lo prometo.

Incapaz de dejar de llorar, me abracé a ella con todas mis fuerzas, hundí el

rostro en su cuello, y, por primera vez en todo ese tiempo, me vi obligada a enfrentarme a la crudeza de la realidad. No había cura ni milagros. Mi madre iba a morir. Definitiva e irrevocablemente.

Era tan difícil de asimilar que sabía que nunca iba a aceptarlo del todo. Aunque le dije lo contrario a ella, mentí, pues una parte de mí sabía que siempre conservaría la esperanza de que su estado mejorara milagrosamente.

A pesar de todo el dolor, en cuanto llegamos a casa encontré las fuerzas para llamar a Daniel para decirle que mi madre no quería ir a Nueva York a ver al doctor Denton. De todos modos, su pronóstico era malo. Ni siquiera el mejor oncólogo del país le daba muchas posibilidades de sobrevivir. Habló de nuevos fármacos y dietas para prolongarle la vida, pero nunca de curación.

Porque no la había. Y yo tenía que aceptarlo.

*

—Mamá, me preguntaba si te gustaría empezar una serie conmigo —pregunté desde el sofá.

Habían pasado dos semanas desde que se había marchado Rachel, y lo más relevante que había hecho yo respecto a la enfermedad de mi madre había sido contratar televisión por cable.

Tenía la esperanza de que, mientras durara la serie, ella no iba a morir. Había leído algo sobre cómo los retos prolongan la vida de un enfermo o incluso curan su dolencia, y era a lo que me aferraba ahora, dada la negativa de mi madre a recibir un tratamiento agresivo como lo era la quimioterapia. No era tan ingenua como para pensar que una serie televisiva fuera a curar el cáncer, pero conservaba la ilusión de que ella se quedara a mi lado un par de años más, a pesar de que los médicos solo hablaban de meses. ¿Qué sabían ellos sobre mi madre?

No sé por qué, pero llevaba un par de días sintiéndome optimista. Ella tenía mucho mejor aspecto, rubor en las mejillas, e incluso había cogido dos kilos de peso. No lucía como alguien a punto de morir, y eso calmó un poco la ansiedad que llevaba semanas devorándome por dentro.

—Hoy no, cariño. Tenemos planes con Titi y Jennifer. Candy, la hermana de T.J., está celebrando su *baby shower*.

Estupendas noticias. Ninguna de las tres mujeres mencionadas me caía demasiado bien.

—No me encuentro muy bien, mamá. Prefiero quedarme en casa.

—Como quieras —resonó su voz desde la cocina.

Un par de horas después, Titi detuvo el coche delante de la casa, se bajó a saludar y, al marcharse, se llevó a mi madre. De pie en el porche, las despedí con la mano y entré. Dentro, solo me esperaba una casa vacía y oscura. Decidí que no podía soportarlo esa noche. El peso de la soledad era demasiado asfixiante, así que, después de ducharme, me puse unos vaqueros viejos y una blusa de lino y fui a dar una vuelta por la ciudad.

Tras hacer todas las rutas turísticas que se me ocurrieron, estaba tan cansada de andar que entré en el primer bar que encontré abierto y busqué un sitio para sentarse en la barra. El lugar era un antro de los que hacía mucho que no veía. El tufo a tabaco podía haber tumbado a un elefante, y la iluminación era más bien escasa, supuse que para ocultar los desperfectos. Una balada del viejo sur llegaba desde la destartada máquina de discos que acumulaba polvo en un rincón, cerca de la puerta, y un olor a aceite quemado salía de la cocina e impregnaba todo el recinto.

Ocupé un taburete alto y hojeé un poco el menú.

—Un vino blanco —pedí, sin mejores opciones.

El camarero me atendió de inmediato. Parecía incluso sorprendido, como si fuera algo insólito ver ahí a una mujer sin acompañante.

—Aquí tiene. ¿Quiere unos cacahuets?

Mis ojos enfocaron su camisa, llena de manchas de sudor. Decliné su ofrecimiento negando con la cabeza.

—Solo el vino, gracias.

—Como desee.

El hombre se alejó cojeando y yo suspiré y empecé a beber a sorbitos. De repente, noté una presencia detrás de mí, y vi la sombra de una silueta

cortando el halo de luz amarillenta que una anémica bombilla arrojaba sobre la barra de madera.

—Vaya, vaya. Pero si es mi cuñada favorita.

Puse los ojos en blanco y tomé otro trago.

—Tom —saludé con sequedad, sin molestarme a mirarle.

—¿Te importa si me siento?

Tom se las apañó para aparecer dentro de mi campo visual. Me encogí de hombros con desdén.

—Lo harás igualmente.

Se sentó. Además, sonriendo, como si se alegrara mucho de verme, a pesar de que el sentimiento no fuera mutuo.

—¡Eh, tú, viejo apestoso! Tráeme una birra. ¡Venga, coño, cojea más rápido! ¿No ves que tengo sed?

Una vez realizado el pedido con tanta educación, mi cuñado colocó los codos sobre la barra, movió la cabeza para mirarme e hizo una pausa que se prolongó durante varios segundos.

—¿Por qué no te caigo bien, Zooey? —dijo por fin.

Tomé un sorbo de vino y resoplé. Decirle que era un tipo repugnante y egomaniaco habría sido quedarse corta.

—¿De verdad lo tenías que preguntar?

—Sí, teniendo en cuenta que te comportas como si me odiaras.

Me volví con la silla. Necesitaba mirarlo a la cara. Necesitaba que él me mirara a los ojos.

—¿Y te atreves a decir que no sabes por qué? —repuse con dureza.

Tom hizo un gesto que yo detestaba: chupó el palillo que casi siempre llevaba colgado en la comisura de la boca.

—¿No será por esa tontería de hace años?

—¿Tontería?! ¡Intentaste violarme!

—Vamos, mujer, no te pongas así. Solo fueron un par de besos. Estaba

borracho. Lo siento. Si es lo que quieres, me disculpo ahora mismo.

—¡Métete tus disculpas por el culo, Tom!

—Da gusto ver que los cuñados se llevan así de bien, ¿eh? —se entrometió una voz masculina, teñida de sorna. No pude impedir que el corazón me latiera el doble de rápido de lo normal. No sabía por qué, pero me alegraba muchísimo de ver a T.J. Habían pasado varias semanas desde que nos habíamos visto por última vez y me asombró descubrir que lo había echado de menos y que había pensado en él más de lo que me quería admitir a mí misma—. Tom, muchacho, échate a un lado. Quiero hablar con mi chica.

—¿Tu chica? ¿Es que estáis juntos? —Tom me miró perplejo—. ¿Pero tú no estabas casada? ¿Le estás poniendo los cuernos a Daniel? ¿*Con este*?

La única respuesta que recibió a su sarta de preguntas fue un alentador guiño por parte de T.J.

—Ha dicho que te muevas. Por si no lo has oído la primera vez.

Tom, más consternado de lo que nunca le había visto, se levantó farfullando algo sobre que el mundo se había vuelto del revés, y se marchó.

T.J., guapo como el mismo diablo, aterrizó en su silla.

—Hola, cariño —saludó, con el codo apoyado contra la barra.

Su vigorosa presencia enturbiaba mi cerebro hasta tal punto que tardé unos segundos en reaccionar, tan atolondrada estaba.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Nada especial. Tenía una cita, te vi y... decidí acercarme a saludar —contestó, con los labios torcidos.

Me sentí como si alguien me hubiese pateado el estómago. Él estaba teniendo una cita, y ahí estaba yo, temblando como una maldita quinceañera.

—Pues ya me has saludado. Ahora deberías regresar con ella.

No pretendía sonar resentida, pero fracasé por completo. Soné como una adolescente despechada. Y, la verdad, era así cómo me sentía. Al verle, el corazón me había dado un vuelco como hacía años que no me pasaba en presencia de alguien del sexo opuesto, y ahora me odiaba por haber bajado la guardia tanto como ser capaz de sentir esa clase de emociones. No estaba bien

sentirlas. Por mil razones.

Uno: yo seguía estando casada.

Dos: él solo quería acostarse conmigo por los viejos tiempos.

Tres: yo no estaba en condiciones de involucrarme en una relación. Tenía otras preocupaciones.

Cuatro: él solo quería acostarse conmigo por los viejos tiempos.

De las mil razones que podía haber encontrado, solo se me ocurrieron esas cuatro. O tres, puesto que una, bastante molesta, no dejaba de reproducirse dentro de mi mente. Él solo quería acostarse conmigo por los viejos tiempos. Curiosamente, eso me dolía.

—No está bien beber solo —advirtió T.J., señalando hacia mi copa—. Uno ha de beber siempre en compañía.

—Tenía compañía —gruñí entre dientes—. Pero tú la has espantado.

Se esmeró en parecer contrito, pero las arruguitas de risa que pude ver en las esquinas de sus ojos contradecían su actitud.

—Tom no era una buena compañía. Te vi desde mi mesa y parecías bastante incómoda.

—¿Lo viste a lo lejos? —pregunté, sin poder disimular el toque incrédulo.

T.J. paseó la mirada por mi rostro y mi cuerpo, despacio y a conciencia. Lo sentí como una caricia suave y repleta de electricidad estática.

—Tu cuerpo es muy expresivo. Si lo observo atentamente, puedo adivinar si estás enfadada, triste o...

Como dejó la frase en el aire y a mí me irritó la diversión que impregnaba su voz, solté la copa de vino encima de la barra con un poco más de ímpetu del necesario y me enfrenté a su mirada.

—¿O qué? —lo desafié, arrastrando las palabras.

Él estaba demasiado divertido por la situación. Luchaba a duras penas por contener la sonrisa.

—O cachonda —concluyó, atravesando mis ojos con una mirada profunda.

Un pequeño hormigueo recorrió mi cuerpo, y noté, disgustada, que se me

había contraído el estómago.

—¿Crees que estoy cachonda ahora? —pregunté, con una chispa de furia prendiendo mi mirada, furia dirigida hacia mí misma y hacia mis propios deseos. ¿Cómo podía sentir deseo sexual, teniendo en cuenta lo deprimida que estaba por lo de mi madre? ¿Cómo casaba una cosa con la otra? No tenía sentido.

Y aun así, el cosquilleo en el estómago era inconfundible. Mi cuerpo reaccionaba incluso cuando mi mente se negaba a hacerlo.

Él apoyó una pierna contra el travesaño de la silla y se inclinó hacia mí. Sus labios intentaban contener una sonrisa lobuna.

Me gustaría decir que su proximidad me produjo rechazo, como me había sucedido con Tom, pero fue todo lo contrario. Sentí un enorme escalofrío de anticipación, seguido por una oleada de calor que incendió mi rostro.

Recordé sin proponérmelo ese avasallador momento de pasión en mi habitación de hotel, pequeños retazos apasionados que encendieron el fuego del deseo en mi interior. Su lengua lamiendo a la mía, contraatacando, empujando, su cuerpo presionando, el calor de sus manos, que me sujetaban el rostro con firmeza, el ligero toque de agresividad que hubo en su beso...

El corazón me empezó a latir con movimientos fuertes e irregulares, y él me siguió observando con ojo crítico, probablemente consciente de todas las reacciones que iba experimentando: el rubor del rostro, el veloz latir de mi pulso, los ojos dilatados y oscurecidos....

Ojalá hubiese sido capaz de desunir nuestras miradas. Pero, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, me sentía incapaz de romper el contacto con sus ojos. No me pasaba algo similar desde que tenía dieciséis años.

Aunque la sonrisa había desaparecido de su rostro y este se encontraba ahora congelado en un rictus pétreo, ese hombre seguía siendo dueño de las facciones más asombrosas que había visto en toda mi vida. La sombra de la barba cubría sus mejillas, y yo sentí una especie de hormigueo en los dedos por estar reprimiendo el impulso de extender el brazo y acariciar la aspereza de esa mandíbula esculpida a cincel.

Sus labios se acercaron a los míos tanto que creí que iba a besarme, y me

sorprendí a mí misma deseando con todas mis fuerzas que lo hiciera.

—*Sé* que estás cachonda —subrayó contra mi boca.

Prácticamente estaba temblando de deseo. No podía ser posible que alguien tuviera ese efecto en mí. ¿O sí?

—Deberías volver con tu novia —aconsejé con voz temblorosa.

La sonrisa lobuna volvió a asomarse durante un segundo, y luego se apagó como un relámpago.

—No tengo novia.

Me miró la boca, se relamió y yo me sentí aún más turbada.

—Tu cita —me obligué a seguir hablando para vencer el nerviosismo—. Deberías volver con ella.

Sus ojos subieron hacia los míos. Incluso cuando sus labios ya no me obsequiaban con una de esas sonrisas lentas y perezosas, típicas en él, advertí una chispa de diversión en su mirada.

—Así que posesiva, ¿eh? Siempre me he preguntado qué clase de mujer serías.

Me sentí ofendida y expuesta, como una niña a la que han pillado haciendo una travesura.

—No soy posesiva. Soy prudente. Sensata. *Madura*, si así lo prefieres. Y las personas maduras, cuando tenemos una cita, nos quedamos hasta el final, no interrumpimos la conversación para ir a saludar a chicas a las que hemos besado alguna vez.

Él torció la boca en un gesto de desdén.

—Tienes celos.

—Indiferencia más bien.

—Te gusto.

—No tanto como la ensalada de espinacas. Y, créeme, la aborrezco.

—Cariño, admítelo. Te pongo *muy* cachonda.

—¡Me pones furiosa! —escupí contra sus labios, consciente de que lo

deseaba con tantas fuerzas que apenas podía respirar—. Y ahora, amigo mío, me voy. Que te vaya bien en tu cita.

Dejé dinero encima de la barra, agarré mi bolso con brusquedad y me fui con la barbilla alzada y gesto digno. Antes de cruzar la puerta, vi que él seguía con el pie apoyado contra el travesaño de la silla y me contemplaba con su habitual sonrisa socarrona.

Cuando la puerta de madera se hubo cerrado a mis espaldas, cogí una profunda bocanada de aire en los pulmones, con la esperanza de que eso enfriara la sangre en mis venas.

No dio tiempo a que el aire cumpliera sus propósitos. La puerta se abrió de golpe a mis espaldas y volví a contener el aliento. No me hacía falta girarme, mi cuerpo estaba notando la electricidad y se estaba volviendo loco otra vez.

—¿Sabes qué? —su voz sonó ronca en mi oído, gutural, casi tan agresiva como sabía que sería el beso de sus labios—. Resulta que a mí también me pones cachondo.

Sin más contemplaciones, me volvió entre sus brazos y su boca descendió sobre la mía, reclamándome, mermando toda mi furia.

Al principio, él fue el único en participar activamente, aunque, poco a poco, dejé de oponer resistencia y, aturdida por el deseo, acabé respondiendo a esa pasión tan hambrienta que me desarmaba. Él me abrió la boca con la suya y nuestras lenguas se mezclaron y empezaron a moverse la una contra la otra, danzando desesperadas en un beso que se estaba volviendo cada vez más profundo.

La firmeza del cuerpo masculino presionando al mío hizo que me flaquearan las piernas. Por unos momentos, me olvidé del mundo exterior. Suprimí de mi cabeza cualquier problema, cualquier preocupación, y T.J. pasó a ser el único en ocupar mi mente.

Sus manos descendieron por mi espalda centímetro a centímetro. Nuestras lenguas siguieron explorando. Sus dedos rodearon mis nalgas, las apretaron y me atrajeron hacia el miembro que se estaba tensando contra mi estómago. Se me escapó un gemido involuntario y tuve la impresión de que sus labios esbozaban una pequeña sonrisa contra los míos.

Al sonarle el móvil dentro del bolsillo, T.J. puso fin a ese tórrido asalto con pequeños y delicados besos. Cuando se detuvo, mi corazón latía tan deprisa que notaba las mejillas ardiendo. En vez de atender la llamada entrante, apoyó la frente contra la mía y luchó, al igual que estaba haciendo yo misma, por recuperar el aliento.

—Este sábado hay una rifa benéfica. La organiza mi hermana Candy. Quiero que me acompañes.

Su voz sonó rota. El deseo ribeteaba cada una de sus palabras. Incluso sus facciones lucían alteradas de pasión. Era evidente que él también deseaba mucho más que besarnos.

—¿Me estás pidiendo una cita? —repliqué con una sonrisilla tonta.

Él no sonrió, lo cual me hizo sentir incómoda ante mi propia broma.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que te pida una cita?

La dureza de su tono me hizo buscar sus ojos. Ya no ardían de deseo. Se habían congelado de pronto. Profundo y gélido azul.

—Bueno, yo no...

—Se supone que estás casada, Zooey —atajo con más dureza. Seguía abrazándome, pero de repente notaba sus brazos a mi alrededor como acero que no dejaba de oprimirme.

Una chispa de ira relampagueó en mi mirada.

—¿Intentas decir que te parece bien besar a una mujer casada, pero crees que está mal tener una cita con ella? —pregunté, mirando de lleno sus ojos azules.

—Besar es un acto físico. Lo mismo que follar. Tener una cita implica mucho más, algo emocional, superior a la lujuria, y creo que ninguno de los dos está ahora mismo por la labor. ¿Me equivoco?

Tironeé hasta liberarme de él. Necesitaba apartarme del magnetismo que tanto me seducía, si mi intención era pensar con claridad. Y ese hombre era la criatura más magnética con el que me había topado en toda mi vida. Era un enorme imán que ponía todo cuanto me rodeaba patas arriba.

—No, no te equivocas —admití, consiguiendo hablar con una frialdad de

la que me sentí orgullosa—. No quiero nada contigo. En cuanto a lo del sábado, búscate a otra. Yo tengo mil cosas que hacer. Buenas noches.

Me volví sobre los talones y me aparté de él. La frustración era inconfundible en mi rostro y no quería que él lo viera.

Mientras enfilaba el camino hacia el aparcamiento en el que había dejado el coche de mi madre, hubo una parte de mí que deseó que T.J. me siguiera y me dijera que no hablaba en serio, que entre nosotros había algo más que simple atracción física.

Pero él no lo hizo. Claro que no. Porque entre nosotros no había nada de eso. Nunca lo hubo.

*Zooey*

Como ese viernes era festivo, mi madre organizó una jornada de picnic con mis hermanas mayores y sus hijos, y no conseguí librarme de ese compromiso. Lo que menos me apetecía era pasarme todo un día en compañía de Jennifer y Titi, pero a mi madre le hacía ilusión y yo quería que fuera feliz, así que, de mala gana, cedí un poco de terreno y fingí una pizca de entusiasmo para no decepcionarla.

—Sois hermanas y os tenéis que llevar bien —sermoneó por enésima vez.

Estábamos preparando el almuerzo que íbamos a llevarnos, sándwiches y un par de entrantes fríos. Suspiré y seguí envolviendo la comida en papel de aluminio.

—No tenemos nada en común —alegué en mi defensa.

—¿Y qué me dices de la sangre?

—A veces me parece que Rachel y yo somos adoptadas —refunfuñé.

Amontané los sándwiches de jamón y queso los unos encima de los otros, y luego empecé a envolver los de atún y huevo.

—Ahora que lo mencionas, había una mujer sin techo que regalaba niños, y lo cierto es que vuestro padre y yo decidimos hacerle un favor y acogeros. Nunca te lo íbamos a decir, pero...

—¡Mamá! —me escandalicé, intentando frenar la pequeña sonrisa que

luchaba por asomar en mis labios.

—¿Qué? No pensabas que tu verdadera madre era alguna duquesa inglesa deshonrada por un libertino, ¿verdad?

Me reí y guardé un par de latas de refresco en la nevera portátil.

—Hombre, pues, puestos a pedir, ¿por qué no?

—Lamento decepcionarte, hija, pero me temo que tu madre soy yo.

Sonriendo, dejé lo que estaba haciendo, me acerqué a ella y la abracé.

—Y no te cambiaría ni por mil duquesas inglesas.

—¿Y si fueran asquerosamente ricas? —me propuso con mirada suspicaz.

—En tal caso, me lo pensaría con un poco más de tranquilidad —bromeé y le lancé un guiño.

Mi madre se rio, y era tan agradable escucharla reír que noté cómo se me dibujaba una enorme sonrisa en los labios. Esos eran los mejores momentos, los momentos en los que ella y yo recuperábamos la complicidad que habíamos tenido años atrás.

Mientras nos sonreíamos la una a la otra, llegaron mis hermanas y anunciaron su presencia con un sonoro pitido. Me aparté de mi madre, me colgué del hombro las bolsas de la comida y la nevera con las bebidas y salimos por la puerta de atrás, donde había dejado las mantas y las sillas preparadas con antelación.

Fuera hacía una mañana espectacular. El verano aún no se había vuelto agobiante. Como para desafiar las elevadas temperaturas, los prados, en vez de palidecer, lucían más vivos que nunca.

—Hola, Titi —saludé desde el porche—. Jen.

—Hola, Zooey.

—Hola, tú.

Mis hermanas subieron los peldaños, besaron a mamá y me dieron un beso en la mejilla a mí. Titi se llevó a mi madre y la instaló en la parte de atrás del coche de Jennifer, y después regresó para ayudarnos a cargar las mesas y las sillas. Aunque el automóvil contaba con siete plazas, no era suficiente para toda la familia, por lo que mi hermana mayor se había traído el viejo

todoterreno que mis padres le habían regalado al casarse con Tom.

—Titi, guarda tú la comida y las bebidas en mi coche, y Zooey y yo llevaremos los trastos al tuyo. El maletero es más grande.

—Vale.

Titi se llevó las dos bolsas y la nevera portátil, y Jennifer y yo empezamos a cargar las sillas, las mantas, la sombrilla y la mesa plegable.

—¿Algo más? —preguntó mi hermana con los brazos en jarras.

—No. Creo que eso es todo.

Jennifer se sacudió el polvo de la camiseta. Con esas enormes gafas de sol de color dorado se daba un aire a lo Britney Spears.

—¿Vienes conmigo o con Titi?

Me encogí de hombros.

—Me da igual.

—Pues ve con Titi. Llevo yo a mamá.

Ni ella tenía ganas de aguantarme ni yo tenía ganas de aguantarla a ella.

—De acuerdo.

Cuando llegué a su coche, vi que Titi había dejado libre el asiento delantero. Sus dos hijos, Ayleen y Tommy, estaban sentados en la parte de atrás.

—Hola, chicos —dije al montarme.

—Hola, tía Zooey —saludó el pequeño Tommy, de cinco años. Le había conocido solo dos semanas antes, un día en el que mi madre se había empeñado en hacerle una visita sorpresa a mi hermana.

Ayleen, ya con la edad del pavo, estaba demasiado ensimismada como para percatarse de mi presencia.

—Tiene novio —explicó Titi con una mueca, para justificar el comportamiento de su primogénita, que solo parecía tener ojos para el iPhone de última generación que sostenía entre las manos—. ¿Nosotras éramos así de empanadas a los quince? Hope es igual, todo el día chateando. No sé dónde acabará el mundo con los jóvenes de hoy en día.

—Creo que éramos iguales, pero sin los móviles. ¿Recuerdas a mamá gritando cada vez que llegaba la factura del teléfono fijo?

Titi soltó una carcajada, se colocó las gafas de sol y se incorporó a la autopista.

—Joder, sí que lo recuerdo. Se ponía hecha un basilisco.

—Y con razón.

—Ya te digo. Pobre mamá. Menudos trastos estábamos hechas.

Se produjo una pequeña pausa, en la que, de forma gradual, nuestras sonrisas nostálgicas fueron apagándose.

—¿Nunca pensaste en tener un hijo? —dijo Titi de pronto.

Bajé la mirada y suspiré.

—Daniel me pone los cuernos.

Me hermana volvió la cabeza hacia mí con rapidez y, aunque no le veía los ojos a través de los oscuros cristales de las gafas, sabía que sus ojos desprendían llamas.

—¡¿Será hijo de puta?! —se indignó.

—Mamá, ¿qué es una puta?

Titi le lanzó una mirada a Tommy a través del espejo.

—Pregúntaselo a tu padre, cielo. Está muy familiarizado con el concepto.

Fruncí el ceño. Cada vez había más problemas en el paraíso.

—Titi...

—Los hombres son un asco, Zooey —interrumpió ella, cambiándose de carril para adelantar a un camión. Maniobraba con una agresividad aterradora—. Todos ellos. Unos asquerosos. No valen la pena. No desperdicies tus lágrimas por un capullo.

Tuve la impresión de que Titi no se refería solo a mí.

—Es un buen consejo.

—Claro que lo es. Sé de lo que estoy hablando. Algún día, cuando menos te lo esperes, llegará un hombre maravilloso y te enamorarás perdidamente de

él.

—¿Pero resultará ser un asqueroso? —propuse con una sonrisilla.

—Exacto. Resultará ser un asqueroso como todos los demás —corroboró mi hermana—. Así que haznos un favor y no te enamores.

—Gracias, Titi. Tú sí que sabes cómo infundir ánimos.

—De nada, cielo. Para eso están las hermanas mayores.

Al poco tiempo, llegamos a la zona del picnic, a unos treinta kilómetros de nuestra casa. Era el día perfecto para realizar actividades al aire libre. El cielo que se alzaba por encima de nosotros era de un azul sin mácula, y la temperatura se mantenía bastante agradable. Si por la tarde iba a hacer demasiado calor, nos podíamos bañar en el pantano o refugiarnos en el bosque, con lo que el ardor del verano no iba a suponer un impedimento para disfrutar del día.

—A lo mejor cogemos un poco de color para la fiesta de mañana —comentó Jennifer mientras nos ayudaba a colocar las sillas—. ¿Vas a ir, Zooey?

Hice una mueca. Si no lo hubiese fastidiado, habría ido del brazo del apuesto T.J. Dadas las circunstancias, me quedaría en casa viendo *Got Talent*.

—No. No tengo pensado hacerlo.

—¿Cómo que no? —se asombró mi madre en tono chillón—. Tienes que ir, Zooey. Alguien tendrá que llevarme. No llevo bien lo de conducir. Podría marearme al volante.

—¿Por qué no vas con ellas?

Mi madre se adelantó antes de que mis hermanas pudieran decir nada.

—Porque se irán antes a ayudar a Candy. Las dos forman parte del comité de organización, ¿verdad, chicas? Yo no puedo quedarme ahí tantas horas. Me cansaría.

—Está bien. Te llevaré, luego me iré a casa y volveré a por ti un par de horas más tarde —resolví, y me aparté para extender una manta encima del césped.

Mi madre me siguió.

—De eso nada. Te quedarás ahí por si me pasa algo. Podría marearme, ¿sabes?

Me enderecé y la escruté con una mirada ceñuda.

—Mamá, ¿estás jugando la carta del cáncer conmigo para arrastrarme a esa ridícula rifa?

Mi madre sonrió con inocencia.

—Alguna ventaja debía de tener todo este rollo de estar muriéndose.

Sacudí la cabeza con desaprobación y mis hermanas se sonrieron la una a la otra.

—Ya que vas, ¿tienes vestido? —siguió indagando Jennifer cuando volví a la zona de la sombrilla—. Hay que ir de los sesenta.

—Pues no. Y paso de disfrazarme. Es ridículo e infantil.

—No digas tonterías. No puedes ir vestida de otro modo. Yo te presto ropa si no tienes nada. Tengo un vestido precioso que te iría como un guante. Y tenemos más o menos la misma altura. Yo soy un poco más ancha de caderas, pero te lo podíamos encoger. Mamá, ¿recuerdas el que me compré para el bautizo de Tommy?

Jennifer miró a nuestra madre con expresión interrogante.

—¿El del estampado floral? —se entrometió Titi.

—Ese mismo.

—Ah, es precioso —recordó mamá—. Le irá bien a Zooney.

—La veo, la veo —coincidió Titi—. Le podríamos poner una cinta ancha en el pelo. Creo que tengo una casi a juego. Así, con su pelo ondulado, la cinta y ese vestido, será la chica soltera más guapa de todo Texas.

Titi no se dio cuenta de que había metido la pata hasta advertir la arruga que nacía en el ceño de Jennifer.

—¿Soltera? —apostilló Jen.

Titi empezó a ponerse nerviosa.

—Bueno, como su marido no está aquí y...

—Daniel me pone los cuernos —resumí con los ojos en blanco, ya que era una tontería seguir manteniéndolo en secreto—, y nos estamos dando un respiro que, lo más probable, vaya a concluir en divorcio.

Titi cerró la boca y Jennifer me miró en silencio. Mi madre fingió estar estirando el mantel hawaiano, aunque ya lo habíamos hecho Jennifer y yo minutos antes.

—Lo siento —susurró Jennifer apenada.

Vino hacia mí e hizo algo sorprendente en ella: abrazarme.

—Lo siento, Zooey —volvió a decir mientras me daba palmaditas en la espalda.

Me aferré a ella y cerré los ojos. Mi hermana olía muy bien, a un perfume floral que me resultaba conocido, aunque era incapaz de recordar el nombre.

—Gracias, Jen.

Ella retrocedió y yo esboqué una breve y atormentada sonrisa.

—Pero ¿qué están haciendo esos niños? —cambió Jennifer de tema. Ponerse sentimental le duraba muy poco—. ¿Acaso piensan que vamos a hacer el picnic dentro del coche? ¡Eh, mocosos!, ¡moved el culo de una vez, que no os va a matar un poco de aire fresco! Ni que fueran vampiros, chica.

Los niños bajaron obedientes y enfilaron el camino hacia nosotras. Ayleen se sentó encima de la manta y siguió tecleando en el móvil. Tommy jugaba con la tablet. Los hijos de Jennifer, Hope, de trece años, y los gemelos Rob y Mike, de cuatro, se acercaron arrastrando los pies. Ninguno parecía demasiado entusiasmado por lo del picnic.

—Hola, chicos. ¿Cómo os va?

—¿Quién es? —le susurró Rob (o Mike) a Hope.

—La tía Zooey, estúpido.

—¿Tenemos una tía nueva?

Hope entornó los ojos azules. Era una adolescente preciosa. Se parecía muchísimo a Logan.

—Siempre la hemos tenido, idiota. Las zapatillas que llevas puestas te las regaló ella, ¿recuerdas?

—Creía que eran de Papá Noel —se defendió el niño.

—No. Eran de parte de la tía Zooey de Nueva York. A ver si aprendes a leer de una vez las etiquetas de los regalos.

Al dejar zanjada la conversación con su hermano, Hope se me acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, tía. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Le sonreí.

—Hola, bonita. Bien, ¿y tú?

De todos mis sobrinos, Hope era la más educada. Los demás habían pasado olímpicamente de mí. Los pequeños porque no me conocían, y Ayleen porque le daba igual. Era *tan* hija de Tom.

—Aburrida. Quiero coger vacaciones ya.

—Falta muy poco, ¿verdad?

—Una semana.

—¿Y tienes planes?

—Oh, sí, montones.

Todavía recordaba mis trece. También tenía montones de planes.

—Hope, pon la mesa —ordenó Jennifer.

Hope se despidió con una sonrisa y obedeció a su madre. Si todos los niños fueran como ella, entonces no me hubiera importado tener hijos.

Era problema era que... ¡estaba en pleno proceso de separación! Y la última vez que había mirado, no había demasiados pretendientes haciendo cola delante de mi puerta. Salvo T.J. Pero él solo quería acostarse conmigo por los viejos tiempos. Una idea que me seguía enfureciendo.

*

Cuando regresamos a casa, ya era de noche. Lo habíamos pasado bastante

bien, dadas las circunstancias. Mis hermanas habían sido encantadoras (supuse que para complacer a mamá) y yo también había puesto de mi parte para no crear nuevas tensiones.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó mi madre, señalando un halo de luz que parecía originarse en algún lugar de la parte trasera del jardín.

—No tengo ni idea —dije, con el ceño fruncido.

Dimos las cuatro la vuelta a la casa y frenamos en seco al descubrir la procedencia de esa luminosidad.

—Dios mío —murmuró Jen—. ¿Y esto?

Yo estaba boquiabierta, mirando hacia arriba. Todo el patio trasero estaba envuelto en una red de leds blancos, parecidos a las luces de navidad. Había visto algo similar en algún que otro ejemplar de *Casa y Jardín*. Era un modo muy pretencioso de diseñar los jardines. Se colocaba una cortina de luces brillantes para imitar el aspecto de las estrellas. Lo solían hacer lo que vivían demasiado cerca de las grandes ciudades.

—Eh, aquí hay un *post it* —señaló Titi, despegando un trozo de papel amarillo de la corteza de un nogal.

—¿Y bien? ¿Qué dice? —se impacientó Jennifer.

—Dice: *para que puedas mirar las estrellas incluso cuando esté nublado. Así nunca te sentirás sola. Con mirarlas, sabrás que hay alguien pensando en ti.* Madre mía, voy a desmayarme. ¿Quién es este tío?

—¿Ahora tampoco puedo llamar a Vera Wang?

—Ay, mamá, en serio. Déjalo estar.

—Mamá, ¿qué sabes? Suéltalo de inmediato.

Cuando Jennifer se ponía en plan mandón, era aterradora, toda ella con las manos en jarras y los ojos azules abiertos de par en par. No me extrañaba que sus hijos fueran los más obedientes del condado.

—Solo sé que T.J. sigue enamorado de ella —confesó mi madre con sonrisa maliciosa.

—Te morías por contárselo, ¿eh? —refunfuñé disgustada.

—¿T.J.?! ¿El hermano de mi cuñada? —me ignoró Jennifer, que estaba

demasiado atónita como para percatarse de mi riña con mamá.

—El mismo.

—¿El semental?! —clamó Titi, fingiendo sofocos.

—¿Semental?

Moví la mirada hacia ella y enarqué las dos cejas a modo de interrogación.

—Bueno, es una especie de donjuán local, así que...

—¿Lo ves, mamá? No es nada serio. Solo quiere follarme, de modo que no será necesario que llames a Vera Wang.

—¿Zooney, cuida esa boca!

—Claro que, por el otro lado, nunca he oído que hiciera nada semejante por ninguna mujer... —añadió Jennifer como de pasada.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! ¿Lo ves, Zooney? Contigo va en serio.

—Sí, claro. Pues que sepáis que no. Fue muy tajante cuando me dijo que quiere echarme un *kiki* por los viejos tiempos.

—¿Que quiere echarte un qué?

—¡Un polvo, mamá! Me voy a la cama. ¡Buenas noches!

Y me fui toda cabreada, haciendo batir las puertas detrás de mí como solía hacer cuando era una adolescente difícil de manejar.

*

Nada más llegar, me alegré de haber ido. Si me hubiese quedado en casa según había planeado, me habría aburrido como una ostra. Al menos ahí podía ver caras nuevas y escuchar un poco de música.

—¡Oh, hace tanto que nadie organizaba una fiesta tan bonita!

Muy a mi pesar, tuve que admitir que mi madre llevaba razón. Candy Miller sabía cómo dejar huella en la gente. La gala era más bien íntima, pero

no estaba ni mucho menos por debajo de los grandes eventos benéficos de Manhattan a los que Daniel y yo acudíamos de vez en cuando.

Había una banda de música tocando sobre un escenario de madera, las mesas redondas tenían los asientos previamente asignados y camareros de guante blanco se movían entre los invitados para que no faltara de nada. Parecía el convite de una boda real.

No vi a T.J. en ninguna parte, y empecé a temer que estuviera demasiado ocupado con alguna de sus *casi* novias. Como bien había dicho Titi, era todo un semental.

Mis ojos estudiaron involuntariamente a las mujeres más guapas de la fiesta en un intento por averiguar con cuáles se había acostado el hombre que tanto espacio ocupaba dentro de mi mente.

Sin duda, con casi todas, menos las ancianas y las niñas.

Ese pensamiento me produjo un enorme disgusto. Incluso llegué a cuestionarme si se había acostado con alguna de mis hermanas, lo cual hizo que me sulfurara todavía más. Cada vez de peor humor, agarré una copa de champán y me la tomé de un trago.

Mi madre y yo compartíamos mesa con una pareja que no hablaba de otra cosa que no fuera la nueva fábrica textil que se estaba construyendo en la ciudad.

—Parecéis muy entusiasmados por este proyecto —dije, por participar de alguna forma en la conversación, ya que ellos esperaban que lo hiciera.

—La gente de Austin no piensa en otra cosa —aseguró la mujer con una sonrisa pletórica—. Su apertura arreglará el mes a muchas familias locales que están pasando apuros económicos por la crisis del petróleo.

No había oído nada sobre ninguna crisis del petróleo en Austin, pero di por válida la explicación.

—Entonces, bienvenida sea.

Hice un brindis para dar más peso a mis palabras. Y porque empezaba a hartarme de estar ahí sentada y sabía que el alcohol me iba a poner de mejor humor. Llevaba toda la noche gruñendo como un perro rabioso.

—Yo espero poder trabajar para ellos —se entrometió el marido tras

tomar un sorbo de champán—. Ya les he enviado mi currículum. Soy ingeniero, ¿sabes?

Mi madre aprovechó la distracción para levantarse y marcharse. Qué afortunada.

—Oh, una profesión de lo más excitante —acoté con tono un poco seco.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Desplacé la mirada hacia su mujer y esgrimí una sonrisa. Si bien estaba aburrida de conversar, no podía desvelarlo con un bostezo, por lo que me obligué a ser amable y a parecer más sociable de lo que me sentía.

—Soy escritora. Guionista.

Siempre lo aclaraba porque para mí no era lo mismo.

—¡Vete a hacer puñetas! —me gritó ella.

Parpadeé desconcertada. ¿Por qué tenía que irme a hacer puñetas?

—¿En serio? —siguió diciendo, cada vez más exaltada—. Eres algo así como... ¡¿Quentin Tarantino?!

Solté una risa casi histérica. Esa mujer veía demasiado cine.

—Más quisiera. No. Solo hago pequeñas obras de teatro. Musicales y cosas por el estilo. La mayoría para institutos y teatros pequeños.

No lo comprendió, y yo no di muestras de querer explicárselo, con lo que la cosa quedó ahí. Al poco tiempo, se fueron a saludar a unos conocidos y me quedé sola. Casi que mejor. Una pareja de lo más agobiante. O puede que fuese yo, que no era capaz de relajarme de una vez. ¿Dónde estaba T.J.? ¿Por qué no había aparecido?

Registré el recinto por enésima vez. Como cabía de esperar, seguía sin aparecer.

Mamá se había ido a saludar a Jennifer y a Logan, que estaban sentados dos mesas más allá. Busqué con la mirada a Titi y Tom. Los vi en la mesa cuatro, charlando con las dos parejas que los acompañaban. De repente, empecé a mirar con mejores ojos a Candy Miller. En definitiva, había sentado a Tom lo suficientemente lejos de mí. Un punto a su favor.

Brindé por ello, sola, y bebí, también sola. ¿Dónde estaba T.J. para

recordarme que beber solo no tenía ninguna gracia? Ah, se me había olvidado: ¡No estaba ahí!

Al acabarse la cena, Titi dejó a su marido y vino a sentarse conmigo. Lancé una mirada discreta por encima del hombro y descubrí que el bueno de Tom aprovechaba la ausencia de su mujer para ponerle ojitos a una rubia con aspecto de zorrón. Su asquerosidad reforzó mi opinión de que era un tipo de la peor calaña.

—¿Y el empotrador? —preguntó Titi, escrutando los rostros masculinos de por ahí.

—Empotrándose a alguna —contesté malhumorada. Estaba apoyada en un codo y miraba aburrida hacia la pista de baile—. No nos ha honrado con su presencia esta noche.

—Qué pena. Me habría encantado veros bailar un twist.

—Ja ja. Muy graciosa, Liberty.

La llamaba por su nombre solo cuando me cabreaba con ella.

Mi hermana me obsequió con su mejor sonrisa.

Un chico al que no conocía de nada se me acercó y me invitó a bailar. Sin mejores ofertas, acepté. Fue muy amable, aunque bastante tímido. Apenas formuló palabra, y siempre que abría la boca, era para disculparse por haberme pisado el pie.

Más tarde, bailé con Logan e incluso con mamá, hasta que, ya avanzada la velada, fui a sentarme otra vez. Sin T.J. a la vista, esa fiesta no tenía ningún encanto para mí. Había fantaseado secretamente con que apareciera, me invitara a bailar y luego me arrinconara en algún escondite oscuro y me besara. Estaba claro que yo leía demasiada novela rosa. A lo mejor era hora de aficionarme al drama. O al thriller.

—Buenas noches, señoras y señores.

Nos volvimos todos hacia Candy, que, con un vestido blanco salpicado de cerezas, estaba detrás del atril y nos sonreía como solo una dama sabe hacerlo. A mí no me salían bien esas sonrisas. ¿A lo mejor porque no era una dama? Me quedé reflexionando.

—Gracias a todos por venir y por participar en la rifa. En unos momentos,

anunciaremos al ganador del magnífico viaje a Alabama.

—Un gran destino turístico —le susurré a Titi, la cual ahogó una risita.

Después de toda la parafernalia, Candy, con grandes aspavientos, anunció al ganador, un joven timorato que se deshizo en cumplidos hacia su persona. Candy estaba cada vez más exaltada, no solo por el éxito que estaba cosechando la fiesta, sino también por el éxito personal. Había que admitir que Candy Miller era una mujer muy guapa. Rubia, con unos grandes ojos azules, parecidos a los de su hermano, destacando en medio de unos rasgos delicados y casi simétricos.

—Ya sé que estáis todos encantados, pero la diversión no ha concluido aún. Todavía nos queda un as en la manga. Resulta que... —Hizo una pausa dramática y sus labios pintados de rosa se curvaron en una amplia sonrisa—. ¡Hemos rescatado una antigua traducción del viejo sur! Y antes de que os escandalicéis, quiero que recordéis que todo esto lo hacemos por las víctimas del huracán María.

Titi alzó las cejas en un gesto divertido.

—Esto promete.

—¡Haremos una puja para el siguiente baile! —anunció Candy, con las mejillas coloradas.

Me atraganté con el champán y tuve que toserlo. Titi soltó una carcajada.

—¡Jo-der! Ya te dije que prometía. Pero esto es superior a lo que yo pensaba.

Todo el mundo murmuraba por lo bajo, aunque por la complicidad de sus sonrisas, deduje que esa completa y absoluta exhibición de machismo les resultaba de lo más atrayente.

—Así que, si algún caballero desea bailar con una dama —prosiguió Candy ruborizada por el calor de los focos y por el fervor de su discurso—, ya sabéis lo que hay que hacer: ¡soltar la pasta! ¡Que empiece la diversión!

Y se desató la locura. Alguien ofreció diez dólares por bailar con Candy. Tom ofreció veinticinco por bailar con una chica a la que no reconocí (Titi rechinó los dientes cuando creía que nadie la miraba). Logan, sin mejores opciones, tuvo que ofrecer dinero para bailar con Jennifer, a la que hacía

mucha ilusión que licitaran por ella. Un señor mayor pujó para bailar con mi madre. Todos parecían pasárselo de maravilla con esas prácticas tan anticuadas y tan ofensivas para la mujer.

—Doscientos dólares por bailar con Zooney Thorne.

Mi corazón se detuvo en seco. Todo el mundo guardó silencio y varias cabezas se volvieron hacia mí. Nadie había ofrecido más de cincuenta y siete dólares (por Jennifer, que estaba muy cotizada esa noche).

—¡Madre mía, el empotrador! Qué emocionante. Es tu señor Butler.

Titi, después de darme un codazo, cogió mi servilleta y empezó a abanicarse con movimientos exagerados.

—Yo no estoy en el menú —anuncié en voz alta.

Las cabezas se movían de derecha a izquierda. La gente no quería perderse ni una palabra. Era el escándalo de la temporada.

—Seguro que puedes hacer una excepción por las víctimas del huracán —repuso T.J. con una media sonrisa socarrona.

La pelota había sido devuelta a mi campo. Estupendo.

Como todo el mundo me miraba y murmuraban por lo bajo (y yo no quería ser, aparte de la zorra que le había partido el corazón al buenazo de T.J., también la zorra que negaba un techo a las víctimas del huracán), me puse en pie y no me quedó más remedio que aceptar esa insultante proposición.

Los invitados me aplaudieron entusiasmados al ver que me acercaba a T.J. para bailar con él. *En definitiva, es por una buena causa*, me consolé mientras me debatía por mantener a raya mi lado feminista, que estaba escandalizado por tal invitación, y mis hormonas, tremendamente agitadas por la mera idea de bailar con T.J., que esa noche era la viva personificación de la masculinidad. Llevaba un traje negro que apenas podía abarcar la anchura de su espalda y una camisa blanca que suavizaba la rugosidad de sus facciones y desviaba la atención hacia los impresionantes ojos azules, que ardían endemoniados por debajo de la mata de pelo rubio.

—*Milady*. ¿Preparada para dar vueltas y más vueltas entre mis varoniles brazos?

Le habría dado una bofetada para borrar de su rostro esa irritante

expresión de sorna, pero sabía que era tan buen tío que no se lo merecía. Seguro que lo hacía solo por los damnificados.

—Bailaré contigo. Pero que sepas que me parece retrógrado lo que acabas de hacer —advertí. Él, inmune a mis palabras, cogió mis brazos y los colocó alrededor de su cuello—. ¿Y de qué va eso de ofrecer tanto dinero? ¿Te gusta alardear?

Su sonrisa socarrona fue cambiando poco a poco de tono, se volvió cada vez más suave, más anhelante. Sus ojos se pasearon por mi rostro como si estuvieran absorbiendo las facciones una a una. Sus pupilas resplandecían de deseo, y el modo en el que me analizaron me recordó al toque de una caricia lenta y cargada de electricidad. Tuve la molesta sensación de que saltaban chispas ahí donde sus ojos me apuntaban.

—Ningún precio es lo bastante alto para bailar contigo —declaró con aire serio—. Estás preciosa esta noche.

—¿Esta noche?

Su nuez se movió al tragar saliva. Parecía un poco turbado, no exhibía el mismo talante confiado de siempre. Era como si vacilara, como si le inquietara algo que ni él mismo sabía definir.

—Y siempre —susurró, atreviéndose a mirarme de lleno a los ojos.

Sonaba una canción lenta, uno de los grandes éxitos de los sesenta. Él cogió mi mano y la apretó contra su pecho, por encima del corazón que latía con tanta rapidez como el mío propio.

—Siento si te he hecho sentir incómoda. Lo único que quería era bailar contigo, y dada nuestra despedida del otro día, no sabía si ibas a querer dirigirme la palabra.

—¿Cómo podría no hacerlo? Somos amigos, ¿no?

—Eso espero. Me gusta ser tu amigo.

—A mí también. Me encantó lo de las luces —dije, cerca de su oído—. Fue... conmovedor. Gracias por hacerlo.

—Solo quería que supieras que no estás sola.

Entrecerré los ojos y me abracé a su espalda. Olía tan bien y me sentía yo

tan protegida entre sus brazos que no quería que ese baile acabara nunca.

—Ahora lo sabré todas las noches —musité para mí.

Sus labios sonrieron contra mi pelo.

—Eso espero. Y dime, ¿pensarás en mí?

Retrocedí un poco y mis ojos buscaron ansiosos a los suyos.

—Siempre pienso en ti —confesé en un susurro.

Él hizo un amago de sonrisa, inclinó el rostro sin afeitarse sobre el mío y me dio un beso en la punta de la nariz.

Estaba abrumada. T.J. tenía momentos en los que me irritaba, pero estaba claro que eso solo sucedía porque conseguía ponerme celosa, como me había sucedido la otra noche en el bar al enterarme de que estaba teniendo una cita con otra mujer. Eso me molestó muchísimo porque, pese a que yo no dejaba de repetirme lo contrario, una parte de mí no quería una aventurilla con él. Quería más. Mucho más. Quería... Bueno, quería que él siguiera enamorado de mí después de todos esos años, porque yo...

Cerré los ojos y detuve ese pensamiento. Yo, ¿qué? ¿Estaba yo enamorada de él?

Como me negaba a adentrarme en esa idea, cerré los párpados con fuerza y seguí girando y girando, pegada a su pecho y sin apenas ser consciente del mundo que había más allá de nosotros. Tenía la impresión de que mis pies ni siquiera tocaban el suelo. Mi cuerpo era suave comparado con la masculina aspereza de T.J. Sentí fragilidad y, a la vez, la certeza de que todo iba a marchar bien siempre y cuando le tuviera a él a mi lado.

Mi mano derecha encajada en la suya, nuestros dedos entrelazados, su mejilla apoyada contra la mía, el latido de nuestros corazones...

Todo era perfecto.

Él suspiró despacio, y entonces lo supe. No solo lo supe, sino que me admití por fin la verdad: me había enamorado de él. No era capaz de identificar el momento exacto en el que había sucedido, ni el porqué, ni cómo. Lo único que sabía era que había sido inevitable.

Y aplastante.

Y sin remedio.

Estaba enamorada de él porque era tierno y cariñoso. Era divertido, despreocupado y burlón, y esa actitud tan desenfadada con la que afrontaba la vida me encantaba, sobre todo porque yo era lo contrario a él, era pragmática y algo aburrida y el contraste fuego-hielo me hacía perder la cabeza. Le amaba por su generosidad, por su sonrisa, insolente y perezosa, por su forma de mirarme, siempre con el asombro de aquel que ve algo por primera vez.

Estaba enamorada de él porque era el único hombre del que me tenía que haber enamorado. Él era el firme hombro en el que sabía que podía apoyarme. Cerca de él, yo misma me convertía en alguien diferente, y me gustaba esa nueva persona, me gustaba la Zooey en la que él me transformaba.

¡Oh, estaba terriblemente enamorada de él!, y ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que estaba cayendo, ni de la rapidez de la caída, hasta que ya fue demasiado tarde.

Supongo que empezó tan despacio como un soplo de aire, la suave brisa que le pone fin al letargo del invierno. Poco a poco, se coló a través de mí, con suavidad, sin apenas percatarme yo de su presencia, quizá dando por hecho que esa inquietud en el estómago cada vez que le veía era algo que siempre había estado ahí. Fue lento y tenaz. Con cada gesto, se abrió paso entre mis pensamientos y ahondó centímetro a centímetro, ganando cada vez más y más terreno dentro de mi corazón.

Antes de que me diera cuenta, estaba enamorada, perdida en medio de una especie de tormenta de verano donde la pasión era tan intensa, eléctrica, violenta y puede que incluso peligrosa, que me impedía ver más allá de mis propias narices. Le deseaba con tantas fuerzas que me asustaba. No estaba acostumbrada a algo tan profundo, unos sentimientos tan obstinados y poderosos.

Cuando me enamoré de Daniel, fue inmediato. Empezó tan rápido como los chaparrones de julio. En una sola mañana, ya estaba irremediablemente rendida a sus pies.

Con T.J., en cambio, había sido lento, persistente, esa clase de amores maduros y profundos que se te meten hasta el tuétano, tan grabados que es casi imposible superarlos.

Y eso era lo que más me amedrentaba, porque sabía que el sentimiento no

era mutuo. Para él, yo era el chaparrón. Para mí, él era la lenta llovizna que te cala hasta los huesos.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo? —me susurró al oído.

Afirmé con una sonrisa tensa y fugaz.

—Claro.

La otra alternativa era quedarme en la fiesta y aguantar las miradas de todo el mundo. Seguro que la gente se estaba preguntando qué tenía yo de especial para que alguien como él pagara ese dinerito por bailar conmigo. Yo misma me lo habría preguntado de no haber sabido lo generoso que era T.J. y lo mucho que se preocupaba por los demás.

—Le diré a Logan que se lleve el coche de tu madre. Te llevaré luego a casa.

No consideré la idea de preguntárselo a mi madre. Estaba convencida de que le parecería bien. A fin de cuentas, me había arrastrado a esa fiesta solo para eso.

—De acuerdo.

T.J. me dejó con un beso en la mejilla, fue a buscar a Logan y regresó al cabo de unos minutos.

—Vamos —me instó con una sonrisa.

Me sacó a la calle y me llevó hasta su coche cogida de la mano. Ahí me soltó, me pegó contra la puerta del copiloto e, incapaz de seguir guardando la compostura, se acercó a mí y me besó con tanta avidez que me dejó demudada.

Sus manos, que se arrastraban despacio por mis costados, avivaron el suplicio que llevaba casi dos meses abrasándome las entrañas. ¿Por qué era ahora la primera vez que me daba cuenta de que él se había colado en cada uno de mis pensamientos durante todo ese tiempo? ¿Acaso había estado ciega? ¿Había estado tan empeñada, tan cerrada al amor, que no había sabido reconocer lo que sentía?

—Zoey, te deseo. Te deseo mucho —me dijo al oído, con la voz convertida en un susurro aterciopelado.

Había una expresión tan hambrienta en su rostro que, durante unos

momentos, perdí cualquier capacidad de razonar. Nuestros labios se juntaron de nuevo, solo que esta vez me besó de un modo mucho más lento, como si hubiese deseado saborearlo mejor de lo que lo había hecho la primera vez.

Mientras su lengua acariciaba despacio la mía, colocó una mano encima de mi pecho y paseó el pulgar por el pezón duro de deseo. Sonrió al verme gemir, y sus labios bajaron por la curva de mi mandíbula, arrastrándose ardientes a lo largo de esas pequeñas venas azules que traslucían bajo la palidez de mi piel.

—Ven conmigo —suplicó—. Solo esta noche.

Cerré los ojos y me aferré a su espalda, a los recios músculos que se tensaron por debajo de su camisa de vestir. Quería irme con él, por supuesto que lo deseaba, pero me intimidaba su más que evidente experiencia sexual. Yo había tenido una sola relación en mi vida, y había sido con Daniel. ¿Y si no estaba a la altura?

Mis hermanas lo llamaban donjuán, semental y empotrador. ¿Y si quedaba decepcionado? A lo mejor yo era pésima en la cama y por eso me habían puesto los cuernos. ¿A quién iba a pedirle una segunda opinión?

—Zooney, ¿qué me dices?

Las ideas se amontonaban en mi cabeza como hojas de otoño removidas por un agresivo torbellino de aire.

—Bueno, yo...

Al encontrarme con la intensidad de su mirada, la excusa que tenía pensado poner dejó de tener sentido y, en vez de eso, dije:

—Vale. Sí.

Mi contestación le pilló por sorpresa. Creo que se había hecho a la idea de una negativa.

—¿Sí? —Me mostró su sonrisa tímida, una de esas sonrisas tuyas que me derretían—. ¿En serio?

Solté un suspiro largo.

—Sí.

Estaba perdida. O jodida. O ambas.

Me estudió como si le costara asimilarlo, y luego me atrapó otra vez bajo

la presión de su cuerpo.

Cogió mi rostro entre las manos encallecidas y me dio un beso, firme e insistente. Empecé a temblar de deseo, y supe entonces que ya no había vuelta atrás.



Zooey

Recordaba la propiedad de la vez pasada, aunque si hubiese tenido que ir sola, probablemente me habría perdido entre tanta maleza y caminos sin asfaltar. Ese hombre era un auténtico ermitaño. No había ni un solo vecino en un radio de más de veinte kilómetros.

Un mastín vino a nuestro encuentro nada más ver las luces de los faros.

—¿No te agobia vivir aquí solo? —pregunté cuando bajamos del coche.

—*¡Donna Dee!* —le gritó al animal que, en cuanto me vio entrar dentro de la parcela, me saltó encima con aire juguetón—. ¿Qué te dije de atosigar a las damas? —La perra bajó las patas con aire sumiso y él se tornó de cara a mí—. ¿Agobiarme? Al contrario. No soporto la compañía. Cuanto más conozco al ser humano, más amo a mi perra.

Muy alentador.

Donna Dee se me volvió a acercar y era tan bonita que no pude evitar agacharme a su lado y rascarla entre las orejas. T.J. nos miró desde arriba, sin esbozar ningún gesto.

—Lo siento. Le gustan las chicas.

Le sonreí.

—Es muy cariñosa.

—Tanto que cualquiera podría entrar a robar. La recogí de la calle, por eso está tan acostumbrada a las personas.

—Ya veo. Así que eras una niña huérfana, ¿eh, *Donna Dee*?

La perra acercó el hocico a mi cara y me dio un lametón. Torcí el gesto.

—Puf. ¿Pero qué te dan de comer, chica?

T.J. se rio y abrió la puerta. Echó a un lado la mosquitera y esperó a que yo entrara primero. Me enderecé, me despedí de la perra y entré.

El interior era justo lo que cabía esperar de la casa de un hombre soltero. Austero. Práctico. Sin nada de artificios o adornos. Era sorprendentemente limpio y ordenado. Eso último decía mucho a su favor.

Colgó las llaves al lado de la puerta y encendió una vieja radio. Sonreí al reconocer los acordes de la canción.

—¿*House of the rising sun*?

—Nací en la vieja Luisiana, cariño.

—Y eres sureño incluso para la música.

Se rio y se quitó las botas.

—Mi padre, que en paz descanse, era de Nueva Orleans. Nos mudamos a Texas cuando yo tenía ocho años. Se quedó sin trabajo y tuvimos que dejar nuestra casa cuando le salió algo en la plataforma.

—Tuvo que ser difícil.

—Ya lo creo que lo fue. En el colegio se metían conmigo por mi forma de hablar. Tuve que aprender a pronunciar las palabras como los tejanos.

—Y ahora nadie sospecharía que no has nacido aquí.

—Hmmm. Creo que tengo un poco de whisky en alguna parte. ¿Quieres tomar algo? Te veo un poco pálida.

—No, no es nada. Es que yo... Bueno, ¿por qué no?

Tratando de disimular la sonrisa que llevaba un rato agazapada en sus labios, T.J. abrió la puerta de un armario colgado encima del fregadero y retiró una botella de alcohol. Cogió de vasos de fondo doble y me indicó el sofá, en el que me senté sin esperar a que me lo dijera dos veces. Me

temblaban las rodillas.

—No tienes cabezas de ciervos colgadas por ahí —comenté, estudiándolo mientras vertía dos dedos de líquido ámbar en cada vaso.

Una sonrisa torcida le arrugó el rostro. Dejó la botella encima de la mesa y me apuntó con sus desconcertantes ojos azules, que erraron por mi cara durante un buen rato, antes de que él me contestara.

—No soy cazador. No me gusta matar porque sí.

—Pero pescas.

—Y luego devuelvo al pez al agua.

—Muy noble.

Vino hacia mí y me puso el vaso en la mano. Sus ojos retuvieron a los míos con perturbadora insistencia.

—Así es. Salud.

—Salud. ¡Joder! —exclamé, después de tomar un trago que me abrasó todo el esófago.

T.J. me quitó el vaso de la mano y lo dejó encima de la mesa. No se movió en cuestión de siete segundos, en los que yo, tensa bajo la inflexibilidad de sus ojos, intentaba luchar contra mis emociones contradictorias. No sabía muy bien qué había ido a buscar a su casa.

—Zooney —llamó mi atención.

Su voz no delataba nada, y, sin embargo, sonó tan suave como el terciopelo. Mis ojos se alzaron y se encontraron con los suyos.

Como movido por un impulso, me cogió la nuca con una mano, echó mi cabeza hacia atrás y puso sus labios encima de los míos, presionando hasta que los separé para él. Su lengua, inquisitiva y caliente, arremetió contra mi boca, aún dormida a causa del alcohol, y rozó la mía. Me pilló tan por sorpresa que necesité unos segundos para reaccionar.

Sin embargo, mi torpeza no tardó demasiado en trocarse en ansiedad. Mi mente empezó a tambalearse. El beso se volvió arrollador. Sentía que él me lo estaba arrancando todo sin más instrumento que la presión de sus labios. Los miedos, las dudas, el sentido común. Abandonaron mi mente poco a poco.

El agarre de su mano en mi nuca se volvía más duro a medida que la respiración se me aceleraba y se tornaba cada vez más y más pesada. Empecé a sospechar que hasta entonces no había sentido ni una milésima de la pasión que él había despertado en mí con ese beso. La pasión joven es rápida, casi superficial. La madura, en cambio, te agarra desde muy dentro, como un intenso dolor que te sacude hasta los cimientos.

—Quiero que bailes conmigo otra vez —me susurró, provocándome la boca con la punta de su lengua.

Estaba abrumada. Hacía años que nadie me seducía de ese modo.

Me puse en pie y T.J. me cogió por la muñeca y me atrajo a sus brazos. Sonaba una vieja canción sureña, un tema espiritual de comienzos del siglo pasado.

—Uno de los mejores sonidos de Luisiana —señaló con orgullo sureño.

Puse los ojos en blanco.

—Cómo no.

Se rio y me envolvió en un abrazo. Hundió el rostro en mi pelo y me mantuvo pegada a él durante al menos otras tres canciones. Su cuerpo, cálido y musculoso, despertaba en mí una extraña sensación de seguridad. Por algún motivo que eludía mi comprensión, él anesthesiaba todo mi dolor.

Me moría por poner los labios encima de los suyos. Cuanto más tiempo trascurría, más lo deseaba yo, con una intensidad que no me era en absoluto familiar, un deseo casi paroxístico. El aire debía de arrastrar algo primitivo esa noche, algo que me volvía impaciente y codiciosa. No sabía si era la música la que lo estaba provocando, el whisky, su casa en mitad de la nada, o esa apabullante masculinidad que desprendía él. Supongo que el conjunto entero me estaba alterando.

—Ahora voy a quitarte la ropa porque necesito verte en todo tu esplendor —me dijo al oído.

Lenta, profunda, ineludible, la necesidad de sentirle se estaba filtrando por mis venas. ¿Así era como seducía a todas las mujeres? Más que un empotrador, era la viva reencarnación de Giacomo Casanova.

—Hazlo —accedí, con una voz que no parecía la mía.

Él ocultó la sonrisa en mi pelo. Me dio un beso en la frente, antes de soltarme y apartarse de mí. Se colocó a mis espaldas y me bajó despacio la cremallera del vestido. Las yemas de sus dedos se arrastraron por mi clavícula, llevándose con ellas los finos tirantes negros. Su erección presionó contra mi trasero, liberando una desconocida energía eléctrica que impactó contra mi débil cuerpo.

Mi respiración se quebró cuando su boca fue a buscar mi piel. Oía mi propio pulso, latiendo con furia por debajo de sus labios. No me rozó siquiera, se limitó a inhalarme, a volverme loca con la caricia de su aliento, que brotaba áspero y dificultoso a través de sus labios entreabiertos.

Como si no tuviera ninguna prisa, siguió desnudándome con una lentitud desesperante. Sus manos descendieron por mi cuerpo, muy despacio. Pasaron por encima de mis pechos y arrastraron el vestido hasta mi cintura.

—¿Puedo? —preguntó, llevando las dos manos a la cinta que me sujetaba el cabello hacia atrás.

Más que verlo, tuvo que sentir mi ligero asentimiento. Me quitó las cuatro horquillas que me había colocado mi hermana Titi antes de salir de casa y las dejó caer al suelo. Retiró la cinta con cuidado y liberó los oscuros mechones, que aterrizaron encima de mi rostro. Hundió los dedos en ellos y los acarició absorto, mientras yo me estiraba encima de su pecho como un gato en busca de mimos.

—Hueles muy bien —murmuró, acariciando con los labios la fina piel de debajo de mi oreja.

Me estremecí y moví el cuello hacia un lado para permitirle un mejor acceso. Noté sus labios moviéndose contra mi piel. Estaba sonriendo.

Sus manos se aferraron a mis pechos desde atrás y sus pulgares pasaron por encima de los pezones, provocando, encendiendo.

—Me gusta que no lleves sujetador.

—No lo consideraré necesario.

Sentí sus labios curvándose otra vez.

Llevó las palmas a mi cintura y siguió bajándome el vestido hasta que este cayó al suelo. Solo me quedaban las braguitas de encaje y las sandalias

plateadas. Me besó detrás de la oreja y metió los dedos por dentro de mi ropa interior, pasando un brazo por mi abdomen para mantenerme pegada a su pecho.

—Sabía que estarías mojada —murmuró, dominándome con el tamaño de su cuerpo.

Pasó el pulgar por encima del montículo que tanto reclamaba su atención y soltó una especie de resuello en mi oído. Tensa, empecé a respirar por la boca cuando su erección presionó de nuevo contra mi trasero.

Su dedo trazó pequeños círculos, caricias tan eléctricas que vibraron por todo mi cuerpo. La espera se estaba prolongando demasiado. No recordaba haber deseado nunca algo con tantas fuerzas.

—Eras la chica más preciosa de todo el baile, por eso pujé por ti.

Sonreí y moví las caderas contra su mano.

—Lo que pasa es que eres un anticuado.

—Pero solo en algunos aspectos —resolló en mi oreja.

Se me entrecerraron los párpados. Ese hombre me enloquecía. Iba tan despacio que no soportaba más la espera. Nunca me había sentido tan seducida por un hombre, tan ávida de sus caricias, de sus besos, de sentirle dentro de mí.

Sus pulgares se aferraron a la tela de mis bragas y empezaron a deslizarse hacia abajo. Cuando llegó a mis tobillos, moví las piernas y me alejé del montón de ropa que yacía en el suelo.

T.J. se enderezó, se aferró a mis caderas y arrastró las palmas por mis muslos, arriba y abajo. No le veía el rostro, pero sentía que miraba mi cuerpo como si estuviese venerándolo. Absorto. Fascinado. Entregado a eso. Me imaginé su expresión carnal y volví a sentir un escalofrío.

—Llevo toda la noche observándote —murmuró—. Pensando en cómo sería hacerte el amor.

—¿En serio? —susurré, con la voz un poco temblorosa.

—Mm-hm. Te vi bailar, me fijé en estas preciosas caderas, vi cómo te movías, y decidí que tenía que hacerte el amor cuanto antes.

Impaciente, me volvió entre sus brazos y su boca se precipitó sobre la mía. Me besó con fuerza, sus manos apresando mis nalgas para mantenerme pegada a él. El calor de su rugosa masculinidad me estaba derritiendo el vientre.

Sin desunir nuestros labios, busqué el primer botón de su camisa y lo desabroché.

—Zooney, nena, quiero estar dentro de ti... —murmuró suplicante, y su boca se arrastró a lo largo de mi mandíbula.

Se me contrajo el estómago. Me di prisa en desabrocharle todos los botones y eché la tela hacia ambos lados, dejando entrever su vientre, plano e igual de bronceado que el resto de su cuerpo. Una fina línea de vello oscuro discurría hasta un poco más abajo de la cintura de sus pantalones de vestir, y mi imaginación se volvió loca.

T.J. me cogió la mano y la colocó encima de la bragueta de sus pantalones. Estaba tan increíblemente duro que ahogué un sonido de sorpresa. Las comisuras de sus labios se alzaron en la leve insinuación de una sonrisa. Aun invadida por una repentina oleada de timidez, resistí el impulso de echarme atrás y le enfoqué el labio inferior, que era ligeramente más grande que el de arriba.

Sin apartar los ojos de su boca, le desabroché el botón, bajé despacio la cremallera y dejé que él mismo se quitara los pantalones y los bóxers. Mis ojos bajaron inevitablemente para estudiar su cuerpo desnudo. Su abdomen era firme, bien trabajado, y en medio se erguía una poderosa erección que me dejó con la garganta seca. Me ruboricé y deseé con todas mis fuerzas no acabar haciendo el ridículo.

T.J. pasó el brazo por la parte baja de mi espalda y me atrajo hacia su pecho. Nuestros pechos desnudos se estaban rozando, y notaba el suyo mucho más caliente que el mío. Mis labios acabaron a escasos centímetros de distancia de su boca, las agitadas respiraciones fundiéndose en un febril abrazo. Busqué sus ojos, ese azul oscurecido por el deseo, que ardían desde las profundidades de un rostro desencajado por la pasión.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —musitó, con una sonrisa un tanto agónica—. Tengo la impresión de que eres demasiado para mí.

Cogí su rostro entre las palmas y mis ojos se hundieron en los suyos hasta traspasar todas las barreras.

—Eso no es cierto. Yo tengo la impresión de que soy muy poca cosa para ti.

Sacudió la cabeza despacio para rechazar esa idea.

—No, cariño. Tú eres perfecta. Eres lista. Y sexy. Y divertida. Yo soy un palurdo de pueblo.

No pude contener la sonrisa, y T.J. acabó riéndose por su propio chiste.

—Quiero hacerte el amor, Zooey, y quiero que sea especial. Quiero que sea... en mi cama.

Fruncí el ceño. Esperaba algo más... fuera de lo común.

—¿Qué tiene eso de especial?

Sonrió un poco, una de esas perezosas sonrisas que tanto me enloquecían.

—Nunca lo hago en mi cama. Por eso compré un sofá tan grande.

Me sentí halagada. A lo mejor él también estaba enamorado de mí. Dios sabía que yo lo estaba de él.

—Comprendo.

T.J., aferrando mi rostro entre sus largos y fuertes dedos, me besó despacio. Si bien sus labios apenas se movían encima de los míos, la emoción de lo que sentí fue tan grande que noté todo mi cuerpo arquearse contra el suyo, acoplándose como si nunca hubiese pertenecido a otro lugar.

Mientras me besaba, me hizo retroceder hasta que entramos en un segundo habitáculo, donde aterricé encima de un mullido colchón. Su cama. Iba a ser la primera mujer a la que él metería en su cama.

Me recorrió una oleada de orgullo femenino. A lo mejor era una tontería, pero a mí me parecía muy importante. Era un paso grande para él, y lo estaba dando conmigo. Me emocioné.

—Estás preciosa en mi cama —me susurró.

—Pero faltas tú.

La comisura derecha de su boca se alzó, solo un ápice. Con los ojos encajados en los suyos, lo cogí por la nuca y tiré de él hacia abajo. Me siguió, apoyando los antebrazos, duros y de tendones marcados, en el colchón. Sus

codos estaban a ambos lados de mi cabeza. Sus labios, muy cerca de los míos. Sus manos podían haberme aplastado el cráneo sin demasiado esfuerzo. Me pregunté si también eran capaces de acariciar con ternura. La chispa de deseo que prendía sus ojos aseguraba que sí lo eran.

—Me alegro mucho de que tropezaras conmigo ese día.

Lo miré con expresión seria.

—Y yo —musité, dejando que me acariciara absorto el labio inferior.

T.J. me separó las piernas con su rodilla y sus ojos planearon sobre mí como una lenta caricia. Erraron por mi rostro, anhelantes, brillantes, se fijaron en mis labios, humedecidos y preparados para recibir a los suyos, y mi cuerpo, desnudo y expuesto, alterado por culpa de su presencia. Sonrió un poco, se inclinó y me besó despacio, tan despacio que me derretía de deseo por debajo de la presión de su pecho.

Cuando se desunieron nuestras bocas, retrocedió un poco y buscó mis ojos a través de la semi oscuridad.

—Voy a hacerte el amor —me dijo, relamiéndose los labios como si aún estuviera saboreando el beso anterior.

—Vale...

Se mordió el labio para retener la sonrisa.

—Sí, lo haremos. Tú y yo.

T.J. cogió mis dos manos, me las elevó por encima de la cabeza e hizo que se juntaran nuestros dedos. Con una mirada de pasión consumiendo su mirada, inclinó de nuevo el rostro sobre el mío y me dio un beso muy suave. Me dibujó el labio inferior con la lengua, luego tiró de él y lo succionó despacio. Sentía su erección colgando entre mis piernas, pero él no parecía tener prisas por entrar.

Me besó durante mucho tiempo, me adoró con los labios. El arco de mi boca, la mandíbula, la clavícula, los pechos, el vientre, el centro de mi feminidad... Sus labios estaban en todos lados, hábiles y abrasadores como fuego que se filtraba a través de mis venas.

Cogió un pecho con la mano, consciente de que sus caricias, en vez de calmar, no hacían más que alimentar el hambre en mí.

—Llevo toda la noche deseando llevármelo a la boca. Cuando bailé contigo, noté tus pezones contra mi pecho, y desde entonces soy incapaz de sacármelos de la cabeza. Me los he estado imaginando, qué tamaño tendrían, si serían como las frambuesas salvajes o un poco más pequeños... Pero esto es mucho mejor de lo que había imaginado. Esto es... perfecto.

Lo levantó un poco y se lo llevó a la boca, paseando delicadamente la lengua alrededor del pezón. Me arqueé hacia arriba, cerré los ojos y tomé una profunda inhalación. Mi piel estaba ansiosa por sentir la humedad de sus caricias, y él lo sabía.

Provocó el pezón con la punta de su lengua hasta que no pude soportarlo más y lo empujé dentro de su boca. Sonrió, antes de rodearlo entre los labios y succionarlo despacio.

Avanzó hacia arriba, el hueco de la clavícula, el lateral del cuello, mi mandíbula, hasta que sentí sus labios tocando suavemente los míos. Los separé para recibirlo, pero no me besó. Se enderezó y tocó mi boca con el pulgar mientras me contemplaba desde arriba con expresión absorta.

—Voy a entrar —musitó y me apartó el cabello para darme un beso en el hombro.

Extendió el brazo, abrió el cajón de la mesilla y retiró un preservativo. ¡Por supuesto que guardaba uno a mano!

Intentando que ese pensamiento no me afectara demasiado, levanté un poco las caderas. Su miembro golpeó y se frotó contra mi sexo como si quisiera entrar. Sin embargo, se contuvo, lo cogió con la mano y me acarició usándose de él, hasta que sentí el orgasmo agarrándome desde muy dentro. Él también lo debió de sentir, pues sonrió, se puso el condón con destreza y entró de golpe.

Correrme fue tan inevitable que por mucho que intenté reprimir el placer, no fui capaz de lograrlo. Mi cuerpo temblaba febril, y todo mi ser se sacudió con él. T.J. se detuvo, con los labios encima de los míos, y se movió muy despacio, para que los dos pudiésemos saborear ese orgasmo tan repentino. Me besó el rostro, la sien, la frente; me susurró lo sexy que era cuando me corría.

Esperó a que remitieran los espasmos, antes de empezar a moverse de verdad, embistes tan profundos que se me encogieron los dedos de los pies.

Sin poseer nada de control sobre mi propio cuerpo, levanté las caderas y me moví contra él. Quería corresponderle con el mismo placer, aunque no estaba muy segura de saber cómo hacerlo.

—Así, nena, sí. Oh, Dios, ¿lo notas?

Bueno, quizá sí que lo estaba haciendo bien.

Miré su rostro desencajado por la pasión y sonreí. T.J., con respiración rápida, me incorporó, me sentó a horcajadas encima de él y, agarrándome con las dos manos por las caderas, empezó a mecarme en su regazo. Le rodeé el cuello con los brazos y eché la cabeza hacia atrás. Entonces, noté que él disminuía el ritmo.

Unos segundos después, sus labios recorrían ardientes la columna de mi cuello.

—Quiero que vuelvas a correrte —me susurró con voz rota.

—Si sigues moviéndote así...

Sonrió y giró las caderas más despacio.

—Puedo moverme incluso mejor, si me lo propongo.

No lo puse en tela de juicio. Cerré los ojos, pero él pasó el pulgar por mi labio inferior y me pidió que lo mirara.

—Mírame, Zooey. No quiero que cierres tus preciosos ojitos. Quiero que me mires cada vez que golpeo bien dentro de ti.

No aparté los ojos de los suyos, y a medida que él se empujaba dentro, notaba cada vez más presión en el vientre. Sabía que estaba a punto de estallar, y sabía que esta vez sería incluso más intenso de lo que había sido la primera vez.

T.J. cambió de nuevo de postura, me hizo tumbarme en el colchón, de lado, y se colocó a mis espaldas. Su boca, húmeda e hinchada de tanto besarme, se aferró a mi hombro. Lo mordisqueó y lo besó suavemente, lo lamió, y sus manos me sujetaron por las caderas y me movieron contra él.

Me dijo que faltaba poco y que nos correríamos juntos, y otra oleada de excitación retorció mi cuerpo ante la promesa que había en sus palabras. Notaba su pecho ardiendo contra mi espalda, despertando en mí un sentimiento

de pertenencia que resultaba nuevo y, aun así, familiar. Su respiración, cada vez más acelerada, golpeaba en mi oreja. Estaba cada vez más cerca de caer.

Sus largos dedos me acariciaron las nalgas y luego se deslizaron entre mis piernas.

—T.J.... —gemí, echando la cabeza hacia atrás. Me sentía febril, abandonada. Estaba en sus manos.

Me agarró la barbilla, me giró el rostro hacia el suyo y me metió la lengua dentro. Sus dedos volvieron a bajar por mi abdomen y trazaron círculos sobre mi sexo, vibrante y preparado para volver a estallar.

—Qué húmeda estás...

Me cogió el clítoris entre el dedo pulgar y el índice y lo pellizcó un poco.

—Voy a...

—Dilo, nena. Dime lo que vas a hacer.

—Voy a... correrme —apenas me atreví a susurrar.

—Hmmm, y yo también.

Empezó a disminuir el ritmo, a mover las caderas cada vez más despacio, su pulgar dibujó trazas cada vez más superficiales encima de mi sexo, y ya no pude aguantarme más y me dejé llevar de una forma tan escandalosa que se me ruborizaron incluso las mejillas.

Él volvió a susurrarme lo sexy que le parecía cuando perdía las inhibiciones, y luego me siguió. Se sacudió dentro de mí, soltó un improperio y cerró los ojos. Estaba sin aliento, y pequeñas gotas de sudor poblaban su frente. Había un músculo latiendo en su mandíbula, apretada y húmeda por el sudor.

*

T.J. y yo nos dejamos caer hacia atrás en el colchón, los dos agotados. Sonreí cuando se aferró a mis dedos y los estrechó. Me gustaba que me cogiera de la mano después. Estaba acostumbrada a alguien que se daba la

vuelta y se dormía, o se levantaba y ponía la tele. Hacía años que nadie me cogía de la mano después de hacerlo, y era agradable. Romántico.

—Se me hace raro tener a alguien en la cama. Siempre duermo solo.

—¿En serio?

—Sí.

Se produjo una pausa incómoda. ¿Qué intentaba decirme?

—Quieres... ¿que me vaya?

—No. Quiero que te quedes.

Sonreí en la oscuridad. *Quería* que me quedara.

Pasó mucho rato hasta que volvimos a hablar.

—¿Cómo estás? —preguntó por fin.

Sabía que no se refería a cómo estaba después de acostarme con él, sino a todo lo demás, a cómo llevaba lo de mi madre, el dolor, la presión, la tristeza, la idea de perderla.

—Lo mejor que puede estar alguien en estas circunstancias —comenté con voz cansada.

Sus dedos volvieron a oprimir los míos.

—Intento... aceptarlo —proseguí—. Pero es duro. Muy duro.

—Lo sé.

Nos volvimos a callar, y él suspiró.

—¿Y tu marido? —dijo en un impulso—. Supongo que eso también influye en tu estado de ánimo. Es demasiado pronto para haberlo superado.

Se me hizo raro hablar de Daniel después de lo que acabamos de hacer.

—Me llama de vez en cuando —expliqué, sin saber muy bien por qué se lo estaba contando.

—¿Ah, sí?

Me pareció que sonaba molesto, pero no pude verle el rostro. La cabaña estaba a oscuras. La luna se debía de haber ocultado detrás de las nubes,

porque ya no había penumbra como antes.

—Sí, bueno, solo hablamos de mi madre y del... trabajo.

Se dio la vuelta en la cama para estar de cara a mí, soltó mi mano y se apoyó en un codo.

—¿Sigues trabajando? ¿Desde aquí?

Dejé salir el aire en un soplido.

—No. Mi trabajo es mental, y mi cabeza... Simplemente, no funciona así. No puedo escribir. Estoy bloqueada. Y la verdad es que ni siquiera intento superarlo. Lo único que quiero ahora mismo es disfrutar de mi madre el tiempo que nos quede. Quiero... hacerlo todo con ella, no lo sé, leerle los libros que nunca pudo leer, o mirar películas que nunca tuvo tiempo de ver... Ir a sitios en los que nunca ha estado... No quiero que se pierda nada. No sé si me comprendes. ¿Tiene algún sentido todo esto?

Moví los ojos hacia los suyos y él levantó la mano y su dedo índice dibujó una suave línea por mi mejilla.

—Te comprendo —susurró—. Tiene mucho sentido, Zooey.

Mirándolo a los ojos, supe que me comprendía a la perfección; me comprendía mucho mejor de lo que nadie me había comprendido nunca.

—¿Por qué ninguna chica duerme aquí? —pregunté de pronto.

Él se mantuvo en silencio durante algunos momentos. Luego, resopló.

—Me gusta mi vida tal y como es. No quiero complicarme. Dormir aquí significaría... crear un vínculo.

—¿Y me has dejado dormir en tu cama porque quieres crear un vínculo conmigo?

—No. Te he dejado dormir en mi cama porque empieza a refrescar por la noche y quiero tener a alguien para acurrucarme.

La sorna que teñía sus palabras me hizo sonreír. Me tumbé de costado, me acerqué a él y me abracé a su pecho desnudo. T.J. me rodeó con un brazo, me hizo colocar la cabeza en su hombro y eso es lo único que recuerdo.

*Zooey*

—¡Ay, mi madre! —chillé al ver la hora en el reloj de T.J.

—¿Qué pasa? —murmuró él, adormilado.

—¡Que son las seis de la mañana!

Abrió los ojos y me estudió como a un objeto curioso.

—¿Y dónde está el problema?

Pegué un salto de la cama y peiné el dormitorio con la mirada en busca de mi ropa.

—¡Que es muy tarde! ¿Y mi ropa?

Bostezó, se incorporó y, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama, hizo un gesto de la cabeza para señalar el salón.

—Por ahí —dijo, torciendo la boca.

¡Por ahí!

Esa respuesta desdeñosa me hizo sentirme muy culpable por lo que había sucedido entre nosotros dos. ¿Pero qué demonios me pasaba? ¿Por qué maldita razón me había acostado con él? ¡Si al menos hubiese tenido la excusa del alcohol! Pero no, estaba casi sobria cuando *elegí* marcharme con él. Lo que sucedió a continuación resultó inevitable.

Agobiada por la culpabilidad, crucé la puerta como un rayo, fui al salón y

empecé a pescar mis prendas una a una.

Unos dos minutos después, cuando ya estaba lo suficientemente presentable como para irme a casa, regresé al dormitorio. T.J. seguía en la cama. Se había puesto un pantalón corto, acontecimiento que celebraba. Lo que menos me apetecía era ver a Don Empotrador tejano exhibiendo sus atributos masculinos a primera hora de la mañana.

—Supongo que pedir un taxi sería una idea disparatada, ¿verdad?

T.J. tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener la risa.

—Cariño, sé razonable. Esto ni siquiera sale en un GPS.

—Eso intuía —me disgusté.

Él me estudió en silencio, sin que la máscara de impasibilidad que cubría su rostro permitiese el acceso hacia sus pensamientos.

—¿De verdad quieres irte?

¿Por qué iba a quedarme? Él se había acostado conmigo por los viejos tiempos. Y yo, porque...

Bueno, aún no lo había averiguado, pero pensaba hacerlo antes de que concluyera el día. Desde luego, me parecía un acto miserable y vil. Mi madre estaba muriéndose y yo perdía el tiempo follando, en lugar de estar con ella. Era horrible lo que había hecho y la culpabilidad me estaba corroyendo por dentro como el gusano del pecado.

—Mi madre estará a punto de despertarse —alegué, y como no soportaba mirarlo, desvié la mirada a los pies—. Quiero estar en casa para cuando eso suceda. No me tenía que haber quedado tanto tiempo.

Al ver que no decía nada, levanté la mirada hacia la suya.

—Si te hubieses ido nada más acostarnos, me habría sentido sucio —apuntó con tono despreocupado.

Sus ojos burlones no me arrancaron la sonrisa que él esperaba obtener. Seguí mirándole de la misma forma, aplomada, con ojos fatigados y carentes de cualquier brillo.

—Entonces... ¿me llevas? ¿me prestas el coche? ¿quieres que me vaya andando?

Se levantó con un soplido, pasó a mi lado sin decirme nada y entró en el salón. Trascurridos unos veinte segundos, lo seguí. Estaba de pie detrás de una pequeña encimera, preparando café mientras intentaba encender un cigarrillo medio gastado con un mechero que se había quedado sin gas. Después de varios intentos fracasados, juró, arrojó el mechero al suelo y sacó uno nuevo de un cajón. De repente, parecía tener un humor de perros.

Me apoyé contra el arco de madera que delimitaba las dos estancias y lo contemplé en silencio. Tenía una espalda ancha, de músculos recios y bien determinados. Era evidente que se pasaba el día cargando cosas pesadas.

—¿Por qué trabajas en la construcción?

Se volvió, con el cigarro colgado en la comisura derecha de la boca, y me miró a través de una nube de humo.

—Porque me gusta construir cosas —contestó, sin más. Luego recapacitó y continuó—. Todos queremos dejar una huella, ¿no? Queremos que nos recuerden incluso cuando ya no estemos. Este es mi modo de conseguirlo. Construyo cosas porque me gusta pensar que seguirán ahí después de que me haya muerto. Como un legado. Una pequeña parte de mí.

—Hay gente que tiene hijos para eso.

Los bordes de sus labios empezaron a alzarse poco a poco. Finalmente, esbozó una sonrisa taimada.

—Es un poco pronto para hablar de críos, ¿no te parece?

Hice una mueca de exasperación.

—Sabes que no iban por ahí los tiros.

Se alejó de la encimera y vino hacia mí despacio, deliberadamente, como un depredador que disfruta arrinconando a su débil presa.

—Lo sé. Aunque confieso que me encantaría trabajar la técnica contigo —repuso, dándome un golpecito con la pelvis.

La cafetera metálica emitió un estridente silbido a sus espaldas, lo cual hizo que sus labios, a punto de posarse sobre los míos, se apartaran. Me soltó, cruzó el espacio que lo separaba de la cocina y apagó el gas. Abrió el armario de encima del fregadero y retiró una taza, que acto seguido llenó con el humeante líquido negro. Tomó un sorbo como para asegurarse de la calidad

del café.

—¿Café? —ofreció, acercándoseme.

—Por un momento creí que no ibas a preguntarme.

—Lo siento. Solo tengo una taza. No acostumbro a recibir visitas de cortesía.

—¿Y las mujeres con las que te acuestas no se quedan hasta la hora del desayuno? —lo provoqué, cogiendo la taza de entre sus manos.

—Jamás en la vida.

Tomé un sorbo e hice un gesto de rechazo. Estaba demasiado cargado para mi gusto. Yo no tomaba el café solo. Acostumbraba a consumirlo con leche o con crema.

—¿Y eso no hace que te sientas utilizado?

—Para nada.

Recuperó la taza, sorbió un poco y me la volvió a ofrecer.

—Toma. Acábalo tú. Yo no quiero más.

—Nunca he compartido el café —comenté al tiempo que me lo acercaba a los labios y tomaba otro sorbo.

—Yo tampoco. Hay un comienzo para todo. ¿Fumas?

Lo negué con un gesto de la cabeza.

—No pretendo envejecer antes de tiempo, gracias.

—Interesante. Por lo visto, yo, sí.

Cogió el cigarrillo del cenicero en el que lo había dejado antes y se lo acabó de unas cuantas caladas. Me limité a observarlo por encima de la taza, su cuerpo estilizado, los hombros anchos, las caderas estrechas sobre las que colgaba su pantalón. Se le marcaban mucho las venas de las manos.

—Bueno, ya estoy preparado —anunció entre volutas de humo—. ¿Nos vamos?

—¿No vas a vestirte? —me extrañé.

Se miró a sí mismo como si acabara de caer en la cuenta de que solo

llevaba un pantalón corto.

—Ah. Muy buena idea.

Cogió del suelo la ropa que yo le había quitado la noche anterior y se la puso. Lo curioso de los hombres como él es que no necesitan nada para estar guapos a la mañana siguiente. Es un asunto hartito irritante. Yo debía de tener un aspecto espantoso, el pelo revuelto, el maquillaje corrido. No me había atrevido a mirarme a un espejo. Y ahí estaba él, asombroso a pesar del desaliño. Se peinó el pelo con los dedos y ya estuvo listo para enfrentarse a un nuevo día. Verdaderamente irritante.

Tras calzarse, cogió las llaves del coche y abrió la puerta, esperando a que yo saliera primero. De camino, dejó la taza medio vacía encima de la encimera.

Fuera hacía fresco, aunque de un modo agradable. En la media luz del amanecer, el campo, humedecido por el rocío de la mañana, resplandecía como en un cuento de hadas. El aire perfumado de las acacias amarillas se entremezclaba con la humedad del río y el olor a hierba recién cortada. El cautivador canto de los pájaros invitaba a recrearse, a perderse para siempre en la soledad en ese lugar.

Al montarme en el coche, me fijé en que el cielo se había convertido en un extraño revoltijo de exquisitas tonalidades, tonos bermejos que se fundían con morados y azul verdosos, rayos de luz que atravesaban las ramas de los árboles, oleadas de dorado que se sobreponían en forma de nubarrones...

Y por primera vez caí en la cuenta de que aquel era un sitio espectacular para vivir. Una pequeña casita blanca, rodeada de pastos verdes y tan suaves como el terciopelo, me resultaba de pronto mucho más atrayente que mi apartamento de Park Avenue. Estábamos en medio de una región fecunda, envueltos por los sonidos de la naturaleza, el susurro del río a lo lejos y el corrillo de las aves que ocupaban los bosques inmediatos. Eso me gustaba. Los árboles, que se inclinaban soberbios sobre el valle en el que se extendía la propiedad de T.J., de algún modo me transmitían seguridad. Sí, era un buen sitio para sentar la cabeza.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Compré esta parcela hará unos cinco años —explicó, me miró un segundo y luego sus ojos volvieron a apuntar hacia la carretera—. Me costó

una miseria. Ni siquiera llega la luz eléctrica.

—¿Cómo? ¿Y puedes vivir sin luz?

Soltó una carcajada.

—Pues claro. Tengo placas solares y un pequeño generador para los días lluviosos. Es una vivienda eco.

—Y lo dijo el hombre que conduce el coche más contaminante del país.

Su boca se torció en una sonrisa burlona. Los rayos del sol se derramaban sobre las puntas de su cabello, arrancándole destellos rojizos. Estaba guapísimo, despeinado y con el rostro sin afeitar. Incluso más guapo que la noche anterior. El desaliño potenciaba su aplastante atractivo masculino.

—Intento compensar las cosas, encanto.

Sonreí y pasé el resto del trayecto mirando por la ventanilla, los ondulantes campos verdes y las fincas que asomaban de vez en cuando, como fantasmas de color blanco.

Cuando llegamos, el sol ya había salido del todo, enorme y ardiente como una bola de fuego.

—Gracias por traerme.

—Faltaría más.

Como él no hizo ademán de decir nada más, agarré la manecilla de la puerta y me dispuse a abrir. Entonces, me cogió del brazo, me arrastró hacia él y sus labios oprimieron a los míos, insistentes y tan apasionados que no pude resistirme. El beso que me dio fue ansioso y un tanto desesperado, y admito que mis ganas de marcharme menguaron de repente. Me habría quedado todo el día atrapada en ese coche, besando con avidez esos labios persistentes y dominantes.

Pero él me soltó y no tuve más remedio que despedirme con una sonrisilla apenas esbozada. No me pasó desapercibido que no me pidiera una segunda cita.

Con piernas temblorosas, subí deprisa los peldaños y me deslicé dentro del vestíbulo lo más sigilosamente que me fue posible. Me quité las sandalias, y me disponía a subir las escaleras de puntillas, cuando tropecé con mi madre,

que, vestida con su camisón de noche, salía de la cocina con una humeante taza de café entre las manos.

—Buenos días, señorita.

Carraspeé antes de hablar. Notaba la garganta seca.

—Hola, mamá. Esto...

—No tienes que explicarme nada —dijo al verme tan azorada, con las mejillas encendidas por la vergüenza—. Ya eres mayorcita.

Cierto. Lo era. Pero me sentía como una adolescente descarriada. Tenía un marido adúltero en Nueva York y una madre moribunda en Texas, y en vez de centrarme en eso, andaba persiguiendo moscas viudas, como siempre decía mi tía Eleanor. *¡Niña, deja de perseguir moscas viudas y haz algo útil!* Me pareció verla parada en lo alto de la escalera, tronando esa orden tan típicamente suya.

—Voy a darme una ducha y luego bajo a desayunar contigo.

Mi madre sonrió.

—Muy bien. Te esperaré en el salón.

Me despedí con una sonrisa y empecé a subir por la escalera. De repente, me detuve y me volví a girar.

—Mamá.

Se volvió, entre desconcertada e intrigada.

—¿Sí, Zooey?

Hice una pausa deliberada, y luego mis ojos bajaron hacia los suyos.

—Te quiero.

Llevaba más de doce años sin decirle esas sencillas palabras, y quería que lo supiera; que supiera lo mucho que ella significaba para mí. Por si acaso. Por si no se me volvía a presentar la ocasión de decírselo.

Ella se llevó la mano al pecho, encima del corazón, y me dedicó una sonrisa tierna.

—Lo sé, cielo.

Con un leve asentimiento, retomé el camino hacia mi dormitorio. Había alcanzado la planta superior, cuando escuché su voz llamándome desde abajo.

—Zooney.

Me acerqué y la miré por encima de la barandilla de madera.

—¿Sí, mamá?

—Yo también te quiero, hija.

*

Esa tarde, mi madre y yo salimos a dar un paseo por los viñedos. Si a ese amasijo de ramas secas todavía se le podía llamar *viñedo*.

—¿Hace mucho que se secaron?

—El verano pasado fue terriblemente seco. Tuvimos restricciones de agua todo el otoño y no recibieron ni una gota. Es una pena, ¿verdad? Me recordaban tanto a tu padre...

La miré, encorvada, frágil, caminando a mi lado con las dos manos resguardadas en los bolsillos de su vestido con estampado floral, y sentí una devastadora oleada de amor hacia ella, tan sorprendente fue que me quedé demudada al principio. Nunca creí que sería capaz de amarla tanto, con un amor tan intenso que me oprimía el pecho.

—¿Le echas de menos? —apenas me atreví a susurrar.

Ella me lanzó una mirada breve.

—Con la intensidad del desierto que anhela la lluvia —musitó apenada.

—¿Cómo sobreviviste a su pérdida?

Suspiró, callada y resuelta, y sus ojos se desviaron hacia el sol poniente, que arrojaba rayos rojizos sobre el cielo.

—Fue lo más difícil que he tenido que hacer nunca. Siempre creí que sería yo la primera en irse. Al ser tres años mayor que él, consideraba que era mi turno, no el suyo. Pero su corazón se debilitó antes de tiempo.

Entrecerré los ojos ante la oleada de dolor que se expandió por mi pecho.

—No quiero perderte, mamá —le dije, con los ojos cargados de lágrimas.

—Ni yo quiero que me pierdas, cariño. Pero la vida es así. Las cosas no duran para siempre. A veces toca decir adiós.

Cogió mis manos entre las suyas y me miró de lleno a los ojos.

—Quiero que estés preparada, Zooey. Porque decir *adiós* probablemente sea la tarea más difícil de toda tu vida.

Mi boca tembló en un gesto atormentado. No quería decirle adiós, y decidí ahí, bajo la anaranjada luz de ese atardecer, que no lo haría. Solo le diría *hasta pronto, mamá. Hasta que volvamos a vernos.*

Porque eso era todo cuanto me quedaba: la promesa de que algún día, en algún lugar, volvería a encontrarla.

*

Los días llegaban y se marchaban cargados de actividad. En las siguientes dos semanas, me entregué en cuerpo y alma a mi madre. La llevé al teatro, al cine, a restaurantes y cafeterías, a San Diego, a ver el Pacífico (Rachel se nos juntó durante el fin de semana y fue divertido). Fuimos a bailar música country a un garrito de Dallas. Apostamos en un rodeo en Houston. Perdí cien dólares en apuestas, pero no lo lamenté demasiado porque gané mucho en vocabulario, mi léxico se enriqueció con palabrotas que ni siquiera sabía que existieran.

Quería a toda costa que mi madre no se perdiese nada. Se había pasado toda la vida trabajando y cuidando de nosotras. Ahora quería que viviera, que fuera egoísta, que mirara por sí misma y no por los demás; quería que se volviera lo suficientemente ambiciosa como para mandar al cáncer a la mierda y elegir quedarse conmigo. Claro que algo así era imposible, y cada vez que la veía engullir un puñado entero de pastillas para el dolor, lo tenía más y más presente.

Cuando agotamos todas las actividades que tenía previstas para el mes de julio, mi madre estaba tan falta de fuerzas que decidí quedarnos en casa en

agosto y dedicar el día a leerle y a ver películas con ella.

Al cabo de un mes de baja actividad, acabó tan harta que no pudo soportar más mi atosigante tenacidad y un día estalló, de repente, mientras yo le leía *Anna Karenina* a la sombra del nogal.

—¡Zooey, basta! —me gritó.

Me quedé estupefacta, sin saber qué decir.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—¡Aaarrgggg! —montó la misma rabieta que montaría un niño pequeño, apretó los puños y su rostro se torció de un modo que en otras circunstancias me habría resultado cómico—. Estoy harta, Zooey. ¡Harta!

—¿Harta, de qué?

—¡De esto! —exclamó con ojos chispeantes, señalando el libro que descansaba sobre mis rodillas—. ¡De que te pases el día entero pendiente de mí!

—¡Mamá! —me escandalicé.

—¡No me vengas con mamá ahora, señorita! Me has obligado a ver todas las temporadas de *Anatomía de Grey*, me has leído cinco libros kilométricos, y ahora me atormentas con la historia de una necia que no tiene mejores cosas que hacer que perder la cabeza. ¡Y estoy harta!

—Mamá, si no te gusta *Anna Karenina*, puedo...

—No es esa la cuestión, Zooey. No se trata de *Anna Karenina* ni de esa serie estúpida que ni siquiera comprendo. ¡Se trata de ti! ¡Estás todo el día conmigo!

Mis ojos se ahogaron en lágrimas. ¿Intentaba apartarme de ella?

—Yo solo quiero que seas feliz —balbucí, a punto de echarme a llorar.

Los ojos de mi madre se suavizaron. Se inclinó hacia adelante, tomó mis manos entre las suyas y me atrajo hacia su mirada.

—Cariño, esto no me hace feliz. Lo que me haría feliz sería verte feliz a ti, ¿no lo comprendes? Me gustaría verte *vivir*, Zooey —apostilló apasionadamente.

—Estoy viviendo —rebatí en un murmullo.

—No, no lo estás haciendo. Te limitas a sobrevivir, eso es todo. Me gustaría, antes de irme, ver que has solucionado tu vida, tu divorcio con Daniel, que lo has superado todo y que vuelves a sonreír de verdad. Me gustaría que rehicieras tu vida, cariño. Eso me haría verdaderamente feliz, no *Anna Karenina* ni *Anatomía de Grey*. Puedo morir sin conocer sus historias, pero no puedo morir sabiendo que mis hijas son infelices. Y si te pasas todo el día conmigo, nunca conseguirás rehacer tu vida. ¿Por qué no quedas con T.J. un día de estos? Es un buen chico. Y le importas.

Y por eso me ha llamado cero veces desde que nos acostamos.

—Yo... —Quise decirle la verdad, pero no me vi con fuerzas, así que solté un suspiro de rendición y pensé un segundo, antes de hablar—. Está bien. Llamaré a T.J., si es lo que te hace feliz.

Ella sonrió complacida.

—Lo es. Y, por favor, no me atormentes más. Ese Kostia es un plasta.

Solté una carcajada y eché más limonada en los vasos.

—Vale. No te leeré más. ¿Pero puedo pasar la tarde contigo, bajo la sombra de este nogal, como hacía cuando era pequeña?

—Claro que sí, cariño —accedió con una sonrisa.

—Mamá, ¿crees que luego podríamos cenar huevos fritos con patatas y ensalada de tomate y pepino? ¿Recuerdas lo mucho que le gustaba a papá la ensalada esa que le hacías?

—Mmmm. Le recordaba a Italia. —Con aire nostálgico, agarró la bufanda de punto en la que llevaba días trabajando y se dispuso a retomar el trabajo—. Si te gusta, te puedo enseñar cómo se hace. El secreto reside en regarla con abundante aceite de oliva.

Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás en mi silla de mimbre y aspiré el fragante olor del atardecer en Texas. Era plácido languidecer en el jardín, con mi madre a mi lado, haciendo punto como solía hacer en mi infancia. Fueron tiempos felices, ahora me daba cuenta de ello. Una pena que antes no supiera valorar lo que tenía. Ahora lo habría dado todo por volver a aquella época en la que mis padres eran jóvenes y sanos y se pasaban el día trabajando en el

exterior, recogiendo uvas y aplastándolas con los pies descalzos.

Aún recuerdo el proceso. Lo primero que salía era mosto. Era bueno, dulce y perfumado, y mis padres nos dejaban beberlo durante unas semanas. Luego lo convertían en vino, y ya quedaba terminantemente prohibido acercarse a las botellas que guardaban en el sótano, alejadas de la luz del sol. Nunca hicieron un vino decente. En menos de un mes, sabía a vinagre. O eso decía mi padre, yo nunca lo probé.

Aun así, a pesar de los fracasos, ellos seguían intentándolo, año tras año, conservando la esperanza de que algún día, en algún otoño lejano, consiguieran sacar un vino parecido al que les servían en Italia. Nunca lo lograron, pero eso es lo bonito de la vida, no perder nunca la esperanza ni la ilusión; intentarlo año tras año, otoño tras otoño, siempre como si fuese la primera vez.

*

Aunque me mortificaba bastante ser yo la primera en mover ficha, llamé a mi hermana Jennifer al día siguiente para pedirle información. Tardó un tiempo en descolgar. Era una mujer ocupada.

—¿Diga? —contestó por fin, sin aliento. A lo mejor tenía que haberla llamado al móvil. Era evidente que había entrado en casa corriendo para atender el teléfono.

—Hola, Jen. Soy Zooey.

—Ah, Zoe. ¿Qué te cuentas?

Me senté en el sillón y empecé a enroscar con el dedo el ondulado cable del viejo teléfono que mis padres conservaban desde la década de los ochenta.

—Bien, nada, por aquí. Con mamá.

—¿Le pasa algo? —se inquietó mi hermana.

—No, no. Tranquila. Está bien. Te llamo por otra cosa.

—¿Ah, sí?

Me sentía cada vez más humillada por tener que pedirle algo así.

—Sí, bueno, quería preguntar si sabes dónde trabaja T.J. Tengo que hablar con él sobre una cosa y...

—Oh. Ya veo. Espera un momento, Zooey. En un segundo estoy contigo.

Menos mal que ella no pidió más detalles. Ya me sentía bastante mal por llevar esa conversación.

Tardó más de un segundo en volver.

—¿Zooey, sigues ahí?

—Sí. Aquí sigo.

—Perdona. Tenía que atender una cosa. Apunta la dirección.

Cogí un lápiz y una pequeña libreta, que mi madre siempre guardaba en el cajón de la mesilla, y apunté.

—Gracias, Jen.

—De nada, mujer. Esta tarde pasaré a ver a mamá. Díselo.

—Vale.

Colgué y solté la profunda bocanada de aire que había estado reteniendo.

—¿Zooey! —me llamó mi madre desde la cocina antes de que me diera tiempo a recomponerme—. ¿Quieres ir al mercado conmigo? No tenemos huevos y quiero hacer un bizcocho.

Me levanté con un suspiro y fui a la cocina.

—No deberías cansarte haciendo nada —la reñí desde el umbral.

Ella levantó la mirada hacia la mía y una pequeña sonrisa asomó en las comisuras de su boca.

—Estoy muy bien, cielo. Mejor que nunca. ¿Te vienes o te quedas?

—Te acompaño. Pero luego tengo que hacer un recado en la ciudad, con lo que tardaremos un rato en volver.

Mi madre alzó ambas cejas en un gesto interrogante.

—¿Qué recado?

—Tengo que pasar por la obra y hablar una cosa con T.J.

Al ver sus ojos resplandeciendo, supe que había tomado la decisión correcta.

—Oh, qué buena noticia, cariño. Me alegra vez que por fin piensas en asentir la cabeza. Venga, si nos damos prisa, podemos pillarle en su pausa del café.

De camino hacia la puerta, agarré las llaves del coche y las de la casa.

—¿Hace pausa para el café?

—Pues claro. A las cinco.

Miré la hora. Eran apenas las dos y media.

—Mmmm, creo que llegaremos a tiempo.

Tras salir mi madre, cerré la puerta con llave, desbloqueé el coche y cruzamos el jardín deprisa. Con el calor que hacía ese día no era muy aconsejable entretenerse en el exterior.

—Ah, por cierto, luego viene Jen —recordé de decírselo mientras ponía el contacto.

—Qué bien. Así me ayudará con el bizcocho.

Sonreí, giré el volante y cogí la carretera que llevaba a Austin. Ya era toda una experta a la hora de conducir con marchas. Me había estado moviendo mucho durante esos meses, mi madre y yo habíamos hecho el camino a Austin con bastante frecuencia, y se trataba de más de cien kilómetros, gran parte de ellos transcurridos en una carretera secundaria de calzada bastante estrecha y casi siempre aglomerada.

Al llegar a la ciudad, pasamos primero por el mercado y, después de comprar muchas más cosas de las que mi madre había apuntado en su lista, fuimos a buscar la obra en la que estaba trabajando T.J. No fue complicado, Jennifer ya me había explicado más o menos cómo llegar hasta ahí.

Resultó que estaba construyendo precisamente aquella fábrica textil de la que me habían hablado en la fiesta, la que iba a abrir camino a nuevas oportunidades de trabajo y reforzar la economía local, un poco ralentizada después de la crisis que había golpeado todo el país. Seguía sin oír nada de la

crisis del petróleo. Lo que sí tenía claro era que, pese a ser Texas el estado más próspero del Sur, incluso ahí se había disparado la tasa de desempleo. Esa fábrica supondría una importante fuente de ingresos para muchas familias locales. Por algún motivo, me enorgulleció saber que T.J. formaba parte de un proyecto así. Estaba orgullosa de él.

Dejé el coche junto a la entrada y le dije a mi madre que permaneciera dentro.

—No tardaré nada.

—Tómate tu tiempo, cariño. Por mí no te preocupes. Hojearé la revista que me compraste. Quiero ver quién lleva mejor los modelitos de Rachel.

—Está bien, mamá. Eleva el aire si tienes calor.

Cerré la portezuela y me dirigí a la cabina que había junto a la entrada. Sabía que, por normativa, no permitían el paso a una obra sin llevar el casco de protección. Te podía caer un tornillo en la cabeza, y por absurdo que parezca, eso solía ser mortal si caía desde varios metros de altura.

—Hola. Me gustaría hablar con el hombre que lleva esta obra.

—¿Tiene cita? —me preguntó el obrero a través de la ventanilla.

—No, pero esperaba que...

—No puede atenderla entonces. T.J. está muy ocupado. Pida cita a su secretaria.

Ni siquiera sabía que tuviera una secretaria. ¿Quién era ese hombre?, ¿Bill Gates?

—Verá, es que esto no tiene que ver con el trabajo. Soy una amiga.

—Menos razón aún para dejarla pasar —resolvió con tono gruñón, y para recalcarlo, cerró enérgicamente el cristal que nos separaba.

Vaya chasco. No pensé que eso podría suceder. Me había tocado el obrero más borde del universo.

—Oiga —insistí, golpeando con los nudillos—, he tenido que conducir más de cien kilómetros para venir a verle y...

—¿Zooney?

Callé ante esa interrupción y me volví sobre los talones. Logan, con el casco puesto, un mono de trabajo amarillo y unos guantes gruesos colgándole del bolsillo trasero del pantalón, acababa de cruzar la valla metálica. Llevaba un cigarrillo en una comisura de la boca y el rostro lleno de polvo, como si acabara de derrumbar algún edificio solo con la ayuda de una pala. Los ojos azules resplandecían más que nunca, destacados por el color tostado de su rostro.

—Eh, Log, hola. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí —respondió al tiempo que se limpiaba el sudor y la suciedad con un pañuelo blanco que se sacó del bolsillo—. Soy el capataz. ¿Qué haces *tú* aquí?

—Intentaba convencer a este buen hombre para que me dejara ver a T.J —expliqué, y después añadí en tono sorprendido—: No sabía que trabajarais juntos.

—Eh, Graham, dale un casco a esta chica. Es la novia del jefe.

Me ruboricé sin poder evitarlo. ¿Así que Logan sabía lo que había sucedido entre T.J. y yo y creía que éramos novios? Decidí aclarárselo cuanto antes, ya que T.J. había sido bien claro conmigo: no quería crear vínculos.

—No somos novios —le susurré, tras asegurarme de que Graham no nos estaba escuchando—. Solo nos acostamos una vez.

Logan tosió unas cuantas volutas de humo.

—¿Qué? ¿Te acostaste con T.J.?! ¿¿Y por qué diablos me lo has tenido que confesar?? ¿Es que querías aliviar tu consciencia cargando la mía?

Me ruboricé todavía más al comprender que acababa de meter la pata.

—Creí que te lo había dicho él —me justifiqué en un murmullo.

—¡Claro que no! —alzó Logan el tono—. ¿Por qué iba a decirme algo así?

—Buena pregunta. Entonces, si no sabías nada, ¿por qué dijiste que soy su novia? —repuse a la defensiva.

Él puso los ojos en blanco y cabeceó, todavía mosqueado.

—Para que Graham te deje entrar la próxima vez. No podía decirle que eres mi novia porque sabe que estoy casado. Además, se iría de inmediato con

el chismorreo a Jennifer. Está enamorado de ella.

—Vaya confusión más tonta.

—¿Y tú marido qué? ¿Le estás poniendo los cuernos?

Hice una mueca. En definitiva, ni siquiera había hecho nada malo.

—Ay, Logan, sinceramente, a estas alturas, eres el único del planeta que no sabe que Daniel y yo nos hemos separado por un tiempo, a raíz de una aventura suya. Así que, técnicamente, no le estoy poniendo los cuernos a nadie.

Logan, conmovido por mi repentina faceta de mujer traicionada, vino hacia mí y me rodeó en un abrazo.

—Joder, no sabía nada. Lo siento mucho, Zooey.

—¡Eh, que corra el aire! —se burló T.J., el cual salió por la puerta justo entonces—. Te recuerdo que estás casado, señor Capataz. ¡Hombre, Zooey!, ¿qué trae por aquí? —dijo al reconocermes—. ¿Va todo bien en casa?

Todo el mundo me preguntaba lo mismo: ¿Sigue viva tu madre? Era irritante.

—Sí, todo bien. En realidad, es a ti a quien estaba buscando.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro, tan lleno de polvo como el de Logan. ¿Qué habían estado haciendo esos dos? Si uno era el jefe y el otro el capataz, ¿por qué estaban tan hasta arriba de suciedad?

—¿A mí? Me halagas.

No estaba de humor para su sarcasmo, y se lo hice notar cuando volví a hablar, empleando un tono desabrido que puso fin a su sonrisa guasona.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —le dije, sin que mi rostro trasluciera ninguna emoción.

Su expresión ensombreció al punto.

—Claro. Pasemos a mi despacho.

Lanzó el cigarrillo al suelo, lo apagó con la punta de sus botas de trabajar (de suela gruesa, para que sirviera de protección ante los clavos sueltos) y agarró el casco amarillo que Graham había dejado en el pequeño mostrador de

la cabina.

—Toma. Póntelo. Es obligatorio.

—Lo sé.

Lo cogí de mala gana y me lo puse antes de cruzar la valla. Seguro que me veía ridícula, con mi floreado vestido de gasa, mis sandalias planas y un enorme casco amarillo.

Me despedí de Logan con una sonrisa y T.J. me condujo a una caravana que usaba a modo de despacho. En cuanto entramos, me invitó a tomar asiento en una de las dos sillas colocadas delante de su escritorio. Su espacio de trabajo estaba repleto de planos y toda clase de papeles, permisos del Ayuntamiento y pedidos de materiales de construcción. Seguro que había un orden dentro de ese desastre. Él siempre me había parecido un tipo organizado.

Me sentí intimidada por tener que llevar esa conversación sentada delante de su mesa de trabajo. Era de una ironía casi retorcida, ya que precisamente una proposición de negocios era lo que había ido a hacerle. Incluso si él no iba a ganar nada con ello, la transacción conservaba cierto toque mercantil.

—Voy un segundo a lavarme la cara y las manos —me dijo tras quitarse el casco y peinarse el cabello con los dedos. Recordé quitarme el mío, que dejé en la esquina de la mesa.

—De acuerdo.

T.J. tardó unos cuantos segundos en regresar, y yo me puse todavía más nerviosa.

—¿Quieres tomar algo fresco?

Rehusé con un gesto.

—No, gracias. Estoy bien así.

—Vale.

Se instaló en un sillón al otro lado de la mesa, descansó los codos sobre el reposabrazos y me contempló en silencio. Estaba tan guapo, en mangas de camisa y unos Levi's viejos, azules, muy desgastados por los lavados, el sol y el uso que les había dado, que se me secó la boca. El casco le había

alborotado el pelo y al llevar el rostro sin afeitarse, mostraba un aspecto tan masculino que me sentí tímida y torpe. No podía dejar de preguntarme por qué me había llamado después de acostarnos. ¿Para él no había significado absolutamente nada?

—¿Qué puedo hacer por ti, encanto? —me preguntó con suavidad.

Cuadré los hombros y meforcé a dejar de lado el nerviosismo que me había embargado nada más verle.

—Esto te parecerá fuera de lugar teniendo en cuenta lo que ha pasado entre nosotros. Y antes de proponértelo, quiero que sepas que para mí no significa nada y que no estoy persiguiendo nada. Esto solo lo hago para contentar a mi madre, nada más.

—Ve al grano, Zooey.

Por algún motivo, su humor se había estropeado de repente, y eso disparó los latidos de mi corazón.

—Verás, T.J.

—A ver.

—Me preguntaba si...

Me callé porque no sabía cómo planteárselo, y carraspeé.

—¿Mm-mm? —apremió.

Por el amor de Dios. Eso era ridículo. Era una mujer de treinta años que se estaba comportando como una colegiala.

—¿Quieres ser mi novio ficticio? —solté sin más rodeos.

Él parpadeó azorado.

—¿Que si quiero ser el qué?

—Sé que suena disparatado —me apresuré a explicar—. Y como te he dicho, solo lo hago por mi madre. No tiene nada que ver contigo ni con el kiki... O sea, el polvo... Quiero decir, ¡el sexo! que hubo entre nosotros —me corregí casi a gritos, un chillido cuyo trasfondo de histeria me hizo desviar la mirada hacia los nudillos de mis manos.

Quería que la tierra me tragara. Nunca en toda mi vida había sentido tanta

vergüenza.

—No te entiendo, Zooey.

Aunque su rostro no se había alterado para nada, cierto brillo de dureza ensombreció su mirada.

—Es comprensible. No te lo he explicado muy bien. —Me moví en mi asiento y respiré hondo para calmar los temblores de mi voz—. Verás, mi madre se está muriendo.

—Ya lo sé.

—Y yo intento que sea feliz.

—Evidentemente.

—Pero me dijo el otro día que lo que la haría feliz sería verme feliz a mí, saber que he superado lo de Daniel y que estoy rehaciendo mi vida. Luego me habló de ti, me dijo que te tenía que llamar, y en cierto modo comprendí que lo que la haría feliz sería verme contigo. Y he pensado que, si a ti no te importa... Bueno, que si a ti no te importa... podrías... esto... fingir que... tú y yo... —Me estaba atragantando con las palabras, pero me obligué a levantar la mirada de mis nudillos y terminar la frase—. Bueno, ¿podrías fingir que estamos saliendo? —la propuse en un susurro.

T.J., sin emitir ningún juicio, abandonó la silla, rodeó la mesa y se apoyó contra una esquina. Se cruzó de brazos, buscó mis ojos y una arruga empezó a formarsele entre las cejas. Estaba tan cerca de mí que se me contrajo el estómago. Su presencia llenaba toda la habitación, y me estaba mirando de modo tan concentrado, con esos penetrantes ojos azules atravesando a los míos, que se me formó un nudo en la garganta.

—¿Y qué es lo que me llevo yo? —habló, tras haberme estudiado con fijeza durante más de medio minuto.

Lo miré con ojos aturullados.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que podía hacerlo. Podría fingir que soy tu novio. ¿Pero qué gano yo con todo esto? ¿Por qué iba a querer poner esta farsa en escena? Me tendrás que ofrecer alguna cosa a cambio.

Se produjo una pausa en la que yo intenté ordenar mis pensamientos y recordarme a mí misma que si estaba delante de él, proponiéndole algo a mí misma me parecía un despropósito, era porque quería hacer feliz a la persona a la que más amaba en el mundo y no por ninguna otra razón. Así que sentirme humillada o avergonzada o violenta estaba fuera de lugar.

Me lo iba a tomar como un negocio, que es lo que era en realidad. Yo necesitaba algo que él podía darme y, si quería obtenerlo, tendría que pagárselo de algún modo.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres sacar de todo esto? —concedí, con tono exento de inflexiones.

T.J. retuvo mis ojos con perturbadora intensidad. Deliberadamente, esperó unos momentos antes de contestar. Se notaba lo mucho que disfrutaba intimidándome.

—A ti.

*Zooey*

Lo miré en silencio, con ojos desorbitados.

—A mí —repetí, escéptica.

—Exacto. A ti. En mi cama.

—¿Por qué ibas a querer eso?

Hubo una pausa. Luego, su voz, suave:

—Porque cuando volví a casa esa mañana, mis sábanas aún olían a ti.

Se me secó la garganta. Me miraba con demasiada intensidad.

—¿En serio? —murmuré, con voz temblorosa, demasiado endeble.

—Ya lo creo. Fue... agradable. Sentí tu presencia como si aún estuvieras ahí.

Confesó eso último con el ceño fruncido de confusión, como si a él mismo estuviera sorprendiendo toda esa locura.

—¿Y quieres que *eso* vuelva a pasar?

Calló un segundo. Sus ojos bajaron y se pasearon por el suelo de parqué, hasta que, de pronto, se alzaron hacia los míos.

—Lo deseo fervientemente.

—Entonces, ¿por qué no llamaste? —pregunté en un susurro.

Sus rugosas facciones se contrajeron de asombro. Ladeó la cabeza hacia un lado y me contempló con curiosidad.

—¿Hubieses querido que te llamara después?

Su voz sonó ronca, un poco áspera.

—Pues... —Me encogí de hombros—. No lo sé. Puede.

Me estudió en silencio, varios segundos, antes de hacer un leve asentimiento.

—Sí. Puede que yo también —susurró, y se frotó con la palma la barba que cubría su mandíbula.

—T.J., lo que me estás pidiendo es... Es decir, la vez pasada me acosté contigo porque... —Callé y desvié la mirada hacia mis pies—. ¿La verdad?, no sé por qué. Estaba pasando por una etapa muy dolorosa y supongo que mi mente necesitaba una distracción. Estaba vulnerable, tú estabas ahí y... en fin, sucedió. Pero volver a acostarme contigo y, encima, tener que hacerlo a cambio de algo —continué, atreviéndome a mirarlo a la cara—, hace que me sienta...

—¿Utilizada? —me propuso, sin dejar de ponderar mi mirada.

—Indecente.

Se despegó del escritorio, se agachó delante de mi silla y me cogió las manos entre las suyas.

—No sería nada sucio ni indecente, Zooey. Sería como un arreglo, un acto entre dos personas que se gustan y se atraen, pero que no esperan nada el uno del otro, ningún compromiso emocional. Tú sigues casada, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, no puedes mantener una relación con todas las de la ley. Solo puedes tener un amante. Permitirme que sea yo el que desempeñe ese papel. Así tu madre sería feliz y... tú y yo también lo seríamos. Todo el mundo tiene las de ganar.

Me lo estaba vendiendo demasiado bien como para rechazarlo. Sin embargo, aún me lo tenía que pensar. Todo eso era una locura. Yo no hacía esa clase de cosas. Cuando me refería a novio ficticio, tenía en mente una relación

platónica. Él me estaba pidiendo algo demasiado... carnal. Profundo. ¿Iba a poder hacer algo así y al concluir el trato fingir que nunca había pasado?

—Te diré algo cuando haya tomado una decisión —resolví, apartándolo para poder erguirme de la silla—. Gracias por atenderme.

Cogí el casco y me encaminé hacia la puerta.

—Zooney.

De una zancada, T.J. estuvo a mi lado. Me volví, aturrullada, y busqué sus ojos azules, que titilaban en la hondura de sus cuencas.

—¿Sí?

Su fuerte pecho me atraía con el magnetismo de un imán. Quería acercarme, abrazarlo, besarlo, sentir sus protectores brazos rodeándome como otras veces. Pero no hice nada. Me limité a mirarlo con la esperanza de que fuera él el primero en mover ficha.

T.J. me calibró en silencio, dejándome a la espera, cada vez más hambrienta de sus palabras.

—Me alegro de verte —dijo por fin, y sonrió un poco.

Y justo cuando yo abría la boca para decirle que el sentimiento era mutuo, envolvió mi nuca en una mano, me atrajo hacia él, y sus labios, posesivos y expertos, se clavaron en los míos. Su lengua llenó mi boca antes de que me diera tiempo a retroceder, y al sentirla cálida y húmeda dentro de mí, me invadió un deseo tan salvaje que, en vez de apartarme, hice que nuestros labios se fundieran en otro beso aún más profundo. Le rodeé el cuello con los brazos y me arqueé contra él, contra la carne rígida y ardiente que no dejaba lugar a dudas acerca de la tumultuosa pasión que abrasaba su interior.

T.J. cogió uno de mis pechos con la palma y lo frotó, arañando el pezón con las puntas de sus uñas. Me pegué a él como si nos fuéramos a fundir en uno solo y gemí contra sus labios. Mi cuerpo estaba abierto y preparado para recibirle, quería tenerle dentro sin importar las consecuencias. A pesar de nuestra conversión anterior o todas las razones que me instaban a mantenerme alejada de él, le deseaba con tantas fuerzas que no podía controlarlo. Y él lo sabía.

Mis manos buscaron con torpeza los botones de su camisa. De golpe, T.J.

retrocedió y me apartó de él. Lo miré con ojos incrédulos, incapaz de comprender lo que acababa de pasar.

—Lo siento. Me he dejado llevar por mis... instintos masculinos —se burló, con una de sus características sonrisas pendencieras—. Ponte el casco antes de salir. No queremos que sufras algún accidente.

Me echó, sin más, después de ese momento tan avasallador de pasión. Me había besado solo para inclinar la balanza a su favor; para demostrarme que era tan débil que no podía resistirme. Y lo peor de todo era que tenía razón.

Cuando salí de la caravana, estaba furiosa. ¿Qué se había creído que era ese hombre? ¿El amo del mundo?

Me puse el casco con movimientos bruscos y golpeé con el hombro a un obrero mientras me precipitaba hacia la salida.

—Señorita. ¡Señorita!

Necesité unos segundos para comprender que era a mí a quién llamaba Graham.

—¿Sí?

—Tiene que devolver el casco. No puede marcharse con él puesto.

—Mierda —gruñí, dando media vuelta—. Lo siento. No me había dado cuenta. Tenga. Gracias.

Solté una interminable bocanada de aire, enfilé otra vez el camino hacia el coche y me alejé a grandes zancadas, deseosa de poner tierra de por medio entre T.J. y yo.

Encontré a mi madre dormida. Abrí y cerré la puerta con cuidado de no despertarla, arranqué y cogí la carretera de vuelta a casa.

A unos cuarenta kilómetros de la ciudad, mi madre se despertó.

—Lo siento, cielo. Creo que me he dormido.

—No pasa nada, mamá —aseguré, sonriéndole antes de volver los ojos hacia la calzada.

—¿Qué tal T.J.?

Irritante como siempre.

—Un chico encantador —declaré a través de los dientes apretados.

—Ya lo creo. ¿Vais a quedar algún día de estos? Podrías invitarle a cenar.

—Ya veremos.

—Me gusta para ti.

Y por eso iba a hacerlo, maldita sea. Sabía que acabaría aceptando la propuesta de T.J. tarde o temprano. Lo haría porque era importante para ella.

Sentí ganas de golpear el volante.

—Lo sé, mamá —suspiré con aire de derrota.

Cogí su mano y se la estreché.

—Sé lo mucho que te gusta T.J. para mí —volví a decir.

Cuando detuve el coche al lado del bordillo, vi a mi hermana Jennifer agazapada en el porche. Acudió a nuestro encuentro nada más vernos llegar.

—¿Dónde coño estabais? Ya te dije que me pasaría esta tarde.

Estaba tan irritada tras mi encuentro con T.J. que lo que menos me apetecía era aguantar los humos de mi hermana.

—Siento no haber estado aquí para recibirte como todos los honores que alguien como tú se merece, Jennifer.

—No me toques las narices, Zooey.

—Niñas, dejar de pelearos.

—Es esta, que me pone de los nervios.

—¡Jennifer, no hables así de tu hermana! Es normal que esté voluble. Está pasando una mala racha.

—¡Y yo, no te jode! Pero no me comporto como una zorra.

—Mira, Jennifer, me aburres —le dije—. Voy a dar una vuelta por ahí. ¿Hasta qué hora vas a estar?

—Pues no lo sé. Hasta la hora que me dé la gana. También es mi casa.

—¡Basta! —gritó mi madre, y acto seguido se mareó tanto que su delgada mano se aferró a mi vestido en busca de apoyo.

—¡Mamá! —grité aterrada, atrapándola entre los brazos antes de que se precipitara al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Jennifer, también con cara de susto.

—Sí —respondió mi madre débilmente—. Estoy bien. Necesito descansar un rato. Por favor, dejad de pelearos.

—Lo siento, mamá. Prometo llevarme bien con ella.

Le lancé una mirada elocuente a mi hermana.

—Sí, claro, claro —se apresuró Jennifer a asegurar—. Yo también lo prometo.

—Vamos, mamá, Jennifer y yo te llevaremos dentro para que puedas descansar.

—No es necesario. Puedo caminar yo sola.

Era evidente que no. Ni siquiera conseguía mantenerse en pie.

—Lo sé —dijo Jennifer con una sonrisa triste—. Pero te ayudaremos igualmente.

—Bueno, si no queda otra...

La metimos dentro y la acomodamos en su cama. Unos dos minutos después, se había quedado dormida, así que bajamos para no molestar.

—Estarás contenta —reñí a mi hermana al entrar en la cocina—. ¿Por qué no puedes ser razonable cuando está ella delante?

Jennifer se mordió el labio. Estaba muy guapa aquella tarde. Llevaba un vestido de gasa blanca, y tenía la piel muy bronceada, de un tono tostado que resaltaba sus ojos azules. Bucles dorados, largos y brillantes por la laca, caían a ambos lados de su pecho. No estaba gorda por el embarazo, pertenecía a esa categoría de mujeres que solo echaban barriga.

—Lo siento. Llevas razón —cedió con ojos entornados—. Fui yo la que empezó la pelea.

—Deberíamos dejar de odiarnos durante un tiempo —le dije.

Fui a la nevera y retiré dos Coca Colas.

—Yo no te odio, Zooley —adujo, cogiendo la botella que le alargaba—.

Tampoco es que me caigas bien —añadió secamente tras abrir la chapa del refresco.

La contemplé suspirando.

—Yo tampoco te odio, Jen. No eres mi hermana favorita en el mundo, pero...

Sin ánimo de continuar la frase, cogí el abridor de su mano, destapé mi botella y tomé un buen trago. Me hacía falta el azúcar después de ese día de locos.

—Entonces, si ha quedado claro que no nos odiamos, creo que deberíamos intentar ser amigas —propuso mi hermana.

Una idea interesante. Nunca se me habría ocurrido.

—Está bien. ¿Quieres que hagamos un bizcocho juntas?

—No *tan* amigas, Zoey —puntualizó con los ojos en blanco—. Ve despacio, hija, que me abrumba tu repentino amor fraternal.

Riéndome, me aparté de ella y me puse a registrar los armarios.

—En el cajón de la cómoda —señaló Jennifer en tono aburrido. Acababa de ocupar una silla al lado de la mesa y se entretenía hojeando una de las revistas de moda de mamá.

Levanté la mirada, confusa.

—¿Qué?

—Supongo que estarás buscando el cuaderno de recetas —apuntó distraída mientras pasaba otra página—. Está en el cajón de la cómoda. Siempre lo guarda ahí.

Le di las gracias con una sonrisa, crucé la cocina y abrí el cajón.

—Sí, está aquí —anuncié, cogiéndolo.

El cuaderno era grande, tamaño A4. La cubierta era rígida, de color azul. Se le notaba el paso del tiempo, las hojas estaban amarillentas y había una pequeña mancha de café en la esquina de la quinta página.

—Recuerdo cuando empezó a escribir este cuaderno —comenté al abrirlo. Una sonrisa nostálgica asomó en mis labios—. Creo que tenía yo unos siete

años. Mamá solo sabía hacer galletas en esa época, ¿lo recuerdas?

—Sí. —Jennifer apartó su revista—. Les echaba manteca de cerdo para que quedaran mejor.

Me reí.

—Es verdad. Se me había olvidado lo de la manteca.

—A mí, no —refunfuño con una mueca—. Está claro que en esa época nadie hablaba de la obesidad infantil.

Volví a reírme y empecé a hojear el cuaderno.

—Voy a hacer una tarta de chocolate —decidí, después de haber mirado varias recetas.

—Excelente elección. Mamá tiene una receta muy buena. Se la he copiado y salió bien a la primera.

—No sabía que hicieras tartas, Jen —me mofé mientras buscaba una bandeja para el horno. Tamaño mediano, según decía la receta de mamá.

—Fue para el cumpleaños de Hope. Cuando cumplió los trece.

Con la bandeja en la mano, me volví de cara a mi hermana.

—Es increíble lo grande que está.

Jennifer esbozó una sonrisa triste.

—No se parece en nada a mí. Lo prefiero.

—Es como Logan, ¿verdad?

—Físicamente. Su carácter, en cambio, me recuerda mucho al de Rachel.

La expresión de mi rostro se congeló de pronto. Estábamos en terreno prohibido. Rachel era un tema del que no podíamos hablar Jennifer y yo, porque si a ella se le hubiese ocurrido decir algo malo de nuestra hermana pequeña, yo me habría visto obligada a defenderla y habríamos acabado peleándonos como siempre.

—Bueno, espero que tengamos levadura en alguna parte. Tengo que traer la compra del coche.

—Es un pez gordo ahora, ¿verdad?

Jennifer no estaba dispuesta a dejarlo ir, ahora que había abierto el tema. Suspiré y la miré con un deje de irritación.

—Le va bien, eso es todo —dije, en tono atacante.

La boca de Jennifer volvió a temblar en una sonrisa atormentada.

—Me alegro por ella. Se lo merece.

—Jennifer...

—Siento lo que le hice a Rachel —me interrumpió, sus ojos azules atravesando los míos—. Aunque no lo creas, lo siento. Nunca amé a Logan. Lo hice solo para demostrar algo, ni siquiera sé el qué. De todas nosotras, yo era la que no tenía ninguna cualidad. Eso me hacía sentirme siempre inferior a las demás.

—Jennifer, no digas eso. Eras guapa. *Eres* guapa.

—No era suficiente. La gente hablaba de ti y de Rachel, alababan vuestra inteligencia. Mamá y papá decían que, sin duda, erais las más listas de toda la familia. Titi era noble, tan noble que recogía a todos los malditos gatitos abandonados que se encontraba de camino a casa. Yo, en cambio... No poseía ningún atributo, Zooey —su voz tembló al decirlo—. Ni era lista ni era noble. Yo solo era guapa. Y supongo que me empeñé en conseguir a Logan para demostrar que yo también valía algo; que mi belleza valía para algo. Siento haber herido a Rachel. Ella... ¿está bien ahora? —apenas se atrevió a susurrar—. Cuando la vi, me pareció que estaba bien.

—Estaría mucho mejor si le dijeras lo que me acabas de decir a mí.

Jennifer declinó con la cabeza, entristecida por esa idea.

—No puedo hacer eso. Temo que no quiera escucharme.

—Tendrás que hacerlo, Jennifer. Algún día. Cuando te sientas lo suficientemente fuerte. Tú y Rachel tenéis que hablar y poner fin a una pelea que acabó dividiendo a toda la familia.

Los hermosos ojos de mi hermana se cargaron de lágrimas. Nunca la había visto tan vulnerable. A lo mejor era por el embarazo. O puede que la enfermedad de mamá jugara un papel en ello. Tal vez había hecho comprender a mi hermana que lo más importante que tenemos en el mundo es la familia. Todo lo demás, no importa.

—Tengo una idea —declaró Jennifer con un falso entusiasmo que se encargaría de enmascarar su tristeza—. ¿Qué tal si mañana hacemos una barbacoa en mi casa? Es sábado y Logan no trabaja.

Expulsé el aire despacio e intenté compartir su fingida alegría.

—Está bien. Se lo diré a mamá. ¿Me ayudas a subir la compra?

—Bueno. Vale. Venga. Te ayudaré.

No parecía nada entusiasmada. Le di una palmadita de apoyo en el brazo y fuimos a por las bolsas. Después de colocarlo todo en los armarios y en la nevera, empecé a preparar la tarta.

—Oye, sienta bien hacer repostería juntas —acotó mi hermana mientras se limaba las uñas, un sonido tan irritante que me crispaba los nervios.

Le lancé una mirada cruzada.

—¿*Juntas*? Si lo único que has hecho hasta ahora ha sido compartir chismorreos.

—Pues eso. Tú preparas el bizcocho y yo te cuento cosas divertidas. Ay, Zooey, ¿qué harías sin mí? Te morirías sin saber que Tara Parrish tuvo que quedarse preñada para echarle el guante a Bobby Tom.

—De verdad que me parece denigrante lo que hacen las mujeres hoy en día para conseguir marido.

—¡Hoy en día, dice! —Jennifer dejó de limarse las uñas y me miró divertida—. Esto se ha hecho siempre, cariño, despierta. La tía Ellen también se casó estando embarazada. De lo contrario, el tío Mac nunca se habría casado con ella.

—¿Y de qué les sirve casarse con hombres que nunca las amarán? El tío Mac se acostó con medio pueblo. Que sepamos —subrayé—. La tía Ellen murió del disgusto.

—Pero bien que exhibía su pedrusco por ahí. Y murió porque bebía como un cosaco, no por el disgusto.

—Bah. Yo creo que ningún pedrusco compensa el estar casada con un capullo.

—Si no me falla la memoria, tú sigues casada con Daniel, y eso te

deshabilita para juzgar a las demás.

Apagué la batidora y le lancé una mirada chispeante a mi hermana, una mirada que dijo más que mil palabras. Después de toda una tarde de limar asperezas, ahora regresaba la misma tensión de siempre.

—No me mires así —se puso a la defensiva—. Sabes que tengo razón. ¿A qué estás esperando para dejarle?

—¡He estado con él toda mi vida! —le grité, atacada. Sabía que era necesario solucionar el problema con Daniel, pero no tenía fuerzas para enfrentarme a eso ahora.

—Y mira la poca importancia que le dio a eso. En cuanto se le presentó la ocasión de meterla en un coño mojado, no se echó atrás.

—¡Jennifer!

—¿Qué? —se defendió ella alzando el tono—. Es la verdad.

Intentando mantener a raya mi ira, encendí la batidora y removí la crema hasta que estuvo lo suficientemente homogénea.

—Espera. ¿Crees que estaba seco? —preguntó mi hermana en cuanto cesó el ruido.

Lo intenté con todas mis fuerzas, pero por mucho que yo apretara los labios, mi boca fue alzándose poco a poco, milímetro a milímetro, hasta que no pude contenerme más y estallé en ruidosas carcajadas. En ese momento entró mi madre.

—¿Qué es eso tan gracioso que tanto os divierte? —preguntó con una sonrisa.

Jennifer sacudió la cabeza disimuladamente para decirme que cerrara la boca. De todos modos, no le habría dicho a mi madre que lo que nos hacía tanta gracia era el grado de humedad que registraban las partes íntimas de Charlotte.

—No es nada, mamá —mentí, conteniendo a duras penas la risa—. Tonterías de Jennifer. Mira. Estamos haciendo una tarta.

Mi madre se sentó con dificultad en una silla.

—Qué bien. ¿Me pasas un vaso de agua? Tengo que tomar los calmantes.

Ella tenía un aspecto tan fatigado que corrí a la nevera, retiré la jarra de plástico amarillo y le eché un buen vaso.

—Aquí tienes. —Se lo dejé encima de la mesa.

Sacó las pastillas del bolsillo de su vestido y las alineó encima de la mesa. La observé con los ojos nublados de lágrimas.

—¿Te duele mucho? —preguntó Jennifer con mirada apenada.

Mi madre intentó sonreír.

—Esto redefine el concepto de dolor. Lo que peor llevo es lo de las piernas, tenerlas siempre débiles y entumecidas.

Me acerqué y la cogí de la mano. Jennifer hizo lo mismo.

—¿Sabes qué? Mañana haremos una barbacoa en mi casa —intentó animarla.

—Qué buena noticia, cariño. Hace mucho que no hacemos una barbacoa. Me hace mucha ilusión.

Nos sonrió, soltó nuestras manos y se tragó el puñado de pastillas que ahora formaba parte de su día a día.

*

A pesar de la densidad de los nubarrones que tapaban el cielo como una cortina lechosa, no parecía que fuera a llover en breve. Encontramos a Logan al cargo de la barbacoa. Le acompañaba Titi, la suministradora de cervezas, que esa tarde parecía desempeñar también el cargo de ayudante del cocinero. Tom y Jennifer estaban dentro, preparando una ensalada de col. Los niños, como siempre, se entretenían con toda clase de dispositivos tecnológicos.

—Qué bien huele —le dije a Logan, acercándome con una cerveza en la mano.

—Es un maestro de la barbacoa —aseguró Titi—. Ya que estás tú aquí, disculpadme un momento. Voy a ver a Tommy. Esta mañana se ha levantado con fiebre.

—Espero que no sea nada, Titi.

—No, no lo parece. Es por la piscina. Está todo el día en remojo, como un pequeño sapo, y no para de ponerse malo. Iré a darle el jarabe.

Nos despedimos con una sonrisa apenas esbozada. Me volví hacia Logan.

—¿Te ayudo?

—Puedes hacerme compañía, si quieres. Mi mujer pasa de mí. Como siempre.

Eché una mirada rápida a la ventana que daba a la cocina. Bajo la luz de la bombilla, a Jennifer se le veía muy divertida por algo que le estaba contando Tom.

—Ay, no sé cómo le aguanta —le confié a Logan.

Este volvió la cabeza hacia atrás, les lanzó una mirada desapasionada y se volvió a centrar en las costillas que preparaba a fuego lento.

—Yo tampoco. Es la única a la que le cae bien Tom. De hecho, me atrevería a decir que ni siquiera a Titi le cae bien su marido.

Solté una risita.

—No me extrañaría para nada.

Logan dio la vuelta al costillar con unas pinzas que llevaba colgadas del delantal.

—¿Cómo está Rachel? —me preguntó al cabo de unos momentos de silencio.

Mi ceño se arrugó de asombro. Él nunca se había interesado por Rach. Ni siquiera una pizca.

—Bien. Está bien —aseguré con una sonrisa tensa—. Trabajando como loca.

—¿Crees que vendrá a casa para Acción de Gracias?

Tomé un trago de cerveza y me encogí de hombros.

—Ni idea. Todavía faltan meses para eso. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. Por preguntar —murmuró.

Lo medí con la mirada, intentando adivinar qué era lo que escondía, pero no saqué nada en claro. El Dodge de T.J. se detuvo al lado de mi coche y dejé de preocuparme por Rachel y Logan.

—¿Qué hace él aquí? —gruñí entre dientes.

—Lo invitó tu madre —explicó Logan, mirando hacia la calle.

—Cojonudo.

Mamá salió de casa justo cuando T.J. empujaba la portezuela de la entrada.

—Traigo cervezas —anunció con una de sus medias sonrisas perezosas—. Hola, señora Patton. ¿Cómo está usted?

Dejó las cervezas encima de una mesa plegable, fue hacia mi madre y le dio un beso y un abrazo.

—Hola, T.J. Me alegro de que hayas podido venir.

—Oh, no sabe usted lo mucho que me pierden las barbacoas.

Cruzó el jardín en dirección nuestra, me cogió por la cintura con las dos manos y plantó un beso en mis labios.

—Hola, cariño mío. ¿Necesitas ayuda, Logan?

¿Cariño mío? ¿De qué iba?

—No, estoy bien —contestó mi cuñado, volviendo a girar el costillar—. Tómame una cerveza. ¡Jennifer! ¡Vamos, salid! Saca a los críos. Las costillas ya están casi listas.

La mesa estaba puesta, así que en cuanto salieron mis hermanas, mi odioso cuñado Tom y la tropa de niños enganchados al Instagram, nos sentamos a cenar. Mi madre se las apañó de tal forma para que yo acabara sentada al lado de T.J.

Él palmeó mi muslo para que todo el mundo lo viera. Tom sacudió la cabeza con reprobación. Mi madre y mis hermanas retuvieron la sonrisa. Y Logan, bueno, él se ocupó de cortar las costillas y servir las en nuestros platos como si no hubiese reparado en la conducta de su mejor amigo. Se le veía distraído, abrumado por algo. Estaba taciturno y triste, tan infeliz como Titi.

—Si a alguno le gustan más hechas, que lo diga. Todavía quedan brasas.

—Así están perfectas, Logan, cielo, gracias —dijo mi madre—. Que aproveche.

—Gracias, mamá —le sonreí yo—. Igualmente.

—Ay, Tom, ¡las mazorcas! —se lamentó Jennifer.

—Voy.

Tom, solícito como nunca le había visto, se levantó con premura y fue corriendo hacia la cocina.

—Al menos a ti te hace caso —se disgustó Titi con la boca fruncida en un gesto amargo—. A mí me habría dicho: *¿Y a qué coño esperas para ir a por ellas?*

—Vamos, Titi, no puede ser tan malo —aseveró Jennifer con los ojos en blanco—. Si sabes cómo pedirle las cosas...

—Da igual. A mí no me respeta como a ti, Jen. Yo soy su mujer, un trapo para limpiarse las botas encima.

Mi madre abrió los ojos de par en par y le lanzó una mirada reprobatoria a mi hermana.

—¡Titi! Hay niños delante.

—Ya están acostumbrados a esta mierda, mamá.

Llegó Tom con las mazorcas y la conversación cesó de pronto, dejando atrás un rastro de tensión que nos envolvió a todos los presentes menos a la manzana de la discordia, que sonreía como si nada mientras le ofrecía una mazorca a Jennifer.

—¿Te apetece que vayamos luego a dar una vuelta, cielo?

Volví la mirada hacia T.J. A juzgar por el brillo malévolamente de su mirada, lo que quería decir era: *¿Qué tal si luego follamos un rato, nena? Así me cobro el favor que te estoy haciendo.*

—No puedo —decliné con frialdad—. Tengo que llevar a mamá a casa.

—Oh, no te preocupes por mí, cariño. Puedo ir con Tom y con Titi.

—Ah, estupendo, señora Patton —se regodeó T.J. con otra sonrisa maliciosa—. Le prometo que la traeré pronto a casa.

—O no —repuso mi madre con una sonrisa traviesa que le arrancó una risa gutural a T.J.—. No veo razón para que andéis con prisas.

—En fin, ya que tengo la bendición de tu madre, será mejor que te quedes a dormir.

Chasqué los labios con disgusto. El muy cabrito se estaba aprovechando de la situación, y era culpa mía, porque había sido yo la que había puesto en marcha ese engaño.

—Ya veremos.

—Claro que se queda a dormir —aseguró mi madre, haciendo caso omiso de la tosquedad de mis palabras—. Es peligroso conducir por la noche. Y más si vas por esas carreteras tan solitarias.

Volví a hacer una mueca. Mi madre estaba empeñada en que yo pasara de estar casada con Daniel a estar casada con T.J. Por lo visto, le seguía escandalizando la palabra *divorciada* si iba en la misma frase que la palabra *hija*.

—Zoey y yo hemos hecho una tarta de postre —anunció Jennifer, muy complacida.

—Tu hermana he hecho una tarta de postre —la corrigió mi madre con los párpados entornados—. Tú te limitaste a arreglarte las uñas.

—Mamá, no seas injusta. Yo probé la crema y le dije a Zoey que le faltaba azúcar. De no haber sido por mí, esa tarta habría sido un fracaso.

—No seas tan humilde, Jen —me burlé con una sonrisa.

Mi hermana me sacó la lengua, como hacíamos de pequeñas. Empezaba a gustarme lo de estar arropada por una familia. Incluso una familia como la mía, desordenada, complicada, difícil... Y, pese a todo, una familia.

*

Los rayos de la luna dibujaban sombras fantasmales a través de las ramas de los árboles cuando T.J. y yo llegamos a su casa. No habíamos

intercambiado ni una sola palabra desde que habíamos salido de casa de Jennifer. No sabía qué decir. Me sentía rara en su compañía. Y, la verdad, estaba cabreada con él por estar aprovechándose de la situación.

Donna Dee salió a nuestro encuentro y, en cuanto bajé del coche, me saltó encima para que la acariciara. Esta vez, T.J. no se detuvo a esperarme. Me precedió, dejando la puerta abierta. Cuando lo alcancé, ya se había quitado las botas y había preparado dos vasos de whisky.

—No pienso acostarme contigo —declaré y fui a sentarme en el sofá.

Su boca se elevó en una sonrisa que intentaba reprimir.

—Está bien. Haremos manitas.

—¿De qué iba eso de *cariño mío*?

—Querías un novio, ¿no? Pues es lo que hacen los novios. Se ponen apodos vomitivos.

—No lo hagas. Hace que me sienta rara.

—Fue idea tuya, encanto —gruñó, con el vaso al lado de los labios. Lo apuró y luego se echó otro—. Yo estaba muy bien con mi vida antes de que aparecieras tú —volvió a decir, dejando la botella encima de la mesa. Enfiló el sofá, en el que se sentó lo suficientemente lejos de mí—. Tenía una novia nueva todas las noches y era feliz. Pero tuviste que tirarme al suelo un día y ponerlo todo patas arriba. ¿Quién eres tú?, ¿el huracán Zooney que arrasa con todo lo sensato?

Lo miré con un nudo en la garganta. ¿Qué intentaba decirme? ¿Que para él también significaba algo? ¿O simplemente le estaba afectando el alcohol?

Mis ojos recorrieron su perfil, bañado por la luz de la bombilla, su mandíbula sin afeitar, su boca contraída en una línea rígida...

—¿Qué significa lo que acabas de decir?

Hizo una larga pausa, al cabo de la cual sus ojos se giraron y se clavaron en los míos.

—Significa que he bebido más de la cuenta y que deberíamos irnos a la cama —respondió con dureza.

Una vez rota la magia, se levantó y echó a andar hacia el dormitorio.

—Por cierto. Deberías saber que duermo desnudo —añadió antes de entrar.

Estaba loco si pensaba que iba a meterme en su cama en esas condiciones. Tenía mi orgullo. Así que, si había que dormir en el sofá, iba a dormir en el maldito sofá. Y todo para que mi madre enferma de cáncer creyera que había superado lo de Daniel.

Mientras estuve ahí encogida e irritada porque no conseguía que se me calentaran los pies lo suficiente como para quedarme dormida, me pregunté cuántos sacrificios había hecho mi madre por mí a lo largo de su vida. Supuse que muchos. Se lo debía. Incluso si me daba una hipotermia esa noche (¿por qué ese hombre no tenía una manta en el sofá? ¿Y por qué hacía tanto frío a primeros de septiembre?), seguía estando en deuda con mi madre.

*

No sabía la hora que era cuando me metí a tientas en su cama. Estaba congelada. Llevaba razón al decir que refrescaba bastante en esa zona del río. Intenté ser sigilosa para no despertarle, pero tenía el sueño ligero y notó de inmediato mi presencia.

—¿Se te ha pasado el berrinche? —susurró con voz raposa.

—No. Pero tengo frío.

—Ven aquí, anda.

Me cogió por el brazo y me atrajo hacia él. Como le volví la espalda, descansó la mano sobre mi cadera. No pude evitar la punzada de deseo que contrajo mi estómago cuando, unos segundos después, se palma se arrastró por mi muslo.

—¿Piensas dormir con el vestido puesto?

—Es lo que hay.

—No seas terca. —Sus labios se acercaron a mi oído y susurraron en tono persuasivo—: Quítatelo.

—Sí, claro. Más quisieras —dije, toda rígida. Me sentía como una damisela victoriana.

—Puedo dejarte una camiseta mía.

Puse los ojos en blanco. No iba a rendirse, ¿verdad?

—No, gracias.

T.J. soltó un taco y creo que me llamó *mujer terca como una mula*.

—Está bien. Como quieras.

Él se calló y yo suspiré.

—De acuerdo —cedí al cabo de un rato, ya que el vestido era demasiado incómodo para dormir con él puesto.

T.J. accionó la luz de su mesilla, se levantó con un suspiro y fue hacia el armario. Me lanzó una camiseta desde ahí, regresó a la cama y apagó la luz. Me quité el vestido por debajo de la manta y me puse su camiseta. Me tumbé, otra vez dándole la espalda, y él volvió a acercarme a su pecho.

—No bromeabas al decir que dormías desnudo —comenté, con voz ronca.

Se produjo una pausa.

—No —dijo por fin, y su voz sonó seca.

Cerré los ojos e intenté dormirme de una vez, pero fui incapaz. Al levantarse, gloriosamente desnudo, la tenía dura, y sabía que seguía teniéndola. Notaba la presión contra mi trasero. Y por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera la imagen de su cuerpo fundiéndose en el mío.

—Estás empalmado —recriminé con un soplido. Estaba irritada, pero no con él, sino conmigo misma. El deseo me estaba cosquilleando en el vientre y sentía la humedad expandiéndose dentro de mí. Esa excitación era de lo más frustrante.

—Lo siento —se excusó él en un murmullo—. Tuve un sueño erótico.

Apreté los párpados con fuerza. ¡Jo-der! ¿En qué momento había dicho yo nada?

—Tú estabas en mi cama y me mirabas con tus preciosos ojos azules

—prosiguió, cerca de mí oído—. Y yo te pregunté *¿qué haces aquí, Zooey?* Pero tú no contestaste. Separaste las piernas y me miraste fijamente a los ojos. Te mordiste el labio, como una invitación, ¿sabes? No llevabas nada por debajo del vestido, y cuando me acerqué y te palpé entre las piernas, vi que estabas muy húmeda. Entonces, deslicé un dedo dentro de ti para probarte, y luego otro y...

—T.J. —gruñí a través de los dientes apretados— haz el favor.

—Y a ti te gustaba que te follara con los dedos, porque empezaste a mover las caderas y a contonearte contra mi mano. Estaba a punto de meter la cabeza entre tus piernas y besarte. Quería pasar suavemente la lengua por tus labios empapados e hinchados de deseo, y succionar despacio esa cima de color canela hasta que te abandonaras por completo entre mis brazos, pero no me dio tiempo de llevarlo a la práctica porque la Zooey coñazo de la vida real se metió en mi cama y me despertó. Y esa es la historia que explica por qué sigo empalmado —concluyó con tono desenfadado.

—Hubiese preferido no saberlo.

—Has sido tú quien ha preguntado.

—Soy consciente de ello. Buenas noches.

—Buenas noches, Zooey —respondió con tranquilidad.

Nos callamos los dos. Volví a obligarme a conciliar el sueño, y volví a maldecir hacia mis adentros al darme cuenta de que era imposible que lo lograra. Resollé y gruñí como un caballo con asma. Si antes estaba cachonda, ahora tenía ganas de trepar por las paredes. Me imaginé a T.J. haciendo todo lo que había dicho que iba a hacerme, y la presión en mi vientre aumentó, a la vez que se expandía la humedad que empapaba mi ropa interior.

—Una pregunta, Zooey. ¿Estás mojada?

—¡Cállate!

—Solo preguntaba.

—Pues no preguntes.

—De acuerdo. Estás mojada —afirmó con total certeza, y había una satisfacción casi maliciosa en su tono de voz.

Solté un gruñido inarticulado de irritación y tomé la sensata decisión de no continuar con esa conversación.

—Zooey... —murmuró al cabo de un rato, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —gruñí, aún más exasperada.

—La tengo tan dura que no puedo dormir.

—Pues piensa en algo desagradable.

—Lo intento, en serio, pero solo puedo pensar en ti, y eso me pone todavía más duro.

—Eres asombroso.

—Lo sé.

—No lo decía en el buen sentido de la palabra.

—Lo sé... —repitió apesadumbrado.

Cerré otra vez los ojos y empecé a recitar una poesía que había aprendido en el colegio. Me solía ayudar a relajarme. ¿Cómo era? Un burro va y...

—¡A la mierda el burro! —juré entre dientes.

Me volví entre sus brazos y mi boca buscó febril a la suya. T.J., gimiendo de placer entremezclado con asombro, cogió mi rostro entre las manos, me metió la lengua dentro y me dio un beso crudo, un beso que me arrancó hasta el último resquicio de sentido común.

Sus manos se deslizaron por debajo de mi camiseta y tomaron mis pechos entre sus palmas, y lo más sensato que hice yo fue cubrir su erección con el puño y empezar a acariciarla mientras su lengua exploraba mi boca con un beso apasionado y tan carnal que sentí que iba a morirme si todo eso concluía ahí. Necesitaba continuar. Necesitaba llevar aquello hasta el fin.

—T.J.

—No me digas que pare —suplicó.

—No iba a decir eso.

—Bien —murmuró, sus labios bajando por mi mandíbula.

—Iba a decir que... te quiero dentro.

Su boca sonrió sobre mi piel.

—Has tardado demasiado en pedirlo, pero te perdono porque yo también quiero estar dentro de ti.

Sus manos me bajaron impacientes las bragas. Se colocó encima y me penetró con urgencia.

—Madre mía.

—Pues sí que estabas mojada —jadeó, entrando y saliendo de mí enérgicamente.

—¡Madre mía! —repetí—. ¡Dios mío! ¡Joder! ¿Pero qué es esto? ¿Por qué te deseo tanto? ¿Qué es lo que me estás haciendo? —recriminé, cogiendo su rostro entre los dedos y apretándolo con ira.

Se rio entre dientes, cogió mis muñecas y las apretó contra el colchón, por encima de mi cabeza.

—Creo que te estoy poniendo cachonda.

—Sea lo que sea que estés haciendo, por favor, no pares.

Sonrió y, con un gruñido primitivo de excitación, se precipitó sobre mi boca. Soltó mis muñecas y, mientras me besaba y me penetraba profundamente, metió la mano entre nuestros cuerpos y empezó a trazar movimientos lentos encima del clítoris hinchado que tanto requería sus atenciones.

—Oh, Dios, voy a correrme... —advertí con un lánguido gemido, y mi cuerpo, preso por un impetuoso deseo, se arqueó hacia arriba.

Sus caderas entrechocaban contra las mías y sentía la profundidad de esa penetración con cada fibra de mí. Tenía los nervios erizados.

—Chisss, aguanta un poco más. Solo un poco.

El orgasmo ya había empezado a arrancar en mi interior y no conseguí hacerlo retroceder.

—No... Por favor, no pares ahora.

—¡Oh, Zooey, joder!

T.J. empezó a entrar y a salir de mí como si le fuera la vida en ello y no pude seguir aguantando por más tiempo. Estallé alrededor de esa invasión y

me rompí en pedazos, y él no tardó nada en salir y correrse encima de mi vientre. Calculé que no habíamos empleado más de cinco minutos en satisfacernos mutuamente.

T.J., aún entre mis piernas, se pasó las dos manos por el pelo, dejó caer la cabeza hacia abajo y juntó las dos manos sobre la nuca.

—Me vuelves loco. No sé lo que estás haciendo o cómo lo haces, pero me tienes absolutamente enajenado. No puedo dejar de pensar en ti. Desde que nos acostamos, he intentado hacerlo con otra mujer, pero acabé mandándola a casa porque no podía acercarme a ella. ¿Y quieres saber por qué? Porque ella no eras tú. Así que dime —Levantó los ojos con deliberada lentitud y buscó los míos—, ¿qué coño me has hecho, Zooey?

No dije nada, me incorporé y lo besé. Esta vez no fue un beso agresivo como el que le había dado antes de que él saciara mi necesidad. Al contrario. Ahora nuestros labios se juntaron con ternura, despacio, con una pasión tan latente que me estremeció por dentro.

—Acepto el trato —le susurré.

Sus labios sonrieron sobre los míos.

—Y yo, joder. Y yo.

—Bien —murmuré, besándolo otra vez con dulzura.

—Bien —zanjó él, cogiendo mis labios entre los suyos.

Aunque ninguno lo advirtió, no de forma consciente, al menos, mientras nos besábamos de esa forma, lo que hacíamos era crear un vínculo entre nosotros; un vínculo emocional que, por lo visto, ninguno de los dos estaba preparado para asumir. Sabía que estaba mal enamorarme de él, pero lo había hecho desde el principio, y ahora ese amor no hacía más que florecer dentro de mí, se estaba abriendo como el capullo de una hermosa rosa. ¿Cuánto tiempo iba a tardar la rosa en perder todos sus pétalos? ¿En cuánto tiempo se marchitaría nuestro amor? ¿Días, semanas, meses, un año? ¿Le pondría fin una infidelidad, un malentendido, el aburrimiento o la rutina?

Demasiadas preguntas que contestar. No quería abrumar a mi mente con todas esas inquietudes. Quería cerrar los ojos y dormir abrazada a él, placida y tranquilamente.

Y eso fue justo lo que hice. La vida es tan corta que a veces solo hay que vivir el momento y esperar que las cosas se solucionen por sí solas.

*

—¿Qué te parece si Logan y yo organizamos una jornada de diversión para el próximo sábado?

Alcé los ojos hacia los suyos. Ya era de día, pero como no quería levantarme de la cama, llevaba más de una hora abrazada a su pecho desnudo. T.J. tenía los brazos a mi alrededor y las piernas enredadas con las mías. Me gustaba estar ahí con él sin hacer nada, sin preocuparme por nada. Su presencia actuaba como un bálsamo en mí. Cuando estaba con ese hombre, no podía pensar. Eso era muy bueno, mis pensamientos solían ser devastadores.

—¿Qué tienes en mente? —inquirí, delimitando con la mirada el contorno de sus labios.

—El parque de atracciones. A los críos les chiflaría.

—¿Salida familiar?

Apenas conseguí contener la sonrisa. Se estaba tomando muy en serio lo de ser mi novio. Daniel nunca se había preocupado por caer bien a mi familia. Claro que T.J. no se le parecía en nada a Daniel...

—Ajá. Podríamos llevarnos a tu madre. Seguro que le encantaría volar de un árbol al otro atada a un arnés. ¿Qué me dices? ¿Nos apuntamos a un fin de semana de loca diversión? Tienen incluso caballos. Y ofrecen alojamiento a unos precios muy competitivos.

—¿En serio? ¿Es que hay un hotel ahí? Espera. ¿Me estás hablando del parque que está a orillas del lago?

—El mismo. No es un hotel, son casitas en los árboles.

—¿Casitas en los árboles? —repetí, con una sonrisa impregnando mi voz.

—¿A que sería divertido? Estaríamos en un entorno de lo más privilegiado. Las vistas son asombrosas. Es todo tan verde y tan... vivo.

Le vi tan entusiasmado que no pude negarme.

—¿Sabes qué? Hagámoslo.

Sonreía cuando bajó la mirada hacia la mía.

—¿Sí?

—Sí —murmuré, pasando los dedos por su grueso pelo quemado por el sol.

T.J. me levantó la barbilla con un dedo y me dio un beso suave en los labios. Se me entrecerraron los ojos.

—Me gusta despertarme así —murmuró contra mi boca.

—A mí también.

—¿Y sabes qué más me gusta?

—¿Mmmm?

Sus labios bajaron por mi mandíbula. Estaba sonriendo.

—Hacerte el amor —me susurró al oído mientras arrastraba la palma hacia mi pelvis.

Sonreí con la pereza de un felino y me arqueé hacia arriba.

—¿De verdad?

Un dedo suyo se coló en mi interior. Volvió a sonreír al descubrir que estaba mojada. Sus labios se aferraron al lóbulo de mi oreja.

—Ya lo creo, princesa.

Para ser un novio falso, se estaba comportando como uno de lo más real.

Poco a poco se fue moviendo hasta que acabó encima de mí, encajado entre mis piernas. Su dedo todavía seguía en mi interior. Me mordí el labio y lo observé con ojos nublados de deseo. Me dieron ganas de acariciarle la boca con el pulgar, tenía los labios magullados y un poco entreabiertos, pero me mantuve quieta y soporté la intensidad de su mirada. La sangre latía en mis venas y noté que se me contraía el estómago.

T.J. tenía unos profundos ojos azules, aunque no fue eso lo que me dejó tan abrumada. Fue el modo en el que me estaba mirando, como si nunca hubiese

visto algo tan insólito como yo.

No sé el tiempo que duró ese extraño contacto visual ni si fui yo la que le puso fin o no. No sé si me acerqué a sus labios, incapaz de lidiar contra ese deseo tan insoportable, o si, por el contrario, fue él quien dio el primer paso.

—Zooey —susurró mi nombre con los labios rozando los míos. El beso que nos dimos resultó tan cargado de emoción que tuve miedo de que me fuera a doblar en dos.

Nuestros ojos se mantuvieron a la misma altura, y nos seguimos mirando incluso después de despegarse nuestros labios.

—Me gusta estar contigo —añadió, con una especie de sonrisa que oscilaba entre el tormento y la timidez.

Moví la mano y pasé el pulgar por el arco de su boca. Él plantó un beso en la punta de mi dedo.

—A mí también me gusta estar contigo.

Su rostro se volvió a torcer en ese gesto tan desgarrador. Era como si estar conmigo estuviese produciéndole agonía y, al mismo tiempo, una desconcertante felicidad. No fui tan arrogante como para pensar que se comportaba así porque le asustaba perderme. Eso habría supuesto que él también sintiera algo más aparte de lujuria, y no era cierto. Me había dejado claro desde el principio que no le interesaban los vínculos. Con él era un *lo tomas o lo dejas. Esto es lo que hay*. Podías aceptar o podías echarte atrás. Fuera cual fuera tu decisión, no había vuelta atrás. Con T.J., las decisiones eran definitivas e irrevocables.

Yo lo acepté diciéndome que lo hacía por mi madre. Los dos sabíamos que estaba mintiendo.

*Zooey*

El grito de un niño traspasó el silencio de la mañana. Y otros gritos más lo siguieron. Los niños estaban exaltados. Ese lugar era un paraíso para ellos.

—¿No crees que deberíamos quedarnos aquí? —susurré mientras nos alejábamos hacia la valla verde que separaba el campamento del resto del bosque. Acabábamos de llegar al parque de atracciones. Lo único que habíamos hecho era registrarnos y subir las maletas a nuestras habitaciones. Disponíamos de tres casas suspendidas, una para nosotros dos, otra para Jennifer y Logan, y la tercera para mi madre y los niños.

—No —fue todo lo que dijo.

Suspiré y lo seguí en silencio. Estaba taciturno aquel día. Llevaba toda la semana sin verle. No me había llamado ni una vez, hasta la noche anterior, y entonces lo hizo solo para confirmarme que a las diez de la mañana siguiente se pasaría a recogernos a mi madre y a mí para llevarnos al parque de atracciones.

Por la mañana, a las diez en punto, se había apeado del coche, en vaqueros y camiseta blanca de manga corta, y había subido al maletero nuestras pequeñas maletas. Luego, se había colocado unas gafas de aviador encima de la nariz y se había limitado a conducir, charlando solamente con mi madre, como si yo no estuviese presente. El anterior fin de semana nos habíamos despedido en condiciones amistosas, así que no comprendía el porqué de su mutismo.

Me sentía incómoda, pero si él no tenía pensado decir nada, yo tampoco iba a hacerlo. A lo mejor, simplemente, estaba pasando una mala racha en el trabajo. Como no éramos novios de verdad, no me atreví a preguntarle.

Sin que nuestras palabras rompieran la extraña quietud de la naturaleza, salimos del campamento y nos alejamos por un delgado sendero que conducía a las entrañas del bosque.

Llevábamos caminando unos veinte minutos, a través de altos árboles y empinadas colinas que había que subir, cuando él abrió por fin la boca.

—No te preocupes por tu madre. Hoy pasará el día con Jennifer y Logan. Mañana nos toca a nosotros.

—¿Os habéis repartido a mi madre entre Logan y tú?

Se encogió un poco de hombros.

—Logan dice que no te llevas muy bien con tu hermana. Nos pareció buena idea separaros.

—No es que nos llevemos del todo mal —expliqué, pasándome la lengua por los labios reseco—. Tenemos momentos.

Me lanzó una tan mirada insistente que tuve la impresión de que sus ojos podían ver más allá de la superficie, adivinar los secretos de los que yo nunca hablaba.

—Ya veo —dijo por fin, apartando la mirada.

—¿Y qué van a hacer hoy? —pregunté, con suficiente entusiasmo como para enmascarar mi ansiedad.

—Actividades en grupo —respondió él, absorto en sus pensamientos—. Escalar árboles y pasear en canoa por el lago.

Una leve sonrisa asomó en mis labios.

—A mi madre le encantará.

—Eso espero.

—¿Y qué haremos nosotros?

Dejó de caminar y sus ojos bajaron hacia los míos. Estaba tan cerca de mí que su respiración removía uno de los mechones que colgaba sobre mi ojo

derecho. Como si le molestara aquello, extendió el brazo y me lo apartó. Al notar el roce de sus dedos, sentí que se me paraba el corazón. Parecía tan lejano, tan inabordable esa mañana... Yo quería que me abrazara, echaba en falta la protectora fuerza de sus brazos, pero él se mantenía frío y distante, y no alcanzaba a comprender ese repentino distanciamiento.

—Hablar —respondió al cabo de unos momentos de silencio.

La intensidad de sus ojos era turbadora.

—¿Hablar?

Mi voz sonó trémula y él me estudió con la espeluznante fijeza de un cazador que tiene a su presa en el punto de mira.

—Ajá.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Tú... Yo... Nosotros...

Se me puso un nudo en la garganta.

—¿Hay un nosotros? —mi voz apenas era un hilito.

T.J. tragó saliva.

—Quizá. No lo sé. Vamos. Aún hay un largo camino por recorrer.

Me volvió a coger de la mano y reanudamos el paseo.

Tuvimos que alejarnos otra media hora hasta llegar a una pradera llena de frutales.

—Manzanos —comentó, señalándolos con la cabeza.

Al acercarnos, advertí que las ramas estaban repletas de frutas. Las manzanas eran pequeñas y verdes, aún faltaba para que maduraran, pero me parecieron tan apetecibles que alargué la mano y cogí una. T.J. contuvo la sonrisa.

—Yo que tú no haría eso. Aún están demasiado ácidas.

¿Qué sabía él? Limpié la manzana frotándomela encima de la camiseta y le di un buen mordisco. Hice una mueca de grima en cuanto el zumo llenó mi boca.

—Argghh. ¡Ya te digo que están ácidas!

La lancé a lo lejos y él soltó una risa bronca.

—Te lo advertí —murmuró, alejándose. No de modo físico, seguía a mi lado, pero lo notaba más inapelable que nunca.

—¿Conocías este lugar? —pregunté cuando se me hubo pasado el mal trago.

—Es mío —comentó T.J. con los ojos clavados en la corteza de un árbol. Su voz era suave y baja.

—¿En serio?

—Sí.

Su boca titiló en una especie de sonrisa al encontrarse nuestras miradas.

—Lo compré hace años —volvió a decir—. Quería construir una casa aquí.

—En mitad de la nada —afirmé con escepticismo.

—En mitad de la nada —corroboró distraído—. Ahí, en medio de esos tres manzanos, pretendía elevar la construcción. Me imaginaba un granero en ese lado, y un pozo en el otro. Quería tener caballos. Fantaseaba con enseñar a mis hijos a montar desde, prácticamente, la cuna. Siempre imaginé que su madre no se opondría.

—¿Hijos?

Me di cuenta de que mi voz temblaba un poco. T.J. exhaló un suspiro de resignación.

—Sí. En algún momento quise tener hijos.

No me pasó desapercibida la tristeza que impregnaba sus palabras.

—¿Y por qué no los tuviste? —susurré, reprimiendo el impulso de alzar la mano y acariciar su rostro con los dedos. Estaba cabizbajo, y entre los angulosos contornos de su rostro titilaba cierto aire decaído que me conmovió.

Estaba tan cerca de mí que sentí un leve temblor en el estómago. Sus ojos me apuntaron, llenos de ansiedad.

—Nunca encontré a la mujer adecuada.

Mi corazón se aceleró. ¿Qué intentaba decirme? ¿Por eso me había traído hasta ahí? ¿Quería ir en serio y no sabía cómo planteármelo? ¿Era yo la mujer adecuada para asentar la cabeza?

—¿Y crees que la encontrarás algún día? —acerté a decir.

Esperé recibir de él ternura y amor, pero su rostro se mantuvo congelado. Sus manos no me tocaron a pesar de lo mucho que deseaba sus caricias, y sus labios se mantuvieron dolorosamente alejados de los míos.

—No —dijo con voz hosca, tan tajante que dejé caer la mano justo cuando la estaba levantando para acariciarlo.

Ambos guardamos silencio. No sabía qué más podía añadir a eso. Lo había interpretado todo mal. Él no tenía intención de acercarse a mí. No quería dar un paso más. Solo quería pasárselo bien y luego seguir adelante.

Genial, Zoey. Siempre creando fantasías de la nada.

—Vamos a sentarnos —interrumpió él el hilo de mis pensamientos.

Lo seguí en silencio. Tenía la garganta seca.

Nos tumbamos sobre la mullida hierba verde, bajo la sombra de un manzano. Él me cogió de la mano, hizo que nuestros dedos se entrelazaran, y aunque me sentía decepcionada por su actitud distante y su falta de compromiso, no lo aparté de mí.

Mantuve los ojos clavados en el cielo. A través de las ramas del árbol, las nubes blancas viajaban con rapidez, movidas por la misma brisa que agitaba las hojas de los manzanos. Me invadió una molición tan dulce que apenas conseguí permanecer con los ojos abiertos. El silencio era tan atronador que parecíamos estar solos en el mundo.

—Si tuvieras la capacidad de volar a cualquier sitio del mundo, cualquier lugar que tu imaginación pudiese recrear, ¿adónde irías? ¿Nueva York? ¿Alejandría? ¿Bombay? ¿Lo nuevo? ¿Lo antiguo? ¿Lo exótico?

Me tomé unos momentos antes de contestar. Era un planteamiento interesante, y mi mente aún seguía sumida en ese profundo sopor que me impedía pensar con coherencia.

—No lo sé —hablé por fin, casi un abismo de tiempo más tarde—. A alguna isla, supongo. Una de esas en las que te pasas el día tirado en una

hamaca, bebiendo leche de coco y contemplando el océano. ¿Y tú?

Miré el recto perfil de su rostro mientras esperaba una respuesta. T.J. estaba recostado a mi lado, su mano encajada en la mía, y mantenía la vista fija en el vasto cielo azul. En los bordes de su boca asomó una pequeña sonrisa.

—A mi casa —murmuró con voz rota—. Entre lo nuevo, lo antiguo y lo exótico, me quedaría con lo importante.

Mi anterior respuesta me hizo sentir superficial. *A casa* era una buena respuesta.

—¿Echas de menos Luisiana? —susurré.

Se produjo una corta pausa.

—Vivíamos en un lugar como este. Exactamente igual. Nuestra casa estaba asentada en medio de una pradera rodeada de manzanos. Llevaba en nuestra familia casi ciento veinte años. Mi madre hacía mermeladas y compota todos los años. Teníamos demasiadas manzanas —recordó con una risa amarga—. Pasé todos los otoños de mi infancia recogiendo la fruta de los árboles. Se necesitaban casi dos semanas de trabajo para recolectarlo todo.

—¿Las vendíais?

—Sí. Había un hombre que venía y se lo llevaba todo. Con lo que nos pagaba, teníamos para comer durante casi todo el invierno. Eran buenos tiempos, Zooey. Mi infancia en el huerto de manzanos fue muy feliz. Quizá por eso compré esto, para que mis hijos tuviesen una infancia similar a la mía.

—¿Has pensado alguna vez en volver?

—¿A Luisiana?

Asentí en silencio.

—No —respondió él, unos momentos después.

—¿Qué fue de la casa de los manzanos?

—Mis padres la vendieron al marcharnos. Ahora ya no existe. Han derribado esas viviendas para construir un centro comercial.

Las comisuras de mi boca se torcieron en un gesto triste.

—Lo siento.

Se encogió un poco de hombros.

—Es igual. Ya no importa. El pasado solo es pasado.

Sabía que aún le importaba. Tenía un vínculo de lo más poderoso con sus orígenes, pero le parecía una debilidad admitirlo delante de mí, así que no insistí más.

—Yo nunca estuve demasiado apegada a mi casa —comenté de pronto—. Siempre he querido perder de vista mi pueblo.

—¿Por qué?

Al volver la cabeza, nuestros ojos se encontraron.

—Me parecía tan pequeño. Tan apartado. El mundo no podía limitarse solo a eso. Había algo más. ¡Tenía que haberlo! Yo quería conocer cosas nuevas, por eso me fui.

—¿Lo echas de menos? —susurró, sin que sus ojos soltaran los míos.

—¿A Daniel?

Su expresión se volvió pétrea y yo me mordí la punta de la lengua.

—Me refería a Nueva York.

Me sentí tan avergonzada que aparté los ojos y me pasé la lengua por los labios. Sabía que aquello provocaría un cambio en nuestra relación, lo había visto en sus ojos. Lo que no sabía era cuán importante iba a ser.

—No lo sé —musité displicente.

Él soltó mi mano, confirmando algo que ya sabía: que yo acababa de meter la pata al mencionar a Daniel en una conversación que nada tenía que ver con él.

Si T.J. había planeado algo más para esa mañana, aquello acabó con sus planes. Al cabo de unos momentos de silencio, se puso en pie y me informó de que ya era hora de volver. Cogimos el camino de vuelta, y a medida que avanzaba el día, lo sentí aún más distante y gélido que antes.

*

Volvimos justo a tiempo para lanzarnos en tirolina con los demás. T.J fue a reservar turno y yo busqué a mi madre entre la gente.

—Hola, mamá —saludé con la mano al verla a lo lejos—. ¿Qué tal la canoa?

Mi madre echó a andar hacia mí, ruborizada y sonriente. Parecía estar pasándose en grande. Iba vestida en chándal y tenía el pelo recogido en una coleta que le daba cierto aire de colegiala. No tenía aspecto de abuela.

—Genial, cielo. Logan y yo hemos ganado la competición, ¿te lo puedes creer? Había veinte participantes y fuimos nosotros los que nos llevamos el trofeo.

Recordé los bíceps de piedra de mi cuñado. Si competía con los demás hombres de por ahí, la victoria estaba asegurada. Él y T.J. eran los más atléticos que había en todo el parque de atracciones. Lo divertido había sido verlos enfrentados, peleando por el mismo trofeo. Esa sí había sido una competición.

—¿De verdad? ¡Qué bien! Enhorabuena, mamá.

Una niña pasó a gran velocidad por encima de nuestras cabezas y mi madre y yo sonreímos al escucharla gritar de entusiasmo.

—¿Vas a lanzarte, cariño?

—Sí. Estoy esperando a T.J. ¿Qué tal las tirolinas? Nunca las he probado. ¿Es difícil?

—No te creas. Yo ya llevo dos lanzamientos. El primero me provocó un poco de vértigo, pero ahora ya le he cogido el gusto.

—Veronica Patton —anunció una mujer por los altavoces.

—Huy, me toca. Hasta ahora, cielo.

—Hasta ahora, mamá.

Mis ojos la siguieron sonrientes.

Pasados unos segundos, noté la poderosa presencia de T.J. a mi lado.

—¿Qué tal se lo está pasando? —preguntó, señalando a mi madre con la cabeza.

Volví la mirada hacia la suya.

—Mírala. Parece tan viva...

—Lo está.

Mi madre subió al árbol, esperó las instrucciones y, en cuanto le dieron luz verde, saltó.

—¡Hola, T.J.! —gritó al volar por encima de nosotros—. ¡Cómo mola!

Solté una risita y me aferré a los dedos de T.J. Sus ojos se volvieron asombrados, y yo tuve que reprimir el impulso de decirle *te quiero*. Si alguna vez hubo un momento perfecto para decírselo, fue aquel.

Mientras nos sosteníamos la mirada el uno al otro, la mujer de los altavoces dijo mi nombre.

—Bueno, señorita, te toca —comentó él como si nada.

Asentí y lo seguí hasta el árbol de lanzamiento. Aunque había un hombre ocupándose de ponernos el equipamiento, antes de que yo me lanzara, T.J. quiso asegurarse de que estaba bien atada.

—Seguro que él ya sabe lo que hace.

—Seguro que sí —coincidió mientras comprobaba el arnés—. Pero a mí me gusta revisarlo todo personalmente.

Un poco maniático sí que era.

—Parece todo en regla —resolvió unos momentos después—. ¿Preparada para saltar?

—Nací preparada, encanto.

Se rio, me soltó y salté, dejando escapar un chillido al adquirir velocidad.

Los árboles volaban deprisa a ambos lados y el corazón me latía el doble de rápido dentro del pecho. Era como si estuviera flotando por encima de todo. ¿Por qué no había hecho eso antes?

Cuando aterricé, mi madre, Logan, Jennifer y los niños ya estaban ahí, esperándome.

—¿Qué tal? —me preguntó Logan, sosteniéndome por el brazo para ayudarme a bajar la escalera. Aunque no estaba en absoluto mareada. Estaba genial. Eufórica.

—Ha sido la experiencia más vivificante de mi toda vida —dije con una sonrisa pletórica.

—Pues yo me he roto una uña y ni siquiera he montado en el cacharro. ¿A qué cerebro se le ha ocurrido esta excursión? Me voy a morir del asco hasta mañana. No hay ni una actividad para embarazadas.

Logan y yo intercambiamos una mirada exasperada. Jennifer siempre conseguía matarnos el entusiasmo.

—Te podías haber quedado en casa —dijo Logan con dureza.

—Y lo habría hecho de haber sabido que Titi y Tom no iban a venir. Pero como dijiste que era una salida familiar...

—*Es* una salida familiar.

—Pero falta media familia, Logan. Si llego a saberlo, me quedo con mi hermana. Si estoy aquí es porque no me apetecía pasar el fin de semana sola.

T.J. aterrizó a mis espaldas y Jennifer dejó de incordiar. Se llevó a mi madre por los hombros y dijo algo de ir a tomar helado con los críos. No las seguí porque no me gustaban los helados.

T.J. bajó del árbol y saludó a Logan entrechocando las palmas.

—¿Qué tal, tío? ¿Qué tal lo habéis pasado esta mañana?

—Genial. Los críos están encantados. Bueno, Hope, no. Está enfurruñada porque se ha perdido no sé qué fiesta. Pero los gemelos no caben en sí de entusiasmo. Les he prometido una hoguera esta noche.

—Pues ten cuidado. Eso gamberros son capaces de incendiar el campamento.

Logan rio entre dientes.

—Joder, ya te digo. Menudos trastos están hechos. ¿Y vosotros qué? ¿Qué habéis hecho?

—Pasear —dije yo.

Logan notó el toque desabrido que había en mi voz y me lanzó una mirada interrogante. Negué con la cabeza para decir que no tenía importancia.

—La semana que viene es el cumpleaños de mi madre —cambié de tema cuando giramos por el camino en dirección al bar—. Cumple cincuenta y nueve años. Voy a hacer una comida familiar. ¿Os apuntáis?

—Cuenta conmigo —contestó Logan.

Miré a T.J. con expresión ansiosa. Caminaba a mi derecha con las manos en los bolsillos.

—¿Y tú? ¿Puedo contar también contigo?

Me miró con expresión medio ausente.

—¿Qué? Ah, sí, claro. Ahí estaré.

—Vale.

—Vale.

—¿Os apetece una cerveza antes de irnos a comer? He visto que hoy tocan salchichas a la barbacoa. Qué rico, ¿no?

Me volví hacia Logan y le sonreí.

—Pues sí. Ah, y antes de que se me olvide, Logan. Necesito pedirte un favor.

Sus cejas de arquearon de forma interrogante.

—Tú dirás, cielo.

—¿Tienes algo que hacer el sábado por la mañana?

Logan lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—Si Jennifer no se pone de parto, no.

Si Jennifer hubiese sabido lo que tenía planeado, habría sido capaz de ponerse de parto aposta, solo para incordiar.

—Entonces, si Jennifer no se pone de parto, tienes que ir a recoger a Rach al aeropuerto.

La sonrisa de Logan se esfumó de repente.

—¿Viene Rachel?

—Bueno, es el cumple de mamá. Probablemente, el último —recordé con un nudo en la garganta.

Logan entrecerró los ojos, me cogió por la muñeca y tiró de mí hacia él. Con el rostro hundido en su cuello, me abracé a su espalda y él me rodeó entre los brazos. Notaba a T.J. tenso a mi lado, pero necesitaba demasiado ese abrazo como para apartarme de mi cuñado.

—Cuenta conmigo, Zooey —me susurró al oído.

—Gracias, Log.

—Siempre.

Palmeé su hombro y nos sonreímos con tristeza al tiempo que nos apartábamos el uno del otro.

*

T.J. estuvo distante todo el día. En la comida, en la cena y en la hoguera que encendieron Logan y los gemelos.

Después de comernos las nubes de azúcar que habíamos asado, decidí coger el toro por los cuernos y preguntar por la razón de su aislamiento.

—Eh, forastero —lo llamé desde donde estaba sentada, al lado de Jennifer y mi madre—. ¿Te apetece dar una vuelta conmigo?

Él y Logan se estaban tomando una cerveza de pie delante de la hoguera. Sus ojos azules se volvieron hacia los míos.

—¿A estas horas?

—Luego nos vamos a la cama.

Exhaló un suspiro de fastidio.

—Está bien.

Dejó la cerveza en el suelo y avanzó hacia mí. Me despedí de mi madre con un beso de buenas noches y lo seguí hacia el bosque que había que cruzar para llegar a los bungalós.

—¿Qué tal te lo estás pasando?

No me sentía preparada para empezar una conversación seria.

—Bien. Me gustan las actividades al aire libre.

De eso estaba convencida.

—Ya.

—Pero no es de eso de lo que querías hablarme, ¿no?

Dejé salir ruidosamente el aire de los pulmones. Era un hombre directo.

—No.

Él se detuvo y sus ojos planearon sobre los míos.

—¿Y bien?

Volví a suspirar.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunté, mirándolo de lleno—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—¿Qué? —preguntó con aire descreído.

Me pasé la lengua por los labios y me mordisqueé el labio inferior. Estaba nerviosa.

—Es que te noto distante. Has estado toda la semana evitándome, y hoy te comportas de forma rara. Mira, sé que he metido la pata al mencionar a Daniel, y lo siento. No es que me pase el día pensando en él. Simplemente, creí que te referías a eso cuando preguntaste si lo echaba de menos.

T.J. me cogió la mano y la apretó contra su pecho. Dejé de hablar y reuní las fuerzas para buscar sus ojos, que estaban bajados hacia los míos. Notaba su corazón latiendo por debajo de mi palma, y me moría por besar sus labios. Apenas veía su rostro en la oscuridad que cubría el bosque, pero el brillo de sus ojos era suficiente para hacerme enmudecer.

—Siento si he estado un poco ausente. No tiene nada que ver contigo. Soy yo. No me gusta apegarme a las cosas, y mucho menos a las personas.

—¿Y por eso estás cabreado?

Una oleada de irritación contrajo sus facciones.

—No estoy cabreado. Es que... el domingo pasado, cuando volví a casa, me di cuenta de que te echaba de menos y... no quiero echarte de menos, Zooey —susurro, con los ojos fijos en los míos.

Levanté el brazo y pasé las yemas de mis dedos por la curva de su mandíbula sin afeitarse.

—No pasa nada si me echas de menos, T.J. Yo también te echo de menos a ti.

Una arruga profunda cruzó su frente.

—¿Lo dices en serio?

Sonreí un poco.

—Pues claro, tonto.

Poco a poco, sus labios fueron alzándose en una sonrisilla.

—Me gusta eso —susurró, atrayéndome hacia su pecho.

—¿El qué?

—Que pienses en mí. Que me eches de menos.

Sopesé la idea de decirle que lo que yo sentía por él era mucho más profundo, pero finalmente la deseché porque no sabía cómo iba a encajarlo él. No quería que pensase que me estaba aprovechando de la enfermedad de mi madre para echarle el guante. Dios sabía que había muchas mujeres por ahí que hacían lo indecible para atrapar a un tío. A saber con qué clase de personas se había juntado a lo largo de su vida.

Sin decirme nada más, T.J. inclinó el rostro sobre el mío. Contuve el aliento y lo seguí mirando a los ojos, aguardando con el corazón desbocado. Apretándome la cintura con las manos, me rozó la comisura de la boca con la punta de la lengua, como tanteando el terreno. Con la mente cada vez más nublada de deseo, me aferré con los dedos a la tela de su camiseta y lo mantuve cerca de mí. T.J. me respiró despacio, me hizo cosquillas con la nariz y me rozó suavemente la boca.

Cuando mis labios se abrieron para él, deslizó la lengua dentro y me dio

un tempestuoso beso que encendió aún más mi pasión. Sus manos me auparon y me colocaron a la altura del miembro que latía contra mi entrepierna. Me hizo rodearle la cintura con los muslos y caminó conmigo en brazos hasta el árbol más cercano, donde me apoyó la espalda con suavidad. Me mantuvo de esa forma mientras se volcaba en mi boca, separándome los labios con la lengua para poder penetrar.

Al acabar el beso, mantuvo la cara pegada a la mía. Su respiración era áspera e irregular. Sus brazos, firme acero a mi alrededor. Volví a sentir la necesidad de decirle que le quería, y volví a reprimir las ganas porque sabía que esa confesión nos habría estropeado el momento.

—Me gusta estar contigo —me susurró.

Sonreí en la oscuridad de la noche, consciente de que, al tener la mejilla pegada a la suya, él no podía verme.

—A mí también.

—¿Nos vamos a dormir?

—¿De verdad vamos a dormir ahora?

Noté su rostro distendiéndose en una sonrisa. Cogió mi mano, la coló por entre nuestros cuerpos y la puso encima de su palpitante erección. Mi primer impulso fue estremecerme y retirar la mano, pero él la apretó contra su miembro.

—¿Tú qué crees? —me susurró, desafiante.

Sonreí y busqué a tientas su boca. T.J. soltó un gruñido, me besó con firmeza y luego dejó resbalar los labios hasta mi garganta, devorándome la piel con pequeños y ardientes besitos.

—Si seguimos así, no vamos a llegar a la cabaña —advirtió.

Me abracé a él y volví a sonreír en la oscuridad.

—¿Y quién dice que hay que llegar a la cabaña, T.J.? —le susurré al oído con tono persuasivo.



T. J.

Si hace diez años alguien me hubiesen dicho que Zooney Patton estaría en mi cama, desnuda y con los labios húmedos y exuberantes de tanto besarnos, habría dicho que eso era imposible.

Pero me habría equivocado, porque ahí estaba ella, receptiva y tan excitada como yo. Su larga y castaña melena estaba esparcida por toda mi almohada. ¿Cómo suponía ella que yo podía resistirle a eso? Esa era la imagen más atrayente que había visto en toda mi vida. Ella. Desnuda. En mi cama. Joder, era perfecto. ¡Y estaba mal!

Por la mañana, la había dejado en su casa al acabarse el fin de semana familiar y me había largado antes de empezar a arrepentirme o echarla de menos. Mientras conducía de camino a casa, me había hecho a mí mismo la molesta promesa de mantenerme alejado de ella durante un tiempo. Las cosas avanzaban con demasiada rapidez y sentía que eso iba a complicarlo todo. Yo no era la clase de persona a la que le gustaran las complicaciones. Mi vida estaba bien tal y como la vivía. Con sencillez y sentido común. Enamorarme de Zooney Patton lo habría jodido todo. En definitiva, ya había pasado por algo así una vez.

Sin embargo, fui incapaz de resistir a la tentación de volver a tenerla entre mis brazos. Saberla tan cerca de mí, a solo cincuenta kilómetros de distancia, me sacaba de quicio. No pude concentrarme en nada más durante el resto del día.

Al atardecer, rendido y hastiado por mi propia debilidad, fui a verla de nuevo. Cuando me abrió la puerta, sonrió como si ella también se alegrara de verme, y eso me caló hondo, mucho más de lo que me hubiese gustado. Tras una charla con su madre y unos cuantos vasos de limonada tomados en el porche de su casa, la convencí para que viniera a pasar la noche conmigo. Me sentía como un adolescente cachondo. Quería estar con ella a todas horas. Logan me había dicho esa tarde: *¿Y por qué no te casas con ella y me dejas en paz de una vez?* ¡Como si fuese esa una opción! Zooey ya estaba casada y no parecía arder en deseos de dejar al gilipollas de su marido.

Meforcé a no pensar en ese tema, pues siempre que lo hacía, acababa fuera de mis casillas.

—¿Vas a venir a la cama? —preguntó ella. Su voz era melódica y seductora. Para mí, uno de sus mejores atributos. Eso, y los ojos. Los ojos eran inmejorables. Cuando ella te miraba de lleno, no existía nada más, no podías ver nada aparte de la fuerza de ese azul, oscuro como el cielo que augura tormenta. La misma Zooey era como una tormenta que golpeaba con tanta fuerza que me dejaba aturullado.

Me detuve en mitad de la estancia, ladeé la cabeza y la miré profundamente a los ojos, me hundí en su mirada y traspasé todas las barreras que ella me permitió traspasar. Estaba preciosa, y aún producía el mismo efecto en mí que en el instituto. Ver a Zooey era sinónimo de perder uno la cabeza. Su sonrisa me convertía en un memo. Nunca había conocido a una chica que consiguiese enloquecerme tanto como Zooey Patton. Ella tenía algo especial; algo a lo que yo no conseguía resistirme.

Me tomé mi tiempo antes de acercarme. No quería echarlo todo a perder. Esta vez iba a proceder despacio y a consciencia. De manera preventiva. Por si no se volvía a dar la ocasión de tenerla ahí conmigo. Los dos teníamos claro que nuestra relación tenía fecha de caducidad, así que más valía aprovechar al máximo el tiempo restante.

—Separa las rodillas —le pedí, y mi voz sonó bronca y áspera en mis oídos, como si fuera la de un desconocido.

Ella obedeció de inmediato, abrió las piernas para mí, y yo noté un hormigueo en el estómago. Iba a poseer a Zooey Patton. Otra vez.

Sonreí, refocilándome como un gato.

Sí, nena, tú y yo.

Con parsimonia, me retiré la camiseta por encima de la cabeza, la hice una bola y la lancé a alguna parte a mis espaldas. Zooey emitió un leve suspiro y me estudió concentrada, con una arruga entre las cejas. Mi boca se movió en una sonrisa apenas esbozada. Sabía que a Zooey le gustaba lo que estaba viendo. A mí también me gustaba lo que yo estaba viendo.

Sin que menguara la insistencia con la que la estaba observando, mis manos bajaron y desabrocharon el botón de los vaqueros.

Zooey no me quitaba ojo, y tal era el brillo que consumía sus pupilas que los músculos de mi abdomen se tensaron de expectación por debajo de la piel.

—¿Cuántos abdominales haces al día? —quiso saber Zooey.

—Bastantes —respondí con tono huraño.

No tenía ganas de charlar. Tenía todo el cuerpo rígido y no veía el momento de cubrir su jadeante boca con la mía. Llevaba todo el día imaginando su delicado cuerpo por debajo de mí, sus labios y su lengua resbalando por mi piel, su maldito olor que no podía sacarme de la cabeza... Zooey me cortaba la respiración. Desde que la había vuelto a ver, soñaba con jugar con sus pezones y perderme en su boca durante horas, besarla hasta quedarnos los dos sin aliento, morderle los labios y luego calmárselos con unas suaves caricias de mi boca.

Zooey Patton me atormentaba y me consumía como una extraña enfermedad. Lo peor de todo era que no existía una cura.

Me desnudé y avancé lentamente hacia ella, arrastrando los pies descalzos por el parqué. Permanecí con los ojos siempre apuntando a los suyos. A pesar de todo lo que Zooey me hacía sentir, conseguí mantener imperturbable la expresión de mi rostro. Me subí a la cama, me encajé entre sus rodillas e, inclinándome sobre ella, cogí sus labios entre los míos y la besé despacio, muy despacio, como siempre había querido hacer. Froté sus labios de derecha a izquierda hasta que ella se abrió para mí, y entonces di vueltas por su boca, la saboreé, me volqué en ella, se lo di todo solo para arrebatárselo después.

Ella pasó los dedos por mi pelo. Una sonrisa amarga temblaba en las esquinas de mi boca. Iba a echarla de menos cuando todo eso acabara. Me había acostumbrado a llegar a casa del trabajo y que mi almohada oliera a

ella, y también a pasarme las noches imaginándomela en mi cama, mirándome con sus preciosos ojos azules. Aceptar ese maldito engaño era la mayor estupidez que había hecho nunca, porque perderla iba a causar estragos en mí. Y aun sabiendo eso, me estaba implicando cada vez más, como el inconsciente que era, dejaba caer puertas y barreras. Bajé la guardia como un estúpido, incluso sabiendo que algún día eso me haría daño.

Los dedos de Zoey bajaron por mi espalda y los músculos se me endurecieron de nuevo, tan compactos que me dolían. Pasó las yemas por el valle que se me formaba entre los omoplatos y yo volví a cubrir su boca con la mía. Al rozarla con la lengua, Zoey gimió y alzó la pelvis, su sexo húmedo y abierto frotándose contra mi polla.

Gruñí, reprimí el impulso de entrar de golpe y, en vez de eso, seguí besándola con ternura, una ternura que yo nunca había conocido.

¿Qué esperaba obtener con toda esa farsa? ¿Casarnos y tener un par de mocosos? Menuda estupidez. Zoey no era la clase de mujer que se quedaba a vivir en el campo. Ella misma lo había dicho: había un mundo más allá. A mí me llevabas a la ciudad y me sentía como un pueblerino. Odiaba estar encerrado entre cuatro paredes. Me gustaba el campo, vagar por el río y cortar leña para encender la lumbre. Éramos completamente opuestos, y por eso, incluso si las circunstancias hubiesen sido diferentes, lo nuestro no hubiera funcionado.

Por eso, y porque ella estaba casada.

Solté un taco hacia mis adentros al recordar que ella le pertenecía a otro. La cogí por la cintura con una mano, la apreté contra mí y me perdí de nuevo en su boca. Me sentía furioso. No con ella, sino con la maldita situación. Era injusto que la única chica que me había interesado de verdad en toda mi vida fuese de otro hombre.

—T.J...

Me encantaba escuchar mi nombre en sus labios, los suspiros que ella exhalaba cuando estaba excitada y quería más.

—Sí, cariño —musité, recorriendo con los labios la línea de su mandíbula. Zoey tenía el rostro delgado, la mandíbula cuadrada y los ojos más bonitos que había visto jamás. Siempre que los clavaba en los míos, el corazón me empezaba a latir más deprisa.

—Te deseo...

—Lo sé.

Me enderecé, hundí los dedos en su pelo y arrastré su boca hacia la mía. Le separé los labios y deslicé la lengua dentro, al mismo tiempo que encontraba el camino hacia su interior. Ella dejó escapar un grito cuando la llené de golpe. Mi brazo la rodeó protector y mis labios siguieron dándole todo. Mis caderas apenas empujaban contra las suyas. Ardía en deseos de penetrarla con más agresividad, pero me contuve y lo hice despacio.

Zoey echó la cabeza hacia atrás y yo puse la mano en su garganta y le recorrí la piel con los dedos, fascinado por lo delicada que era. La sentía pequeña contra mi cuerpo, tan frágil que casi me daba miedo hacerle daño.

—Eres muy suave —le dije, mirándola enardecido—. Muy pequeña.

Ella abrió sus hermosos ojos y me dedicó una mirada hambrienta, antes de cerrar los párpados y pasarse la lengua por los labios reseca. No pude resistirme, cubrí otra vez su boca con la mía. Zoey empezó a temblar por debajo de mí y supe que le quedaba poco. Dejé resbalar los labios por el largo tallo de su cuello y mi lengua empezó a jugar con los pezones, rosados y delicados como una extraña flor. Rodeé uno con los labios y lo succioné despacio. El otro, lo cogí entre los dedos y tiré de él. Zoey dejó escapar otro suspiro.

Sonreí un poco y, al enderezarme, la agarré por las caderas y empecé a entrar y a salir de ella como si mi vida entera dependiera de ello. Solo cuando ella dijo que iba a correrse, disminuí el ritmo y mis caderas empujaron desesperantemente despacio. Bebí de sus labios mientras ella se dejaba llevar y, cuando acabó, la acuné contra mi pecho y le besé el pelo con ternura. Había palabras que me moría por decirle, palabras que necesitaba que ella escuchara, pero no era ni el momento ni el lugar, así que me las tragué, le di la vuelta por debajo de mí y la hice tumbarse encima del colchón, boca abajo y de espaldas a mí.

Apoyé las palmas contra sus nalgas, la penetré de nuevo y empecé a moverme hasta que no pude más y estallé encima de su muslo. Agotado por el esfuerzo, me peiné el pelo con los dedos, solté una retahíla de tacos y me dejé caer a su lado. Zoey rodó por la cama, se me acercó y apoyó la mejilla contra mi pecho, que subía y bajaba con agresividad, siguiendo el compás de mi

respiración. La rodeé con un brazo, apreté la barbilla contra su pelo y emití un suspiro, mientras el mismo pensamiento de siempre pesaba sobre mi cabeza: *¿Cuánto daño me harás al marcharte, Zooney?*

*

El miércoles por la tarde me sentía como alma en pena. No había hablado con ella desde el lunes por la mañana y me parecía que había trascurrido toda una eternidad desde entonces. Logan y yo nos estábamos comiendo el almuerzo a la sombra de un árbol. Logan llevaba un tiempo hablándome, sin advertir que yo no había escuchado ni una sola palabra. No podía sacármela de la cabeza. Quería estar con ella, besarla como si fuera la primera vez, o puede que la última; deslizar las manos por su espalda, acercarla a mí y auparla en brazos, olerla...

—Voy a pedirle una cita —decidí de pronto. Estaba cansado de imaginarme todo eso. Prefería llevármelo a la práctica.

Logan, tras callar un momento, me dirigió una mirada de pocos amigos.

—¿A Zooney?

—¿A quién sino? —me cabreeé.

Logan suspiró y renegó entre dientes.

—¿Por qué no te buscas una que esté soltera y sin compromiso?

—Porque no me gusta ninguna que esté soltera y sin compromiso —repuse con sencillez.

Fumó en silencio mientras seguía cabeceando con reprobación.

—Mira, no me malinterpretes, Zooney es genial.

—Eso ya lo sé.

—Pero está casada.

—Eso también lo sé —aseguré con tono malhumorado.

—¿Lo habéis hablado?

Le dirigí una mirada desconcertada a Logan.

—¿El qué?

—¡Esto! Vuestra relación, o lo que sea.

Negué con la cabeza.

—No quiero presionarla, Log. Ella está pasando por un momento crudo y lo que menos necesita es otra complicación en su vida.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

Me encogí de hombros, arranqué un trozo de hierba y me lo coloqué entre los dientes. Intentaba disminuir la cantidad de cigarrillos que fumaba al día, aunque masticar césped tampoco es que me quitara la ansiedad. Más bien, me hacía sentir como lo que era en realidad: un burro gilipollas.

—Nada. Le voy a pedir salir y dejaré que las cosas avancen por sí solas.

—A este ritmo, cuando quieras darte cuenta, ya le habrás propuesto matrimonio —se burló Logan con una sonrisa impertinente.

Noté cómo se me encogía el corazón dentro del pecho y cómo se me tensaban los hombros.

—¿Crees que diría que sí? —susurré, con miedo a decirlo en voz alta.

—¿A lo de la cita?

—A lo de casarnos.

Logan se atragantó con el humo del cigarrillo y tosió tanto que me puso de los nervios y le goleé la espalda para tranquilizarlo.

—¡No me jodas, T.J.! ¿Es que quieres casarte con ella?

Me volví a encoger de hombros.

—Si quisiera, ¿qué crees que diría?

—¿Y cómo puñetas quieres que lo sepa yo? Pregúntaselo a ella. Anda, mira —se jactó Logan al sonarle el móvil—. La reina de Roma.

No me pasó inadvertido el repentino brinco que dio mi corazón. Solté unos improperios entre dientes. Logan descolgó con una sonrisa insufrible.

—Hola, Zooey. ¿Qué te cuentas?... Ah, ¿sí? Vale... No, no te preocupes.

No pasa nada. Iré. ¿A qué hora aterriza?... Ajá. De acuerdo. Ahí estaré... Vale, cielo, gracias... ¿T.J.? Sí, por ahí anda. ¿Por qué preguntas? —inquirió Logan con los ojos clavados en los míos—. ¿Novia? —soltó en un bufido tan despectivo que me dejó con ganas de propinarle un puñetazo—. No, no tiene novia.

Me miró y sus labios articulaban un *aún* que me hizo entornar los ojos.

—¿Qué dice? —le susurré con los labios, ansioso por saber más.

Logan levantó un dedo para pedirme que aguardara.

—No, Zooey, no te comas el coco. En serio. Si no te ha llamado es porque estará ocupado. Ya sabes cómo es este tío. Siempre está recorriendo los bosques. A lo mejor ni siquiera tiene cobertura de móvil en su casucha en mitad de la nada.

Hice una mueca de exasperación, y Logan, después de tranquilizar los infundados temores de su cuñada, colgó.

—¿A que no sabes qué? La Zooey a la que tú quieres desposar, *mon ami*, cree que tienes novia, porque tú, GILIPOLLAS EGOCÉNTRICO, no te has tomado la molestia de llamarla ¡desde el lunes! Y luego vienes y me das el coñazo a mí que si ella quisiera casarse contigo, cuando tú ni siquiera eres capaz de realizar una sencilla llamada telefónica. ¿Por qué no la llamas, tío? ¿Sabes que en una relación hay que llamarse después de follar? ¿Nadie te lo dijo en treinta y tantos años?

Sabía que Logan llevaba razón, pero no tenía la más mínima intención de admitirlo.

—Solo tengo treinta y pocos.

—¡No jodas, gilipollas! ¡¿Por qué no la has llamado?!

—¡Porque no estamos en una relación! —grité yo también.

Logan retrocedió y me lanzó una mirada torva.

—¿Qué?

Me pasé los dedos por el pelo y gruñí irritado.

—Es un engaño —confesé tras humedecerme los labios.

—¿Un qué?

Me medio encogí de hombros con aire impotente.

—Es por su madre, tío. Ella quiere que su madre sea feliz, por eso salimos. Lo nuestro no es real.

Logan me miraba como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el estómago.

—¿Por os acostáis?

—Eso sí.

Logan cabeceó, descreído, y resolló como si aquello le pareciese un disparate.

—No sé qué coño le pasa a Zoey, de verdad. Solía ser la más sensata de la familia.

—¿Más sensata que tu Rachel? —le propuse.

Sus cejas se enarcaron de modo amenazador y en sus ojos había un fulgor fulminante cuando se volvieron hacia los míos.

—¿Qué coño acabas de decir? —su voz sonó agresiva y, sin embargo, llena de aplomo.

Exhibí una sonrisa burlona.

—¿Crees que no he visto cómo la miras? ¿O cómo te mira ella a ti?

—No sé de qué estás hablando —ladró Logan, y su actitud me confirmó algo que hasta aquel entonces solo sospechaba. Le gustaba Rachel.

—Estaba turbada esa noche en el bar —proseguí maléficamente—. No quería bailar contigo.

Logan chasqueó la lengua, disgustado, y apartó la mirada.

—Porque le caigo mal —musitó con pesadumbre.

Solté una carcajada.

—Al contrario, amigo mío. Le caes demasiado bien. Y, admítelo, ¿quieres?, ella también te cae demasiado bien a ti.

—¡Es mi cuñada! —gritó Logan con los ojos en llamas.

—Y eso no impide que se te ponga dura cada vez que la miras.

Mi sonrisa se ensanchó ante el centelleo de ira contenida que vi en sus ojos. Logan estaba cada vez más cabreado. Yo, cada vez más divertido.

—Ni se te ocurra repetirlo si quieres conservar esa dentadura intacta.

Medio sonriendo burlón, alcé las dos palmas para frenarlo.

—Eh, tranquilo, *cowboy*. Solo quería demostrar que no estás en condiciones de darme lecciones, eso es todo. Antes de juzgar a nadie, deberías mirar la paja de tu propio ojo.

Logan me dirigió una mirada dura y escupió un taco.

—Deberíamos volver al trabajo —rezongó entre dientes.

Mi rostro se torció en un gesto de desdén.

—O podríamos seguir hablando de las hermanas Patton —propuse con sorna.

Logan se puso en pie y, a ambos lados de su cuerpo, apretó los puños con ira. Me levanté con una carcajada y le palmeé la espalda en gesto amistoso.

—Venga, tío, no te pongas hecho un basilisco conmigo. Somos amigos, ¿no?

—No sé yo. Si fuésemos amigos, ¿sentiría ahora mismo deseos de partirte la puñetera cara?

—Seguramente.

Logan reflexionó.

—Si es como dices, entonces, sí, somos amigos.

Solté una carcajada, escupí el trozo de hierba que llevaba un buen rato mascando y lo seguí de vuelta a la obra. Sabía que tenía que llamar a Zooney, pero no iba a hacerlo hasta la pausa de las cinco. Llevábamos mucho retraso con la obra y no podía entretenerme por más tiempo. Si se me ocurría posponer la fecha de entrega, el propietario me colgaría por el pellejo. O, peor aún, por los huevos. Ni siquiera una mujer como Zooney Patton merecía correr tanto riesgo.



Zooey

A pesar de que aquel era un restaurante italiano, había una banda de tipos disfrazados de *cowboys* entreteniendo al público, tocando música *country* para todo aquel que quisiese escucharlos. Esa clase de cosas solo se veían en Austin.

Me sentía un poco incómoda en presencia de T.J. Después de dos días de silencio, me había llamado esa tarde para preguntarme si me apetecía salir a cenar. No me habría parecido extraño, de no haber sido porque su llamada llegaba al poco tiempo de llamar yo a Logan para decirle que Rachel había adelantado el viaje al viernes y para preguntar si T.J. se estaba viendo con otra persona. No creía que Logan hubiese ido a comentarle a T.J. algo de eso, confiaba en su discreción, pero, así y todo, era incapaz de relajarme.

Y mucho menos si los ojos azules de T.J. no dejaban de contemplarme con esa fijeza tan espeluznante.

—¿Y dices que estos son *raviolis*, eh?

Miró su plato como si le hubiesen servido comida de marcianitos. O, peor aún, el pienso del *Donna Dee*.

—Así es. Lo que no entiendo es qué diantres hacen los *raviolis* y los *cowboys* juntos en el mismo antro.

Él soltó una risa entre dientes.

—Esto es Texas, cielo. Aquí tenemos de todo.

Me reí y tomé un sorbo de vino. Estaba bueno, y la comida tampoco estaba mal. Es más, esos eran unos de los mejores *raviolis* que había probado nunca. De no haber sido por la música *country*, que desentonaba por completo, le habría dado cinco estrellas a ese lugar.

—¿Cómo es que me has llamado para salir?

Encogiéndose de hombros, se llevó el tenedor a la boca y masticó en silencio.

—Me apetecía salir contigo esta noche —contestó después de tragar.

Me mordí el labio.

—¿Es una cita?

Sus ojos se alzaron y atravesaron los míos.

—¿Quieres que lo sea? —repuso con una ceja en alto.

Mi rostro desveló la sombra de una sonrisa. T.J era un hombre al que no le gustaba mojarse. Te mostraba sus cartas solo si tú habías mostrado antes las tuyas.

—Puede.

—Entonces, puede que lo sea —concedió parsimonioso, y se limpió la boca con la servilleta.

Me acabé la copa de vino y él me echó otra.

—Apenas has probado bocado. Con lo menudita que eres, te cogerás una cogorza antes del postre.

—La *focaccia* llena mucho —aseguré con una sonrisa.

Él hizo un gesto consternado.

—Eres demasiado neoyorquina, por eso comes como un pajarillo. Aquí nos tragamos los chuletones a dos carillos.

Contuve la sonrisa y recorrí el restaurante con la mirada. Todas las mesas estaban ocupadas, y eso que apenas estábamos a miércoles. Había mucho ambiente. La gente hablaba demasiado alto. Las paredes estaban sepultadas bajo montones de *posters* de Ferrari. Italianos hasta la médula. Salvo por la

música, claro. ¿Por qué no ponían *L'italiano* de Toto Cutugno? Eso habría creado el ambiente perfecto.

En una esquina había un acuario lleno de peces. Me pregunté si los boquerones que servían de aperitivo provenían de ahí, y esperé sinceramente que no, ya que había engullido unos cuantos.

Mientras mis ojos vagaban de un sitio al otro, trabé la mirada con una mujer morena que no dejaba de estudiarme. La animosidad que percibí en ella me hizo sentir tan incómoda que aparté la vista y la clavé en mi copa de vino. No creía haber cosechado esa mirada tan envenenada porque sí. Esa mujer tenía una razón en concreto para encontrarme antipática, y temía saber cuál era la razón.

—¿Has tenido muchas novias?

T.J. no reaccionó en cuestión de diez segundos. Después, levantó los ojos hacia los míos. Parecía asombrado y puede que molesto por mi pregunta.

—Muy pocas —contestó, adusto.

—¿Y amantes?

Su semblante se volvió glacial, pero no permití que eso me hiciera sentir acoquinada. Sostuve sus ojos con dureza, retándolo con la mirada a que me contestara.

T.J. suspiró con aire cansado y se pasó los dedos por el cabello.

—Demasiadas —confirmó con ojos atribulados.

—Eso me temía —murmuré, abatida.

Movido por un impulso, T.J. se extendió un poco y cogió mi mano por encima de la mesa. Lo miré sorprendida. De reojo, vi que la mujer morena se levantaba bruscamente y salía por la puerta que conducía a los servicios. Una parte oscura de mí quiso seguirla y averiguar qué había entre ella y el hombre con el que estaba yo cenando, pero no lo hice. Me obligué a mantenerme en mi asiento, rígida y con ojos huidizos.

—Eso ya no tiene importancia ahora —me susurró T.J.

Como yo no me atrevía a mirarle, puso un dedo bajo mi barbilla y me volvió el rostro hacia el suyo.

—¿Me has oído?

—Sí —siseé con desaliento.

—Ahora solo estás tú. En esta mesa y en esta relación, solo estamos tú y yo.

Mis ojos emprendieron un lento ascenso por su rostro, hasta cruzarse con los suyos.

—¿De verdad?

T.J. estaba serio. Demasiado. Nunca lo había visto tan serio y tajante como en ese momento.

—Te lo prometo —dijo despacio, y sus labios esbozaron un pequeño gesto de ternura.

Me mordí el labio, pero, aun así, una pequeña sonrisa consiguió materializarse en los bordes de mi boca.

—Vale.

—Asunto resuelto, ¿no?

—Sí.

Apreté mi mano y su sonrisa adquirió por fin contorno, arrugándole las esquinas de los ojos.

—Muy bien.

—¿Quieres algo de postre? —pregunté cuando me soltó la mano y se enderezó en su asiento.

Su mirada cayó sobre mi pecho, y el azul de sus ojos se volvió tan abrasador que me sentí de pronto apocada y torpe.

—Si dijera que te quiero a ti, ¿qué sucedería? —repuso con voz baja y aplomada.

Una oleada de calor me recorrió de arriba abajo.

—Pues que tendríamos que abandonar este sitio sin probar la *panna cotta*. Y, por lo que he oído, es el plato estrella.

Soltó una risa gutural, bronca, muy masculina.

—Podemos volver, si te place.

Enarqué una ceja con aire travieso.

—¿Otra cita?

Empezó a doblarse las mangas de la camisa. Actuaba con deliberada tranquilidad solo porque le gustaba atormentarme con su silencio.

—Me siento generoso hoy —respondió, torciendo el gesto.

Me reí y él se levantó y fue a buscar al camarero. Al regresar, cogió mi bolso y me lo ofreció.

—¿Ya nos vamos?

—Sí. La cuenta está pagada.

Vaya rapidez.

Me cogió del brazo y enfilamos la puerta. Cuando alcanzamos la altura del pasillo, la mujer morena salió del baño y nos cruzamos sin poder evitarlo. Era evidente que se conocían de algo, ya que ella le lanzó una mirada infectada de odio, ante la cual él inclinó la cabeza con aire burlón.

—Mandy —saludo con dulzura.

—Que te jodan —gruñó ella entre dientes.

T.J. alzó las cejas y sacudió la cabeza como diciendo *no hay quien entienda a las mujeres*.

—¿Una amiga tuya? —susurré, cerca de su oído.

—No tan amiga, por lo que se ve —dijo secamente y sujetó la puerta para mí.

El cielo nocturno estaba encapotado, augurando tormenta. T.J. abrió el Dodge, aparcado justo en frente del restaurante, y nos encaminamos hacía ahí, mis tacones repiqueteando en la extraña quietud de la noche. ¿Por qué hay tanta calma antes de una tormenta?

—Espero que me disculpes por pasar del baile.

Busqué sus ojos, que mostraban una expresión un poco insolente.

—¿El baile? —repetí, confundida.

Él me miró con una sonrisa desdeñosa.

—Ya sabes que las primeras citas han de acabar con un baile, una copa y una charla suave, pero me temo que me apetece demasiado ese postre. Por consiguiente, te llevaré directamente a mi casa y me saltaré todos los protocolos de las citas.

—No debería suponer un problema para ti. Ya te los has saltado en otras ocasiones —le recordé, y monté en el coche.

Él me guiñó un ojo con socarronería, dejó caer la portezuela y rodeó el vehículo. Cinco segundos más tarde, ya había ocupado su asiento detrás del volante.

—Y por eso me quieres, ¿verdad? —preguntó mientras su mano giraba el contacto y sus ojos retenían a los míos.

Mi sonrisa se esfumó al punto y noté la cabeza dándome vueltas. Falta de aire en los pulmones, rompí el contacto visual, apoyé la mejilla contra el gélido cristal de la puerta y cerré los ojos en un intento por recuperar el aliento. El corazón me iba a cien por hora.

—Sí, por eso me gustas —farfullé.

Y aunque sabía que no era eso lo que él quería oír, y a pesar de que no ser aquello lo que yo sentía por él, no me vi con fuerzas de decirle la verdad: que simple y llanamente le amaba.

Obstinadamente, mantuve los párpados cerrados y la mejilla apoyada contra la ventana hasta que sentí que el coche se detenía. Habíamos llegado a su casa, a juzgar por los ladridos de *Donna Dee*.



T. J.

Esperé a cruzar la puerta, antes de oprimir su frágil cuerpo contra el mío y atrapar sus labios en un beso agresivo. Hundí los dedos en su cabello, la obligué a echar la cabeza hacia atrás y mi lengua entró en su boca como un remolino. Estaba tan enfurecido con ella que no sabía si gritarle o follármela. Había conducido como un loco desde el restaurante y ella ni siquiera se había molestado en mirarme, a pesar de que mis ojos no dejaban de estudiarla, abrasadores como una maldita hoguera.

A lo mejor no se lo tenía que haber preguntado de ese modo, a lo mejor tenía que habérselo dicho yo primero, antes de esperar a que ella correspondiera. El problema residía en que yo no sabía cómo dar el primer paso. Era demasiado torvo para eso. Me lanzaba a todo lo demás, me daba igual si se trataba del trabajo más pesado o de llevarse a una mujer a la cama. Sin embargo, en cuestiones de amor, era incapaz de abrirme. No podía decirle que la quería, a no ser que ella me lo dijera primero. Era una gilipollez, pero no podía evitarlo. Yo era como era, tenía mis manías, y me consideraba demasiado viejo como para cambiar ahora.

Cada vez de peor humor, apoyé su espalda contra la puerta y arrastré la boca por su escote. Mis manos se clavaron en sus nalgas y la atrajeron contra mis caderas. Zooey gimió despacio cuando le bajé los tirantes del vestido con gesto impaciente y auné sus pechos entre las manos. Los manoseé con fuerza y tiré de los pezones hasta que se endurecieron. Esa mujer me volvía loco.

Zooey, incapaz de estarse quieta, se frotaba contra mi polla como si apostara quisiera hacer peligrar mi cordura. Le bajé las bragas con brusquedad y le separé las piernas con la rodilla. Le levanté las manos por encima de la cabeza y se las sujeté con fuerza. No quería que me tocara, porque eso habría hecho estallar mi cólera. No quería nada romántico con ella esa noche. Solo quería sexo puro y duro para demostrarme a mí mismo que no me importaba que solo le *gustara*.

Mi boca tapó impaciente la suya y mi lengua la obligó a devolverme el beso. Zooey me dio un mordisco en el labio y yo solté un taco entre dientes y empecé a mover la rodilla contra su sexo. Ella intentó soltarse las manos, pero oprimí sus muñecas con más fuerza y las golpeé contra la madera de la puerta para dejarle claro que no había escapatoria. Suspiró y el beso que me dio adquirió tintes agresivos. Su furia era similar a la mía. A ese ritmo, íbamos a devorarnos el uno al otro antes del amanecer.

Un rayo estalló a lo lejos y ella se sobresaltó bajo la presión que mi cuerpo ejercía sobre el suyo.

—Esta noche habrá tormenta fuera y dentro —amenacé encima de sus labios.

—No importa mientras esté contigo.

La miré, asombrado por la repentina suavidad de sus palabras, y ella me sonrió tan tiernamente que me derretí. Mi resolución de no implicarme más se fue a la mierda, y me sorprendí soltando sus muñecas, aupándola en brazos y llevármela a la cama. Mi boca empezó a besar con desesperante lentitud a la suya. Zooey me rodeó el cuello con los brazos y suspiró cuando la deposité sobre el colchón.

Me deshice de la camisa de vestir, me quité los zapatos, los vaqueros y los calzoncillos, y me fui a su encuentro con una pasión cuya voracidad me asustaba. Desesperación, inseguridad y deseo se debatían en mi interior, y la lucha era cruel y desalmada.

Abracé a Zooey y, una vez más, me impresionó su fragilidad física, lo pequeña que era comparada conmigo. Parecía mentira que un ser tan pequeño pudiese causarme tanto daño. Ella lo trastocaba todo.

Inclinado sobre su delicado cuerpo, recorrí su rostro con la yema de mi índice, su ceja, su pómulo, su nariz, el seductor arco de su boca...

Te quiero, te quiero, te quiero.

Las palabras pugnaban por salir, pero me aterraba decírselas porque temía que ella fuera a partirme de nuevo el corazón. Callado, absorbí sus facciones con una mirada atormentada. Ella me sonrió de nuevo, y ese gesto suyo me hizo bajar el rostro y cubrir sus labios, rosados y entreabiertos, con los míos. Zooey pasó los dedos por mi pelo y lo acarició fascinada. Escondí el rostro en su cuello, empujé para entrar y me detuve y suspiré al estar dentro. Cerré los ojos y estreché los párpados con fuerza.

Zooey...

La había olvidado. Con el paso de los años, se había convertido en una sensación nada más. Ya no recordaba su rostro ni su sonrisa ni el modo en el que la luz del sol jugueteaba en sus cabellos, rubios en aquella época y un poco más cortos que ahora. Lo único que recordaba era lo que sentía al estar enamorado de ella, ese vuelco que me daba el corazón cuando la veía caminar por los pasillos del instituto. Después de tanto tiempo, mi ridículo enamoramiento había quedado sepultado entre las ruinas de mi juventud.

Pero un día, ella chocó conmigo y todo el pasado regresó tan de golpe que me dejó anonadado.

Ahora Zooey estaba entre mis brazos, pero solo de manera temporal, una idea desalentadora, pues lo que sentía ahora era mucho más profundo que lo que había sentido antes. Este nuevo enamoramiento no se me iba a quitar tan fácilmente, y daba igual la cantidad de mujeres que calentaran mi cama después de ella o las noches que pasara bebiendo solo en la oscuridad. Zooey no iba a abandonar nunca mi sistema.

—T.J.... bésame... —suplicó, con sus ojos azules encendidos de pasión.

Debía de estar loco, porque no era posible que todo eso sucediera de nuevo.

Luché por controlarme, por reprimir ese amor tan absurdo, pero fui incapaz, porque el amor emergía con cada vez más ímpetu, en los cimientos de mi ser, en cada gota de mi sangre. Me había calado tan hondo que mi voluntad no alcanzaba para suprimirlo. Así que me rendí. De todas formas, no había modo de oponer resistencia.

Cogí su cabeza entre los dedos, cubrí su jadeante boca con la mía y nuestra

pasión se deshizo en un profundo abrazo, cuya lentitud e intensidad me desgarraban por dentro.

—Zooney —gemí, con los labios rozando su dulce y húmeda boca.

Sentía su cuerpo ardiendo contra el mío. La estaba poseyendo en todos los sentidos de la palabra, pero de repente dejó de ser suficiente. De repente, necesitaba estar aún más dentro, en cada hueso, en las moléculas de su sangre. Estar con ella se había convertido en una necesidad vital. Respirar. Comer. Amar a Zooney.

Le di un mordisco juguetón en el cuello y ella apretó los músculos internos a mi alrededor. Dejé escapar un suspiro y embestí un poco más fuerte. Noté un leve temblor en su interior y sonreí. Le mordí la oreja, antes de susurrarle: —Vas a correrte, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —jadeó ella.

Mis labios se curvaron contra su cuello.

—Noto cómo palpitas. Te falta muy poco.

Se apretó contra mí y me dijo al oído que me moviera más despacio. Aunque el corazón me latía con fuerza en el pecho y me moría por correrme, embestí despacio para complacerla. Zooney clavó los dedos en mi espalda, gimió y se abandonó a las oleadas de placer, entregándose a mí todos los suspiros que exhalaba. Esperé unos cuantos segundos, antes de liberarme yo también, y luego me tumbé a su lado en la cama, la envolví entre mis brazos e inhalé en su cuello. Su olor me volvía loco.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —dijo mucho tiempo después. Su dedo índice jugueteaba con el vello de mi pecho.

—No. ¿El qué?

—La impasibilidad con la que afrontas la vida.

—¿En serio?

—Sí. Eso es lo que te hace tan diferente. El resto de las personas viven continuamente estresadas. Quieren ingresar en una buena universidad, conseguir un buen trabajo para poder pagar las facturas... Y aquí estás tú, viviendo en tu casa prefabricada, en mitad de la nada, yendo a pescar al río y construyendo cosas con tus enormes manos.

—¿Crees que tengo manos enormes? —pregunté, divertido, y extendí las palmas para mirármelas. Sí que era cierto que tenía manos enormes.

Ella se incorporó y me miró con ojos febriles.

—Y fuertes. ¡Y es genial! ¡Porque eres feliz! Mira a tu alrededor. Mira lo poco que necesitas para sentirte completo. Por Dios, si ni siquiera tienes una televisión. Eres un absoluto ermitaño. Vives como nuestros antepasados, pero sin las guerras, el hambre y tener que enfrentarse a la cólera. Ni siquiera te preocupan las fluctuaciones de las hipotecas.

¿Por qué iba a preocuparme algo así?

Un momento. ¿Esa era una crítica o un cumplido? No lo tenía nada claro.

—Espera. —Ladeé la cabeza hacia un lado y la estudié con detenimiento—. ¿Crees que soy un ser primitivo?

—No. Te definía como básico.

Mi ceño se frunció en un gesto amenazador.

—¿Básico? —repetí con énfasis.

—Ajá. Ahora entiendo por qué no te has casado nunca.

Mi disgusto iba en aumento. Zooey estaba pisando suelo minado.

—¿Lo entiendes? —gruñí, casi.

—Por supuesto. Vives en perfecta armonía con la naturaleza y no quieres que nada ni nadie te lo estropee. Una mujer no pintaría nada en tu vida. Tu vida es perfecta tal y como es.

No, mi vida sería perfecta contigo en ella, joder. La miré, consumido por la ira, por el deseo de gritarle esas palabras que tanto ardían en mi garganta; la miré y la aparté de mí.

—Sí. Supongo —dije con un suspiro fatigado.

Se percató de que había algo extraño en mí, pues me cogió la barbilla y me la giró hacia ella.

—¿Y esa cara? ¿Qué te pasa?

Agité la cabeza despacio.

—Nada. Voy a apagar. Estoy agotado. Buenas noches, Zooey.

*

Mi hermana Candy tenía la mala costumbre de pasar alguna vez por mi casa para traerme bandejas de lasaña, y justo se le ocurrió presentarse esa mañana mientras Zooey y yo estábamos acurrucados en el sofá, compartiendo una taza de café. La pseudo pelea de la noche anterior había quedado olvidada y yo era feliz otra vez. Estaba besando a Zooey, frotando la boca contra la suya hasta que ella separó los labios para dejarme entrar, cuando escuché la chillona voz de mi hermana sonando en el exterior.

—¡Yu-hu! ¿Hay alguien? ¡Traigo tu comida favorita!

Candy siempre me hablaba como a un bebé, aunque eso nunca me había molestado hasta entonces.

—Joder, es mi hermana —refunfuñé.

Levanté a Zooey de mi regazo, me puse en pie y me peiné el pelo con los dedos. Ella llevaba una camisa mía que le llegaba casi a las rodillas y estaba adorable, sin maquillaje y con el pelo hecho un zarzal. Era evidente que nos habíamos pasado la noche follando.

—¿Se nota que estoy empalmado?

Zooey se rio.

—Un poco.

Me re Coloqué mis partes y juré entre dientes.

—Qué inoportuna es. ¿Y ahora?

—Esperemos que tu hermana no te mire el paquete desde este ángulo —se burló.

Le puse mala cara y fui a abrir, maldiciendo hacia mis adentros el abrumador instinto maternal de Candy. Desde la muerte de mamá, como que se sentía obligada a ocupar su sitio.

—¿Por qué has tardado tanto? —me recriminó, tan pronto como mi cabeza asomó a través de la puerta entreabierta—. Esta bandeja pesa horrores.

La cogí de entre sus manos para que dejara de quejarse. Pues sí que pesaba. ¿Siete kilos de lasaña? Mi hermana estaba chiflada.

—No es un buen momento, Candy. Estoy ocupado. Vuelve otro día. Gracias por la comida.

Candy sonrió traviesa, marcando hoyuelos, y detuvo la puerta antes de que se cerrara.

—¿Ocupado, con qué? ¿Hay una chica ahí dentro?

—Y si la hubiera, ¿qué? —repuse con tono tosco.

Los ojos de mi hermana se abrieron como platos. Nunca le había presentado a ninguna chica.

—Ay, Dios mío. ¡Don Inabordable ha roto su norma! Quiero conocer a esa chica tan especial.

—Candy, no —prohibí, tajante—. Ni se te ocurra entrar. Te la presentaré cuando yo considere necesario, y este no es el momento.

Tristemente, mi hermana era una neurótica que jamás atendía razones. Me apartó del umbral y entró antes de que pudiera detenerla. La lasaña me mantenía las manos ocupadas.

—¿Dónde está la futura madre de mis sobrinitos?

Escupí un impropio y fui tras Candy.

—¡Candance, para ahora mismo! —amenacé a sus espaldas.

Candy se detuvo, pero no porque yo se lo dijera, sino porque se encontró a Zoey de pie en el salón, con las piernas desnudas, mi camisa puesta y la taza de café en la mano. Nunca había visto a Zoey tan cohibida.

—Hola, Candy.

—¡Tú! —A mi hermana se le hinchó una vena en el cuello con sorprendente rapidez, y su rostro se torció en una mueca casi demente. Dejé la lasaña encima de la encimera, por si las cosas se descontrolaban—. ¿¿Tú?? —siguió rugiendo Candy, aún más consternada. Cuando estaba embarazada, era inaguantable. A decir verdad, también lo era cuando no lo estaba—.

¿Ella?

Dio la vuelta para fulminarme con una mirada cargada de rabia. Levanté las palmas en señal de impotencia.

—Te dije que no era un buen momento.

—¿Te estás follando a Zooey Patton?! —rugió como una fiera salvaje.

Zooey carraspeó, incómoda.

—No es tu jodido asunto, Candy —bramé, devolviéndole una mirada a la altura de la suya.

—¿Sabes? —Se volvió hacia Zooey y sus ojos fulguraron aniquiladores bajo el flequillo recto y rubio—. Me comentó Jennifer que andabas tras él como el gato detrás del ratón, pero no me lo quise creer. Le dije: *habrá madurado, Jen. No creo que vuelva a hacerle lo mismo a mi hermano, calentarle la bragueta como la última vez y luego largarse a Nueva York con su marido.* Pero aquí estás, Zooey, demostrando que sigues siendo la misma zorra egoísta de siempre.

Cogí a Candy por el brazo y la volví de cara a mí.

—¡Eh! No te permito que le hables así —advertí con más dureza de la que nunca había empleado con ella. De reojo, vi cómo los ojos se Zooey se cargaban de lágrimas.

—¿Ah, sí? ¿Te pones de su parte? Pues muy bien, chaval. Cuando te joda como la última vez, no vengas a lloriquear.

—Yo no lloriqueo.

—No, tú solo te ahogas en un océano de sexo sin compromiso y huyes de la gente. Enhorabuena, hermanito. Por fin te has empotrado a la mujer que te ha convertido en un gilipollas. Espero que te dure la relación al menos una semana. Aunque con esta nunca se sabe.

Me golpeó con el hombro y salió con el mismo ímpetu con el que había entrado, provocando exactamente la misma sensación de desosiego. Me quedé unos segundos con la mirada bajada al suelo. Me resultaba difícil enfrentarme a Zooey en ese momento.

—Lo siento —dije por fin, mirándola con rostro congelado—. Ella no lo

decía en serio.

Zooey arrastró con los pulgares las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—No, sí lo decía en serio.

Tragué saliva.

—No le hagas caso. No importa su opinión.

—Pero tiene razón —dijo, medio encogiéndose de hombros—. Te jodí.

—¡Oh, por el amor de Dios! —me enervé—. ¡Deja de decir gilipolleces! Eras mi amor platónico, Zooey, nada más. Que yo lleve la vida que llevo no tiene nada que ver contigo, ¿vale?

—¿Cuántas relaciones serias has tenido en tu vida, T.J.?

—Varias —respondí de inmediato.

—¿Cuántas?

Dudé un segundo, antes de confesar la verdad.

—Ninguna —susurré, mordiéndome el labio con aire culpable.

Levanté la mirada hacia la suya y ella negó con la cabeza.

—Ninguna —repitió, como si eso lo zanjara todo.

—No tiene que ver contigo —recalqué entre dientes, y mi mirada se endureció por momentos.

Zooey parecía vulnerable y herida, y me cabreeé con Candy por venir a jodernos la mañana.

—¿En serio? Entonces, dime, ¿cuál es la razón?

Hice un gesto de desdén con los hombros.

—No soy de los que tienen relaciones serias. Me gusta la diversidad.

—¿Follas un par de veces y luego te marchas?

Torcí la boca.

—Algo similar.

—Y esto, lo nuestro, ¿qué significa para ti?

Candy había echado al traste cualquier posibilidad de decirle a Zooey que la quería, así que no pude hacer más que mentirle. Quería conservarla a toda costa, y de haberle dicho que la amaba, habría salido corriendo, gritando que nunca había sido su intención hacerme daño otra vez.

—Lo mismo que para ti. *Nada* —aseguré con énfasis y mis ojos sosteniendo a los suyos—. Esto no significa nada. Es solo un apaño que hicimos entre tú y yo.

Asintió despacio, luego negó como asqueada y, por último, me volvió la espalda, se metió en el dormitorio y cerró de un portazo. Me quedé al lado de la mesa, me pasé las dos manos por el pelo y solté toda una retahíla de maldiciones.

—Hay que ser imbécil —murmuré entre dientes, y, en un ataque de furia, golpeé con el dorso de la mano la taza de café. Cayó al suelo con un estrépito y se hizo añicos. Era la única taza que había en toda la casa. *Estupendo, T.J.*

Me desplazé hasta el sofá, donde me dejé caer con un soplido y hundí la cabeza entre las manos. Permanecí sentado de esa forma largo rato, pensando en ella.

—¿Me llevas? —Mis ojos se levantaron al escuchar su voz. Estaba de pie en el umbral, ya vestida y preparada para marcharse—. No puedo irme andando desde aquí.

Ni siquiera me había percatado de cuándo se había abierto la puerta, tan ensimismado estaba.

—Sí, claro —conseguí murmurar.

Me puse en pie y me acerqué a ella. Había estado llorando, lo supe por sus ojos.

—Zooey...

—No digas nada —suplicó en un susurro ronco—. No quiero hablar de esto.

Cogí aire en los pulmones y lo solté pausadamente.

—Vale —cedí con voz suave—. Vamos. Te llevo a casa.

¡Maldita seas, Candy! ¿Por qué se tenía que inmiscuir en mis asuntos? Yo

era feliz antes de que ella apareciera esa mañana. De acuerdo, lo mío con Zooley no era lo ideal, pero era mejor que nada.

La tibieza de la mañana nos envolvió al salir. Eran casi las diez. Tenía que haber empezado a trabajar a las ocho. Confiaba en que Logan se las apañaría sin mí. Por mucha prisa que me diera, no veía posible llegar a Austin antes de la hora de comer.

Zooley montó en el coche sin decir nada. La seguí, igual de callado y apesadumbrado que ella. Al arrancar el motor, empezó a sonar la radio. Estaba a punto de bajarla, cuando Zooley me cogió del brazo y me detuvo. Nuestros ojos se encontraron a través del aire.

—No, por favor. Me gusta esta canción.

Me sentí tan torpe y rudo como solía sentirme años atrás, cuando me la cruzaba y apenas era capaz de abrir la boca en su presencia. Aún me parecía un milagro haberle pedido ir a ese baile conmigo. Creo recordar que me había tomado un buen trago de whisky antes de acercarme a ella.

—Oh. De acuerdo. Lo siento.

Me eché hacia atrás en mi asiento y di marcha atrás para coger el camino hacia su casa. Necesitaba calmarme. Necesitaba volver a recuperar el control.

—Era la canción de mis padres —comentó Zooley cuando creía que no me volvería a dirigir la palabra por el resto del trayecto.

La miré, pero ella siguió con ojos perdidos, mirando por la ventana.

—¿Ah, sí?

—La ponían en su aniversario. Los recuerdo bailando, mirándose profundamente a los ojos. Yo solo era una niña, pero soñaba con tener algún día algo así. Otra mitad que me completara.

Se me puso un nudo en la garganta. Cogí las gafas de sol del salpicadero y me las puse con gesto brusco. No confiaba en el brillo de mis ojos.

—¿Qué canción es esta? —dije por fin, y, no sé cómo, conseguí una voz indiferente.

—*Autumn leaves*.

—Mmmm.

El silencio se tornó aún más profundo que antes.

—Llévame a casa de Jennifer, ¿quieres? —pidió con voz debilitada.

Le lancé una mirada a través de los cristales oscuros. Ella no me miró.

—Sí, vale. Como quieras.

*Zooey*

La tregua había acabado. Jennifer había conseguido engañarme, hacerme creer que, quizá, había algo bueno en ella después de todo; algo noble y sensato. Pero no lo había. Era exactamente la zorra egocéntrica que yo creía que era, y me odiaba por haberle permitido acercarse hasta el punto de que yo le desvelara cuánto significaba T.J. para mí. Había sido un enorme error hablarle de mis sentimientos, porque en lugar de mantenerlos en secreto, mi querida hermana los había compartido nada más ni nada menos que con Candy, la mujer que peor me caía de todo el jodido estado de Texas. Ojalá nunca se lo hubiese contado. Así me habría ahorrado el bochornoso episodio en casa de T.J.

—¡Jennifer! —grité desde el patio, tan furiosa que veía negro delante de los ojos—. ¡JE-NNI-FER!

Me acerqué a la puerta principal y golpeé ferozmente con la palma, un golpe detrás del otro.

—Sé que estás en casa. Tu coche está fuera. Abre ahora mismo.

—Zooey, no es un buen momento —gritó desde alguna parte de la planta superior—. Vuelve más tarde.

—¡Y una mierda! ¡Me vas a abrir ahora! ¡Tenemos que hablar!

Y volví a golpear la puerta como una desquiciada, esta vez, usando el puño. Alterada por el ruido, mi hermana abrió por fin y me lanzó una mirada

chispeante desde el umbral.

—¿Qué coño te pasa, Zooey? ¿Es que has perdido la cabeza? ¿Por qué estás armando todo este follón?

—¡Tú, zorra intrigante! —grité, señalando su nariz con el dedo—. ¿Qué le has dicho a Candy sobre mí?, ¿eh?

Jennifer hizo una mueca y se envolvió en su bata de seda.

—Oh, por Dios. ¿Por eso estás montando este numerito? ¿Por Candy?

—¿Tienes idea de lo humillada que me sentí esta mañana cuando tu querida cuñada presumió, delante de T.J., de todo lo que tú le contaste; de que yo ando detrás de él como el gato detrás del ratón?

—¿E insinúas que no es cierto?

Apreté los puños para no abofetearla. Sus insolentes ojos se estaban burlando de mí.

—¡No, no lo es!

—¡Vamos, Zooey, no seas niña! Sabes perfectamente que tengo razón. Madura de una puñetera vez. Además, ni siquiera sé por qué actúas como una loca. No me parece tan grave. ¿Y qué si T.J. se ha enterado? No entiendo por qué tanto drama. A los hombres les encanta provocar eso en las mujeres. Seguro que se siente orgulloso de su virilidad ahora mismo.

—No quiero que vuelvas a acercarte a mí nunca más, ¿me has oído? ¡Y mucho menos a Rachel! ¡Confíe en ti! Creía que habías cambiado, que te arrepentías de haberlo jodido todo. Pero no es así —La miré a los ojos y negué, consciente de que un aire de desprecio asolaba todo mi rostro—. Tú no te arrepientes de nada, porque tú eres incapaz de sentir, Jennifer. Ese es tu jodido problema. No sientes nada. Ni amor, ni lealtad, ni respeto. No son más que palabras vacías para ti.

—Mira, Zooey, estarás con la regla y eso te habrá puesto de mal humor. Francamente, no me apetece aguantarte ahora mismo. Así que largo. Hablaremos cuando te hayas calmado.

Estaba a punto de soltarle unas cuantas verdades, cuando alguien tiró de la cadena en el piso superior y el ruido de la bomba de agua se escuchó con absoluta nitidez por toda la casa. Jennifer se puso tensa, aunque lo disimuló

bastante bien.

—Bueno, venga, adiós.

—Espera —Coloqué el pie para impedirle que me diera con la puerta en las narices—. ¿Con quién estás?

—Con nadie —dijo de inmediato.

Sabía que los chicos tenían clase de natación esa mañana, los había llevado Logan antes de marcharse al trabajo. Había llamado a T.J. a primera hora para decirle que iba a llegar un cuarto de hora tarde porque Rob se había dejado el bañador en casa y tenían que dar media vuelta.

Por el otro lado, Hope había pasado la noche en casa, con mamá. Se lo había pedido yo misma, por si a mi madre le pasaba algo mientras yo no estaba, para que no estuviera sola durante la noche.

—He oído la cadena.

—Te estarás volviendo senil.

Pese a la indiferencia que pretendía transmitir, mi hermana estaba turbada detrás de su fachada de falso autocontrol. Tenía los labios pálidos por la tensión.

—Así que es cierto —dije, cabeceando asqueada—. Te follas a un tío en tu propia casa. ¡La casa que Logan, *tu marido*, tuvo que trabajar durante quince años para poder pagar! —alcé el tono sin poder evitarlo; sentía ganas de estrangularla—. ¿Es que tú no le tienes respeto a nada?

Mi hermana entornó los ojos.

—Mira, Doña Moralidad, no estoy de humor para tus sermones. Te recuerdo que estás casada y que follas con T.J. sin ninguna clase de remordimientos. No me vengas con esos aires de superioridad a mí, que nos conocemos.

Le cogí del brazo y la aparté de mi camino.

—Le diré unas cuantas cosas a ese tío, ya que contigo es imposible llegar a nada. Debería darle vergüenza. ¿O es que ni siquiera sabe que estás casada?

—¡Zooey! —Mi hermana se puso histérica ante mi intención de enfrentarme a su amante—. ¡Para ahora mismo! Ni se te ocurra subir ahí

arriba, ¿me has oído?

El problema era que ella estaba embarazada de seis meses y no podía correr tan rápido como yo, así que fui la primera en alcanzar la planta superior.

—¡Zooney, no! —rugió Jennifer intentando detenerme antes de que abriera.

—¡Se va a enterar! —amenacé con una sonrisa malévola.

La aparté y abrí la puerta de su dormitorio de sopetón. Sin embargo, no pude decirle a ese hombre lo que había venido a decir. No pude, porque las palabras murieron en mi garganta.

—Zooney —se asombró de verme, y me pareció que palidecía por momentos.

Estaba de pie junto a la cama, y sus ojos, desorbitados y fríos como los de un reptil, apuntaban a los míos. Iba desnudo. Salvo por los calcetines. Follaba con los calcetines puestos. Claro que sí.

Como demandando una explicación, trasladó la mirada hacia Jennifer, que estaba paralizada a mi lado. La tensión crepitaba en el aire con la fuerza de una tormenta desatada.

—Lo siento. No he podido detenerla —murmuró mi hermana con voz estrangulada.

Sentí ganas de vomitar. Me agarré con la mano al marco de la puerta y me tomé unos momentos para respirar hondo.

—No me lo puedo creer —musité para mí—. ¡¿Con él?! Oh, Dios, no puedo con esto.

Aparté a mi hermana del medio y rompí a correr escaleras abajo.

—¡Zooney, si Titi llega a enterarse de esto, la destruirás! —gritó ella detrás de mí—. ¡Esto es amor, Zooney! —aseguró, inclinada sobre la barandilla.

¿Amor? ¿Eso era amor? Entonces, el amor era el sentimiento más retorcido que había en el mundo.

Abrí la puerta de la entrada con brusquedad, corrí hasta unos arbustos y ahí por fin pude devolver.

*

Entré por la puerta casi a rastras. Estaba destrozada. Me había pasado todo el día paseando por el campo, a un ritmo frenético, como si intentara alejarme de las tinieblas que me perseguían. Pero las tinieblas eran insistentes, me acompañaban allá adonde iba.

Encontré la casa a oscuras. Mi madre estaba durmiendo cuando fui a verla. Entorné la puerta con cuidado, apagué la luz del pasillo y me encerré en mi habitación. Miré el móvil. Ni una sola llamada perdida. Genial.

Me dejé caer encima de la cama y hundí el rostro entre las manos. Era jueves. A la mañana siguiente llegaría Rachel, y el sábado, toda la familia se reuniría para celebrar el cumpleaños de mi madre. Antes del sábado, debía encontrar un modo de aparentar normalidad. ¿Pero cómo? ¿Cómo se suponía que debía hacerlo? ¿Cómo debía actuar en presencia de Jennifer y Tom? Su traición me enfermaba. Pobre Titi. Recordé su rostro, tan surcado de amargura y, a la vez, blando y suave; casi maternal. Ella no merecía algo así; algo tan monstruoso. Esa traición la destruiría. ¡Su marido y su propia hermana! ¿Cómo iba a decirle a la pobre Titi algo así?

Me limpié las lágrimas que se escurrían por mis pómulos, cogí el móvil y llamé a T.J. Descolgó al segundo toque.

—Hola —murmuró, y por su tono comprendí que le asombraba mi llamada.

—Hola.

Se produjo una pausa. Ni siquiera sabía por qué le había llamado. Quizá porque era suyo el brazo en el que quería buscar apoyo, y suyos los labios que necesitaba que me consolaran.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí. No... No lo sé... Solo quería escuchar tu voz.

—¿Ha pasado algo?

Me encogí de hombros.

—Nada.

¡Todo!

—Siento lo de esta mañana.

Reinaba una profunda tranquilidad en mi habitación, supuse que la provocaba la suavidad de su voz. Pensé en lo mucho que me hubiese gustado poder poner mis dedos en los suyos y sentir el apoyo que transmitía con solo sujetarme la mano.

—Eso ya no tiene importancia ahora —balbucí.

—Comprendo —dijo con un suspiro tan triste que tuve la sensación de que no comprendía nada.

—El sábado es el cumpleaños de mi madre.

—Lo sé.

—Quiero que vengas.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí. Te necesito.

Más que nunca.

—De acuerdo. Ahí estaré.

Mis ojos vagaron por la pared. Había mil cosas que quería decirle. Diez mil. ¡Millones!

—¿T.J.?

—¿Sí? —murmuró esperanzado.

—Nada. Buenas noches.

Colgué y lancé el móvil a la cama, lo más lejos posible de mí. Me hundía y me hundía, cada vez más, en ese océano de desesperación y dolor. Todo había comenzado el día en el que Daniel había formulado esas demoledoras palabras. *Me he acostado con Charlotte*. Desde entonces, había estado en una constante montaña rusa. Nunca había recuperado la normalidad después de esas malditas palabras. Ahora mi vida no era más que un puñado de añicos. Nada se podía juntar ni reconstruir. Lo mío con Daniel. Lo mío con mi madre. Lo mío con mis hermanas. Lo mío con T.J. Estaba todo destrozado. ¡Todo! Había intentado engañarme a mí misma, fingir que nunca perdería a mi madre,

y que mi matrimonio no estaba roto, y que aún podía mantener una relación normal con todas mis hermanas, y que éramos una familia, y que T.J. sentía por mí algo más que lujuria... Pero nada era cierto. Mi vida no era más que un montón de asquerosas y repulsivas mentiras.

Y estaba harta.

*

Me levanté tan tarde esa mañana que, cuando bajé en busca del consuelo que solo el café podía brindarme, me encontré a Rachel en la cocina, enzarzada en una conversación con mamá.

—Hola —saludé con voz rota. Tenía la garganta lacerada por el llanto.

—¡Eh! ¡Hermanita! —Rachel, con una sonrisa de oreja a oreja, cruzó la cocina y me dio un fuerte abrazo—. Dios, me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Me aparté después de abrazarla, me eché una buena taza de café, sin molestarme en añadirle leche, y me dejé caer en una silla.

—Bien. ¿Y tú?

Mi actitud y mi aspecto contradecían esas palabras, pero mi hermana fingió no reparar en ello.

—Ah, genial. He tenido un vuelo de lo más tranquilo. Me he podido acabar por fin *Jane Eyre*. Llevo cinco años leyendo ese libro, siempre a cachos.

—¿Y qué tal con Logan?

Me extrañaba que Rachel estuviese tan contenta después de un viaje de una hora y pico en compañía de su cuñado predilecto.

—No pudo venir a por mí.

Claro, así se explicaba su alegría.

—¿Qué? ¿Y cómo has venido?

—T.J., cariño —explicó mi madre, que estaba colocando encima de la

mesa un florero repleto de rosas, regalo de Rachel, supuse—. Se acaba de marchar. Preguntó por ti, claro. Qué chico tan agradable.

—Me ha dicho mamá que estáis saliendo. Zooey, me alegro un montón.

—Ya.

Mi hermana se percató de que había algo raro en mí. Me miró confusa y yo negué con la cabeza.

—Traigo un montón de cosas para el *cumple* de mamá —cambió Rachel de tema, y su anterior entusiasmo resurgió con asombrosa rapidez—. Me tienes que ayudar hoy con la decoración.

—Ajá —murmuré, entre sorbo y sorbo.

—Cariño, no tengo cinco años. No hace falta decorar nada.

—Sí que hace —rebatí Rach con una sonrisa tan radiante que se le iluminaron los ojos azules—. Será el mejor cumpleaños de todos los tiempos. Titi se encarga de la tarta, ¿verdad, Zooey?

—Sí —contesté distraída. Su voz apenas llegaba a mí. Su entusiasmo, si bien era contagioso, a mí no me afectaba.

—¿Y Jennifer trae los aperitivos?

—Eso fue lo que dijo.

—Entonces, tú y yo haremos el asado.

—El asado lo haré yo —intervino mi madre desde la nevera.

Rachel le sonrió con la indulgencia con la que sonreiría a un niño.

—No, mamá. Mañana, lo único que debes hacer es ponerte guapa para la fiesta y disfrutar. De la comida nos encargamos Zooey y yo. Claro que nos tienes que decir cómo se hace...

Mi madre y mi hermana se echaron a reír. Apenas sonreí. Apenas sentía nada. Lo único en lo que podía pensar era en que nuestra familia volvería a quedar destrozada a causa de un hombre. Y esta vez, ese hombre iba a ser Tom.



Hubo tormenta esa noche, una de las tormentas más fuertes que había visto nunca. Los relámpagos estallaban los unos detrás de los otros, iluminando el jardín como si fuese de día. Eran más de las doce cuando fui a ver a mi madre. Quería asegurarme de que se encontraba bien. Había cogido la costumbre de colarme en su habitación todas las noches antes de irme a dormir, aunque esa fue la primera vez que la encontré despierta. Tenía la luz de la mesilla encendida, vestía el camisón que se solía poner para dormir y sujetaba una Biblia entre las manos.

—Tu padre siempre leía la Biblia en las noches de tormenta —explicó con una sonrisa—. Ven. Entra. Siéntate conmigo. Charlemos un rato. Esta noche no quiero dormirte tan pronto.

Hice amago de sonreír, entré y me senté en el borde de la cama.

—¿No puedes dormir por la tormenta?

—Últimamente pienso más que nunca en el pasado —respondió con mirada mortecina—. En ti, sobre todo.

La luz de la lámpara dibujaba extrañas figuras sobre la pared. Me pareció verlas danzar, como en un sueño del que uno no puede despertarse. Las figuras se te acercan y te llaman para que las sigas entre las tinieblas, y tú lo único que puedes hacer es contemplarlas estúpidamente, pues tus pies nunca reaccionan dentro de un sueño. Quieres moverte y hacer algo, pero eres incapaz.

Así me sentía yo esa noche, inerme ante fuerzas que iban más allá de mí.

—¿En mí? —susurré, y en mi voz se percibió un deje de asombro.

Ella asintió despacio.

—En lo unidas que estábamos antes. Eras como mi sombra, ¿lo recuerdas? No podía ausentarme ni cinco minutos sin que tú te alteraras. Me iba a tomar café en casa de alguna vecina y, a los dos segundos de irme, tú ya me seguías —se detuvo y sonrió para sí, perdida en sus recuerdos—. Siento haberte decepcionado tanto, Zooey.

Una amarga humedad empezó a nublar me la vista. Eran sus ojos los que tanto me entristecían, el aire de derrota que rebosaba en su mirada.

—Mamá, no digas cosas así. Tú no me has decepcionado. Yo sí te he decepcionado a ti.

Cayó otra vez presa de sus pensamientos. Las emociones recorrieron su rostro la una detrás de la otra.

—Dejémoslo en empate, ¿quieres? —dijo al cabo de un buen rato.

Intenté sonreír a través de las lágrimas que ya se escurrían por mis pómulos. Las arrastré con las palmas y sorbí por la nariz. No quería que me viera llorar.

—Tengo miedo, Zooey —murmuró mi madre de pronto y era como si su voz se hubiese alejado de mí.

Alcé la mirada hacia la suya. La voz me había parecido lejana, pero ella seguía en la cama, con ojos atribulados y ausentes.

—¿De la tormenta?

—De morir.

Entrecerré los ojos y estreché los párpados con fuerza. Una nueva oleada de impotencia contrajo mis entrañas, agarrándolas con tanta crueldad que el dolor se tornó insoportable.

—Me gustaría ser valiente —continuó mi madre abatida—, pero estoy asustada.

Sabiendo que no había en el mundo palabras para consolarla, me metí a su lado en la cama y la abracé con fuerza. Lloré encima de su hombro, como tantas veces había hecho en el pasado, y ella me acarició la cabeza con sus gélidos dedos carentes de cualquier fuerza.

—No llores por mí, cielo. No creo que morir sea para tanto. Soy yo, que nunca fui tan valiente como tú. Tú eres lo mejor de mí, Zooey. Espero que lo sepas. Y espero que sepas que te quiero. Te quiero mucho. En el pasado fui más dura contigo que con tus hermanas, y eso rompió nuestra relación. Pero necesito que sepas que me comporté así precisamente porque te quería más que a ellas. Quería que tuvieras lo mejor, y sabía que Daniel no era lo mejor para ti. No debería tener favoritas. Debería quererlos a todas por igual. Pero tú

eres mi favorita y no puedo evitarlo.

—Mamá... no sigas.

—No voy a seguir. Eso es todo lo que quería contarte. ¿Te quedas a dormir conmigo como hacías de pequeña? Eras la única que se colaba en nuestra cama. Te deslizabas por mi lado y te acurrucabas junto a mí.

Hice un leve asentimiento, pues el llanto ahogaba mi garganta y no me veía capaz de hablar.

—Gracias, cielo —murmuró mi madre con el rostro hundido en mi pelo—. Ser tu madre es uno de mis mayores logros en la vida —musitó con voz exangüe.

La mano que acariciaba mi pelo cayó de pronto. Levanté la cabeza y contemplé su rostro. Parecía estar dormida. Solo que no lo estaba.

*Zooey*

Ver a Daniel después de todo ese tiempo no me produjo ninguna emoción. Me dio un beso en la mejilla. Me dijo que lo sentía mucho. Hice un asentimiento y me alejé de él. Sabía que teníamos que hablar antes de que se marchara a Nueva York, pero ese no era el momento para hacerlo.

La casa había amanecido llena de familiares y amigos, que no se habían marchado en todo el día, salvo para acompañarme al cementerio. La mesa de la cocina estaba repleta de ensaladas, pasteles de carne y tartas. Todos los vecinos me habían traído una bandeja esa mañana. Apenas había intercambiado un par de palabras con mis hermanas. Había estado demasiado ocupada organizando el entierro.

Por la mañana, me había puesto un vestido negro, me había recogido el pelo con una cinta negra que había pertenecido a mi madre y había bajado a coordinarlo todo, flores, horarios, aperitivos; a recibir las condolencias. Era tan eficiente como una secretaria y parecía profesional, poco afectada, como si el dolor hubiese abandonado mi cuerpo de repente y sin previo aviso. Solo yo sabía que no era así. El dolor no se había marchado. Solo permanecía oculto. Me derrumbaría más tarde, cuando él lo considerara oportuno.

Durante la ceremonia, oficiada por un sacerdote al que no conocía, me mantuve apartada y ausente; sola, resguardada bajo un paraguas oscuro que frenaba la fina llovizna que había arrancado pasadas las seis de aquella mañana. Conocía la hora exacta porque estaba despierta cuando empezó a

llover. No había pegado ojo en toda la noche. Ese estaba siendo el día más largo de toda mi vida.

—¡Zooney! Zooney, cariño, te estaba buscando para decirte que nos marchamos. Una ceremonia conmovedora.

—Gracias, tía Ellen.

—Siento mucho lo de tu madre, Zooney.

—Gracias, tío Mark.

De pie, al lado de la puerta, obsequié a todo el mundo con una sonrisa forzada.

El reloj de la cocina anunció por fin las siete de la tarde y el grupo empezó a disiparse poco a poco. Rachel subió a su habitación. Tenía migraña de tanto llorar. Mis dos hermanas mayores no estaban ahí. Titi se había desmayado al ver bajar el ataúd de mamá dentro del hoyo. Tom la había llevado en brazos hasta el coche y se habían marchado antes de que acabara la ceremonia. Jennifer no se había pasado por casa después del entierro. Ella también estaba devastada. Yo era la única que aguantaba en pie, y solo lo hacía porque tenía muchas cosas que atender.

Pero aquello acabaría en breve. Solo tenía que aguantar media hora más. Solo eso. Me armé de fuerzas, respiré hondo y volví a hacerme cargo de la situación.

—Gracias por venir, señora Alten. Señor Neville, ¿quiere un poco más de café?

En cuanto cerré la puerta detrás de la última persona, me puse a fregar las finas tazas de porcelana china que mi madre guardaba en el armario de la vajilla especial. Le habría gustado saber que por fin se habían usado para algo.

—Te ayudaré a recoger —se ofreció Daniel.

Se me acercó desde atrás y descansó las palmas en mis hombros, rígidos por la tensión. Apagué el grifo del fregadero y me aparté de él. No quería que me tocara. No necesitaba su maldito consuelo. No necesitaba el consuelo de nadie. Quería estar sola. Cuanto antes me acostumbrara a la soledad, mejor. Esa iba a ser mi condición a partir de entonces.

—Gracias —dije con voz desabrida, y cogí un trapo de cocina para secarme las manos.

Saqué de debajo del fregadero dos bolsas de basura, en las que fuimos guardando todo lo que había que tirar. En diez minutos lo teníamos todo recogido, la comida envuelta en papel de plástico y colocada en la nevera.

La cocina estaba impoluta, tal y como la había dejado mi madre antes de marcharse. Dos días antes de morir, se había empeñado en limpiar las puertas de los armarios.

—No podemos celebrar un cumpleaños sin haber hecho limpieza general —había dicho.

Con un gesto atormentado temblando en las comisuras de mis labios, me acerqué y paseé las yemas de los dedos por las zonas que ella había fregado. Pero no pude sentirla. No encontré a mi madre en la fría superficie del armario, porque ella se había ido. ¡Ya no estaba ahí!

—¿Subes? —me preguntó Daniel desde el pie de la escalera. Se le veía cansado. No había dormido desde Nueva York.

Negué despacio.

—No. Ve tú. Voy a sacar la basura a la calle.

—Puedo hacerlo yo.

—Necesito aire.

Daniel debió de comprender que lo que quería era que me dejara en paz, pues subió sin rechistar. En cuanto me quedé a solas, solté un largo suspiro, cogí las dos bolsas y abandoné la cocina por la puerta que daba a los viñedos. Alguien había encendido la cortina de estrellas en la parte de atrás. A mí madre le gustaba mucho. La solía encender todas las noches.

Miré un segundo al cielo, con la esperanza de encontrarla ahí. Sin embargo, ahí no había nada salvo nubes y oscuridad. Mis ojos bajaron y cayeron sobre la silueta con forma humana que se mecía en el balancín. Dejé las bolsas en el escalón inferior y me acerqué a él. No habíamos hablado en todo ese tiempo. Al ver a Daniel siguiéndome como un marido complaciente, él se había mantenido apartado de mí, apenas habíamos intercambiado un par de frases. O a lo mejor no se había acercado porque daba por concluido

nuestro acuerdo y no veía razón para seguir fingiendo.

—Hola —saludé, de pie delante de él.

Sus ojos brillaban cuando se alzaron hacia los míos. Su rostro me pareció decrepito, consumido por alguna especie de sufrimiento que yo no conseguía identificar. Quizá estuviera cansado, como lo estábamos todos los demás. El agotamiento era patente en su rostro.

—Hola —me respondió con suavidad.

Entre suspiros, me senté a su lado. El columpio emitió un chirrido de protesta. En el silencio que siguió, tan solo el balanceo del columpio desgarraba la densa cortina de quietud de la noche. Ya no llovía, y al tener techo de madera, el asiento no estaba mojado.

—Algún día te dolerá menos —dijo T.J. de pronto. Habló con torpeza y brusquedad, como solía hablarme en el instituto.

Suspiré. Él estaba equivocado. No sentía dolor. De hecho, no sentía nada en ese momento.

—Gracias por venir —farfullé la frase que llevaba diciendo toda la tarde, la frase que me daba seguridad; la frase ensayada mil veces antes de abandonar mi habitación. Delante del espejo, había mirado mi rostro mortecino, mis ojos hundidos, y había repetido una y otra vez: *gracias por venir*. Eso era todo lo que tenía que hacer.

T.J. calló un momento. Luego, su voz, baja y rota:

—No hay que darlas.

—A mi madre le habrían gustado las flores que trajiste.

Otra cortesía más. También ensayada. *A mi madre le habría gustado saber que pudiste venir, tía Flo. Gracias, tío John. Seguro que a mi madre le encantarían.* Un montón de basura. A mi madre le daba igual. Estaba muerta.

—Mmmm.

—Tú le caías muy bien.

La única frase sincera que había dicho en todo el día.

—Lo sé —murmuró él.

—Pero ella ya no está aquí ahora —repuse, y T.J. me lanzó una mirada cuya intensidad me atravesó como un cuchillo.

—Soy consciente de ello —respondió por fin. Su acerada voz había perdido cualquier rastro de la suavidad con la que me había hablado antes.

—¿Por qué no te marchas, T.J.? —le pedí, enfocándolo con toda la fuerza de mis ojos.

Su rostro no se alteró. Habría sido imposible, ya que lucía tan pétreo como un bloque de hielo.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que me marche?

Me dispensó una mirada larga, tan penetrante que traspasó casi todos los muros que yo había levantado a mi alrededor.

—Ella ya no está entre nosotros. No tiene sentido seguir fingiendo —expuse con tono cansado.

—No todo fue fingido —me recordó con voz fría y aplomada.

—Casi todo.

—Eres injusta por decir eso.

Me levanté del columpio y lo miré desde arriba.

—Mi madre ha muerto. ¿Tienes idea de lo injusto que es eso?

Cerró los ojos como si sintiera dolor.

Incapaz de lidiar con todo eso, di media vuelta, subí los peldaños deprisa y cerré la puerta de la cocina detrás de mí. Ni siquiera me acordé de tirar las bolsas de basura.

Él siguió contemplando la puerta incluso después de que yo apagara la luz. Lo último que vi fue que se estaba encendiendo un cigarrillo.

*

—Quiero el divorcio.

Eran las tres de la mañana y yo me estaba ahogando bajo las aplastantes olas de un mar de desesperación. Daniel accionó el interruptor de la mesilla y me miró como si estuviera loca.

—¿Ahora?

—No. Ahora no. Pero mañana, a primera hora, quiero que llames al abogado.

Mi marido profirió una maldición entre dientes, buscó mis ojos y su ceño se frunció de pena.

—¿Y ya está? ¿Vas a renunciar a todo lo que tuvimos? ¿Así de fácil?

—¡Esa es la cuestión, Daniel! —le grité—. Yo no voy a renunciar a nada. ¡Eres tú el que ha renunciado a todo! Todos estos meses he estado culpándome a mí, preguntándome qué había hecho mal y si podía haber hecho algo mejor, cuando el único culpable de todo esto ¡eres tú! ¡Tú!, que te follaste a otra. ¿Por qué soy yo la que tiene que pagar las consecuencias? Me niego a cargar con más culpabilidad. Esto se ha acabado. Mañana, en cuanto salga el sol te quiero fuera de mi casa.

—¿Tanto le quieres?

Esa acusación, lanzada en tono gélido y aplomado, impactó contra mí como si alguien me hubiese dado una patada en el estómago. Me volví cuando estaba a punto de cruzar la puerta y mis cejas se enarcaron de modo amenazador, como para potenciar el iracundo fulgor que desprendían mis ojos.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Sé lo tuyo con ese obrero. Lo supe en cuanto empezó. Me llamó Tom.

Me pasé la mano por la cara, negué con la cabeza y empecé a reírme, una risa histérica que no podía controlar.

—Pequeño pedazo de mierda. Te llamó, ¿eh? Como si fuese él más indicado para darme lecciones de fidelidad conyugal.

Daniel pegó un salto de la cama y me cogió por los hombros.

—Mira, Zoey, lo que hayas hecho, hecho está y ya no tiene importancia. Vale, te lo follaste. ¿Y qué? En este matrimonio se cometieron errores. Yo te

hice daño y tú me la devolviste. Ahora estamos en paz.

Aparté sus manos con brusquedad y una oleada de incredulidad recorrió mi rostro.

—Espera. ¿Crees que esto tiene algo que ver contigo?

—Lo tiene *todo* que ver conmigo, cielo. Estabas herida y buscaste un modo de herirme porque te parecía injusto ser la única en sufrir. Lo comprendo y te perdono. Ahora volvamos a casa, amor mío.

Solté una carcajada provocada por la estupefacción, por la furia, por todo mi dolor.

—¿Por qué te estás riendo?

—¡Porque eres el hijo de puta más egocéntrico que he conocido en toda mi vida! —estallé con ojos chispeantes—. ¡Dios mío!, ¡tantos años y no lo vi! ¿Te acuerdas lo que me decía mi padre sobre ti? *No es ciego el que no ve, Zooey, sino el que no quiere ver.* ¡Cuánta razón tenía!

—Incluso muerto sigue interponiéndose entre nosotros, ¿no te das cuenta?

—¡Nadie se está interponiendo entre nosotros, Daniel! Porque en nuestra casa y en nuestro matrimonio, ¡solo estábamos tú y yo! ¡Hasta que *tú* te follaste a Charlotte!

Vi a T.J. diciéndome que solo estábamos él y yo en esa mesa y en esa relación, y mi corazón se contrajo de dolor.

—No, ¿sabes qué? He cambiado de opinión. No vamos a esperar hasta mañana. Vas a largarte ahora mismo.

—Zooey, sé sensata. Son las tres de la mañana —trató de apaciguarme.

—Las tres y veintisiete, sí, lo sé. Venga, coge tus cosas.

—Zooey...

—Cógelas o te las tiraré por la ventana. Un tópico de las mujeres engañadas, ¿no te parece?

Mi marido, profiriendo terribles maldiciones entre dientes, me volvió la espalda y empezó a vestirse con movimientos bruscos. Me sonreí a mí misma a través del reflejo de un cuadro. Mi madre habría estado orgullosa de mí esa noche.

No me quedé a contemplar cómo Daniel recogía sus cosas. Me volví sobre los talones y abandoné la habitación en silencio. Ni siquiera le dije adiós. No se lo merecía.

Doblé por el pasillo y entré en la habitación de mi madre. Me quedé un segundo parada en el umbral, como esperando a verla salir del baño. Sin embargo, tanto la habitación como el baño se mantuvieron dolorosamente silenciosos. Tampoco estaba ahí, al igual que no la había encontrado ni en los armarios de la cocina ni bajo la cortina de estrellas.

Con aire resuelto, abrí las dos puertas del armario y empecé a sacar sus cosas. Las coloqué en montones encima de la cama, y luego fui al baño y recogí todas sus cremas y colonias. Tenía las manos llenas cuando regresé a la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

Rachel, envuelta en una bata, me contemplaba desde el umbral. Sus ojos estaban hundidos en sus cuencas. Oscuros círculos de sufrimiento destacaban más que nunca la intensidad de ese azul celeste.

—Estoy recogiendo sus cosas.

—¿Ahora?

—Tiene que ser ahora.

Mi hermana se humedeció los labios y cabeceó despacio. Yo seguí colocando sus cosas encima de la cama.

—No puedo hacerlo ahora —imploró Rachel con tono quedo—. No puedo acercarme a nada suyo. Ni siquiera puedo entrar en esta habitación.

Por su voz comprendí lo mucho que intentaba retener las lágrimas.

—No te he pedido que lo hagas —repliqué con aplomo.

Mi hermana me miró como si ya no me conociera.

—¡También era mi madre, Zoey! —me gritó. Ni siquiera sabía de dónde había encontrado las energías para gritar. Parecía desfallecida.

—Necesito hacerlo ahora —me empeciné, y abrí el zapatero donde mi madre guardaba todos sus zapatos de verano.

—Es imposible razonar contigo, ¿verdad? —preguntó con tono cansino.

No dije nada. Mi hermana hizo una pausa. Luego suspiró y musitó para sí:

—Haré café.

La escuché alejándose por el pasillo. Un segundo después, la puerta de la habitación de invitados se cerraba con estrépito. Daniel debía de estar furioso conmigo.

—¿Adónde vas a estas horas? —oí como se lo preguntaba Rachel.

—Tu hermana me acaba de echar —contestó él con tono resentido.

—Ah. Bueno, me tranquiliza saber que hay algo de sensatez dentro de su locura. Buenas noches, Daniel. Conduce con cuidado.

—¡Estáis todas chifladas!

El cabreo de Daniel me hizo sonreír. Me senté encima de la cama y rocé el collar de perlas de mamá. No la encontré en él. No eran más que un puñado de inanimadas y gélidas perlas. Cada maldita cosa que me rodeaba parecía gélida y sin vida, porque, sin ella, el mundo entero había perdido su calidez.

*

Fui a verla a la semana siguiente. Le llevé rosas. No encontré margaritas en ninguna floristería.

—Hola, mamá —murmuré, acariciando el trozo de piedra bajo el cual la habíamos sepultado. Me senté a su lado, con la espalda apoyada en la lápida, y peiné el cementerio con la mirada—. Llevo toda la semana siguiéndote como una sombra. En tu habitación, en el jardín, entre los viñedos... Te busqué en todas partes, pero no te encontré, mamá. Tu habitación está tan vacía que... no soporto mirar dentro. En el jardín, ya nadie se mece en el columpio. Creí que estarías en el cementerio, pero...

Callé y me sequé las lágrimas que corrían por mis mejillas.

—¿Por qué tuviste que marcharte tan pronto? ¿Es que no sabes cuánto te necesito?

Apoyé la frente contra las rodillas y cerré los ojos. El viento arrojó un

puñado de hojas amarillentas contra mi pelo. Las aparté, me sequé las lágrimas de nuevo y me puse en pie. Eran hojas de otoño, sus favoritas. Pero tampoco la sentí en ellas. Ya no la sentía en ninguna parte. Solo estaba el maldito vacío que nada conseguía llenar.

—Sabía que te encontraría aquí —escuché una voz, dolorosamente familiar, a mis espaldas.

Me volví hacia T.J., cuyos ojos azules estaban clavados en mi perfil. Iba en mangas de camisa y mantenía las manos escondidas dentro de los bolsillos. Llevaba unos cuantos días sin afeitarse. Estaba desastrado, cansado y triste.

—¿Qué haces aquí? —murmuré, y el asombro se hizo evidente no solo en mi rostro sino también en mis palabras.

Contestó con un leve encogimiento de hombros.

—Vengo a despedirme.

—¿Despedirte? —apenas me atreví a susurrar.

Él asintió.

—Me voy, Zooey.

—¿Te vas? Te vas, ¿adónde?

—A Dallas.

—¡Dallas! —estaba tan sorprendida que la exclamación se me escapó en un chillido.

—Me han llamado para construir un barrio de viviendas de lujo ahí —explicó y, cabizbajo, removió la tierra con la punta de la bota. Estaba turbado y un poco incómodo. Parecía tener prisa por marcharse. No le debía de costar ningún esfuerzo alejarse de mí.

—¿Y has aceptado? —murmuré, luchando contra las lágrimas que pugnaban por salir.

Busqué sus ojos y me estremecí a causa de la fría resolución que brillaba en ellos.

—La fábrica está acabada, así que ya no tengo que supervisar nada aquí.

—Oh.

—A no ser que se te ocurra alguna razón para que me quede...

Alzó los ojos hacia los míos con deliberada lentitud y me sostuvo la mirada. No quería perderle, pero tampoco podía ofrecerle nada para que se quedara. Necesitaba tiempo para volver a ser yo misma y no sabía exactamente cuánto iba a llevarme aquello. Bien podían ser meses, bien podía tratarse de años enteros. No podía retenerlo para siempre. Habría sido injusto para él.

Así que decidí hacer lo correcto y negué despacio.

—No —dije, calmada—. No se me ocurre ninguna razón.

Asintió, un poco decepcionado, y dio un paso hacia mí. Lo miré, con el corazón angustiado y todas las esperanzas quebrantadas. Él se inclinó sobre mí y sus labios rozaron mi mejilla. En otros tiempos, esos labios habían ardido sobre mi piel. Ahora se me antojaron inexorablemente fríos, al igual que el mundo que me envolvía.

—Adiós, cariño —susurró con suavidad, y me pasó el pulgar por el arco de la boca a modo de despedida.

Bajé los párpados para no verle marchar y mantuve la mirada clavada en el suelo, contando las pisadas que le alejaban de mí. Hojas y ramas secas crujían bajo la suela de sus botas, hasta que, de pronto, ya no escuché nada. Solo un cementerio silencioso y la brisa arrojando hojas de otoño.

Aguardé unos momentos antes de llevarme la mano a la mejilla que él había besado. Hay besos que alivian y seducen; besos que te devuelven la esperanza. Y luego hay besos que te desgarran por dentro. Su beso fue uno de esos. Porque era el último.

Levanté la mirada justo a tiempo de ver la parte trasera del Dodge desapareciendo entre las colinas.



Zooey

Tras su partida, los días fueron convirtiéndose en una interminable estampa de tonos grises y apagados. Llegó el invierno y, con él, las primeras navidades sin mi madre. No las celebré. Rachel no vino, tenía trabajo. En cuanto a mis otras dos hermanas, decliné el ofrecimiento de Titi de ir a su casa. No soportaba la idea de estar bajo el mismo techo que Jennifer y Tom; no después de saber lo que sabía. Me sentía tan cobarde por no hacer nada al respecto que llevaba meses enteros evitando a Titi y a Logan. La muerte de mamá, en vez de unirnos, nos había fraccionado por completo. Mis hermanas y yo habíamos dejado de ser una familia para convertirnos en un puñado de desconocidas que llevaban la misma sangre corriendo por sus venas.

Mi divorcio concluyó tres días antes de Nochebuena. La mañana de Navidad, recibí una llamada por parte de Daniel. Me echaba de menos. El salón le parecía deprimente sin mí. Nadie había sacado el árbol. Quizá en otro momento hubiese sentido dolor. Ahora era tan insensible que lo único que me embargó fue una ligera sensación de vacío. Me habría sentido igual de haber perdido uno de mis pendientes favoritos. No era dolor. Tan solo molestia.

En cuanto se fueron las navidades, intenté volver a escribir. Me hice con un portátil, preparé café y me senté delante de una página en blanco. No conseguí teclear ni una sola palabra. No era capaz de crear nada. Cada día salía a dar largos paseos por los viñedos, con la esperanza de que un poco de aire fresco despejara mi mente. Después, regresaba y me volvía a sentar

delante de la misma página en blanco. A eso se reducía mi vida. Había entrado en un bucle de dolor y desesperación.

Enero. Febrero. Marzo. Hojas de calendario que arrancaba a primeros de cada mes.

El tiempo no significaba nada para mí. El mundo se había congelado la noche en la que había perdido a mi madre, como una vieja fotografía en tonos sepia, y ahora todo carecía de color: el campo, el sol, la cocina amarilla... Centenares de amapolas rojas habían invadido el campo. Y, aun así, todo me parecía ceniciento.

Escribir no me distraía de la deprimente soledad que me rodeaba. Las palabras no brotaban. Había sequía dentro de mi cabeza. Pasé exactamente ciento noventa y cinco días absorta, delante del portátil, con la mirada perdida en el vacío y cero ideas por plasmar. El día ciento noventa y seis, salí como siempre a pasear por los viñedos.

Y fue entonces cuando lo vi.

No me lo podía creer. Al principio, pensé que me engañaba la mirada. ¿Era una aparición? Me acerqué, sin aliento, solo para verlo más de cerca. Algo se encendió dentro de mí. Una chispa, una ilusión que había recuperado. ¡Ahí estaba! Era increíble. ¡Ahí estaba! ¡Era real!

Los ojos se me cargaron de lágrimas al verlo. Me tapé la boca con la mano para retener un grito de alegría. En medio de los amasijos de ramas muertas, ahí estaba él, el tallo que había brotado de uno de los viñedos. Alto, verde, ¡vivo! Ese tallo lo significaba todo para mí, porque representaba la esperanza que me había abandonado.

—Mamá... —musité, con los ojos clavados en las pequeñas hojitas verdes, como temerosa de que fueran a desaparecer.

La había buscado por todas partes. En los objetos que había tocado, en la ropa que había llevado, en los sitios en los que había estado. Pero no la encontré hasta ese día, en el brote que acababa de nacer. Después de tantos meses de vacío, por fin sentí su presencia como si aún estuviera conmigo.

Y, al sentirla, al envolverme en su esencia, volví a ser yo.

Presas de una impaciencia casi febril, cogí el coche de mi madre y conduje como una loca hasta la casa de Jennifer. Aparqué delante, me apeé deprisa a

través de la portezuela abierta y corrí por el jardín de camino al porche.

—¡Je-nni-fer! ¡Jennifer!

Una asombrada Jennifer abrió la puerta y me miró con una mezcla de asombro e impaciencia.

—¿Qué quieres? —preguntó con su familiar tosquedad.

—¿Dónde está Logan?

Mi hermana hizo un gesto de amarga incredulidad.

—Por fin has encontrado el valor de decírselo, ¿eh? Llevo meses enteros esperando a que llegue este momento.

—Te equivocas. No tiene que ver contigo.

La pequeña Katie rompió a llorar en el salón. Mi hermana había dado a luz a mediados de diciembre.

—Disculpa. Está revoltosa hoy. Pasa, ¿quieres?

A mi hermana se la veía cansada. Supuse que debía de ser complicado cuidar a un bebé y, aparte de eso, tener otros tres hijos, un marido y un amante. Jennifer debía de ser increíblemente enérgica para poder atenderlos a todos.

—Logan está en la ducha —explicó mientras andábamos por el pasillo—. Tiene que coger un avión dentro de cuatro horas.

Puse un gesto ceñudo.

—¿Un avión? ¿Es que se va?

—Sip. Se va a Dallas.

Me senté en el sofá y miré cómo Jennifer le cambiaba el pañal a Katie.

—¿Os habéis peleado?

—Algo así. Está insufrible.

—¿Y se marcha?

La estupefacción se filtró a través de mi voz. Me costaba creer que Logan, ¡precisamente Logan!, fuera a dejar a su familia. Abandonar nunca había sido lo suyo.

—Sí. No nos vamos a divorciar ni nada —se apresuró a aclarar mi hermana al ver mi cara de pasmo—. Si se va a Dallas es por trabajo. T.J. le necesita.

—Ah. Vaya. Así que T.J. no va a volver en breve, ¿no?

—Por lo que yo sé, se queda a vivir ahí.

Un largo suspiro de pena brotó de las profundidades de mi alma.

—Comprendo.

Las pisadas de Logan bajando por la escalera me hicieron levantar la mirada del suelo.

—Zooley. Qué sorpresa. Hacía mucho que no te veía.

Vino hacia mí, sonriente y recién afeitado, y me abrazó. Como siempre, olía muy bien, un olor masculino que me sosegaba. Lo asociaba con algo que no era capaz de identificar. ¿Mi padre? ¿T.J.? Puede que los dos.

—Me han dicho que te vas —comenté, mirándolo de lleno a los ojos.

—Así es. Durante un tiempo. Échale un ojo a tu hermana por mí, ¿quieres?

—Claro.

—Bueno, ya es la hora de irse. Adiós, Jennifer. Si quieres algo, llámame.

Ella hizo una mueca de acritud. Me di cuenta de que él no se despedía con un beso. Solo besó la cabeza de Katie, antes de coger la maleta y desaparecer por el pasillo. Me despedí de mi hermana y salí corriendo detrás de Logan.

—¡Oye! —llamé, cuando él estaba a punto de montar dentro de la camioneta.

Logan se detuvo con un pie dentro del coche y volvió la mirada hacia mí.

—¿Pasa algo?

—¿Cómo está T.J.? —pregunté, acercándome a la valla recién pintada que delimitaba su parcela. Logan la solía pintar todas las primaveras.

Él entrecerró los párpados para protegerse del sol que, a espaldas de mí, se hundía tras una colina.

—No lo sé. Los tíos no hablamos de nuestros sentimientos.

Me mordisqueé el labio para frenar la incomodidad.

—Ya. Eso me imagino.

—Estará bien. Creo que ha vendido el anillo por Ebay.

Parpadeé, azorada por el aire desanimado que torcía el rostro de Logan.

—¿Anillo? ¿Qué anillo?

—El anillo de pedida, claro. Discúlpame, he de irme o perderé el vuelo.

El corazón brincó dentro de mi pecho. Él iba a pedirme matrimonio y no pudo porque mi madre falleció justo entonces. Ahora todo cobraba sentido, su reserva al verme arropada por Daniel, la fría resolución en sus ojos esa noche en el columpio. Él estaba preparado para dar un paso más, pero yo lo había apartado porque en ese momento no me veía con fuerzas de amar a nadie. Me había perdido a mí misma y necesitaba recuperarme.

Pues bien, lo acababa de hacer. Me había encontrado, aunque eso ya no era suficiente. Ahora necesitaba encontrarlo también a él.

—¡Logan, espera!

Logan se detuvo de nuevo y me miró con impaciencia.

—¿Qué pasa ahora?

—Una pregunta más. ¿Dónde puedo encontrarle?

Mi cuñado apoyó el codo sobre la portezuela del coche y la vieja sonrisa penderciera asomó a sus labios.

—Esa, querida mía, es una pregunta muy fácil. T.J. está en Dallas.

*

La ciudad que vio morir a Kennedy se extendía delante de mi ventana como un curioso despliegue de luces y autopistas que se retorcían y se sobreponían a lo lejos. Miré los aviones que bajaban por el oeste, y luego me fijé en los vehículos de lujo que llegaban los unos detrás de los otros y que el aparcacoches del hotel tenía que apartar de la entrada.

De día, Dallas era una ciudad como cualquier otra, rascacielos en el centro y viviendas en los suburbios. De noche, en cambio, se volvía espectacular. Cuando se encendían las titilantes luces de las calles y doradas bombillas iluminaban las ventanas de los edificios, el panorama de Dallas dejaba sin aliento.

Miré el reloj que pendía de mi muñeca y constaté que ya era la hora de bajar. En el salón de eventos de mi hotel había una fiesta privada y no me la quería perder. John K. Grand, un magnate del petróleo, había reservado medio hotel para los huéspedes de esa noche. Iba a anunciar la construcción de un enorme centro comercial, un proyecto millonario que cualquier contratista habría deseado conseguir. Era una enorme oportunidad de negocio, y por eso sabía que él estaría ahí esa noche.

Me puse unos pequeños pendientes de oro, me eché colonia detrás de las orejas y abandoné mi habitación. El ascensor ya estaba lleno, así que tuve que esperar al siguiente. Bajé en compañía de dos parejas. Por sus atuendos, deduje que iban a la misma fiesta que yo.

Cogiendo con la mano enguantada los bajos de mi vestido negro, abandoné el ascensor y eché a andar por el largo pasillo, cuyo suelo de mármol blanco estaba cubierto por una estrecha alfombra roja que se desplegaba como la lengua de algún animal. Entré en el salón de eventos y me hice con una copa para ir cogiendo valor. No iba a ser tarea fácil convencer a T.J. Sin duda, debía de estar aún cabreado conmigo.

Me tomé la copa de golpe, la dejé encima de una mesa y me abrí paso entre el gentío. Sonaba una vieja canción de Miles Davis, y había parejas bailando. Lo busqué con la mirada por todas partes, pero no lo vi hasta casi una hora más tarde.

Estaba sopesando la idea de marcharme, cuando él cruzó la entrada en el otro extremo de la sala. No era la primera vez que lo veía con traje, aunque ahora me pareció tan imponente que me quedé sin aliento. Llevaba una camisa nívea, perfectamente planchada, corbata y el cabello peinado con precisión.

Sin embargo, ni la elegancia de su ropa ni sus irreprochables modales conseguían enmascarar el aire pendenciero que destilaban sus ojos. Sus palabras y sus gestos parecían correctos, pero incluso a lo lejos percibí el brillo insolente de su mirada.

El corazón se me aceleró cuando él echó a andar en mi dirección. No me había visto, claro, pero si no cambiaba de trayectoria, iba a hacerlo en breve. La emoción latía dentro de mí como una mariposa atrapada en un bote de cristal.

Justo en el momento en el que estaba a punto de alcanzarme, una mujer rubia vestida de rojo se interpuso entre nosotros.

—Ah, por fin. Creí que no vendrías —le dijo.

La congoja contrajo mi corazón. Sus latidos se ralentizaron de pronto como si la sangre hubiese dejado de bombear por mis venas para convertirse en algo gélido, viscoso y extraño que atascaba mis arterias.

—Decidí dejarme caer —respondió él, cogiéndola por el codo.

¡Está todo perdido!, clamó una voz dentro de mí. *He tardado demasiado. Me ha olvidado.*

El mundo se hizo añicos en mi alrededor, pero seguí mirándolo a los ojos porque su brazo aún me parecía lo único firme a lo que aferrarse. Ese hombre aún parecía mi bote salvavidas.

Debió de sentir el frío peso de mis ojos, pues movió la mirada y la trabó con la mía. Al reconocermelo, un cúmulo entero de emociones recorrió la dureza de su faz. Sorpresa, curiosidad, tormento... Y algo que no supe definir.

Apartó a la mujer como si esta hubiese dejado de existir para él en el momento exacto en el que se habían cruzado nuestras miradas, y echó a andar hacia mí. Al alcanzarme, se detuvo y me miró como si no supiera qué decirme. Sus ojos ardían con una desesperación que nunca había visto en ellos. Me miró como si yo lo hubiese destrozado todo con mi mera presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Dureza y gélido autocontrol luchaban por destacar en su tono de voz.

—Demos un paseo —musité con mirada implorante.

Declinó con un gesto.

—No me apetece pasear ahora.

Pues sí que me lo iba a poner difícil.

—De acuerdo. ¿Y qué me dices de una copa?

Hundió las manos en los bolsillos del pantalón y me lanzó una mirada desapasionada.

—¿Qué quieres, Zooney?

La luz desapareció de mis ojos, poco a poco fue cediendo terreno a una oscura desesperación.

—Hablar. Solo quiero hablar.

—¿Hablar? ¿De qué?

Cada vez me trataba con más dureza. Empecé a sentirme abrumada, vencida. Pero no iba a permitir que su rechazo me derrotara. Había cruzado el estado solo para hablarle, y no tenía pensado abandonar antes de hacerlo. Así que más le valía escuchar lo que había ido a decirle.

Con renovadas energías, expulsé el aire de los pulmones y lo miré a través de las pestañas llenas de rímel.

—Alguien me preguntó una vez adónde iría si tuviera la capacidad de volar, pero yo me equivoqué al contestarle que a una playa paradisíaca. Entonces no lo sabía. No lo comprendía. Ahora lo hago, comprendo todo lo que él quería hacerme ver.

—¿Lo comprendes? —musitó, y su voz parecía desprovista de la aspereza que me había devastado momentos atrás.

—Oh, sí. Lo comprendo —aseguré, hundiéndome en sus pupilas con una mirada penetrante—. Porque he descubierto un lugar mágico que lo ha cambiado todo. La hierba es verde y mullida ahí, y hay bosques tan oscuros que casi da miedo aventurarse a cruzarlos. Un río lleno de vegetación vierte sus aguas a través de un túnel de ramas verdes, y los ruidos que se escuchan se reducen al canto de los pájaros y el croar de las ranas. El aire es fresco y puro, y el cielo luce un azul sin mácula.

—Parece un lugar encantador.

—Porque lo es —aseguré, con una sonrisa temblorosa. Desvié la mirada al suelo y repetí en un murmullo ahogado—. Lo es...

Me armé de fuerzas y volví a mirarle.

—Siento no haberlo visto antes. Había tantas cosas que no veía... Tantas,

tantas...

—¿Por qué has venido, Zooey?

Esta vez, me habló con suavidad, una suavidad que hirió mi corazón. Me sentía triste, a punto de rendirme.

—Porque te quiero. ¡Te quiero! —clamé impotente—. Tenía que habértelo dicho hace mucho tiempo, lo sé, pero te lo estoy diciendo ahora. Y si tú no me quieres, lo comprendo. No, no hables ahora. No lo soportaría. No soportaría que me dijeras que llego tarde. Sonríeme, Terry John, sonríeme y finjamos que nunca he dicho nada de lo que te acabo de decir. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Como un último favor? ¿Puedes desplegar tus bonitos labios en una sonrisa?

Al verme tan histérica, las comisuras de su boca fueron alzándose, milímetro a milímetro, hasta que su vieja sonrisa socarrona se hizo de notar.

—¿Contenta? Te he sonreído.

Le sonreí de vuelta, y la congoja dejó de apretarme el corazón.

—Mucho. Gracias.

—No hay que darlas —aseguró con mirada tierna.

Como yo no parecía dispuesta a volver a abrir la boca, ladeó la cabeza hacia un lado y me estudió con curiosidad. No dejaba de sonreír.

—Oye...

—¿Sí? —musité de inmediato, tan hambrienta estaba de sus palabras.

—Y ese lugar del que tanto me has hablado, ¿cómo se llama?

Mirando sus bonitos ojos azules, una nueva sonrisa volvió a acudir a mis labios.

—Se llama *hogar*. Es un bonito rincón llamado hogar. Y es mío. Siempre lo fue. Ojalá hubiese sabido valorarlo antes.

T.J. se mordió el labio inferior.

—Hogar... Mmmm. Sé que no me lo pediste —empezó tras una reflexiva pausa, e hizo sonar la calderilla que llevaba en los bolsillos—. Y sé que probablemente nunca me lo vas a pedir, pero... ¿Te importaría si te acompaño a ese rincón llamado hogar?

La sorpresa me hizo abrir los ojos de par en par. T.J. dio un paso hacia mí, quedando ahora tan cerca que notaba su aliento abrasándome los labios.

—¿Quieres acompañarme? —musité, debatiéndome entre la sorpresa y la alegría.

Él torció los labios en un gesto de desdén.

—Bueno, este sitio ya me aburre. Además, soy un hombre de campo y no me gusta estar encerrado demasiado tiempo. Echo de menos la pesca, recorrer el bosque y...

Se detuvo y me miró.

—¿Y qué? —apenas me atreví a susurrar, impaciente por escuchar sus palabras.

—Y a ti. Te echo de menos a ti —susurró, con los labios acercándose a los míos—. Te quiero, Zooey. Siempre te he querido. Siento no habértelo dicho antes. Iba a hacerlo, pero...

—No importa —lo acallé deprisa—. *Antes* ya no importa. Lo que importa es el *ahora*. Y ahora solo estamos tú y yo y nadie más.

Sus palmas envolvieron mi nuca y atrajeron mi rostro hacia el suyo. El beso se hizo de rogar, pero cuando sus labios por fin encontraron los míos, todo lo que creía saber, todo lo que creía conocer, se borró de mi mente para dejar paso a nuevos conocimientos, nuevas experiencias, nuevos sentimientos. Una vida nueva que estaba a punto de ser escrita. La página en blanco empezaba a rellenarse, y la primera palabra en aparecer fue *amor*. Amor puro y verdadero, el amor de la llovizna que se filtra despacio a través de la tierra, llenándola de vida y alimento; el amor del sol que abrasa y revive a la vez; el amor de la luna, que controla las mareas y el paso del tiempo. Ese era el amor maduro de las segundas oportunidades.

Epílogo



Rachel

Si mi hermana Zooney no se hubiera emborrachado, no me habría visto envuelta en ese lío.

No estaba para nada cómoda bailando con Logan Miller. Había estado muy enamorada de él antes de que se casara con mi hermana Jennifer, y ahora no me apetecía pararme a averiguar qué era lo que todavía sentía por ese hombre.

Más que nada, porque me daba un miedo atroz descubrir que una parte de mí todavía le amaba.

—¿Cómo estás, Logan? —dije, para ponerle fin al incómodo silencio que crepitaba entre nosotros. Él también estaba muy raro conmigo. Seguro que Jennifer le había hablado de mis sentimientos y no sabía cómo manejar esa información.

—Más viejo.

La sequedad de sus palabras me hizo sonreír. No estaba más viejo. Estaba genial. Igual de guapo que antes, o puede que más. La madurez le aportaba un *sex appeal* que resultaba complicado de ignorar.

Es tu cuñado, Rachel. El marido de tu hermana. Cero sex appeal para ti. Que se te meta bien en la cabeza.

—¿Y tú? —quiso saber Logan de pronto, como si acabara de caer en la cuenta de que no estaba siendo cortés.

—Más vieja —respondí con un suspiro fatigado.

Retrocedió para mirarme y me sonrió con sorna.

—Yo te veo guapísima.

Se me puso un nudo en la garganta. Sabía que eso no significaba nada. Solo era un cumplido fraternal. Aun así, no pude evitar emocionarme. Por mucho que odiara admitírmelo, todavía estaba pillada por Logan Miller. Él era y siempre sería mi amor imposible; el mayor motivo de sufrimiento de toda mi vida; mi *crush*, como decía Hope, mi sobrina e hija mayor de Logan.

Habían pasado muchos años y él había dejado de ser el jovencito que yo recordaba. Ya no se ganaba la vida participando en rodeos. No ponía su motocicleta a ciento cincuenta kilómetros por hora en una carretera vacía ni se lanzaba de cabeza desde el acantilado más mortífero de todo Texas. Logan Miller ya no era un chico. Había madurado. Era un hombre ahora. Tenía un trabajo estable, una familia que mantener y una hipoteca a plazo fijo.

Y, pese a todo, aún mostraba ese aire pendenciero de alguien que es capaz de armar una pelea en un bar de moteros sin más razón que la de que uno de ellos le ha mirado el escote a su chica. Su sonrisa era bonachona, pero la mayoría de las veces había algo procaz en ella.

En cuanto a su mirada, bueno, su mirada era de una insolencia pocas veces vista.

—Siento haberte llamado costurera —me dijo al oído, un timbre de voz tan rasposo que me provocó un estremecimiento.

—No es nada, en serio.

—No sabía que fueras diseñadora.

—No pasa nada, Logan, de verdad. Tampoco es que hayamos sido grandes amigos. No tenías por qué saberlo.

—Tu hermana nunca habla de ti —siguió diciéndome al oído.

Recé para que la canción acabara cuanto antes. Quería alejarme de Logan y del magnetismo que ejercía sobre mí.

—Es comprensible.

—¿De verdad? Pues para mí no lo es. Nunca supe cuál fue la razón de

vuestra pelea.

¿Me estaba tomando el pelo? ¿Tantos años, y nadie le había dicho cuál era la razón de nuestra pelea? Increíble.

Eché un poco la cabeza hacia atrás y nuestros ojos se fundieron en un intenso contacto visual. Logan sostuvo mi mirada y dejó de moverse. Pasaron diez segundos. Quince. Veinte. Él nunca vaciló. Sus ojos no soltaron a los míos, y tal era su agarre que contuve el aliento. Nunca fue mi intención decírselo, pero las palabras nacieron en mis labios antes de que pudiera detenerlas, y me sorprendí admitiendo la verdad.

—Tú. Tú eres la razón de todo.

Logan me miró azorado, y yo sostuve su mirada con impasibilidad. De pronto, sus labios cayeron sobre los míos y me miró como si fuera a besarme. Su rostro bajó hacia el mío y se acercó. Solo faltaban unos milímetros para que nuestros labios se tocaran. Entonces, cambió la canción y yo me solté.

—Deberíamos volver con Zooney y T.J.

Y antes de esperar una reacción por su parte, giré sobre los talones y me alejé. Esta vez, tenía que ser para siempre. Era mi adiós.